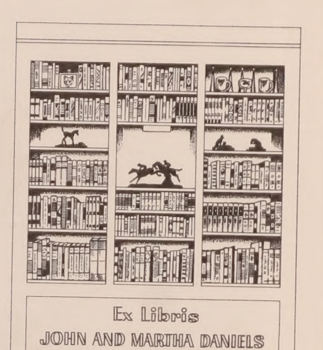



Ex Libris
JOHN AND MARTHA DANIELS

EL TOREO

GRAN DICCIONARIO TAUROMÁQUICO.



POR J. SANCHEZ DE NEIRA.

EL TOREO

GRAN DICCIONARIO TAUROMÁQUICO

COMPRENDE

TODAS LAS VOCES TÉCNICAS CONOCIDAS EN EL ARTE;
ORIGEN, HISTORIA, INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES, DEFENSA Y UTILIDAD
DE LAS CORRIDAS DE TOROS;
EXPLICACION DETALLADA DEL MODO DE EJECUTAR CUANTAS SUERTES ANTIGUAS Y MODERNAS
SE CONOCEN, LO CUAL CONSTITUYE EL MÁS EXTENSO

ARTE DE TOREAR

TANTO Á PIÉ COMO Á CABALLO, QUE SE HA ESCRITO HASTA EL DIA;
BIOGRAFÍAS, SEMBLANZAS, BOCETOS Y RESEÑAS
DE ESCRITORES, ARTISTAS, LIDIADORES Y OTRAS PERSONAS
QUE CON SUS TALENTOS, INFLUENCIAS Ó DE CUALQUIERA MANERA HAN CONTRIBUIDO
AL FOMENTO DE NUESTRA FIESTA NACIONAL;
GANADERÍAS, HIERROS, DIVISAS, PLAZAS, INSTRUMENTOS
DEL TOREO, ETC., ETC.,

POR

J. SANCHEZ DE NEIRA.

TOMO PRIMERO.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR
calle de Preciados, número 5.
1879



FRANCISCO ARJONA REYES

(CURRITO.)

AL PÚBLICO.

Los libros no son onzas españolas
que en todas partes con aplauso corren
y que se recomiendan por sí solas
aunque poco se gasten ó se borren.
A mí quien me critica no me aflige;
á mí me hace un favor quien me corrige.

ZORRILLA.

Presento á la consideracion del público este libro que hace tiempo empecé á escribir, excitado por amigos aficionados al espectáculo nacional, que han supuesto en mí, reconociendo sin duda la fatal experiencia que dan los años, conocimientos en el arte taurino que indudablemente poseen otros con más extension y profundidad.

Mucho tiempo traté de resistir dichas excitaciones amigables; pero la insistencia fué cada vez mayor. Conocí la utilidad y áun necesidad de una obra de esta clase, que no tiene igual hasta ahora; aproveché algunos ratos que mis ocupaciones ordinarias me dejaron libre, y me ocupé en escribirla en la forma que tengo el honor de presentarla.

No sé si agradará, que es mi deseo: tengo, sin embargo, gran confianza en que así suceda, no por su mérito, que poco

tiene, sino porque la índole y forma especial de la obra han de hacer que se consulte y tenga á mano con frecuencia por los que de toros hablen.

Los curiosos y amigos de saber de todo, aunque la funcion favorita de los españoles no sea de su mayor agrado, tambien encontrarán aquí algo que les entretenga, ó al ménos que satisfaga su curiosidad, si hojeando estas páginas buscan noticias antiguas ó modernas, ó datos históricos ó de otra clase que consultar.

Y dicho esto, explicaré el pensamiento que me ha guiado al escribir el libro.

Es cosa demasiado sabida que un gran número de personas, al leer las revistas ó descripciones de nuestras fiestas de toros que se publican por la prensa periódica, no entiende muchas veces el verdadero significado de las palabras técnicas que el uso ha autorizado, pero que la Academia no ha admitido como castizas y puramente castellanas. Muchas de ellas, sin embargo, podrian aceptarse sin escrúpulo: algunas, que el Diccionario de la Lengua comprende, están definidas de distinto modo al en que las entiende el aficionado; y las más, aunque muy usadas é indispensables ya para entenderse, únicamente deben figurar en un *Diccionario* especial, puesto que pueden llamarse convencionales. Resulta de esto que el lector, ó se cansa y aburre cuando no comprende bien lo que lee, ó se burla de las palabras ininteligibles para él; y más de una vez la interpretacion de una frase ha promovido cuestiones, que han sido dirimidas por aficionados antiguos, no siem-

pre unánimes en la definicion de aquéllas, porque suele variar en algo, segun el dialecto particular de cada provincia.

Para remediar esto hasta donde sea posible, va encaminada gran parte de esta obra, que facilitará á todos el significado exacto del tecnicismo tauromáquico, segun la opinion de los más reputados inteligentes con cuya amistad me he honrado, ya que por ninguno de los escritores que se han ocupado de nuestra diversion nacional, se ha acometido esta empresa con la extension que merece, á nuestro modo de ver.

Pero ya una vez emprendidos los trabajos para esta publicacion, parecióme que no debia limitarme á lo referido, porque comprendí que, ademas de la conveniencia de decir algo sobre el orígen, vicisitudes é influencia de las corridas de toros en las costumbres españolas, es ya necesario é indispensable un *arte de torear*. He acometido esta difícil empresa, describiendo todas las suertes del toreo, con arreglo á lo que he visto en más de cuarenta años de observacion y consultado con personas competentes, sin apartarme de lo preceptuado por los grandes maestros, si bien aumentando las reglas que el moderno toreo exige para las nuevas suertes inventadas.

Creí tambien oportuno hacer detallada mencion de las diversas castas de toros más conocidas en España, condiciones precisas para su lidia, toros célebres y sus divisas, y enumerar las personas más notables que en bellas artes ó por cualquier otro medio han contribuido con sus talentos á ensalzar ó acrecentar directa ó indirectamente la aficion al espectáculo más agradable al pueblo español; porque, francamente hay

que confesarlo: sin el apoyo que de un modo ú otro ha recibido el arte, de personas que han comprendido la necesidad de proteger en todo pueblo la diversion á que más se inclina, ni aquél se hubiera elevado tanto perfeccionándose, ni pasaría de cosa admitida en fiestas de segundo órden, si la lidia hubiese continuado siendo lo que fué en su orígen.

Como complemento, y conociendo el interes que siempre despiertan las hazañas de los que más se han distinguido en las lides taurinas, he incluido extensos apuntes biográficos de los caballeros y toreros, tanto de á pié como de á caballo, que se han conocido desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias. En este punto, puedo decir con seguridad que ninguna de las obras publicadas contiene tantos nombres de lidiadores como la presente; y eso que, por la dificultad de reunir datos, es muy posible que algunos, si bien pocos, hayan sido olvidados por su escasa importancia ó pasajera vida pública.

Fácilmente se comprende que, ademas de várias noticias y documentos de mi propiedad, y áun de la de algunos amigos y antiguos aficionados, á quienes mucho agradezco lo que me han ilustrado, he tenido á la vista cuantas obras hablan de corridas de toros. De sus autores hago mencion en el sitio correspondiente, confesando con ingenuidad que sin el auxilio de todos me hubiera sido imposible escribir esta obra, que he redactado sin pretensiones.

Al principio dudé en cuanto á la forma que debiera dar á esta publicacion, puesto que ni queria tratar las cuestiones del toreo tan ligeramente como la trataron algunos autores,

ni con la extension que lo hicieron otros: lo primero, porque yo doy más importacia al arte que aquéllos; y lo segundo, para evitar digresiones y repeticiones inútiles y fatigosas al lector. Así que, aprovechando la forma que necesariamente habia de dar al vocabulario técnico, me pareció desde luégo la más adecuada la de Diccionario, que sin cansar la imaginacion del que lee con largos artículos históricos, biográficos, descriptivos ó de otra clase, que ocupan generalmente muchas páginas en los libros que he consultado, facilita por el contrario satisfacer en el acto cualquier duda ó curiosidad, con sólo buscar la palabra en el lugar correspondiente. Por eso he podido tratar separadamente, segun mi criterio, cuestiones suscitadas entre aficionados y los que no lo son, dándoles una solucion que es la más admitida entre la mayoría de los inteligentes: por eso tambien doy noticias que, como forman, digámoslo así, capítulos separados, son fáciles de retener en la memoria; y por lo mismo he podido incluir en mi Diccionario los nombres de celebridades que en mayor ó menor escala han contribuido de algun modo al esplendor del arte.

Mi obra no está escrita en competencia con otras ya publicadas, y cuyo mérito soy el primero en reconocer; pero ¿por qué no decirlo? Incluido como está en la presente, no sólo cuanto aquéllas contienen, sino muchísimo más que no ha visto la luz pública, y que es de mi propia cosecha, forzosamente he de considerar mi libro como el más extenso y completo de cuantos hasta ahora se han escrito sobre el arte de torear y sus incidencias.

En una obra de esta clase se echaría de ménos justamente, que el autor se hubiese limitado á tratar del orígen é historia del toreo en artículos cortos y separados, como tienen que ser los que en el Diccionario ocupan un lugar en la palabra ó voz á que corresponden: tambien sería falta imperdonable, ya que la obra ha de hablar de cuanto al arte taurino se refiere, dejar de decir algo en vindicacion de los ultrajes que continuamente se han dirigido y dirigen á nuestra fiesta nacional.

Por eso he escrito la primera parte de la obra, que aunque independiente en un todo del Diccionario, que ocupará el último lugar, reasume, por decirlo así, cuanto conviene saber para apreciar con exactitud lo que han sido ántes las corridas de toros, lo que son en la actualidad, tipos que las constituyen, y apreciaciones que en todas sus incidencias ofrece tan soberbio espectáculo.

El público aficionado, á cuyo juicio me someto, tendrá en cuenta con su acostumbrada benevolencia mis buenos deseos por complacerle.

EL TOREO.

PARTE PRIMERA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LAS FIESTAS EN GENERAL, Y EN PARTICULAR DE LA DE TOROS.

> «Unos hombres frecuentemente congregados á solazarse y divertirse en comun, formarán siempre un pueblo unido y afectuoso, conocerán un interes general y estarán más distantes de sacrificarle á su interes particular. Serán de ánimo más elevado, porque serán más libres, y por lo mismo serán tambien de corazon más recto y esforzado.»
>
> JOVELLÁNOS.

La fiesta favorita del pueblo español, á la que todas las clases sociales rinden tributo, la que ven con miedo por primera vez los extranjeros, con asombro despues, y luégo con entusiasmo y ardiente pasion, ha sido, es y será siempre objeto de acaloradas polémicas, de empeñadas discusiones, sobre la conveniencia de conservarla ó prohibirla.

Este es un privilegio que tiene todo lo grande, todo lo importante, todo lo que sale de la esfera de lo ordinario y comun.

Si se tratara de uno de esos espectáculos insulsos, de ninguna significacion, que inventan los extranjeros y á poco tiem-

po caen en desuso, relegados completamente al olvido por su escasísimo atractivo, poca controversia se suscitaría; nadie hablaría de ello, y la cosa pasaría, como otras muchas, al traves de los tiempos sin dejar tras sí rastro de ninguna clase, como no le deja el humo que despide pobre chimenea de modesto hogar situado en la escondida aldea ó en la cúspide de elevada montaña.

El asunto tiene en sí mismo gravedad bastante, y áun sobrada, para ser estudiado detenidamente.

Al considerarle, nos apartarémos, hasta donde sea posible, de la pasion que ejerce sobre nosotros.

La influencia del clima, el aprecio que todo sér hace de lo que es suyo, y el apego que naturalmente tenemos á conservar aquello que nos legaron nuestros padres, y que nos alegró cuando niños, han contribuido poderosamente á arraigar en todos los españoles la pasion por sus fiestas de toros.

¿Qué extraño es que para muchos se haya hecho una necesidad, para algunos un vicio, presenciar y áun tomar parte en tan soberbio espectáculo?

Pero ante todo debemos hacer una advertencia.

Si el lector es de los implacables detractores de nuestra fiesta nacional, de los que no dan oidos á la razon, que no pase adelante, que cierre este libro y le regale sin leerle; y si le ha costado su dinero, haga caso de lo que dijo Quevedo: «El que compra libros y los escarnece, primero hace burla de sí, que gastó mal su dinero, que del autor, que se lo hizo gastar mal».

Si, por el contrario, le gustan los *galleos*, y las suertes á

piton limpio; si tiene aficion á *derribar*... vacas, ó goza con la descripcion de los *volapiés* en los *rubios,* ó de la estocada recibiendo *por todo lo alto,* mejor que con el *mete* y *saca* por lo bajo, que lea sin temor de disgustarse; que con un poco de aficion y de benevolencia por su parte, es seguro que le ha de agradar lo que digamos.

Nuestra intencion es manifiesta.

Escribimos para negar, con razones que nos parecen convincentes, que la fiesta á que tanto cariño tenemos, dañe en lo más mínimo la moralidad, los buenos sentimientos del pueblo español, calumniado en este particular, como en otros muchos, injusta y duramente por envidiosos extranjeros, hipócritas moralistas y venales filosofastros que siguen el rumbo y derrotero que otros les marcan, sin estudiar ni tener en cuenta qué moviles son los que á los primeros les impulsan, ni qué objeto se proponen.

Porque hay muchos que critican las corridas de toros nada más que porque *suponen* que á las personas ilustradas debe serles repugnante un espectáculo en que hay peligro, sin considerar que precisamente esto constituye su mérito principal, como le constituye en las acciones heroicas, en las arriesgadas exploraciones de países ignotos y en otros muchos accidentes de la vida, que más aplaudidos y elogiados son, cuanto mayor ha sido el trabajo para conseguir ún objeto, más grande la dificultad para obtener el fin apetecido, y más expuesto y extraordinario el obstáculo que se ha vencido, ya sea en ciencias, artes, guerras, juegos ó pasatiempos.

Las personas ilustradas, lo mismo que las de las clases trabajadoras, necesitan forzosamente acudir á fiestas y funciones que, aunque sea por poco rato, distraigan su imaginacion de estudios serios, de trabajos de bufete y áun de los disgustos que sus delicadas profesiones les proporcionan; y claro es que, reconocida como lo está universalmente esta necesidad, y la precision de satisfacerla, cada uno se inclina al entretenimiento que más le agrada ó al que le han acostumbrado desde pequeño.

La eleccion de él es á veces hija de la casualidad, otras del instinto, pocas de la reflexion, y muchas de la costumbre ó rutina.

Si el espectáculo agrada, se sostiene y ayuda con la constante asistencia de muchos: éstos enseñan á otros, es decir, los llevan, forman el núcleo que mantiene la aficion, y la propagan y aumentan. Pero en el caso contrario, cuando el espectador no goza, no se entusiasma, inútiles serán de todo punto cuantos esfuerzos quieran hacerse para sostener, no ya para propagar, funciones que no satisfacen el gusto, ni llenan las necesidades de un pueblo; que necesidad es, como va dicho, la de procurarle recreos y diversiones que esparzan su ánimo y le distraigan de sus faenas ordinarias.

Todos los gobiernos de todas las naciones, desde los tiempos más remotos de la antigüedad, han fomentado, y hasta han inventado, diversiones públicas, que los pueblos admitian con placer y celebraban con delirio y loco frenesí.

Cuanto se ha escrito sobre esto conviene con lo que llevamos dicho.

El hombre ha nacido para vivir en sociedad.

Si así no fuera, en muy poco se diferenciaría de los demas animales.

Solo, no gozaría, ó sus goces quedarían limitados á procurarse la subsistencia.

En muchas ocasiones el hombre sería peor que las fieras. Sin los vínculos que le ha creado, primeramente la familia, base de la sociedad, y luégo ésta, rompería por todo, y por todo atropellaría hasta conseguir por la fuerza bruta el objeto que se propusiera.

Pero áun para esto tendría necesidad de asociarse, de unirse á otro hombre y luégo á otros.

Por eso hoy que la civilizacion se ha abierto paso á traves de los tiempos, los goces del hombre son siempre en sociedad, unido á otros, formando parte de un mismo centro.

Tanto da que se congreguen en un templo á orar, como alrededor de una mesa á comer, ó se reunan para celebrar con juegos ú otras demostraciones de alegría, ó pena, sucesos prósperos ó fatales.

Ello es que, comprendiendo las ventajas de la sociedad, los hombres se han agrupado y han ido formando colectividades que llamamos naciones.

Cada una de éstas tiene sus hábitos é inclinaciones particulares y especiales que les son característicos.

Y entre ellas, las fiestas de distintas clases y de diferentes formas que cada una ha inventado para solazarse.

Unas se han adoptado universalmente, ó al ménos en la

mayoría de los pueblos; otras en más de uno de igual raza, y otras no han salido del pueblo que primeramente las usó.

¿Por qué? Porque los gustos, las inclinaciones y hasta los deseos y pasiones de cada uno, varían y son diferentes segun sus instintos, sus costumbres, su educacion y hasta el clima en que habita.

Porque hay cosas que, siendo fáciles para unos, son para otros muy difíciles, si no imposibles.

Por ejemplo: ¿qué torero ha habido, hay, ni habrá probablemente que no sea español?

. . . .

Desde el principio del mundo ha habido fiestas y funciones celebradas en conjunto ó reunion de los pueblos. Segun la Sagrada Escritura, los hebreos y judíos las celebraban ya desde tiempos de Moises, aunque no detalla la forma en que lo hicieran. Casi siempre eran religiosas, y en accion de gracias á Dios por la concesion de sucesos gratos al pueblo.

Los indios las celebran aún entre danzas, cantares y música guerrera: sacrifican animales de todas clases y hasta personas ó séres racionales; forman procesiones y hacen á su modo espléndidas iluminaciones.

Los persas las hicieron primero puramente religiosas, y luégo de distintas clases, siendo la más notable la que tributaban á la Libertad, entre cuyas ceremonias era una á fines de Diciembre de cada año, que recordaba la de las bacanales y fiestas de Sileno, la de las Saturnales romanas, y en cierto modo el paseo que hoy mismo se hace en la capital de la culta

Francia del Buey Gordo por Carnaval, puesto que tambien paseaban un toro *maniquí* con ciertas insignias, y le arrojaban despues al fuego.

Tambien los egipcios, cuya supersticion ha sido siempre exagerada, celebraron muchas fiestas precisamente durante el tiempo de la luna llena.

Los asirios y asiáticos y tambien los griegos las verificaron con grande ostentacion, y á los últimos se debe la invencion de los juegos olímpicos.

Pero Roma descolló siempre en fiestas, como en todo. Allí todo ha sido grande, hasta el crímen.

No es nuestro objeto ni la índole de este libro referir cuáles han sido y son las fiestas de que ha hecho y hace uso el mundo entero; pero necesitamos hablar de ellas, siquiera sea tan ligeramente como lo estamos haciendo.

Cumple mucho á nuestro fin.

Roma celebró fiestas á Marte con carreras de caballos y danzas guerreras; á Flora y Clóris con espectáculos indecentes; á Manía, madre de los Lares, inmolando personas jóvenes; en la llamada Lemuria, precipitando en el Tíber á treinta ancianos; y ademas otras muchísimas de distintas formas, aparato y ostentacion en todos los dias y en todos los meses del año, con diversos fines y objetos y por diferentes causas, hasta que el emperador Claudio redujo el número, y Antonino ordenó que no hubiese en todo el año más que treinta y cinco.

Aún hizo más.

La soberbia Roma, la reina del mundo, cuando estaba en

su mayor apogeo, en tiempo de Augusto, se entusiasmaba con el sangriento espectáculo de las horribles luchas de fieras y gladiadores; y el primer local que hace construir para que el inmenso pueblo pueda presenciar aquella fiesta, es el magnifico anfiteatro *Statilius Taurus*, que, como el nombre indica, estaba destinado á la lucha con toros la mayor parte de las veces.

No sólo en Roma, sino en el resto del mundo, hizo edificar circos ó anfiteatros destinados á ese fin, alguno de los cuales no ha desaparecido totalmente, merced á su sólida y espléndida construccion: ahí están Nímes en Francia, y Mérida, Tarragona, Sagunto y otras en España.

En esta nacion, sobre todo, dicha fiesta tomó mayor incremento que en las demas partes del mundo; y al paso que Roma y Grecia se afanaban por ver á los gladiadores morir á manos unos de otros, España mostraba gran prediIeccion por presenciar la lucha del hombre con el toro, en que, si bien es verdad que casi siempre estaba de parte del último la ventaja, no es ménos cierto que muchas veces aquél, con su seguridad en el valor, su serenidad en la destreza, y su fuerza en la inteligencia, burlaba completamente á la fiera, la rendía y tal vez conseguía su perdon por este medio, pues sabido es que entónces sólo los esclavos y penados eran los destinados á luchar con las fieras.

Parece que está, permítasenos la expresion, en la masa de la sangre de los españoles el privilegio de poder sortear con ventaja á los toros bravos, y esto no de ahora, sino de hace mu-

chos años, siglos, desde que se tiene noticia de que hay lidias con toros, lo cual no han podido ver sin envidia los extranjeros. El humanista Franc. Orih. lo afirmó claramente cuando, celebrando nuestra fiesta, escribió:

Bella per hispanos plusquam communia fines
Cum sævis hominum tauris certamina nempe
Delicias nostræ, terrores oppido gentis
Extere. . . . .

Infinitas veces, en diversas ocasiones, en diferentes épocas y en distintos puntos del extranjero, donde tanto se critica y ha criticado nuestro espectáculo favorito, se ha intentado ejecutarle, se han hecho pruebas para siquiera en alguna ocasion poder decir á España: «Sabemos hacer lo que haces»; pero todos los intentos, todos los conatos de ejecucion se han estrellado siempre contra la impericia de los actores.

No han podido los italianos, los franceses, los sajones, ingleses, etc., ningun europeo, en fin, más que los hijos de Iberia, lidiar toros, sin sufrir las terribles consecuencias de su temerario atrevimiento; y para que su envidia más se aumente y suba de punto, la raza española que habita las Américas por nosotros conquistadas cuenta entre sus habitantes hembras varoniles que, á caballo y en campo abierto, lo mismo sortean con el capote al toro salvaje, que contribuyen á enlazarle y derribarle.

Sólo á los extranjeros no les es dado imitarnos; y eso que, haciendo justicia, no podemos negarles valor, inteligencia en los ramos del saber humano, sangre fria, reflexion, paciencia,

tenacidad, y otra porcion de vicios y virtudes que aprovechan con oportunidad.

En cambio, los españoles no han dejado nunca de hacer cuanto los extranjeros hayan practicado, sea en ciencias, en artes, en guerras, en... todo, hasta en disparates.

Y tienen que confesarlo: si ellos cuentan con un Shakespeare, un Byron, un Tasso, un Petrarca, un Chateaubriand, un Goëthe, nosotros contamos un Calderon, un Cervántes, un Lope, un Tirso, un Lista, y otros que llenan el mundo con sus nombres; si tienen un Tiziano, tenemos nosotros un Murillo; si recuerdan un Francisco I como capitan, no podrán ménos de taparse la cara para que no se les ponga delante la sombra de Francisco Aldana (1); si piensan haber sido los inventores de la locomocion por vapor, les pondrémos por delante á Blasco de Garay; y si rápidamente descendemos desde tan elevada altura á poner en parangon nuestra fiesta nacional con las que usan y á que tienen mayor inclinacion, les convencerémos de que España ha dado tan buenos aeronautas y gimnastas como ellos han tenido, aunque sean aquéllos en menor número; y hoy mismo llaman la atencion como maravilla en la gimnasia Mayol, Segundo y otros, que extranjerizan sus nombres á propósito.

España, pues, produce en cuantas clases de diversos ramos de los conocimientos humanos se han conocido, propagado y perfeccionádose, capacidades de primer órden universalmente

(1) Este soldado español, segun unos, ó Urbieta, vizcaino, segun otros autores, fué el que hizo prisionero al rey Francisco en Pavía.

apreciadas como tales; pero los extranjeros no pueden, aunque quieren, lo intentan y forman en ello empeño, conseguir que en su historia se diga: «Nuestra nacion ha hecho en *todo* cuanto haya hecho otra».

Y cuidado que no hay que decir que allí no hay bravura y valor.

No uno, sino varios domadores de fieras salvajes recorren constantemente el mundo. Llevan en su compañía leones, panteras, tigres, elefantes, etc., y venenosos reptiles y anfibios, como culebras, serpientes, cocodrilos y boas.

Los enseñan al público, les dan de comer en presencia del mismo, los castigan, les ponen ligaduras, los excitan á vengarse del daño que reciben, y hasta se meten con ellos en jaulas cerradas al efecto.

Allí con su látigo acorrala el domador á las fieras; el leon ruge y sacude su melena; el tigre acecha el momento de coger desprevenido al hombre que excita su furia; la pantera salta por encima de la cabeza de él, hostigada por la vara, que la hace mover de su rincon; la hiena y el chacal esperan que el oso estruje en sus brazos á su amo para disputarse las entrañas del mismo, y...

¿A qué decir más, si no es posible figurarse esto y mucho ménos presenciarlo sin horripilarse?

Realmente no puede darse mayor ejemplo de valor, y sin embargo, el domador de fieras no puede domar un toro.

Es decir: no es que no puede domarle, es que no se atreve á acercarse á él.

Vence, digámoslo así, y aunque no sea por muchos meses, al rey de las fieras, á los animales más feroces que la naturaleza cria, y no puede siquiera jugar, burlar á un toro, como lo hacen los españoles.

¿Por qué esta diferencia de valor?

No nos la explicamos, como no sea reconociendo al español como el sér más privilegiado de la tierra. Por algo cierta parte de España se llama, como dicen sus moradores, «la tierra de María Santísima».

Porque el español sirve para todo cuanto necesite valor, inteligencia y sagacidad, aunque su educacion haya sido muy limitada.

Hace pocos años, muy pocos, que un notable domador recorrió con media docena de leones casi todas las capitales de Europa. Su destreza y válor eran notables. En la jaula donde se encerraba con las fieras hacia actos verdaderamente terribles.

Las obligaba á girar sobre su cabeza una, diez y cien veces; se retorcían entre sus piernas, les pisaba sus garras y aplastaba sus cabezas, y hasta metía la suya propia entre los dientes de la leona, haciéndole abrir por fuerza y violencia la boca.

Un dia sucedió lo que no podia ménos de suceder, lo que todo el mundo prevé desde que no ve en aquel hombre encerrado defensa posible contra tantos feroces animales más fuertes, más fieros que él.

Daba su fiesta nocturna en el Circo Napoleon de Paris; el público aplaudia el arrojo, la... bárbara temeridad de aquel

hombre, que, despues de haber hostigado las fieras, las tenía rendidas á sus piés y áun se sentaba sobre la leona. De pronto ésta, al verle levantarse, se abalanza á él, le derriba en tierra y le rasga con sus garras la espalda y un brazo. Los espectadores, horrorizados, apartaban de allí la vista; las señoras (que tambien van señoras á ver esto) se desmayaban, y nadie sabia hacer otra cosa que gritar y pedir socorro al cielo.

Pero le había en la tierra, y á un jóven español le estaba reservado prestarle.

Inmediatamente que vió el peligro, que comprendió la desgracia de aquel infeliz, se lanzó el jóven á la jaula, gritó con vehemencia, castigó á la leona, arrastró á la víctima hasta la puerta y la salvó.

Murió mas tarde por consecuencia de las heridas el domador; pero el español Pérez, que así se llamaba, hizo lo que ninguno se atrevió á ejecutar. El gobierno frances fué justo concediéndole, sin pedirla, una distincion.

Pero ¿qué más se quiere para probar el valor peculiar de los españoles, si basta sólo decir que en los últimos dias de Diciembre de 1877 un tigre escapado de una jaula saltaba por las calles de Madrid, y los chicos, sin temor alguno, le apedreaban, y una señora y un criado, llevando un niño, se pararon á contemplarle?...

Insistimos, pues, en que el español puede hacer cuanto otro de cualquier nacion ejecute, al paso que el extranjero no puede verificarlo.

Fáltale al ménos contar entre sus compatriotas un torero.

Puede que entónces, si los toreros fuesen ingleses, franceses, rusos ó alemanes, no se dijese que era bárbaro el espectáculo (que así le llaman los de *extranjis*). Entónces se le ensalzaría y elogiaría, y se protegería á los toreros, que tal vez llegarían á ser lores ó pares de Inglaterra, duques en Francia, príncipes en Italia, y no sabemos qué más en otras partes.

Las funciones de toros, comparadas con las demas fiestas antiguas y modernas, les llevan ventaja en muchas cosas, y esto nos proponemos demostrar en los artículos siguientes; pero ántes debemos hablar algo de nuestra fiesta en particular.

CAPITULO II.

ALGO SOBRE LA HISTORIA DE LAS CORRIDAS DE TOROS.

«Pero cuando un home lidiare con otro sin precio por salvar asímismo, o algunt su amigo, o con bestia brava por probar su fuerza, estonce non serié enfamado por ende, ante ganarie prez de home valiente e esforzado.»

(*Ley IV, tit. IV, partida 7.ª*)

De buena gana haríamos gracia al lector de lo que vamos á decir en este artículo.

Le suponemos aficionado á nuestro incomparable espectáculo; y siéndolo, ¿quién no sabe, siquiera en conjunto ó á grandes rasgos, como ahora se dice, algo del principio, crecimiento y progreso de las corridas de toros?

Ademas, ¿quién no ha leido alguna de esas muchas obras que de ello tratan casi del mismo modo y con iguales palabras?

Pero parécenos que un libro como el nuestro no puede carecer de la parte histórica del toreo.

Es demasiado importante al asunto; y habiéndonos propuesto que esta obra sea la más completa de cuantas se han

escrito hasta el dia en su género, no hemos de omitir medio alguno para cumplir lo ofrecido.

Allá vamos, pues.

Quieren unos historiadores afirmar, cuando hablan del orígen de las fiestas de toros, que las importaron los romanos en España durante su dominacion; al paso que otros aseguran que las trajeron los árabes cuando, venciendo á los godos, conquistaron nuestra península.

Traen aquéllos en su apoyo citas de García y de Cepeda, y vienen citando éstos á Lope, á Moratin y otros autores; como si todos ellos no convinieran en una misma cosa.

Precisamente la lectura de cuantos papeles, folletos y obras hemos consultado acerca del particular, nos ha convencido de que ni los romanos ni los árabes trajeron á España semejante fiesta.

Las fiestas ó corridas de toros nacieron en España, en España se arraigaron, en ella crecieron, se extendieron y propagaron, y en ella continuarán por mucho tiempo.

No verémos su fin nosotros, ni tampoco nuestros hijos.

Que fuera en tiempo de la dominacion romana ó del yugo de los árabes la vez primera que se corrieran, lidiaran ó mataran toros, esto no contradice nuestro aserto.

Los españoles, por el solo hecho de estar sujetos á aquellos conquistadores, no dejaron de ser españoles. Mandando unos ó gobernando otros, los españoles fueron los primeros, y casi pudiéramos decir los únicos en el mundo que, con el valor indomable que todos les conceden, con la sagacidad é inteligen-

cia que en ellos hay que reconocer, idearon y llevaron á efecto las corridas de toros independientemente de sus dominadores.

Si luégo los árabes, y áun los habitantes de otros países, han echado su cuarto á espadas, como suele decirse, y se han metido á torear con mejor ó peor suerte, eso cuando más probará que han copiado ó querido imitar lo que los españoles inventaron.

No hay noticia de que los romanos, ántes de dominarnos, celebraran funciones de toros. No puede suponerse que los grandes y magníficos circos que en todas partes hicieron construir, fueran con dicho objeto, por más que el primero de los que en Roma fundó Augusto, como ántes hemos referido, parezca indicar algo de ello.

Ni el dicho circo ó anfiteatro llamado *Statilius Taurus* en Roma, ni los de Mérida, Tarragona, Sagunto y otros en España, fueron destinados á otra cosa que á luchas, no lidias, de fieras con hombres; mejor dicho, al sacrificio de éstos por aquéllas, como castigo de delitos ó crímenes, ó de profesar religion distinta á la del Imperio.

Claro es que entre las fieras, especialmente entre las que saldrían en España á los anfiteatros, habría toros; y claro es tambien que entre las infelices víctimas que eran arrojadas á la arena, habría alguna de ánimo esforzado que, desafiando el peligro, ó por instinto de conservacion, rehuyera los golpes de la fiera, los esquivara por más ó ménos tiempo y se librara de ellos algun rato, lo cual constituiría indudablemente la principal diversion de los espectadores.

Pero esto no es torear.

Ninguna regla fija tenía hombre alguno entónces para librarse de los furores del toro; y no teniéndola, no hay arte.

Tal vez á la vista del condenado en el circo, si se conoció en alguna ocasion, por la rapidez en la huida del cuerpo del derrote del toro, que era posible evitarle, pudo engendrarse la idea de estudiar el modo de dominar tan valiente fiera.

Tal vez esta idea nació ántes, al buscar al toro en los bosques para conducirle al circo.

Ambas cosas son posibles; pero lo cierto, lo indisputable, lo que está fuera de toda duda es que no fué importada del extranjero, sino que en España tuvo su orígen.

Es verdad que los moros mostraron grande aficion á la lidia de toros y destreza para ejecutarla, tanto á pié como á caballo; pero hay que tener presente que lidiaron en España y que ellos eran españoles tambien, puesto que habiendo durado la dominacion árabe setecientos años, puede decirse sin temor de equivocarse que todos ó casi todos los habitantes de este país, trascurridos los dos primeros siglos, eran árabes de orígen, nacidos en él.

Vinieron luégo las guerras entre la raza árabe y la cristiana, y ésta fué quitando á aquélla poco á poco el territorio que ocupaba. Los cristianos, por consecuencia del botin que de las luchas les resultaba, hicieron y fundaron casas ricas que, como era de suponer, se componían de gran número de criados y hombres de armas.

Todos estos señores vieron que los árabes, ántes de salir,

por la fuerza de sus pueblos, se adièstraban mucho en los ejercicios de la caza, tanto á pié como á caballo; en las carreras de éstos, en ejercicios de lanza, y en alancear toros los jinetes, y desjarretarlos los peones; y no quisieron ser ménos, y continuaron lo mismo que aquéllos, con iguales costumbres é inclinaciones, como nacidos en el mismo suelo.

Así es que cuando ajustaban treguas y tenían paz en sus tierras, unidos corrían toros y celebraban sus fiestas, haciendo cada uno de ellos alarde y ostentacion de su valor y pericia, en circos ó plazas cerradas, no ya en el campo, como es de presumir lo hicieran ántes.

Es comun opinion de que las primeras fiestas de toros en coso cerrado tuvieron lugar en el año de 1100.

Nosotros creemos que se verificaron algunos años ántes, y nos fundamos, entre otras cosas, en que habiendo muerto el Cid Campeador en 1098, ántes de esta fecha alanceó toros en Madrid.

Siguiéronse despues celebrando con mayor ó menor fortuna, arrojándose á lidiar gente sin experiencia ni conocimiento alguno de las reses, y por consiguiente sufriendo muy á menudo las consecuencias de su ignorancia.

Es verdad que muchas veces los caballeros y señores que se entretenían en alancear toros, cuando no querían ó no podían continuar su diversion, cuando á pesar de sus esfuerzos no lograban matar un toro, ordenaban á sus esclavos y áun á sus criados que fuesen á él con dardos y venablos á matarle.

Inútil es decir que por muy brava que fuese aquella gente, poco podia hacer sin arte, como no fuese rodar, ser volteado, herido ó muerto por la fiera.

El alto clero, cuya influencia se empezó por entónces á dejar sentir sobre los pueblos católicos, prohibió con sobrada razon los torneos y juicios de Dios, que tantos hombres costaron á la humanidad; y como consecuencia natural de ello, las corridas de toros fueron en aumento.

Pocos pueblos en España, especialmente castellanos, aragoneses y navarros, carecían de dicha diversion.

No hay que olvidar que la Andalucía, y en ella más marcadamente los reinos de Sevilla y Granada, eran por ella apasionadísimos.

Cualquier suceso fausto, cualquier obsequio de unos magnates á otros, era celebrado con corridas de toros, en que primero lidiaban los señores y luégo los plebeyos.

Por esta época fué cuando el Cid Rodrigo Díaz de Vivar asombró en una fiesta de tal manera á los espectadores, que su hazaña de matar á un toro de lanzada fué cantada más tarde en inimitables versos, tan populares que no hay nadie que los ignore.

La aficion y el entusiasmo por las corridas de toros, á pesar de las muchas desgracias que frecuentemente ocurrian, iban cada vez en aumento. Hasta los extranjeros intentaron establecerlas.

En Italia, en la misma Roma, se corrían toros por los años de 1300 en adelante; y como esta ciudad siempre ha sido

grande en todo, dispuso tambien en el año de 1332 una gran fiesta de toros en circo cerrado.

Como no podía ménos de suceder, atendida la ignorancia de los que en ella habían de tomar parte y la bravura de las fieras, la catástrofe fué horrible.

Murieron en las astas de los toros diez y nueve caballeros romanos, muchos plebeyos, y hubo gran número de heridos.

Los pobres italianos creyeron que bastaba ser hombre para hacer lo que otros hombres: no tuvieron en cuenta que para jugar con los toros es preciso haber nacido en España.

Inmediatamente, á raíz de este suceso, se prohibieron en Italia las corridas de toros, y no volvió á haberlas allí hasta que los españoles, muchos años despues, las celebraron, cuando la conquista de Flándes y los Países Bajos.

En nuestro territorio continuaron cada vez con mayor empeño. La gente jóven y potentada, lo mismo cristiana que mora, tenía á gran gala lucirse en la lidia á caballo, y rendir un toro á lanzadas ante la belleza de su amada: la competencia entre unos y otros alimentaba la noble emulacion de todos, y hasta los mismos reyes tomaban parte en las corridas; y claro es que con tales elementos, la funcion tenía que ser cada dia más buscada y apetecida.

Solía acontecer, no una, sino várias veces por esta época (siglos XIII y XIV), que al embestir la fiera derribaba al caballo, hiriéndole ó matándole, y entónces el caballero no tenía más remedio que, segun costumbre establecida por las buenas

leyes de la lidia, sacar su espada, y sin montar en otro caballo, á pié y como podía, dar muerte al toro. Para facilitar este medio, expuestísimo siempre, y mucho más cuando no hay otra cosa que valor en el que lidia, los esclavos y criados preparaban, áun á costa de su vida, la colocacion de la res, y entónces el caballero daba la estocada, como ahora decimos, *libre de cacho* la mayor parte de las veces.

Por entónces tambien había ya hombres prácticos que, por sueldo ó dinero de una vez, contribuían á la colocacion de los toros para las corridas que eran patrimonio exclusivo de los caballeros. A estos hombres indudablemente se refieren las leyes que consideraron infamados á los que lidiaban con fieras bravas por dinero.

La gran reina católica Doña Isabel I presenció una vez, ántes del año de 1500, una corrida de toros.

Hubo en ella revolcones y desgracias, segun costumbre (porque no nos cansarémos de repetir que por aquellos tiempos la lidia se verificaba en confuso tropel de gente de á pié y á caballo, sin órden, conocimientos ni práctica de ninguna clase), y la reina mostró á la fiesta gran repugnancia, y hasta intentó prohibirla.

No tiene nada de particular esto. Si en vez de aquel atropellado desórden, hubiese visto las corridas de toros actuales, ó al ménos las que hace cien años se celebraban en Madrid, otra cosa hubiera dicho. Tenía aquella señora demasiada elevacion de miras para apreciar las cosas.

Por eso su propósito de prohibirlas quedó en su pecho.

Comprendió que todos los caballeros y todo el pueblo eran entusiastas por su fiesta nacional, y que era muy peligroso intentar quitársela, porque ella necesitaba de aquellos elementos de fuerza para continuar sus conquistas de territorio y engrandecimiento de sus reinos. Dominó su pensamiento, siguió tolerando las corridas de toros, y ella que tuvo poder para decretar y llevar á efecto la expulsion de los moros y judíos de España, no se atrevió á prohibir las corridas de toros.

Bien claro lo dice en la carta que en 1493 dirigió á su confesor. En ella, hablando de dicha funcion de toros, manifiesta que se propuso no verlos más en su vida, ni ser en que se corran, «y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), porque esto no era para mí á solas». Es decir, que conocia que no bastaba su voluntad.

Cuando un pueblo unánime defiende una idea, buena ó mala, no hay poder que le resista.

Siguieron, pues, las fiestas de toros en España con entusiasmo, á pesar de que el poder eclesiástico amenazaba con excomuniones; y no bastando estas advertencias tan severas, el papa Pio V, en su famosa Bula de 20 de Noviembre de 1567, reiterando prohibiciones anteriores, impuso la pena de excomunion mayor á los príncipes cristianos que permitiesen dicha fiesta en sus dominios, á los eclesiásticos que concurriesen á verla, á cuantos la autorizasen, y á los lidiadores, privando tambien á éstos de sepultura eclesiástica si morían toreando.

No podían darse penas más terribles para todo buen cristiano contra semejantes fiestas.

No era posible ir más allá, porque en lo espiritual no hay pena mayor.

Pero la aficion estaba muy arraigada, y lo mismo los nobles que los plebeyos, las autoridades que los príncipes, siguieron consintiendo y tomando parte en las corridas de toros.

Hombres que no tenían miedo á los cuernos de las fieras, se conoce que temieron mucho ménos á los anatemas; porque dice un antiguo escritor «que se observó con sentimiento que no bastaba dicha pena, y que, á pesar de ella, el mal prevalecía: y esta observacion indujo casi forzosamente á los Pontífices sucesores de aquél á ir templando el rigor de las Bulas de sus predecesores».

A cada prohibicion que daba un prelado de la Iglesia, contestaban el pueblo y los magnates con nuevas corridas; y como la privacion es causa de mayor deseo, se repitieron tanto, que ni el mismo clero secular respetó aquellas disposiciones; llegando el caso de que los maestros de teología en Salamanca enseñaban que los clérigos, siquiera fuesen de órden mayor, podían lícitamente concurrir á las fiestas de toros.

Continuaron éstas, como decimos, extendiéndose por toda España, hasta el extremo de que el emperador Cárlos V, que ni habia nacido ni se había criado en este país, tomó parte en ellas con la nobleza, y cuando nació su hijo D. Felipe mató un toro de una lanzada en la Plaza Mayor de Valladolid.

Todos los reyes sucesores de este último autorizaron y consintieron las corridas de toros.

Alguno de ellos demostró intencion de suprimirlas, y hasta

hay alguna disposicion que así lo ordena; pero nadie la cumplió.

El interes privado divisó ya por entónces un objeto de lucro en la aficion del público á las fiestas de toros.

Así es que muchos particulares solicitaron y obtuvieron de los monarcas privilegios para dar funciones en cosos cerrados, y el primero de que nosotros tenemos noticia lleva la fecha de 27 de Enero de 1612.

En él su majestad el rey D. Felipe III hizo merced en forma de privilegio, por tres vidas, á favor de Ascanio Manchino, del derecho de la renta de los corros de toros de la ciudad de Valencia; privilegio que luégo fué vendido en cantidades crecidas por los sucesores del que podríamos llamar empresario.

No se desdeñaban de serlo, ó al ménos de desempeñar este papel, personajes de importancia.

El canciller mayor y registrador del Consejo Real de Indias, D. Felipe de Salas, y D. Martin de la Bayrén, contador del marqués de Tavera, entónces virey y capitan general del reino de Valencia, fueron dueños sucesivamente, á título de compra, del antedicho privilegio, que feneció en 1647.

Pero mucho ántes de esta fecha, en 9 de Diciembre de 1625, hizo merced el rey al Hospital de Valencia, por veinte años, del antedicho privilegio, para cuando concluyesen las tres vidas por que fué concedido.

Por cierto que en el capítulo 198 de las actas de las Córtes de Monzon, celebradas en 1626, se lee que presentaron proposicion los diputados para que dicho privilegio real, concedido al Hospital por veinte años, lo fuese á perpetuidad, y que á esta

peticion se decretó: «Plau á Su Majestad prorogar dita merced al Espital per temps de altres vint añs».

Es indudable que lo mismo que en Valencia en todas las demas provincias existieron ya privilegios, á veces comprados al poder real, y en otras ocasiones otorgados por merced, para explotar el beneficio que dejaban tales fiestas.

Y poco esfuerzo necesitamos hacer para comprender que el interes particular había de buscar alicientes que en ellas ántes no hubiera y llamasen la atencion.

Tomaron incremento grande en tiempo de Felipe IV, que várias veces rejoneó y alanceó toros á caballo: y en su época y la de Cárlos II tuvieron estas fiestas un esplendor y realce extraordinarios.

No había caballero á quien se considerase como tal, que no fuese rejoneador de toros, ó que al ménos, en obsequio de su rey ó de su dama, no saliese al coso á romper un par de lanzas.

Entónces y áun ántes se escribieron libros dando reglas para torear á caballo, se enseñaba á éstos á habituarse á tan peligroso ejercicio, y se inventó la *espinillera*, ó sea la armadura de hierro que hoy se llama *mona* y sirve para cubrir la pierna.

Pero llegó á reinar Felipe V, poco aficionado á esta clase de fiestas, y los grandes de su corte se fueron apartando de ellas por no disgustarle, y porque sus ejercicios á caballo los oscurecían ya jinetes plebeyos, ó cuando más hidalguillos que hacían maravillas.

Aplicáronse los hijos del pueblo á torear, tanto á pié como á caballo; tomaron por su cuenta el palenque que se les abría; observaron lo que los nobles habían hecho; leyeron lo que ya se había escrito dando reglas para lidiar, y desde entónces, lo que el espectáculo perdió de carácter lo ganó en arte.

Se presentaron á lidiar toros en muchos pueblos principales, hombres diestros que hacían con ellos suertes de habilidad que cautivaban á los espectadores: capeaban, clavaban rejones á pié, que llamaban arpones y eran como una banderilla de las que ahora se usan; ponían parches, y con todo esto demostraban perfectamente que podía ser arte lo que hasta entónces se había conocido sólo como entretenimiento, sin reglas fijas.

Don Fernando VI no se contentó con hacer construir plazas cerradas y con las condiciones necesarias para las funciones de toros, sino que, deseando quitar á todas las conciencias timoratas cualquier pretexto para hablar en lo sucèsivo contra aquéllas en sentido religioso, acudió á la Santa Sede, haciendo presente en primer lugar la inobservancia de las Bulas y Breves que las prohibieron: en segundo, que por la habilidad y destreza de los toreros era muy remoto el peligro que en la lidia pudiera haber; y en tercero, que los hospitales y casas de Beneficencia ganarían mucho con los socorros que recibirían de los productos de dicha fiesta.

Convencida de estas razones, y no sabemos si de alguna más, la corte romana, obtúvose de ella que quedasen autorizadas las corridas de toros, pero que de ningun modo se celebra-

sen en dias festivos, y que se precaviese todo peligro de muerte ó lesion.

No podía hacer ménos la curia romana que cantar la palinodia y conceder lo que ántes había negado.

Como que esta negativa no sirvió más que para dar el escándalo de inobediencia por todo un pueblo alto y bajo, noble y plebeyo, y hasta por los clérigos y monacales. Por eso decía que se toleraba la fiesta por haber advertido que las censuras impuestas para impedirla de nada habían servido en estos reinos, y que, léjos de aprovechar, perjudicaban, convirtiéndose en materia de escándalo.

Desde esta época varió de faz completamente la funcion de toros.

Fué un espectáculo que cada vez se ha ido perfeccionando más, y en el que parece imposible se haga mayor adelanto.

Hemos relatado, aunque ligeramente (porque nos hemos de extender mucho más en la segunda parte de esta obra sobre el particular), la historia de las corridas de toros como diversion hasta cierto punto desordenada; veamos ahora lo que ha sido como funcion ó espectáculo organizado.

CAPITULO III.

DEL TOREO MODERNO.—SUS VICISITUDES.—SU APOGEO.

> La lidia taurina no será causa de civilizacion, pero es efecto de una civilizacion más culta que las precedentes. Los grandes espectáculos en la antigüedad eran un frenesí del vicio, ó un frenesí de las pasiones; ellas son un frenesí de la alegría.
>
> LÓPEZ MARTÍNEZ.

Hemos dicho en el capítulo precedente que durante el reinado de Felipe IV, y áun ántes, se habían escrito libros tratando de las corridas de toros y dando reglas en algunos para lidiarlos, ya en montería, ya en coso cerrado.

Uno de los más antiguos y mejores escritores que dieron reglas de montería para cazar toros en el campo, para correrlos y montearlos en el coso, y para darles lanzada frente á frente, fué Gonzalo Argote de Molina, que en Sevilla, año de 1582, publicó su obra con privilegio de su majestad.

Por entónces tambien se escribió otra por un jesuita de reconocido talento, llamado Castañeda, que no creemos llegara á publicarse, al ménos con su nombre, pero al que debe re-

ferirse la siguiente cláusula del testamento otorgado en Madrid por el licenciado Alonso Martínez Espadero, del Consejo Real de Indias, natural de la villa de Cáceres, á 13 de Setiembre de 1586, y abierto en 14 de Marzo de 1589 ante Jerónimo de Sosa, escribano público de su majestad y de Provincia, de esta corte.

Dice así la cláusula:

«Item: Declaro que entre mis libros hay uno escrito de mano, *cerca de la materia de los toros*. el cual, con todos los papeles que están dentro de él, eran del padre Castañeda, de la Compañía de Jesus, y ansimismo... mando se vuelvan á el dicho Provincial de la Compañía de Jesus de esta provincia de Toledo.»

Despues, raro era el libro de montería ó de ejercicios de la jineta que no hablaba algo de las corridas ó acosos de toros.

El que no daba reglas para torear á caballo, ó al ménos para la montería de reses bravas, no era libro completo.

Uno de los mejores de aquella época fué el que en 1643 publicó D. Gregorio Tapia: aunque no desmerecen en mérito las obras escritas sobre lo mismo por el caballerizo de Felipe IV, D. Gaspar Bonifaz, por el santiaguista D. Luis de Trejo, y por D. Diego de Torres, y otros que citarémos en la segunda parte de esta obra.

Luégo ya, en 1726, imprimió D. Nicolas Rodrigo Novelli su *Cartilla de torear, tanto á pié como á caballo;* y en 1750 publicó sus *Reglas para torear*, más ámplias que aquéllas, D. Eugenio García Baragaña, vecino de Madrid.

Esta es la época del principio del toreo, considerado como arte.

Había lidiadores de oficio que capeaban y parcheaban, y otros que con la capa en una mano y una banderilla en la otra colocaban dicho instrumento con destreza en el morrillo del toro, segun ántes va referido.

Ya no había en los circos tumultuoso desórden, ni apiñada muchedumbre, á la que un toro, hiriéndola y golpeándola, ponía en situacion apuradísima: ya podía irse á ver la fiesta nacional con la conviccion de que ninguna desgracia sucedería.

Una docena ó dos de hombres jugaban con las fieras con tal destreza y habilidad, que eran pequeñas las plazas construidas para contener la gente que siempre se agolpaba á contemplar el valor é inteligencia de aquéllos.

Al rejoncillo, usado por los caballeros despues de la lanza, sucedió la vara de detener, ó sea la garrocha, que para el acoso y encierro de reses en plazas usaba la gente de campo.

Ganábase en esto que durase más la lidia de cada toro, economizando gastos, y demostrábase tanto valor ó más por el picador de oficio, como pudiera tener el más afamado caballero.

Claro es que con el mucho ejercicio, con la continua práctica, iban perfeccionándose cada vez más las suertes del toreo, y áun inventándose otras.

A mediados del siglo pasado, al inaugurarse en Madrid la nueva plaza de toros, donada al Hospital General por el rey

Fernando VI (1), ya se ponian banderillas á pares, como actualmente se hace, y ya tambien el inolvidable Francisco Romero habia practicado con feliz éxito la suerte de matar al toro frente á frente con estoque, como otros, pero *favorecido por la muleta* de su invencion.

Como siempre que hay emulacion, *el arte ganaba, iba adelante.*

Martincho tuvo el valor de matar un toro esperándole sentado en una silla, con grillos en los piés y sin más muleta que un ancho sombrero en la mano izquierda.

José Cándido daba el dificilísimo salto de testuz, capeaba los toros hasta rendirlos y se sentaba delante de ellos, matando algunos sin muleta y con puñal, en vez de puntilla.

Juanijon picaba toros puesto á caballo sobre otro hombre.

Y todo esto no era, como suponen los enemigos de nuestra diversion favorita, ningun acto bárbaro, sino consecuencia del estudio que de la índole de las reses hicieron aquellos hombres, y de la inteligencia valerosa que les era peculiar.

Las corridas de toros, como espectáculo público, se aclimataron, echaron hondas raíces en el suelo español, y desde entónces fué imposible suprimirlas totalmente.

Nó habia podido hacerlo Isabel la Católica; no consiguieron ser obedecidos los Papas cuando tanto se les respetaba por el orbe católico; ¿cómo habia de conseguirlo el rey Cárlos III?

El buen señor, recien venido de allá, de Nápoles, vió las

(1) Véase en la segunda parte de esta obra la palabra *plazas*.

corridas de toros, se asustó de tanto valor, no comprendió que á éste va acompañada la inteligencia, se figuró mil catástrofes, y ordenó la prohibicion.

Pero le sucedió lo que á los Papas.

A pesar de su real decreto, se corrían toros en muchos pueblos con y sin conocimiento de las autoridades; los ricos, los potentados, hacían en sus posesiones y casas de recreo pequeñas plazas donde corrían toros; hubo patios en los conventos en que se lidiaron reses, y como dice el célebre Abenamar, hablando de la popularidad y aceptacion de esta fiesta, «una de las causas que han contribuido á ello ha sido la odiosidad que han mostrado algunos hácia la misma, y la prohibicion del dicho rey, *pues se exasperó de tal modo la aficion que casi era epidémica*».

No tuvo más remedio que ceder y volverse atrás de lo mandado.

Al principio consintió corridas de novillos embolados, luégo alguna de toros, con pretexto de que sus productos eran para fines benéficos, y más tarde, para obsequiar á un príncipe extranjero y para celebrar los desposorios de Cárlos IV y María Luisa, hace renacer con toda magnificencia este grandioso espectáculo, cada vez más aplaudido.

Un autor dice que durante el reinado de Cárlos III, que comprendió veintiocho años hasta 1788, se verificaron en la plaza de Madrid unas cuatrocientas cuarenta corridas, y se dió muerte á cerca de cuatro mil quinientos toros. Estos ocasionaron várias cogidas, pero no hubo muerto lidiador alguno.

La fiesta iba adelante, en progreso.

Eran los picadores aventajados; los banderilleros, notables: á Francisco Romero sucedieron sus hijos, que mataron, como él, los toros cara á cara; pero se presentó entónces en la arena un hombre que había de eclipsar las glorias de los anteriores matadores.

Este hombre era Joaquin Rodríguez (*Costilláres*).

Comprendió su inteligencia lo difícil que era matar un toro que no arrancaba, esperándole, y conociendo que *al que no viene hay que írsele,* inventó el volapié.

Suerte notable y de valor, utilísima y necesaria en muchos casos.

El arte, pues, dió un paso más á su perfeccion.

Vienen despues los célebres Pedro Romero y José Delgado (a) *Hillo*. El uno formal, serio, fuerte con el valor que da el conocimiento exacto de su profesion; y el otro alegre, jugueton con los toros, audaz y valiente hasta la temeridad. Recibe Romero las reses con una perfeccion nunca vista, y con su capote salva siempre las vidas de sus compañeros; y Delgado capea inimitablemente de todas maneras, pone banderillas como nadie, y mata toros con un arrojo incomparable.

Por desgracia, Costilláres se inutiliza fuera de la lidia. Pepe Hillo muere en la arena, y Romero marcha á la Andalucía.

Enfríase algo la aficion á los toros, contribuyendo á ello no poco la parte que España tuvo que tomar en las guerras extranjeras.

Siguen así unos cuantos años; penetran los franceses en España, llegan á Madrid, se sienta en el trono José I, y cuando los madrileños creyeron que por ser *franchute* prohibiría las corridas de toros, se encontraron con que las autorizó como de ordinario.

Pero no conocía al pueblo español.

Supuso que era como los demas, y se equivocó.

Anunciáronse las corridas en nombre del rey, como ha sido costumbre hasta mediados de este siglo, y presidían la plaza autoridades afrancesadas, y esto era suficiente para que nadie quisiera asistir.

Hubo dias en que los soldados franceses, á la hora de empezar las corridas, recogían, hacían leva de gente que transitaba por las inmediaciones de la plaza, y por fuerza la obligaban á ver la funcion.

Tal es el carácter de los españoles.

Les niegan una cosa á que creen tener derecho, y ¡ay del que les impida reclamarla hasta con violencia!

Les conceden como gracia lo que es suyo, y entónces lo desprecian.

Hacen bien: que no hay concesion cuando existe derecho.

Necesariamente decae entónces la fiesta española, y la asistencia á ella cada vez es más escasa.

Pero vuelve á España el rey Fernando VII, y cuando todos esperaban, conociendo su aficion, que las corridas de toros tomarían gran incremento, se encuentran con que en 1814 da un decreto suspendiéndolas.

Asombrados todos, hacían sobre ello diferentes conjeturas y suposiciones.

Decían unos que semejante determinacion obedecía á consideraciones puramente políticas.

Creían otros que, dada la aficion del rey por el espectáculo, y conociendo la decadencia en que se hallaba, no había medio más eficaz para levantarle y hacerle volver á ser lo que fué, que prohibirle por un poco de tiempo.

Ambas versiones son admisibles.

Ello es que al siguiente año de 1815 levantó la prohibicion.

Sostuvieron desde entónces dignamente las fiestas de toros Francisco Herrera Rodríguez, Antonio Ruiz (el Sombrerero), Juan Jiménez (el Morenillo), Juan Leon, y otros, siguiendo unos el estilo de Romero, y otros el de Pepe Hillo, segun sus inclinaciones ó temperamento; pero no mejoraron la lidia. Se concretaron á ejecutar más ó ménos perfectamente las suertes escritas.

Conociendo entónces el rey Fernando VII, por lo que sus consejeros le expusieron y por lo que la opinion pública manifestaba, la necesidad de enseñar al que se dedicase á esta profesion (imposible de desarraigar de España en mucho tiempo) siquiera los rudimentos del arte, creó y fundó en Sevilla, por real órden de 29 de Mayo de 1830, una escuela de tauromaquia, á cuyo frente puso como maestros al gran Pedro Romero y al célebre Jerónimo José Cándido.

En ella entraron como discípulos los que luégo fueron pri-

meras figuras del toreo, y allí enseñaron prácticamente aquellos maestros á todo el mundo la conveniencia, mejor dirémos, la necesidad de sostener un establecimiento como aquél, en que al valor se le sujetaba con la calma para reflexionar, y á la inteligencia se la dirigia para estudiar el modo de evitar desgracias.

Esto, sin embargo, se criticó mucho entónces y más despues, y la escuela murió á poco tiempo de crearse.

Las corridas de toros continuaron, á pesar de ello, cada vez con más contentamiento del público, lo mismo en Madrid que en las provincias.

La semilla de los buenos toreros se habia echado en aquella escuela: estuvo poco tiempo en tierra, pero no pudo ser mejor el fruto.

Llega el año de 1832, y se presenta en la plaza de Madrid un discípulo de dicha escuela, el inolvidable maestro Francisco Móntes.

A las primeras corridas se apodera de las simpatías de todas las clases de la sociedad, el pueblo se entusiasma, los potentados le agasajan, las damas le obsequian, y la aficion crece, se ensancha, se aumenta prodigiosamente.

Antes de una docena de años, como si fuera poco un hombre tan grande en la arena y no bastaran para acompañarle en ella los que con él alternaban, surgen al mundo tauróınaco los célebres Cúchares y el Chiclanero, que asombran á los espectadores con su diversidad de suertes, y más que nada con la precision, serenidad, valentía y gracia con que las ejecutan.

Esta es la *época del renacimiento del toreo.* Durante ella, y desde la aparicion de Móntes en el ruedo, todo fué animacion, todo alegría, todo entusiasmo.

Las cuadrillas, tanto de á pié como de á caballo, eran notabilísimas; y para que todo fuera completo, á la antigua casta jijona de toros reemplazó con ventaja la de los Veragua, Gómez, Torre Rauri y otras.

Esta que pudiéramos llamar la edad de oro del toreo, tuvo de duracion unos veinticinco años, y en este tiempo, ademas de los antedichos, se dieron á conocer otros notables maestros, que alternaron dignísimamente tanto en Madrid como en provincias.

No citamos sus nombres.

¿A qué, si todo español los conoce? ¿Si sus nombres tienen que sonar siempre en los oidos de todo buen aficionado?

Esto por un lado: que aparte de ello, nos hemos propuesto no citar nombres de lidiadores que hoy viven, relegando á la segunda parte de este libro, como sitio más á propósito para ello, el juicio crítico individual de cada uno de los diestros muertos ó vivos, segun nuestro leal saber y entender.

Circunstancias difíciles de apreciar si no se examinan bien, políticas por un lado, económicas por otro; ambiciones de unos y exigencias de otros, han contribuido, y no poco, á que no sea tan grande como sería de desear, y hay derecho á esperar, el número de los buenos lidiadores, tanto de á pié como de á caballo.

En éstos principalmente, fuerza es confensarlo, es cada dia menor el personal que sirve para picar toros.

Los banderilleros, en general, tienen mucho que aprender, si se han de parecer á las excelentes cuadrillas *completas* que hubo un tiempo.

La suerte de recibir, suprema del toreo, se va perdiendo de la memoria. Pasan años sin que la veamos ejecutar.

Deben, pues, los toreros estudiar, fomentar el arte, queriendo trabajar, demostrando aplicacion.

No es esto decir que la funcion esencialmente española se halle hoy en absoluta decadencia.

El que tal afirme no dice verdad.

Pero puede estarlo, si los lidiadores no se esfuerzan y el público sigue con el gusto pervertido.

Porque no basta tener aficion al espectáculo; es preciso reconocer el mérito en quien le tenga, sin cuidarse de afecciones personales: alentar al principiante que muestre disposicion para la lidia, y no convertir en apasionada envidia la noble emulacion que debe haber entre los lidiadores que en algo se estimen.

El espectáculo, como funcion pública, cautiva hoy como nunca al público en general; por él muestra mayor entusiasmo que por ningun otro: aprovechen, pues, los toreros actuales esta favorable disposicion, y los que les sucedan los imitarán, y tal vez perfeccionarán las suertes ó inventarán otras que continúen dando sustento y vida á nuestras corridas de toros, envidiadas por los extranjeros.

CAPITULO IV.

COMPARACION ENTRE LAS FIESTAS DE TOROS Y OTROS ESPECTÁCULOS.

Que entre gustos mil
y mil gustos más,
lo que gusta á Gil
le disgusta á Blas.

W. AYGUALS DE IZCO.

Hemos trazado muy brevemente en los capítulos anteriores una compendiosa historia del toreo, porque en el curso de esta obra hemos de ir marcando con la extension que el asunto requiere, fechas, épocas, adelantos y detalles que aquí hubieran parecido prolijos.

No han de echar de ménos nuestros lectores pormenores ni documentos, en gran parte inéditos.

Pero ántes, ya que no encontremos en el libro sitio mejor para ello, queremos comparar nuestra fiesta favorita con los demas espectáculos.

Pocos escritores se han atrevido, hasta ahora, á intentarlo extensamente, y nosotros tenemos comezon por vindicar á los españoles aficionados, del estigma que sobre ellos quieren lanzar los que *ladran á la luna*.

Nuestras fuerzas son pocas, lo conocemos; pero tenemos fe, valor y constancia, y con esto y la razon por nuestra parte nos consideramos vencedores.

Adelante, pues.

Vamos á entrar en un terreno resbaladizo.

Toda comparacion es odiosa, y mucho más cuando la pasion domina.

Si cada nacion, cada pueblo, cada individuo tiene ó muestra predileccion por una cosa, por un objeto, por un espectáculo determinado, los demas le han de parecer incoloros, insulsos ó detestables tal vez.

Y entónces, inútil es querer convencer á nadie de lo contrario.

Pero si desapasionadamente se oye la razon, fijándose en los hechos, ateniéndose á lo justo, y dando á cada cosa, ó funcion, lo bueno y lo malo que en sí tengan, se formará exacto juicio de las ventajas ó perjuicios que aquellos espectáculos ocasionen.

Esto es indudable.

Por eso nosotros, cumpliendo con lo que en el primer artículo ofrecimos, vamos á hacer, aunque ligeramente, un estudio comparativo de los demas espectáculos hoy conocidos y en uso, con nuestras fiestas de toros.

Tenemos la seguridad de demostrar palpablemente que no son éstas peores que aquéllos, ni por sus efectos, ni por sus condiciones generales; y esto nos anima, como es natural, á persistir en nuestra opinion.

Antes de empezar, pedimos la vénia á los partidarios por conviccion, por temperamento ó por interes, de cualquier otro espectáculo, para que no se den por ofendidos si alguna palabra les daña: que nuestro ánimo no es perjudicar á otros, sino defendernos de inmerecidos ataques.

Aparte de que, bien mirado, no escasean nuestros contrarios los sarcasmos, injurias é improperios: como si por esto tuvieran más razon al ofendernos.

Y justa es la represalia.

Entremos en materia.

En todos los tiempos, y especialmente en los antiguos, cuanto más valiente era un pueblo, cuanta mayor era su potencia en elementos de riqueza y bienestar, más grandes, más asombrosos eran los espectáculos que se proporcionaba.

Así vemos instituir fiestas determinadas para regocijo de los pueblos á los griegos, romanos, celtas, judíos, indios, asirios, etc., con cualquier motivo, en celebridad de cualquier acontecimiento fausto, ó para conmemorar sucesos notables por cualquier concepto; siendo las diversas religiones por cada pueblo observadas elemento principal de sosten y de organizacion de sus fiestas favoritas, y dándoles un carácter más viril, más enérgico, más dulce ó más sensual, segun fueron más ó ménos valientes, más ó ménos afeminados, más ó ménos viciosos ó lúbricos.

La música y la danza son indudablemente las que más antigüedad cuentan, y de ellas nos ocuparémos en primer lugar.

¡La música! ¿Puede negarse la importancia que siempre ha tenido, y el puesto que hoy en el mundo ocupa el arte *divino?*

Sería locura dudar de lo que es evidente; pero aunque parezca atrevida la pregunta, ¿la música *por sí sola* es ó puede constituir un espectáculo que por espacio de dos, tres ó más horas, entretenga, divierta ó entusiasme á diez mil ó más personas sin cansarlas?

Contéstesenos *desapasionadamente,* y la respuesta no es dudosa.

No es posible tener quieta una gran muchedumbre tanto tiempo sin interrupcion, sin hablar y mirándose unos á otros, por muy educado que tengan el oído á las fusas, corcheas y compases.

Queremos conceder que algun notable aficionado, un profesor entusiasta, en ocasiones dadas, sienta excitada hasta tal punto su sensibilidad con los preciosos acordes que escuche, que se *enajene* de deleite, siquiera sea por poco tiempo: pero ¿sucederá otro tanto á la mayoría inmensa de los concurrentes?

Con perdon de los filarmónicos, tendrémos precision de decir que no llegará á un diez por ciento el número de los que, pasada la primera media hora, presten atencion á las notas musicales con preferencia á los ojos ó á las galas de una mujer.

La música es innegable que *deleita* como pocas cosas en el mundo; hasta *dicen* que produce éxtasis en muchas personas cuya sensibilidad es ó debe ser muy exquisita.

En cambio, otras seguramente se verán molestadas por el ruido de un piano, que tal vez les estorbe oir palabras de amor ó promesas de empleos, y renegarán de ella.

Y al contrario, oyendo tocar la jota ó las seguidillas en la guitarra al barbero de su pueblo, habrá paleto que se llenará de júbilo.

Pero aunque el rapabarbas la haga hablar, aunque tenga manos de oro, más que de escuchar el sonido de la guitarra, gustará el paleto de conversar con su amor y atender con más interes á *los bajos* de las mozas que al compas bailen, que al punteado de la vihuela.

Cada uno tiene sus gustos, y no todas las ocasiones son oportunas para oir música.

Es un arte que da gran realce á cualquier espectáculo en que no sólo tome parte el oído, sino tambien la vista, bien sea religioso, bien profano.

Es decir que la música cuando hace mejor papel es *acompañando* á otra cosa, á otro acto, á otra funcion, como á la ópera, al baile ó á las corridas de toros.

En estas últimas, sin embargo, es donde juega más insignificante papel: está reducido á aumentar el ruido y la algazara, sin que nadie se cuide de las acordes notas que producen los bellísimos sonidos que *dicen* causan *arrobamiento;* y allí es donde queda malparado el gran poeta que dijo:

«La música las fieras domestica,
y en nuestro corazon, de las pasiones
los instintos salvajes dulcifica.»

Porque las fieras salen al coso, y aunque oyen música, cada vez se embravecen más; y si alguna huye, es debido al castigo que le da el hombre.

¡Valiente confianza puede tener el torero, ó el que no lo sea, en que, tocando la mejor sonata escrita ó por escribir, un toro que se le acerque ha de parar en la mitad de su carrera, ó no le ha de acometer nada más que por el efecto que en sus orejas produzca la música!

Pero en la ópera, que es donde se ve lo sublime del arte, hay que alegrarse, entristecerse ó sentir, como el autor del *spartito* quiere que el auditorio sienta.

Esto debe ser verdad, porque lo dicen muchos y no hay por qué negarlo.

Habrá alguno ó algunos que oirán la música de la mejor sonata de Beethoven sin emocionarse, sin sentir lo que el autor dicen quiso se sintiera al escucharla; pero no hay regla que no tenga una, ciento, mil ó más excepciones.

Aunque nosotros no les tengamos lástima á los que dicen que la música es el ruido que ménos les incomoda, comprendemos que otros se la tengan.

Precisamente el deseo de que los demas quieran lo que nosotros queremos, es uno de los defectos de la condicion humana.

No dejan, sin embargo, los antifilarmónicos de tener razon cuando oyen una murga desentonada que atormenta sus oídos despiadadamente con mucho metal, ó con mucho bombo y platillos, ó con infernales redoblantes.

Esto no hay cuerpo que lo resista; y hay que huir de aquel sitio como alma que lleva el diablo, si no se quiere perder el oído y la cabeza, sufrir un ataque de nervios, y renegar para siempre de la música.

Démosles en esto la razon. Pero una murga no es la música: es la degradacion de ésta; es la novillada de aldea, con relacion á una fiesta real de toros.

Dicen tambien los antifilarmónicos que, siendo lo mejor, ó debiendo serlo en música al ménos para entretenimiento como espectáculo, la ópera, léjos de causarles pena, tristeza ó angustia la escena, por ejemplo, en que el tenor ó la tiple mueren cantando, les produce risa y deseo de burla.

Afirman que no es verdad que la música conmueva las fibras del corazon humano, como aseguran sus apasionados, y para probarlo, nos dicen:

—Hemos visto muchas personas amantísimas del arte musical, inteligentes, profesores distinguidos, asistir á la audicion de los mejores trozos de música de cuantos autores se conocen. Todos, absolutamente todos, prestando una atencion extraordinaria, aguzando el oído, abstrayéndose de cuanto á su lado había, abriendo los ojos desmesuradamente, encarnándose, digámoslo así, en la composicion musical, cuyas melodías tristísimas, segun ellos, debían conmoverlos. Notas dulcemente sensibles y tristemente penetrantes. Pero nada, ninguno lloraba.

Y añaden:

—Léjos de verlos tristes, bajo la impresion de aquella

sonata ó lo que fuera. al acabarse, los observamos entusiasmados, eso sí, pero contentísimos y alegres. Luego la música hace en ellos el efecto contrario al que el autor se propuso.

Replicamos nosotros, haciéndoles observaciones y manifestándoles que los secretos de la música no son para comprenderlos gente profana al arte, y aquí nos atajan el paso, diciéndonos:

—Como nosotros es la inmensa mayoría de los habitantes de todos los pueblos; nuestros oídos no están educados para apreciar todas las bellezas de la música, y como en su audicion no gozamos más que relativamente y por poco rato, han de confesar los apasionados al arte musical que ésta no es bastante para entretener á un pueblo entero. y que, como funcion pública, es necesario limitarla á corto número de espectadores, de esos que la entienden, al ménos hasta que la educacion musical cunda y se propague á todas las clases sociales.

Éstas se recrean más con las corridas de toros, no hay que dudarlo.

Es más perceptible para ellas el encanto que les produce lo real y positivo, que lo figurado é ideal.

Sienten y gozan con lo que á la vista tienen. y no se alimentan con ilusiones.

Y tanto demuestran su sentimiento, que si en la corrida de toros hay una desgracia, el terror en unos, la pena en muchos y el disgusto en todos, se refleja inmediatamente.

Porque en esto hay verdad; y en la música, si no se *idea-*

liza el oyente, si no se trasporta á los espacios imaginarios, no experimentará nunca terror ni pena.

En lo otro habrá mérito, pero hay ficcion; y la comprension humana instintivamente separa en el acto la verdad de la mentira.

Así aquéllos para quienes la música es un entretenimiento al que facilmente renuncian, afirman que *no es verdad que el corazon sienta lo que dicen que quiere decir* la composicion musical, sino que es una cosa agradable en algunas ocasiones, sobre todo no cuando se oye, sino cuando se escucha; que ni hace reir ni llorar, y de que se prescinde por mirar un traje las mujeres, ó por hablar de éstas los hombres.

—En los toros, ¿se habla de otra cosa que de la lidia?—nos preguntan.

Y tenemos que confirmar su aserto, porque es verdad que ni hombres, ni mujeres, ni niños piensan allí en otra cosa que en los múltiples accidentes de la lidia.

Allí se olvidan todas las penas. La no interrupcion del espectáculo contribuye mucho á esto, porque no permite que la imaginacion se aparte un momento de lo que tiene á la vista y tan poderosamente la preocupa.

Y fundándose en esto, dicen los tenaces impugnadores de la música:

—Si ésta no hace llorar, ni reir, ni ensoberbecerse, ni aborrecer, ¿qué fibras del corazon toca? Concedemos que deleita, agrada, gusta la buena música, que puede escucharse un rato sin que moleste; pero concédasenos al mismo tiempo

que la fiesta de toros tiene más de magnífica, ostentosa é interesante, que el mejor concierto de las mejores obras. Y si no. ejecútese éste en un local en que los oyentes no puedan lucir sus galas, ni entretenerse en conversacion alguna amorosa ó política, y será muy escaso el número de los concurrentes. No hablamos por hablar, sino que la experiencia lo ha demostrado, con gran desencanto de los que han creido que una buena orquesta por sí sola, donde quiera se coloque, donde quiera empieza á hacer sonar sus armoniosos sonidos, allí lleva gente.

¡Amarga decepcion para el arte de Orfeo!

—¿Sucede esto con las corridas de toros?—vuelven á preguntar.

Y cansados ya nosotros de su persistente tenacidad, les concedemos mucho, les criticamos algo, y para no fatigar más á nuestros lectores, los enviamos *con la música á otra parte.*

*
* *

Tratemos algo del baile, que es uno de los espectáculos principales y más antiguos.

Veamos si en él encontramos la *moralidad* que dicen los extranjeros falta á las corridas de toros.

Veamos si no tiene nada de *ridículo*.

Juzguemos desapasionadamente acerca de los bienes y ventajas que reporta á la sociedad, y comparemos.

Sin remontarnos á los tiempos primitivos, en que tambien se bailaría de seguro, y si no que lo digan Adan y Eva, si hay

quien se lo pregunte; sin criticar al danzante rey David, que cuando él danzaba y tocaba el arpa sabría por qué lo hacía; sin querer de intento tratar aquí de las lúbricas danzas de la dueña del mundo, Roma, dirémos algo de tiempos más modernos.

No sabemos cómo se bailaría en España una danza que por fines del año 1500, poco más ó ménos, se llamaba la *Alemana*, y estuvo muy en uso; pero debía ser decente, aunque fria y sosa como los individuos de la nacion á que alude su nombre, cuando Lope de Vega, cuarenta años despues, la echó de ménos como honrada, al criticar la *Chacona*, baile nuevo que ofendía la virtud, la castidad y el decoro de las damas con sus acciones gesticulares.

Ya empezamos con la moralidad.

Más tarde se bailó las *Folías*, que dicen no era danza tan decente como la *Pavana* y la *Gallarda*, ó al ménos no era de tan buen tono: la *Zarabanda*, la *Alta* y la *Baja*, y otros muchos, entre ellos el *Canario*, de rápidos movimientos, cabriolas, campanelas y *picaresco* traqueteo.

Luégo ya en nuestros dias todo el mundo sabe lo que eran el *Minué* (que han vuelto á poner en uso ahora), la *Gabota*, la *Cachucha*, la *Guaracha*, y tantos otros cuya lista sería interminable, y que, en especial los dos últimamente citados, tenían sus puntas de incitantes y traviesos.

No queremos tampoco hablar de las *Mollares*, el *Fandango*, el *Bolero*, el *Ole*, el *Jaleo* ni las *Sevillanas*, más incitantes, más picantes y más retrecheros, cuanta mayor sea la gra-

cia, el aire y el *aquel* con que la *bailaora* arquee los brazos, mire al cielo y luégo á la tierra, mate la araña, lleve y traiga el mundillo con temblores, molinete, estremecimientos y paradas en firme.

Son estos últimos bailes tan españoles, que no debemos hablar contra ellos.

Ademas de que nuestro fin no es desautorizar, criticar ni decir nada en contra de los demas espectáculos sino en cuanto baste al objeto que nos hemos propuesto.

Demostrar, en una palabra, que no es el peor de los espectáculos la funcion de toros, sino que lleva ventajas á los demas.

Pero, volviendo á referir algo del baile y la danza, ¿no es ridículo, no parece altamente risible, un hombre hecho y derecho dando saltos y haciendo piruetas, moviendo los brazos como si cazara moscas, en medio de un escenario?

¿No excita á la burla un hombre dando vueltas en un salon al compas del atolondrado vals, echando al aire las aletas del obligado frac, cuyos faldones parecen un par de banderillas colocadas en la parte posterior del individuo?

¿Y es muy moral apretar el pecho del galan al escotado seno de la dama que con él valsa?

Vaya, señores moralistas que tanto malo encontrais en las fiestas de toros, no nos hagais hablar, que entrando en el terreno de las comparaciones, sois vencidos.

Os dirémos que no sólo es inmoral, sino repugnante en alto grado, ver en un salon cien parejas ó más, apretadas, es-

trujadas unas con otras, bailando lo que se llama bastante significativamente la *polka íntima*.

Que la desnudez completa de las actuales bailarinas es vergonzosa, y sus movimientos sin gracia, obscenos y asquerosos.

Que lo son mucho más y en grado más escandaloso, si es posible, los *cancanes* importados de la culta Francia y todos los bailes de allí venidos, en que no se ve más que andar de puntillas una mujer desnuda, sacudir las piernas (casi siempre alambres) por todo lo alto, formando con ellas un ángulo tan abierto, tanto, tanto, que parecen línea recta.

Y no es que nos asuste ver nada de esto.

No somos mojigatos, ni mucho ménos. Dejamos siempre en completa libertad á todo el mundo de hacer y decir cuanto se le antoje, si no perjudica á tercero.

Al que no le guste una cosa, que no la vea, si puede evitarlo.

¿Dirémos algo de los bailes de máscaras? Casi nos debíamos ceñir á relatar las tan conocidas frases de Larra: «Allí hay madres que andan buscando á sus hijas, y muchos maridos á sus mujeres, sin encontrarlas».

Pero añadirémos: ¿Y la moralidad?

Ni rastro ha dejado á su paso, si es que por allí ha pasado alguna vez.

Claro es que en absoluto, ya lo hemos dicho ántes, no pueden tomarse nuestras afirmaciones; por distintas causas y en diversas ocasiones debe exceptuarse algo.

Por lo mismo, creemos que nuestros detractores no dirán tampoco en absoluto que cuantos ven las corridas de toros son bárbaros é inmorales.

Pero no podemos consentir ni dejar pasar que muchos danzantes ó aficionados al baile critiquen como inmorales las corridas de toros, cuando es sabido, y tan palpablemente dejamos demostrado, que lo son mucho más los bailes.

Estos, ademas de los vicios que despiertan, de lo que á la moral ofenden, de lo que á la dignidad repugnan, de lo que á la sociedad pervierten, afeminan a los hombres, los hace pusilanimes, endebles y cobardes.

¿Qué sentimiento noble, qué idea de lo grande, de lo heroico, puede caber en el pecho de un jóven que por ocupacion frecuenta los bailes, por inclinacion no conoce ni trata más que danzantas, y por costumbre no usa más armas que el baston de junco ó el abanico de seda?

No envidiamos su suerte, ni la de la nacion que por su desgracia tuviese muchos individuos de tal calaña.

Por eso no queremos de ningun modo que nuestro pueblo se parezca en nada al que se forme de entes que, léjos de hacer alarde de valor, fuerza é inteligencia como cumple al hombre, no piensen mas que en la vida disipada del sibarita y en los goces del dinero.

¡Pobre nacion donde tal suceda!

Cuatro soldados y un cabo penetrarian impunemente en un pueblo, aunque tuviera cincuenta mil almas, y le impondrían su voluntad.

Porque nadie los resistiría.

Afeminados los unos, cobardes por lo tanto, y temerosos los otros de perder la vida, y con ella los goces á que tanto apego tienen los que para nada estiman lo necesario que es á la educacion de un pueblo hacerle fuerte, inculcarle máximas para que sea valiente, para que desprecie la vida en ocasiones, sería imposible la defensa.

Pero ya hablarémos de esto más adelante.

Nos hemos apartado, sin querer, del camino que nos habíamos trazado.

Sigamos en él, y aunque de pasada, hablemos algo de los ejercicios acrobáticos y gimnásticos.

*
* *

El mejor de éstos, el de más mérito, el más esmeradamente ejecutado, ¿puede compararse á una corrida de toros, por mala que sea?

Conteste por nosotros el lector, y aunque sea aficionado á la gimnasia ó á los ejercicios hípicos, díganos con franqueza si puede competir un espectáculo con otro.

Comprendemos la necesidad en muchas ocasiones de ejercitarse en la gimnasia, como medida higiénica aconsejada por la medicina; conocemos tambien el goce particular que el jóven siente al practicarla en el trapecio, en las paralelas y haciendo planchas; sentimos asimismo el gusto especial con que monta un buen caballo, le enseña, le amaestra, y le luce y hace lucir en todas partes.

Bajo cierto punto de vista, todo esto es bueno y agradable.

Mas desde el momento en que se quiera hacer de ello un espectáculo público, tiene que ser de los llamados de tercera clase. No puede, por lo tanto, aspirar siquiera á que se intente ponerle enfrente de las corridas de toros: está muy por bajo.

¿Qué diversion ofrece, por ejemplo, una infeliz muchacha balanceándose en una cuerda. ó dando saltitos sobre un caballo, diez, veinte ó treinta veces?

¿Qué puede gozar el espectador, viendo trabajar en un trapecio á gran altura, en la escalera aérea ó en la percha peligrosa? Nada; cuando más, admirar el valor, el arrojo y el atrevimiento de un hombre que, despues de todo. no sabe hacer más que aquello, es decir, que siempre hace lo mismo y del mismo modo.

Él hace lo que quiere hacer, lo que ha aprendido; no lo sujeta á la voluntad de otro, sino que no va más allá de donde él quiere.

El torero tiene que estudiar en el terreno cada caso nuevo que le ocurre: el toro demuestra distintas inclinaciones, y á ellas se atempera el torero para vencerle: no hace siempre lo que quiere, sino aquello que le permite la condicion del toro, estudiándola en el acto, en el mismo momento.

¿Dónde hay más mérito?

Hemos querido reducir á la individualidad del *artista* la comparacion entre una y otra clase para hacer más perceptible nuestra demostracion, no con ánimo de ofender.

Dudamos si hablar ó no de esos niños descoyuntados y ra-

quíticos que *compran* ó roban los saltimbanquis para enseñarles arriesgados ejercicios, ó exponerlos ridículamente como marmotas; de esas niñas agraciadas á quienes explotan gentes sin conciencia, las aplauden cuando trabajan en el trapecio, en la cuerda ó en el caballo, y mueren en su mayoría pobres y jóvenes en un hospital.

Mejor es dejarlo. No tenemos la intencion de que en nuestro libro haya nada que incline á la tristeza; pero permítasenos decir: ¿Y esto es más moral que las corridas de toros?...

Tócales el turno ahora á las funciones teatrales: su importancia, que la tienen en primer grado, merece que el asunto se trate despacio, y para ello empezarémos capítulo aparte.

CAPITULO V.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

«Si los espectáculos cultos, léjos de enseñarme algo y de educar y desarrollar mis buenos instintos, ponen de manifiesto ante mis ojos un mundo de inmoralidad y una exuberancia de lujo que ciega mis ojos sin tocar al corazon, hoy más que nunca tengo derecho á mis corridas de toros.»

PEÑA Y GOÑI.

El mejor de los espectáculos públicos, el que más interesa, el que más instruye, el que más debe moralizar las costumbres de un pueblo, es el teatro.

En él deben ponerse de manifiesto las prodigiosas obras del entendimiento humano, esas magníficas creaciones que, emanadas del estudio y del talento, llevan en sí un destello divino que asombra al mundo, deleita al espectador y forma parte de la gloria de la nacion que cuenta en su seno séres privilegiados que tales obras producen.

El llanto, la risa, las acciones heroicas, los mil encontrados afectos del corazon humano, con cuantas derivaciones de

él se desprenden, deben retratar en la escena las pasiones, los vicios y virtudes del mundo antiguo y moderno.

Unas veces para enseñar, para imitar lo noble y honrado: otras para criticar, para castigar lo inmoral, lo perverso.

Aquello, para ensalzarlo; esto, para aborrecerlo.

Siendo esto así, en la conciencia de todos ha de estar forzosamente la idea de que mayor aficion ha de tener al teatro la persona instruida, la de mejores instintos, que la ignorante ó embrutecida, suponiéndose con fundamento que aquélla va á presenciar las representaciones por el grato solaz que le proporciona una obra discreta por su estructura, por el buen desempeño de los artistas que la interpretan, y los demas atractivos que encierra el teatro en sí.

Pero cuando en vez de una obra bien escrita, se encuentra el espectador con un mamarracho mal pensado y peor urdido: cuando cree proporcionar á sus hijos una leccion saludable y los lleva á ver un manojo de desvergüenzas: cuando en vez de artistas de talento que saben y comprenden lo difícil de su cometido, se halla con cuatro ignorantes descocados y atrevidos, entónces ya no es posible mostrar aficion al teatro.

No hay espectador que pueda concebirle más que como un medio de matar el tiempo.

O bien como punto de reunion de cuatro bellezas equívocas y de una docena de holgazanes, para quienes la funcion es lo de ménos.

Por desgracia, esto va extendiéndose más de lo que podria esperarse.

Y como la humanidad, cuando no hay freno que la guie, se inclina siempre y fatalmente más á lo malo que á lo bueno, sucede que el teatro se ve rara vez frecuentado si las obras son buenas, y completamente lleno si son abortos de la imaginacion de algun extraviado poeta ó de ignorante aprendiz.

Así se estraga el gusto y se pervierten las ideas. Más daño hace esto á la juventud, que cuantas corridas de toros habidas y por haber se hayan celebrado ó celebren.

Y esto no es precisamente de ahora.

Hace ya tiempo que el daño está conocido y que se ha tratado de ponerle remedio; pero no se consigue.

El por qué, no es para tratarlo en este lugar.

Ni conduce á nuestro objeto, que es el de demostrar que áun el mejor de los espectáculos, reconocido como tal generalmente, encierra en sí, dadas sus condiciones actuales, más gérmen de inmoralidad que las corridas de toros.

Mucho diríamos en apoyo de nuestra proposicion, porque mucho puede decirse: pero como se nos ha de suponer apasionados en un sentido, é incompetentes en otro, ahí va lo que sobre el teatro, tal cual era á principios de este siglo (y que por cierto no ha mejorado), escribía el gran Moratin, cuya competencia no puede ponerse en duda.

Decía así:

«Nadie ignora el poderoso influjo que tiene el teatro en las ideas y costumbres del pueblo: éste no tiene otra escuela ni ejemplos más inmediatos que seguir que los que allí ve, autorizados en cierto modo por la tolerancia de los que le gobier-

nan. Un mal teatro es capaz de perder las costumbres públicas; y cuando éstas llegan a corromperse, es muy difícil mantener el imperio legítimo de las leyes, obligándolas á luchar continuamente con una multitud pervertida é ignorante.

»En las comedias antiguas que se representan parece que apuraron nuestros autores la fuerza de su ingenio en pintar del modo más halagüeño todos los vicios, todos los delitos imaginables, no sólo hermoseando su deformidad, sino presentándolos á los ojos del público con el nombre y apariencias de virtud.

»Las doncellas admiten en su casa á sus amantes miéntras el padre, el hermano ó el primo duermen; los esconden en su propio cuarto, salen de su casa y van á buscarlos á la suya para pedirles celos ó darles satisfacciones; huyen con ellos y se abandonan á los extravíos más culpables de amor, como pudieran las mujeres más perdidas y disolutas. La autoridad paterna se ve insultada, burlada y escarnecida.

»El honor se funda en opiniones caballerescas y absurdas que en vano han querido sofocar y extinguir las leyes, miéntras el teatro las autorice. No es caballero el que no se ocupa en amores indecentes, rompiendo puertas, escalando ventanas, ocultándose en los rincones, seduciendo criados, profanando, en fin, lo más sagrado del honor, y atropellando aquellos respetos que deben contener las pasiones más violentas de todo hombre de bien.

»No es caballero tampoco el que no fía su razon a su espada, el que no admite y provoca el desafío por motivos ri-

dículos y despreciables, el que no defiende el paso de una calle ó de una puerta á la justicia, haciendo resistencia contra ella, matando ó hiriendo á cuantos le amenazan con el nombre del rey, y abriéndose el paso á la fuga, que siempre se verifica sin que estos delitos se vean castigados, como era consiguiente, sino ántes bien aplaudidos con el nombre de heroicidad y de valor.

»En otras piezas, el personaje principal es un contrabandista ó un facineroso, y se recomiendan como hazañas las atrocidades dignas del suplicio. En una palabra, cuanto puede inspirar relajacion de costumbres, ideas falsas de honor, quijotismo, osadía, desenvoltura, inobediencia á los magistrados, desprecio de las leyes y de la suprema autoridad, todo se reune en tales obras, y éstas se representan en los teatros de Madrid, y el gobierno lo sufre con indiferencia.

. . . .

»Si el teatro es la escuela de las costumbres, ¿cómo se corregirán los vicios, los errores, las ridiculeces, cuando las adula el mismo que debiera enmendarlas, cuando pinta como acciones dignas de imitacion y aplauso las que sólo merecen cadena y remo? Si observamos, con harta vergüenza nuestra, en las clases más elevadas del Estado una mezcla de costumbres indecentes, un lenguaje grosero, unas inclinaciones indignas de su calidad, unos excesos indecorosos que escandalizan frecuentemente la modestia pública, no atribuyamos otra causa á este desenfreno que la de tales representaciones.

»Si el pueblo bajo de Madrid conserva todavía, á pesar de

su natural talento, una ignorancia, una rusticidad atrevida y feroz que le hace temible, el teatro tiene la culpa.»

. . . .

Esto decia á fines del siglo anterior el eminente escritor y autor dramático D. Leandro Fernández de Moratin.

¡Cuánto hubiera dicho y diría hoy si viera nuestros teatros!

Pocas, muy pocas, rarísimas son las obras más universalmente celebradas que no tengan alguno ó varios de los defectos apuntados por el regenerador de nuestro teatro: y se admiten y aplauden no sólo sin protestar contra la doctrina que exponen, sino que si álguien las critica razonadamente, no faltan escritores cuyas plumas salen á la defensa de lo malo, y gritando más y haciéndose eco de la perversion del gusto que por desgracia domina, consiguen hacer que pase y se tenga como bueno en el teatro lo absurdo, lo ridículo y hasta lo repugnante.

¿Qué es mejor, que la juventud aprenda por el ejemplo el medio de burlar la vigilancia de una madre ó el celo de un padre, ó que presencie una corrida de toros?

¿Le hará más daño ver ésta, cuando en ella no hay nada que excite sus sentidos ni á sensualidad, ni á avaricia, ni a ningun otro vicio, que asistir á la representacion de un drama en que se dé como cosa corriente el adulterio, la infamia y hasta el infanticidio?

¿Quieren que se prefiera ver las descarnadas formas desnudas de las infelices *suripantas* que figuran en asquerosos modernos espectaculos, que ha tenido la fortuna de no conocer

Moratin, á la delicada suerte de banderillas ó á la elegantísima de capear?

¿Admite comparacion el daño que pueda hacer en las costumbres la constante asistencia á los teatros *Bufos*, género grotesco nuevo que no dudamos llamar degradacion del arte, con el que remotamente puede suponerse origine, por ejemplo, la cogida de un torero?

Se dirá, y así se ha dicho repetidamente, que el espectador se familiariza, digámoslo así, con ver á menudo el derramamiento de sangre, y que esto embota en sus sentidos la idea del bien, despreciando ó haciéndole indiferente la vida de sus semejantes; pero á esto, que no tiene fundamento ni base, contestarémos con un ejemplo:

La hermana de la Caridad, ese sér débil en fuerzas como la más delicada mujer, ve frecuentemente, ya en los hospitales, ya en los campos de combate entre los estragos de la metralla, infinitos muertos y heridos que espiran en sus brazos retorciéndose por sus dolores y revolcándose en su sangre.

Y sin embargo, aquella pobre y tímida mujer no puede suponerse que haya perdido los sentimientos de caridad que constantemente practica, y á nadie le ha ocurrido decir que sus instintos empeoren, ni que la vista de la sangre vuelva feroz á la compasiva, criminal á la virtuosa, ni serpiente á la paloma.

Y lo mismo sucede en todas las clases. Ni el militar deja de tener honrados sentimientos porque en el campo de batalla acuchille á su enemigo, ni al ingeniero le falta caridad porque

en un canal haga trabajar con el agua á la cintura á los infelices condenados á tales penas, ni al arquitecto se le pueden suponer malos instintos porque ordene la colocacion de una veleta en el capitel de una torre, despues de haberse estrellado desde aquel sitio el primer obrero que intentó clavarla.

A fines del siglo pasado, un célebre filósofo de la Universidad de Ginebra escribía á Mr. D'Alembert: «¿Cómo es que la tragedia puede entre vosotros hallar espectadores capaces de soportar los objetos que les presenta y las personas que emplea en su accion? Ya un hijo mata á su padre, se casa con su madre y llega á ser padre de sus hermanos; ya otro hijo se ve asimismo obligado á degollar á su padre: tambien hay quien obliga á un padre á que beba la sangre de su propio hijo... La sola idea de semejantes atrocidades que ofrece la escena francesa para recreo del pueblo más dulce y humano de la tierra, estremece. No: yo sostendré, atestiguándolo con el asombro de los lectores, que las muertes de los gladiadores no eran tan bárbaras como estos horrorosos espectáculos. Es verdad que se veía correr la sangre, *pero no se afligía la imaginacion con unos crímenes que estremecen la naturaleza*».

El mismo D'Alembert se disculpó con Rousseau, hablando de tan espeluznantes tragedias, diciendo que, aunque el pueblo ilustrado asistiese á ellas no tanto para instruirse cuanto por sólo experimentar la conmocion que causan, no habría en ello delito ni mal, porque al fin es un espectáculo á que acudirían, por la sola necesidad que tienen todos los hombres de ser conmovidos.

Reconocida esta necesidad, decimos nosotros, ¿pueden admitir comparacion esos horripilantes dramas de brocha gorda con una funcion de toros?

Contéstese imparcialmente.

Y eso que nosotros, abundando en las ideas que llevamos emitidas, somos de la misma opinion que un notable escritor á quien hemos hecho referencia.

Las diversiones, sean las que fueren, todas serán buenas é inocentes, con tal que sean públicas.

Otra de las mayores razones que daban los antiguos impugnadores de las corridas de toros en contra de la moralidad de éstas, era la de hallarse mezcladas en los asientos de las plazas de toros gentes de ambos sexos y distintas condiciones; dando á entender, cuando ménos, que las palabras chocarreras del populacho podrían influir en la moralidad de las más morigeradas, pervirtiendo las costumbres de éstas.

Parécenos que nuestros lectores nos dispensarán la contestacion extensa que pudiéramos dar á tan trivial y hasta pueril afirmacion.

Se escribió en tiempos en que no les era permitido á las doncellas levantar los ojos del suelo (en presencia de sus padres), ni se permitía ningun hombre tener el sombrero puesto cuando se hablaba del rey.

No sabemos si entónces había más virtud ó más hipocresía; ó si lo sabemos, no lo queremos decir.

Querían entónces tener en los teatros á los hombres en el *patio* y á las mujeres en la *cazuela*, y por eso criticaban la

concurrencia á un mismo sitio de personas de ambos sexos en las corridas de toros.

Pero al fin esto era de dia, en pleno dia, y á la vista de todo el mundo.

¿Qué dirian hoy si vieran en galerías estrechas, de noche y á media luz ó casi á oscuras, si la funcion dramática lo exige, á hombres y mujeres todos mezclados, apretados y confusamente reunidos?

¡Serían de oir sus exclamaciones, si se les dijese que había habido un teatro en la capital de España, donde cantó una de las mejores compañías de ópera, en el cual hubo la feliz ocurrencia de titular *ignominia* á la más concurrida de las localidades por hombres y mujeres; tal era de estrecha, oscura é incómoda!

Pues en caso de criticarse aquello en los toros, parece que debiera serlo más en los teatros.

Ni éstos, es decir, ni por las funciones que en ellos se celebran, merece ser anatematizado el espectáculo, que es bueno en sí; ni porque alguna rara vez ocurra en las fiestas de toros un incidente desagradable puede llamársele bárbaro.

Malo y bueno tienen ambos espectáculos.

Aquél, el teatro, debiera tener más de bueno, y por lo tanto, serlo; pero, hablando claramente, ni lo tiene, ni lo es, hoy por hoy.

Las corridas de toros podrán tener algo de malo; pero ¡tienen tanto bueno!...

En todo caso, aplíquense los literatos á regenerar el teatro;

dótenle de producciones morales, instructivas, y de las condiciones que ellos deben saber mejor que nosotros, para elevarle hasta donde todos deseamos; hagan que el pueblo se instruya, se aficione á lo bueno, aprecie lo noble, leal y honrado, se despierte al eco de voces que canten grandes hazañas y nobles sentimientos, y, no lo duden, el teatro estará al frente de los espectáculos públicos.

Entre tanto...

CAPITULO VI.

CONCLUSION Y RESÚMEN DE LOS DOS ANTERIORES.

> La barbarie consiste en lanzarse el hombre al peligro sin los necesarios medios de defensa, y en la probabilidad, por consiguiente, de perecer víctima de su arrojo. . . . .
>
> Las diversas suertes que en las corridas de toros se ejecutan, en vez de excitar la ferocidad, lo que hacen es persuadir á la muchedumbre, más que podria conseguirse con una disertacion filosófica, de la gran superioridad de la razon sobre la fuerza bruta.
>
> López Martínez.

Hemos hablado ya en los precedentes artículos de los principales espectáculos hoy en uso que, por ser de distinta índole y diversas condiciones que las corridas de toros, pueden por su importancia colocarse enfrente de éstas y ser comparados con ellas, como lo hemos verificado.

Fáltanos decir algo acerca de otra clase de funciones públicas, que, si bien no pueden sufrir comparacion alguna con las corridas de toros, no por eso dejan de ser espectáculos públicos que pueden entretener más ó ménos á la multitud.

La elevacion de un globo aerostático ha sido y es una de

las diversiones más inocentes y agradables que pueden darse á un pueblo.

Pero su duracion es corta, es brevísima.

No puede entretener más que algunos minutos; y como la impresion que en el público produce es tambien muy pasajera, el hombre, para que ésta dure más, y en su afan de distinguirse, de hacer lo difícil y hasta lo que parece imposible, ha concebido la idea de elevarse con el globo, y la ha llevado á efecto.

Distintos aeronautas de ambos sexos (que tambien la mujer se atreve á cuanto el hombre se arroje) se han lanzado al espacio en débil barquilla; y por si esto fuera poco, muchos se han elevado asidos únicamente á un trapecio, haciendo planchas y molinetes en el aire, fiados en su buena ventura y en lo que la Providencia quiera hacer de ellos.

Efectivamente, esto causa alguna admiracion, y puede servir como adicion ó complemento á cualquier fiesta, ya que por sí solo no la constituye; pero no se crea que en ello no hay peligro.

Existe y grande, y no hay razon que le justifique.

No hablemos de los globos que para henchirlos no se les alimenta más que de humo, y en los cuales es facilísimo que el aeronauta al menor contratiempo se estrelle.

Ciñámonos á los construidos con sujecion á las exactas reglas de la ciencia, y que, sin embargo, ofrecen al que en ellos navega por el espacio poquísima seguridad.

De algo puede servirle la buena construccion de él: de

mucho tambien saber manejar el aparato respiratorio, abriendo ó cerrando á tiempo la válvula, que llamarémos de seguridad; pero ¿esto basta á dársela contra recios vendavales, contra obstáculos desconocidos?

Ahí está el ejemplo, entre otros, del desgraciado Mr. Arban, que ni él ni su globo han vuelto á parecer en la tierra.

En la corrida de toros el lidiador ve el peligro, estudia el modo de esquivarle hasta con gracia; si no puede huirle, le prestan auxilio sus compañeros, y en último caso, lo peor que puede sucederle es tener una cogida y ser herido; pero en el acto, en ménos tiempo del que se tarda en contarlo, se ve asistido y curado por distinguidísimos profesores, sin faltarle la más exquisita asistencia.

El aeronauta en peligro, ¿de quién puede recibir auxilio? ¿Quién puede protegerle?... Sólo Dios.

Y si se estrella contra una roca, ó se ve sumido en el mar, nadie, absolutamente nadie puede atender á curarle.

Será pasto de los cuervos ó de los peces. ¡Dichoso él si su caída es en poblado, que al ménos la caridad puede prestarle su ayuda!

*
* *

Una de las funciones que más en boga hay en algunas provincias de España, de Ultramar y del extranjero son las riñas de gallos. Las citamos sólo porque no se diga que las olvidamos.

Y debiéramos hacerlo. Es triste y brutal impeler uno contra otro á dos inocentes animales, nada más que por el gusto de ver morir á uno de ellos.

Hemos dicho mal: no se los arroja á la lucha por gozar de tan criminal placer, seamos justos. Es porque el dinero que se cruza en las apuestas interesa á los concurrentes.

Quítese el aliciente del sórdido interes, y las riñas de gallos desaparecerán de pronto. Como que no tienen más incentivo.

Hemos dudado mucho si deberíamos hablar acerca de una fiesta, más que bárbara, criminal y salvaje, que por fortuna, y dicho sea en honra nuestra, nunca ha tenido asiento en la valiente España.

Nos referimos al *pugilato:* á la lucha á muerte entre dos hermanos, que hermanos son todos los hombres.

Horroriza y da vergüenza pensar que, sólo por satisfacer el deseo de lucro y el vicio del avaro, los espectadores de una nacion, que no queremos nombrar por decoro de la Europa, apuesten sumas fabulosas en favor de uno ú otro de los contendientes que á puñetazo limpio se magullan el cuerpo, se rompen las mandíbulas, se saltan los ojos y concluyen por matarse.

Ni más ni ménos que si fueran gallos ó perros de presa.

¡Qué baldon!

En honor de la verdad, estas degradantes luchas, muy en boga á principios de este siglo, van ya siendo muy raras. Sin embargo, hará una veintena de años tuvo lugar una de ellas,

para presenciar la cual se trasladaron de la capital de aquella nacion, á pocas millas de distancia, más de treinta mil personas.

Cada cinco minutos salía un tren lleno de bote en bote de gente ávida de presenciar tan asqueroso y repugnante espectáculo, viendo á dos robustos jóvenes desnudos completamente de medio cuerpo arriba, y llenos de vida, luchar hasta encontrar la muerte entre los aplausos de la *malvada* muchedumbre que vitoreaba al vencedor.

¿Puede darse mayor ejemplo de barbarie?

¿Es posible acordarse siquiera de las corridas de toros para compararlas con tan atroz crímen?

Se nos dirá que las leyes de aquel país prohiben terminantemente tales pugilatos: es cierto; pero á esto dirémos que cuando la autoridad no puede por ménos de proceder contra el miserable asesino, cuando le es imposible hacer la vista gorda, como decimos en España, el Jurado impone tan ligeras penas al delincuente, que, léjos de considerarse como castigo, pueden estimarse como recomendacion para lo futuro, y como concesion de descanso y reposo para el presente.

—Despues de todo,—exclamarán los *humanitarios* habitantes de aquella nacion aficionados á tan criminal recreo,—¿qué vale la vida de un hombre ignorante y estúpido, comparada con el puñado de oro que ha ganado?...

Pasemos á otra cosa; que la relacion de estos ciertísimos hechos angustian el corazon y trasladan la imaginacion á los remotos tiempos de la barbarie.

Relatemos, por fin, otro espectáculo nacido fuera de España y que está en uso en diferentes naciones.

Las carreras de caballos.

Decimos de éstas lo que llevamos dicho de otros espectáculos que, sin ser repugnantes, ántes bien admisibles, no pueden competir de ningun modo con nuestra fiesta nacional.

En vano es que lujosos trenes y aristocrática concurrencia se empeñen en dar tono á la funcion: no tiene condiciones en sí para que como tal se la considere, y cuantos esfuerzos se hagan para conseguirlo serán inútiles.

Al espectador, al meramente espectador, le importa poco ó nada que un caballo corra más que otro: no se interesa por ninguno, y aunque quisiera, no se le da tiempo para ello.

¡Si la carrera de más duracion no llega á cinco minutos!

En tan poco tiempo, la emocion, aunque la hubiera, sería fugaz como un relámpago: pasan por delante del público los caballos como meteoros, sin dejar tras sí el más ligero rastro, y á veces sin poderse dar razon el espectador del número de caballos que corrían: y esto de media en media hora ó con mayor intervalo, sin que el tiempo intermedio le amenice cosa alguna.

¿Cuál de los sentidos, pues, es posible llegue á interesarse en tal espectáculo?

Sólo de un modo le concebimos: sólo de un modo hay emocion; pero es á tanta costa, que más vale no la haya.

Sucede esto cuando, por tropezar el caballo, por aguijonearle demasiado ó por otra causa, cae y arroja al jinete por las

orejas á gran distancia, dejándole en el suelo reventado ó poco ménos. Entónces sí, el espectador se emociona, pero tristemente: no goza, siente que por un pedazo de pan se inutilice un hombre, y donde había un cerebro inteligente, sólo se encuentre un cráneo hecho pedazos.

Quisiéramos que los defensores de estas funciones nos dijeran qué placer, qué deleite han encontrado cuando sucede una desgracia así. En las corridas de toros podrá tambien suceder una desgracia semejante, no lo negamos; pero como el torear constituye un arte, sujeto como tal á reglas fijas, el caso tiene que ser forzosamente más remoto, y áun pudiendo ocurrir, hay siempre á la proximidad gente que le evite. Lo que pudo ser un lance funesto, es casi siempre motivo de alegría y aplauso entre los concurrentes.

¿Quién salva al infeliz jinete de una caída terrible en las carreras de caballos? Nadie.

¿Y quién libra al picador de caer en las astas del toro? Todos, absolutamente todos sus compañeros.

En cuanto á la utilidad de las carreras de caballos, no la comprendemos ni como espectáculo, ni por ningun otro concepto. Será porque no nos la hayan explicado bien, demostrándonos sus ventajas; ello es que á nuestro alcance no han llegado.

Dicen que es un poderoso estímulo para el fomento de la cria caballar. Tal vez sea así. ¿Por qué dudarlo?

Mas á nosotros, poco aficionados á tal funcion, sólo nos ocurre decir que es indudablemente cierto que el caballo de

carrera para nada sirve más que para correr, y que porque un caballo corra mucho más que otro, no debe considerarse mejora en la raza sino relativamente.

El caballo de carrera no puede ser enganchado; de consiguiente, ni para tiro de carruajes en las ciudades, ni para labores del campo puede aprovecharse. Para montarle dentro de las capitales no ofrece mayores ventajas que los que no lo son, y para llegar en ménos tiempo de un pueblo á otro no se usa, y hasta es inútil, desde que los ferrocarriles y el telégrafo han acortado las distancias.

¿Por qué, pues, se da de valor á un caballo de esta clase tres, cuatro ó seis mil duros y á veces más?

¡Ah! En eso está el secreto.

Muy sencillo. Porque las carreras de caballos no son, como las riñas de gallos, otra cosa que un pretexto para el *juego;* porque si no se diera dinero al vencedor, si no se cruzasen apuestas entre los dueños de los caballos y los que no lo son, si no se procurase enriquecer uno con la ruina de otro, levantándose aquél y sumiéndose éste en la miseria, no existiria semejante espectáculo.

¿Y esto no es inmoral?

Se castiga, y con justicia, al que pone dos reales á un carton de lotería, y se tolera y hasta se autoriza al que sacrifica su fortuna al azar de un paso más de un cuadrúpedo.

Como que esto es de buen tono.

Vamos, no lo entendemos; dejémoslo, que en este mundo cada uno ve las cosas bajo distinto prisma.

REASUMAMOS.

Creemos haber probado claramente que las funciones de toros son de más atractivo, más espléndidas y magníficas y ménos inmorales que todas las demas hoy conocidas y en uso en las naciones de Europa.

Porque, con relacion á la música, ésta interesa en menor grado, no emociona tanto como cualquiera de los incidentes que en la lidia se originan, y sólo cuando va acompañada del canto y del aparato escénico puede entrar en comparacion con las corridas de toros.

Porque, respecto del baile, la inmoralidad está de parte de éste en casi todas las ocasiones, y cuando no, es insulso y sin aliciente para divertir honestamente á una gran muchedumbre.

Porque, respecto del teatro, tal cual es hoy y como le conocemos, tambien le lleva ventaja en cuanto á moralidad, si bien reconocemos que debe y puede ser el primero de los espectáculos públicos, si se varía de rumbo.

Que ni las funciones gimnásticas, acrobáticas ni aerostáticas pueden compararse de ningun modo con nuestra fiesta nacional, porque entrañan mayor peligro, divierten ménos y son más inmorales.

De las riñas de gallos y del pugilato nada digamos: probado queda que son altamente inmorales y estúpidamente bárbaras, y estamos seguros de que nadie defenderá lo contrario.

Y por último, que las carreras de caballos tampoco pueden entrar en comparacion con las corridas de toros, porque sobre ser aquéllas más frias, son más inmorales, puesto que están

basadas en el *juego*, y los juegos de azar tienen un capítulo en el Código penal.

Demostrado hasta la evidencia que la fiesta nacional de toros lleva ventaja á todos los demas espectáculos en animacion y alegría, y que es muchísimo ménos inmoral que la mayor parte de los que hoy se conocen, no se comprende el empeño que muchos pusilánimes ó... *interesados* demuestran por querer quitar á España la mejor de sus funciones, la más característica, la que no imitan á su pesar los extranjeros, y la que envidian éstos y aplauden todos sin excepcion al presenciarla, inclusos los que la combaten, las *mademoiselles* y *miss* de *extranjis* y hasta los niños de seis años.

¡Poderosa influencia de lo grande y extraordinario!

Si álguien dúda de esta verdad, le aconsejamos que vea seguidas un par de corridas de toros; le decimos lo mismo que el consabido cantar en seguidilla:

«El confesor me dice
que no te quiera,
y yo le digo: Padre,
¡SI USTED LA VIERA!»

y apostamos doble contra sencillo á que el afeminado opositor nuestro *se nos pasa* con armas y bagajes ántes de concluir un abono de seis corridas.

Hay cosas que no se discuten, que no pueden cuestionarse ni ser objeto de controversia, cuando uno de los contendientes no ha visto detenidamente el pro y el contra de ellas.

Al que no gane nada con que haya ó no corridas de toros, al enteramente imparcial y de buena fe, le dirémos para hacerle partidario nuestro: «Venga usted á nuestro lado tres corridas».

Y ántes de que llegue ese dia le describirémos como podamos lo que es una tarde de toros en Madrid.

El cuadro no sirve más que para los que no han visto el original; que los que hayan tenido este placer, encontrarán incorrecto el dibujo y pálidos los colores.

Figuraos, le dirémos, una ancha, magnífica y hermosa calle, como es la de Alcalá, una hora ántes de empezar la corrida, ocupada toda en más de dos kilómetros de extension por un gentío inmenso, cada vez más compacto y numeroso, que se acrecienta y aumenta considerablemente con otro que en abundancia le suministran las muchas calles y principales paseos que á la misma vía afluyen, como los alegres arroyos y los potentes y caudalosos rios desembocan en el mar.

Figuraos toda esta gente, en grupos más ó ménos numerosos, marchando en una misma direccion, más bien de prisa que despacio, alegre, decidora, y con un júbilo que se refleja en todos los semblantes de viejos y jóvenes, hombres ó mujeres.

Imaginaos los balcones de los elegantísimos edificios que forman la calle, llenos tambien de personas de distintas clases que admiran tal movimiento, tanta diversidad de colores en las ropas, tanta alegría en un pueblo, que tal vez en esto sólo tenga homogeneidad de opiniones.

Y en medio de esta calle, aumentando el ruido y la alga-

zara, contemplad un sinnúmero de carruajes de todas clases, desde el aristocrático landó, la elegante berlina, la vaporosa victoria, el ligero milord y la bonita jardinera, hasta el esbelto faeton, el modesto simon y el provocativo ómnibus madrileño, que en nada se parece al de las demas naciones.

Alguna vez, casi escondidas en modestísima tartana, se ven hermosas mujeres, de quienes al paso y ligeramente pueden apreciarse unos ojos negros, brillantes, capaces por sí solos de encender á medio mundo y quemar al otro medio.

Añadid á todo esto las voces de los vendedores de agua, flores, frutas y confituras; las de los cocheros; las campanillas de las mulas de los ómnibus; los sonoros y abundantes cascabeles de las colleras y quitapones, que, puestos en racimos sobre los caballos de un faeton, semejan, más que otra cosa, un soberbio ramo de flores de plata, que, á modo de penacho, sólo sabe mover con gallardía el garboso caballo español.

Y como si esto no bastara, al confuso tropel de que damos ligera idea aumentad un gran número de jinetes que, cada uno por su lado, unos en rucio caballejo de mala facha pero de buen andar, otros en overos andaluces negros como el azabache, de arrogante y altivo continente, y otros en yeguas inglesas de largo cuello y descarnadas manos, se mezclan y confunden entre la multitud, dirigiendo unos sus voces á la gente de á pié, y saludando otros, con la gracia que Dios ha dado únicamente á los nacidos en España, á la encopetada y preciosa dama, que con ojos de fuego, labios de coral y cútis de raso, responde desde su coche con la más cordial sonrisa.

No os pareis aquí: no os distraiga tanto bullicio, tanto movimiento, tanta animacion.

Si os sentis acometidos del mismo júbilo que se ha apoderado de las demas gentes, que sí os sentireis, porque no hay quien pueda resistir aquella fuerza de atraccion, seguid más adelante.

Traspasad la puerta de Alcalá, soberbio monumento de piedra que señala el límite que por aquella parte tuvo Madrid; continuad el camino que va á la plaza de toros, y en el cual habreis visto al pasar, en anchas y lujosas carretelas abiertas, á las dos ó tres cuadrillas de toreros que han de tomar parte en la fiesta, con sus ricos y costosos trajes, y jinetes en malos caballos á los picadores de brazo de hierro y mano ligera, que de un jaco malo hacen uno bueno; llegad á las puertas de la plaza y parad allí.

Si no habeis reparado ántes en él, observad el magnífico y ostentoso exterior del edificio en que va á tener lugar la funcion, el empeño que los concurrentes muestran por entrar en él cuanto ántes, el sinnúmero de gentes que vomitan los infinitos carruajes de todas clases que allí llegan precipitadamente, y el entusiasmo de unos, y la alegría de todos, aumentada por la brillante y espléndida luz de un sol que no alumbra tan refulgente en ningun punto del universo.

Penetrad en las extensas galerías que dan comunicacion á los tendidos, gradas y palcos, y os asombrareis viendo en ellas tanta diversidad de clases. Al lado del banquero el menestral, junto al abogado el obrero, cerca del senador al que vive de

un jornal, y casi unidos al grande de España y al patan; y luégo, codeándose y observándose maliciosa y recíprocamente, la modista, la patrona de huéspedes, la señora de la clase media, la de circunstancias y la de dorados blasones, todas ataviadas y engalanadas mejor que en dia de boda, con sus ricos trajes de mil colores, sus mantillas de encajes blancos ó negros y su hermosura incomparable.

Porque á los toros no va ninguna mujer fea.

Verdad es que en España es rarísima la fealdad en el bello sexo.

Una vez allí, al contemplar tanta alegría, tanta beldad, tan bullicioso gentío, que entra y sale, sube y baja, grita y vocea, llama y responde, cruza de un lado á otro, corre, se pára y marcha en todas direcciones, saludándose al paso, sombrero en mano y abanico en rostro, os habeis de figurar forzosamente que aquello tiene más encanto, más atractivo, aunque en algo se parece pero mejorando, que un gran baile de máscaras; tales son los remolinos de gente que se forman, los corrillos de aficionados, los chistes que se oyen, y el frenesí que despierta en cuantos por primera vez asisten al espectáculo.

Y éstos no son más que los preliminares de la fiesta, porque ni hemos dado vista al interior de la plaza, ni ménos ocupado nuestra localidad.

Más adelante la ocuparémos.

Es seguro que la persona que vea todo esto sin hacer caso de ridículas sensiblerías, experimentará desde luégo como una corriente magnética que ejerce su influencia sobre su corazon

y su cabeza, lo mismo en su parte física que en su parte intelectual.

Esta excitacion de su ánimo, que le hace mirar aquello con extraordinario júbilo, es *entusiasmo.*

¿Hay en el mundo alguna otra fiesta que ántes de verla, ántes de empezarse, pueda provocarle, excitarle, ni áun indicarle?...

CAPITULO VII.

CUATRO PALABRAS CONTRA LOS IMPUGNADORES DE LAS CORRIDAS DE TOROS.

> La hipocresía, la pusilanimidad, el espíritu de extranjerismo y una afectada filosofía, han sido en diferentes épocas los más encarnizados enemigos de la tauromaquia.
>
> CORRALES MATEOS.

Ya que estamos con las manos en la masa, como suele decirse, no queremos dejar de hablar acerca de la *Sociedad protectora de los animales* establecida en Lóndres, con ramificaciones en muchas partes del globo.

No por lo que nos importe dicha extravagancia inglesa, sino por el daño que intenta causar á nuestra fiesta nacional.

De otro modo, es decir, si no hubiera ofrecido premios á los que combatiesen las corridas de toros, ya de obra, ya por escrito, ya con sus influencias, ¿qué nos habíamos de acordar de semejante Asociacion, ni de sus animales?

Pero nos atacan en todos terrenos, y en todos y en cualquier parte nos encontrarán para defendernos.

Conocen que el dios del siglo es el dinero, y comprenden que nunca faltan plumas venales y hombres que son capaces de cualquier cosa por una mezquina recompensa. Así es que oficialmente han ofrecido premios en España, y más que en España, en el centro de las provincias de Andalucía, precisamente donde nacen más toreros y donde se crian más toros.

¿Cómo ha contestado el país á semejante imprudencia? Como debía, como la necedad de la idea requería: con una estrepitosa carcajada los unos, con preciosos epigramas otros, con dichos picantes éstos, con folletos incontestables aquéllos, y todo el mundo con el más soberano desprecio.

Todo el mundo no, triste es decirlo; hay media docena de... *sabios,* que piensan, respecto de las corridas de toros, como la Sociedad protectora de animales. Parece imposible que sean españoles. Ignoramos qué movil les guia; tal vez el de distinguirse. Si éste es, lo conseguirán, como consiguieron celebridad el Conde D. Julian, Vellido Dolfos, Torquemada y otros personajes de la historia; pero no los envidiamos.

Por qué han de marcar siempre los extranjeros el curso que han de llevar en nuestra nacion las discusiones sobre cualquier asunto; por qué han de promoverle ellos, que tienen mucho por qué callar, es cosa que nos ha llamado la atencion en todas ocasiones y más en la presente.

Ocúrrese á la bendita Sociedad referida, hace un par de años, convocar certámen para premiar al que mejor escriba un libro, folleto ó cosa parecida, condenando las corridas de toros, y entónces empieza á arreciar contra éstas la tempestad

preparada por dichos *sabios,* levantando razonamientos antiguamente destruidos y enterrados entre cieno extranjero.

Antes, hacía ya muchos años, nadie se acordaba de criticarlas; luégo ya se ha querido esforzar el bando contrario á ellas, y hasta opina por que se supriman.

Nada dirémos á los españoles que así piensan: están en su derecho; pero ya verán cómo se engañan y cómo no consiguen lo que quieren. Y si no, al tiempo.

Pero los extranjeros, ¿con qué derecho se permiten venir á dar lecciones de moralidad al gran pueblo español, que en dignidad, en vergüenza y en la práctica de todas las virtudes está y raya tan alto como el que más?

¿Qué es lo que les autoriza para querer que de la valiente España desaparezca la única fiesta nacional que le es característica y marca ostensiblemente su indomable valor y temerario arrojo?

Ó una extravagante locura, ó una mezquina envidia.

No puede ser otra cosa.

Porque en cuanto á moralidad en sus espectáculos y en sus diversiones, no hay que envidiarlos, por más que en muchas cosas aparenten lo que no son.

La prueba de esto se halla en las costumbres inglesas y en su estrambótica imaginacion.

Ya un acaudalado lord, ya una opulenta miss, dejan parte de su fortuna para fundar un hospital de gatos ó para que se atienda á la educacion, sostenimiento y delicada asistencia de cuantos perros vagabundos se encuentren por las calles; ya

un miembro de la Cámara de los Comunes increpa duramente en sesion pública al gobierno, para que diga si se ha castigado, cual la ley exige, al infame delincuente que dió un palo á un gato, sin más razon que la de que le quiso robar una chuleta; ó ya, por fin, otro millonario tratante en carnes lega una renta para que se dé todos los domingos un rancho extraordinario á las ratas que hay en sus posesiones.

¿Habráse visto mayor extravagancia?

Y si al fin no viésemos en ello más que el lado ridículo, anda con Dios; pero hay que tener presente otra cosa importantísima.

Los potentados que tales fundaciones hacen en favor de los perros y gatos, de ratas y burros, no hacen ninguna en pro de los hombres desvalidos; y los que dan rancho extraordinario á los animales inmundos, dejan poco ménos que morir de hambre á infelices mujeres que por enfermas no pueden ganar en una fábrica un miserable jornal.

Y téngase entendido que en Inglaterra, cuna de la proteccion animal, el hombre se muere de hambre, porque el pauperismo es numeroso.

Comparemos.

Les duele mucho que en nuestras corridas de toros se sacrifiquen caballos matalones que, como es sabido, no tienen otro uso ni aplicacion para la industria, y no les importa, ántes bien lo fomentan, criar, engordar y cuidar bien á un caballo para comerle despues; porque allí se come la carne de caballo.

De seguro si los animales hablaran, renunciarían en solemne forma tan interesada proteccion.

Es más, y esto no se nos puede negar.

Existen en los mágnificos jardines zoológicos de Lóndres animales raros de distintas clases, colecciones de bípedos, cuadrúpedos y de todas castas que llaman la atencion.

No faltan preciosos pájaros, ni magníficas fieras.

Y para que de todo haya, tienen bien aposentados asquerosos reptiles, serpientes boas y de cascabel, culebras, víboras, etc.

Pues bien, los humanitarios ingleses, que serán de la Sociedad protectora, alimentan estos repulsivos reptiles con otros inocentes animales; y es atrozmente repugnante ver echar á la jaula de la serpiente un tímido conejo, que desde aquel momento agacha las orejas y no se mueve, ó una hermosa paloma, que extiende sus alas por el suelo, dejándose tragar por el inmundo reptil.

Más claro: alimentan un animal venenoso y nocivo con otros muchos inofensivos y útiles al hombre, único sér á quien le es dado discernir lo bueno de lo malo.

Y es que la visita de los curiosos á aquellos establecimientos produce gruesas sumas, que no darían los conejos ni palomas.

¡Maldito interes!

En todo se mezcla, y en aquella nacion más.

¡Qué mucho, si hasta el caballo, que es para los ingleses el mejor de los animales, su más íntimo compañero, es cuida-

do, mejorado y educado sólo porque en las carreras les gane premios fabulosos y apuestas singulares!

¿Qué les importa reviente despues de una carrera, si ha ganado el premio?

Que no hablen de proteccion á los animales los que no se la dan sino en cuanto á ellos pueda serles útil: que no llamen proteccion la ridícula creacion de hospitales de gatos y otros inútiles animalitos, porque tal vez se oculte tras de esta fundacion la idea de mantenerse con poco trabajo una docena de empleados; y sobre todo, que no se metan en aconsejarnos cómo hemos de matar los animales que para nuestro sustento y recreo tan pródigamente nos ha dado la naturaleza.

Cuidados ajenos...

Vayan enhoramala á gobernarse á sí mismos, y déjennos con nuestros vicios y con nuestras virtudes, nuestros defectos y nuestra nobleza; que para demostrar valor, fuerza, amor patrio, inteligencia y talento, los españoles no necesitan ni han necesitado nunca del auxilio de nadie.

¡Tanto defender á los animales, y tanto ofender á los racionales!

Casi nos hacen dudar si son... dichos señores personas en su sano juicio, ó faltos de él como D. Quijote.

Volvemos á decir, y no nos cansarémos de repetirlo: cada nacion tiene una fiesta característica que le es peculiar; y si no la tiene, peor para ella: debe tenerla. España tiene la suerte de poseer la mejor, la más magnífica y ostentosa, donde hacen igual papel la inteligencia que el valor. ¿Qué podemos hacer

más que compadecer á los que no la poseen, por más que lo pretenden?

Sentirémos mucho habernos excedido en éste y los precedentes artículos, al criticar y hasta vituperar los espectáculos que admiten comparacion con las fiestas de toros.

No es ni ha sido nunca nuestro ánimo herir susceptibilidades ni usar de recriminaciones: que nadie vea ofensa personal en lo que va escrito; pero lo dicho, dicho está.

A fe que no se usa de mejor lenguaje por los detractores de las corridas de toros. Siempre están llamando sanguinario y bárbaro al pueblo que le sostiene, y no saben ¡imbéciles! que ese pueblo, alto y bajo, desde la punta del pié á la cabeza, tiene infiltrado en la médula de sus huesos el amor á su fiesta nacional, al mismo tiempo que á sus padres y á su patria.

Por eso sostendrémos siempre cuanto llevamos escrito, con mejor ó peor acierto, con más ó ménos entendimiento, porque éste Dios le da, pero siempre con la fe de la conviccion y una voluntad decidida, y dirémos con el gran Quevedo:

¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿No se puede sentir lo que se dice?
¿No se puede decir lo que se siente?

. . . .

Que las fiestas de cierta clase, como la de toros, son convenientes, no es opinion nuestra. Lo llevamos dicho y atestiguado con personas importantísimas; pero para que nada falte en apoyo de nuestra opinion, véase lo que en su libro *Consi-*

deraciones sobre el gobierno de Polonia escribía en el siglo pasado el eminente filósofo J. J. Rousseau:

«¿Por qué medios se podrá excitar el movimiento de los corazones, el amor á la patria y á las leyes? ¿Me atreveré á decirlo?... Con cosas que parecen niñerías y frivolidades: con unas instituciones vanas á los ojos de hombres superficiales, pero capaces de arraigar el amor á nuestras costumbres y hacer invencibles nuestras inclinaciones.

»Una gran nacion debe mantener sus usos propios, civiles y domésticos, que tal vez degeneran diariamente por la propension general de la Europa á imitar los gustos y maneras de los franceses. Conviene, pues, sostener estos usos, que siempre serán ventajosos, *áun cuando de suyo fuesen indiferentes, ó no buenos, bajo ciertos respetos.*

»Muchos juegos públicos en que la buena madre patria se complazca en ver divertirse á sus hijos: que ella los entretenga frecuentemente para que por su parte ellos nunca la olviden. Deben abolirse, áun en la misma corte, las diversiones ordinarias de otras córtes, tales como el juego... y cuanto promueva la afeminacion. Invéntense diversiones que no se conozcan en otras partes.

»Si fuese dable, nada haya exclusivo para los grandes y poderosos. Muchos espectáculos al raso en donde todo el pueblo se divierta igualmente, como entre los antiguos, y que allí la juventud de la nobleza haga ensayos de fuerza y agilidad. *No han contribuido poco las corridas de toros á mantener en la nacion española un cierto vigor.*»

Esto escribía el gran filósofo, que, aunque extranjero, tenía más conocimiento práctico de las cosas del mundo que esos pobres hombres que hoy opinan de distinto modo.

Demasiado sabía, y despues lo escribe, que «estas ideas muestran á lo léjos las rutas, desconocidas de los modernos, por donde los antiguos conducían á los hombres á aquel vigor de alma y estimacion de las calidades personales, etc.»

Y no se crea que citamos á Rousseau, como ántes hemos citado á otros muchos, buscando refugio en sus nombres, no.

Los citamos porque, respetando como respetamos siempre al hombre de ciencia, nos es muy del caso fortalecer nuestra opinion particular con la suya en especial, si, como sucede en el caso presente, es indirecta la defensa que de nuestra funcion hace.

Por lo demas, ni la opinion de dicho señor, si fuese contraria, ni la de nadie, torcería la nuestra.

Tal es la firmeza de nuestras convicciones.

Como que basamos éstas en la opinion general de un pueblo entero. ¿Dónde hay más firme base?

¡Oh! Si el pueblo español pensase en todo con la misma unanimidad de pareceres, ¡qué feliz sería! ¡Cómo concluirían sus desgracias!

Los diez, treinta ó cien *sabios* que de distinto modo opinan, correrían poco más ó ménos igual suerte que la de aquellos *afrancesados* que durante la guerra de la Independencia se declararon partidarios de José I.

Ó más bien el desprecio sería su castigo.

Para contentar á un pueblo, para tenerle en paz, tranquilo y respetado, mejor que sujetarle y darle educacion quejumbrosa é hipócritamente humanitaria, dénsele fiestas en que todos sus habitantes tomen parte de algun modo, alegría y libertad.

El que está contento, trabaja y contribuye al engrandecimiento de su patria.

El que es libre, respeta á todos y de todos se hace respetar.

Mejor se vence al toro sujeto al yugo, que al que pisa el redondel libre, completamente libre, sin traba alguna.

Sólo al español le es dado dominarle.

Y al español, ¿quién le vence?

CAPITULO VIII.

CONVENIENCIA DE LAS CORRIDAS DE TOROS, BAJO EL PUNTO DE VISTA ECONÓMICO.

Las corridas de toros, tales como hoy se verifican, son necesarias en España.

Contra la opinion de todos ésos que sin saber lo que dicen quieren suprimirlas, defendemos la nuestra con sinceridad y empeño.

No alegan en su apoyo más razon que la de que son inmorales, contrarias á la civilizacion y á no sabemos qué más. A todas estas afirmaciones contestamos en otro lugar de este libro, y mucho mejor que nosotros lo han hecho escritores notables, de sano criterio y ajenos á toda pasion.

Han demostrado hasta la evidencia que son ménos inmorales que la mayor parte ó casi todos los demas espectáculos que ahora se usan en nuestra sociedad; que ninguna de las conveniencias sociales á que rinden culto las naciones civili-

zadas puede con fundamento oponerse á que se verifiquen, y que, léjos de ser perjudiciales, son útiles y beneficiosas.

Pero vamos á decir dos palabras sobre lo mismo, bajo distinto punto de vista.

Este es el del beneficio ó daño que puedan experimentar los intereses generales del país y los particulares, de la riqueza territorial y ganadera.

Sobre esto se ha dicho poco, casi nada, y sin embargo, es tal vez el punto en que mejor puede apoyarse la defensa de la cria de reses bravas.

La nacion y su gobierno tienen el deber de procurar, por cuantos medios estén á sus alcances, el aumento de la riqueza pública.

Esto es incuestionable y es un axioma de economía política.

El fomento del cultivo y el de la ganadería es de suma importancia en todos los países; á él se atiende con preferente solicitud, y para conseguirlo se ponen en juego cuantos medios son imaginables y sugiere un buen celo en pro de los intereses públicos y particulares que tiendan á dicho fin.

Suprímanse las corridas de toros, y el descenso rápido de valores en el ganado y en los pastos será espantoso, terrible.

Ahí están los ganados vacunos que se crian como mansos en las provincias del Noroeste de España y algunas otras.

Dígasenos cuánto vale en el mercado una res mansa de las referidas, y estamos seguros de que su precio no llega, y en todo caso no excede, á la tercera ó cuarta parte del que tiene en la dehesa un toro bravo.

Y esto es lógico.

La manutencion, el cuidado y la asistencia de un buey son de poca importancia, comparados con los que el toro necesita.

Aquél pasta libremente en prados y bosques, sin cabestraje, sin mayorales y hasta sin pastores. Niños y mujeres ejercen ese cargo. Cuando más, un perro mastin ó un par de ellos sirven de guarda y custodia para defenderles de los lobos.

El toro bravo necesita tantos cuidados, tanto esmero en su crianza, que empezando por el suelo especial que ha de sustentarle, siguiendo por la educacion tambien especial que hay que darle, y concluyendo con la asistencia personal que de mayorales, pastores, zagales y vaqueros hay que prestarle, son infinitos los trabajos que ocasiona, los disgustos que acarrea y el dinero que cuesta.

Pero en cambio, vale más, mucho más, tres ó cuatro veces más que el manso.

Verdad es que, aparte de lo dicho, parecen los unos, comparados con los otros, de distinta raza.

El uno grande, pero feo, de piel sucia, basta y rugosa, pezuña ancha, cornalon y cabizbajo.

El otro grande tambien, de gran viveza, fuerte, robusto, de pelo fino y brillante, erguido, ancho de cuello, corto de patas, delgado de cola y de pezuña redonda y diminuta.

La antítesis, en una palabra.

Como que éste denota el perfeccionamiento de la raza, y aquél su decadencia, ó al ménos su *statu quo*.

Es decir, que el Gobierno, las Juntas de Fomento, las Mu-

nicipales, y todos, en fin, tenemos *obligacion*, estamos en el deber de coadyuvar, de procurar, por cuantos medios podamos, el afinamiento de las razas, la prosperidad de nuestra riqueza pecuaria, y se quiere concluir con las corridas de toros.

¡Soberbio procedimiento para conseguirlo!

La utilidad que reporta al particular ó á las empresas y colectividades cualquier asunto, cualquier negocio ó especulacion, es el móvil principal que les guia para plantearle, seguirle y perfeccionarle hasta donde les es posible.

Si las ganancias están en proporcion razonable con el capital empleado, con la inteligencia del que lo dirige y con los trabajos que ocasiona, el negocio sigue adelante.

Si, por el contrario, tras de fatigar su inteligencia y gastar su dinero, encuentra el hombre poca utilidad ó pérdidas en sus especulaciones, las abandona en cuanto puede, y lo que siente es haberlas emprendido.

Es la cosa más natural del mundo.

Pues bien, teniendo la seguridad de que un tratante en carnes no ha de pagar más precio en arroba por una res afinada y bien cuidada como hoy lo está el toro, que por otra mal criada y alimentada como le sucede al buey manso, ¿puede pensarse siquiera que haya persona que intente gastar grandes sumas en mejorar la raza, cuando ningun beneficio obtiene?

Se nos dirá: «Otros medios hay de estimular al ganadero para ello; por ejemplo, repartir premios anuales en cada comarca ó provincia al que presente mejores y más afinadas reses».

Los que esto digan, no saben lo que dicen.

Porque no es posible premiar *metálicamente* en cantidad bastante á compensar los gastos de manutencion y cuidado que ocasiona la cria de un toro.

Porque éste no tiene aplicacion más que para un fin determinado, como lo es la lidia, y sólo para esto se paga bien.

Porque no le sucede lo que al ganado lanar, por ejemplo, que da utilidad por sí en todos los países.

Porque de nada serviria á la industria, ni al comercio, ni á nadie, la afinacion ó perfeccionamiento de la raza.

Todo esto aparte de que se quitaba la legítima y plausible emulacion que tienen hoy y han tenido siempre los ganaderos de toros por que su vacada sobresalga.

Como que se excita su amor propio con el relato de las hazañas que en la lidia hacen sus toros, y por eso se desvela en conseguir su mejora.

La fama de su ganadería crece, y por consiguiente ha de vender cada vez á mayor precio las reses.

Hay ademas en esta especulacion otro aliciente, que contribuye muchísimo á que el fomento y beneficio del ganado sean cada vez mayores.

Nos referimos á la aficion que tienen á la fiesta nacional la mayor parte de los ganaderos.

Muchos de ellos pasan el mayor número de los dias del año en las dehesas ó prados, asistiendo personalmente á todas las operaciones que exige desde que nace el ganado: por sí mismos ven, conocen y aprecian los defectos, las necesidades de su vacada, las remedian, y hacen, en fin, cuantos sacrificios

de toda clase reclama el buen nombre de su ganadería, que por nada del mundo quieren perder.

Esta asistencia continua les hace á unos entretenerse en el acoso y derribo de reses, á otros en la tienta de sus becerros, y á otros en las diferentes faenas á que da lugar la cria de éstos.

Y todo les hace aumentar su aficion, y hasta que les sirva de recreo.

Sería pesado aducir más razones, que muchas hay, para convencer á nuestros lectores de que *«si la raza vacuna en España ha de adelantar cada dia más, es preciso que haya fiestas de toros»*. Sólo en éstas tiene salida el ganado bravo, y por consiguiente, sólo para ellas puede pagarse un precio que de ningun modo alcanzaría en otra parte.

No hay nadie que pueda demostrar lo contrario.

Ademas de lo dicho, hay que tener muy presente, porque es tan importante como lo expuesto, cuánto no sufriría de pérdida el valor del terreno que comunmente se destina á pastos del ganado bravo.

Si éste, en vez de valer trescientos pesos por cabeza, se pagase únicamente á cuarenta ó cincuenta, claro es que no podría alimentarse en dehesas y prados con pastos de primera clase, porque su utilidad ó producto en venta no daría lo suficiente para costearlos.

Como la proporcion del valor de las reses á la del suelo en que se crian es relativa y guarda correspondencia, las dehesas y cercados quedarían en dicho caso tan despreciados como

cualquier otro terreno, su producto y valor bajaría lo ménos tres cuartas partes del que ahora tienen, y no sería extraño que viéramos desaparecer muchas de las tan magníficas que hay en España, ya por tener que destinarlas á ganados de otra clase que tanto daño les causan, ya por haber de roturarlas, en busca de mejores beneficios.

En apoyo de nuestra opinion traeríamos multitud de datos que la confirmarían; pero nos contentarémos con trasladar aquí la opinion del ilustrado consejero del Superior de Agricultura del Reino, señor D. Miguel López Martínez, respetable estadista y uno de los pocos que han tratado esta cuestion desapasionadamente.

«Aquí—dice—sobran bueyes para la labor, por la preferencia que se da hoy á las mulas, y sobrarán despues si la agricultura progresa, por la que se dará á los caballos.» «Un novillo bravo puesto en el surco labra más que otro de raza mansa; uncido á la carreta, lleva más peso y con ménos fatiga.»

Y continúa: «La raza Salers es una de las mejores de Europa para trabajo, y no llega á la nuestra, pudiéndolo demostrar con una observacion hecha por nosotros. Hemos contado los pasos que dan por minuto los bueyes Salers no siendo molestados, y los que dan bueyes procedentes de Colmenar y Jarama. Constantemente la celeridad de éstos es mayor, y se comprende por ser ménos linfáticos. Aunque la ventaja se reduzca á cuatro pasos por minuto, llegará en la hora á doscientos cuarenta, y en el dia de trabajo ordinario á dos mil cua-

trocientos. Y como cada paso tiene una representacion en el valor del jornal, claro es que ese exceso de dos mil cuatrocientos pasos equivale en cifra á un grado superior en la escala de la mejora. ¡Gracias á Dios que podemos decir y probar que tenemos una raza mejor que las mejores razas extranjeras».

Pues bien, para esto téngase en cuenta que el ganado á que se refiere dicho señor es el manso de entre los bravos.

Es decir, el desechado en las tientas por cobarde.

Pero hay más.

Las contribuciones con que contribuye al Estado el importante ramo de que hablamos, suma anualmente muchísimos millones; y como es consiguiente, desapareciendo aquél, quedarían reducidos á una mitad de lo que hoy paga: los gastos de la nacion son cada vez mayores; luégo aquel dinero habría que sacarle de otro lado para atenderlos, pesaría sobre el resto de la riqueza territorial, sobre la industria ó sobre otro elemento importante del Estado, el aumento de contribucion que habría de imponerse, y se gravaría la propiedad y se ahogaría la industria, harto agobiadas hoy por desgracia.

Y todo, ¿por qué?

Porque á unos cuantos caballeros particulares, que probablemente serán de los que cobran y no de los que pagan, se les ha ocurrido...

¡Cuánto pudiéramos hablar acerca de esto!

Pero no debemos entrar en cierto terreno, y no queremos entrar en él.

Nos hemos propuesto en este capitulo tratar la cuestion de

la necesidad de las corridas de toros, bajo el punto de vista económico, y no debemos involucrar el órden.

Ya hemos hablado ántes de las demas causas que hacen conveniente nuestra fiesta, y hemos demostrado la superioridad que en nuestro concepto tiene sobre las demas. Así pues, prosigamos.

Otro de los puntos esenciales que hay que tener en cuenta tambien, es el que representa para el Estado, para la provincia y para el municipio, el producto de las plazas de toros como edificios, es decir, como riqueza territorial, ademas del que dan como industria.

Tambien asciende á algunos millones anuales para la nacion, que no está tan sobrada de recursos desgraciadamente.

Sólo la plaza de Madrid contribuye por impuestos fiscales, aparte de más de medio millon que produce á la Beneficencia, y sin contar los derechos de consumo de las reses muertas, *con más de diez y seis mil duros.*

Y ya que citamos los consumos, es asimismo indudable de todo punto que éstos aumentan fabulosamente en los pueblos donde se celebran funciones de toros. Es grande la afluencia de gentes que de otros pueblos acude, y por lo tanto, natural el mayor gasto en los artículos sujetos á los impuestos.

Pero en resúmen:

¿Quién pierde con que haya corridas de toros?

¿El ganadero, que vende sus toros á un precio que nunca alcanzarían como mansos? No.

¿El propietario de los suelos en que pastan? No.

¿El Estado, que realiza y cobra con motivo de las fiestas de toros una suma anual de lo ménos cuarenta millones en España? Tampoco.

¿El municipio, que cobra, con ocasion de las mismas, una cantidad que excede siempre á la que le producen los demas meses del año todas las otras rentas que lleva incluidas en sus presupuestos? Ménos.

¿Los industriales de aquel pueblo, que forzosamente venden más y mejor sus mercancías cuanta mayor sea la afluencia de forasteros? Mucho ménos.

Luego ¿quién pierde? ¿A quién se causa daño?

A nadie, absolutamente á nadie.

En cambio, producen muchos beneficios, no siendo el menor, considerado socialmente, la ocupacion y trabajo que se da, cuando hay fiestas de toros, á infinitos jornaleros y artesanos.

Y á los infelices que por su desgracia paran en los hospitales, ¿quién les atendería con esmero, si careciesen dichos establecimientos de las crecidas rentas que las plazas de toros les proporcionan?

Hemos apuntado ligeramente y con la brevedad que nos ha sido posible, dadas las condiciones de este libro, todo lo relativo á las fiestas de toros, ya comparándolas con otras antiguas y modernas, ya defendiéndolas de los injustos ataques de que vienen siendo objeto hace tiempo, ya demostrando su utilidad y ventajas.

Creemos haber conseguido el objeto que nos hemos propuesto.

Si no lo hemos logrado, tenemos la seguridad completa de que no es porque la causa que defendemos sea mala, sino porque nuestra inteligencia no alcanza más.

El que hace lo que puede...

No concluirémos, sin embargo, esta primera parte de la obra sin decir algo del toro de lidia, del aficionado y del torero, como tipos puramente españoles.

Lo consideramos indispensable en una obra del carácter de la nuestra.

Bueno es que sepa quien lo ignore, el trabajo y sacrificios que cuesta la cria de toros hasta que puede preséntarseles en plaza; y bueno es tambien que conozca al aficionado al arte, los vicios y virtudes del torero, su carácter en general y sus rasgos especialísimos.

Lo único que sentimos es no tener para ello la gracia especial tambien que para retratarlos se necesita; pero en fin, si como *pinturas* no son buenas, como *retratos* tendrán parecido.

CAPITULO IX.

EL TORO.—SUS INSTINTOS.—SU NOBLEZA.

El toro es la fiera más noble que se conoce.

Su valentía, su bravura y el conocimiento que tiene de su poder, son los que le impelen á embestir; pero no tiene la traidora intencion del tigre, ni el sanguinario instinto de panteras, chacales y hienas, ni acomete á su contrario por devorarle.

El toro, sea pequeño ó grande el objeto que se le ponga delante, bien aturda como la locomotora con su silbido, bien se mueva lenta ó rápidamente como el elefante ó el caballo lo ejecutan, arremete sin tener para nada en cuenta el peligro que para él pueda existir, porque le ignora.

Las demas fieras se ocultan, se encorvan, saltan y, si pueden, acometen por detras ó por donde ménos peligro creen que hay para ellas.

Por eso al toro es fácil lidiarle: siempre ejecuta, con corta diferencia, los mismos movimientos, y siempre embiste de fren-

te. El hombre los ha estudiado, y ha comprendido que, siendo tan valiente como el toro y venciendo á éste en inteligencia, podía burlar su fiereza y dominarle.

Al decir el hombre, hemos querido aludir al español, porque los extranjeros, ya lo hemos dicho, aunque muchas veces lo han intentado y constantemente lo están ensayando, no sirven para vencer al toro, ni áun para burlarle.

Es tan noble y tan sencillo el toro, que con sólo un objeto que se le interponga entre el bulto á quien se dirige, acude á aquél y deja libre al último. Un ligero movimiento de cuerpo, llámese *cuarteo, quiebro,* etc., basta para que el hombre se salve, evitando la cabezada.

Pero para esto no es bastante querer, es necesario poder, y este poder sólo puede adquirirse por el que tenga valor á toda prueba y una gran dósis de serenidad.

No hay que confundir este valor y entereza con el que puede ostentar, por ejemplo, un domador de fieras. Éste las coge recien nacidas ó muy pequeñas, es decir, cuando su fiereza es nula; les corta sus armas ofensivas, las doma por hambre ó hace con ellas cualquier otra operacion que las prepara á domesticarse y á obedecer ciegamente al que las tiene enjauladas; sitio del que no pueden salir y que tal vez sea el que más contribuya á su abatimiento y cobardía. El lidiador de toros no ha visto nunca al que se le pone delante en toda la fuerza de su poder, escogido de entre otros como mejor y de más pujanza, y traido há pocas horas del campo en que se encontraba en libertad.

Y aquí vuelve á observarse la sencillez noble del toro. El hombre le trae y lleva á su antojo por donde quiere, sin atarle, sin encerrarle ni sujetarle de ningun modo. Cualquier otra clase de fiera, por domesticada que estuviera, habría necesidad de amarrarla ó meterla en fuerte jaula.

Pero nos hemos desviado de nuestro propósito. No queremos en este lugar hacer estudio comparativo entre el toro y los demas animales.

Tampoco le queremos hacer entre el torero español y los domadores extranjeros.

Sería rebajar al primero, y hay ademas cosas que no admiten comparacion.

Desde que nace el toro hasta que muere goza de completa libertad; pero el ganadero tiene que gastar buenas sumas en atenderle para su alimentacion y crianza, á no ser que le destine al matadero porque, inútil para la lidia, tenga que renunciar á sacar de él un producto que en otro caso sería quintuplicado.

Todo cuidado es poco para con él.

No basta proporcionarle buenos pastos; necesita ademas otras muchas cosas, y no es la menor la de una buena direccion por parte del mayoral y pastores, para apartarle á tiempo de otras reses mayores ó picadas que puedan perjudicarle, de malos terrenos, de aguas nocivas, etc., etc.

Hay que separar á tiempo á los becerros de las madres, hay que ejecutar en la dehesa con el ganado faenas para cuya ejecucion tienen época determinada, pues nadie mejor para

disponerla que el hombre de campo, el mayoral, que ni siquiera un dia ha perdido de vista la torada.

Él ordena perfectamente cuanto conduce al fin apetecido.

En su puesto está cada uno de los vaqueros, los zagales ocupan el suyo, y los cabestreros reparten y guian el cabestraje como debe ser.

Pero todo esto cuesta mucho.

No es posible calcular los malos ratos, los disgustos y los contratiempos que experimenta un ganadero criador de toros cuando forma empeño en presentar reses bravas, de buen trapío y pinta.

Desde luégo estas contrariedades llegan á hacerse poco ménos que imposibles de vencer, si el dueño de la vacada es hombre de pocos recursos relativamente, puesto que, ademas de los inconvenientes, gabelas y tributos que pesan sobre toda clase de ganados, y teniendo en cuenta el poco apoyo, casi diríamos ninguna proteccion que se presta á tan importante ramo de la riqueza pública, puede tener por seguro que una gran parte, más de la mitad, de los becerros que al año tenga, ó han de ser inútiles para la lidia desde luégo, ó han de quedarlo más tarde cuando verifique la tienta y consiguiente herradero.

Unos becerros nacen defectuosos.

Otros pierden á poco tiempo la vista por efecto de pajazos, ó sea herida que se causan con cualquier maleza en el campo.

Otros que tal vez serían por su bravura de buenas condiciones para la lidia, salen *cubetos*, ó de otro modo, mal encornados.

Otros de buenas circunstancias al parecer, resultan en la tienta huidos ó cobardes, y hay que desecharlos.

Otros ya escogidos y apartados como buenos y como bravos, son corneados, lisiados y á veces muertos por sus hermanos.

Otros, por fin, enferman, se *despitorran* ó quedan mogones.

Y ademas de las expresadas, hay otras infinitas causas que merman considerablemente la cria anual.

De modo que hasta llegar á cierta altura, hasta conseguir hacer la ganadería de cierta importancia, más bien cuesta gastos y desembolsos que produce utilidades.

Siempre se ha tenido, por lo tanto, como axioma evidente que no debe ser dueño de torada el que no sea rico.

Los conocedores que están al frente de las vacadas, los mayorales, los pastores, esa gente de campo, en fin, de la que han salido sin disputa los mejores picadores de toros que se han conocido en España, tienen por precision que estar bien pagados (y no lo están tanto como debieran), porque, ademas del trabajo personal que prestan, y del conocimiento de las reses que debe adornarles, llegan á encariñarse de tal manera con ellas, que á veces un toro bravo ha acudido mansamente á la llamada del mayoral, y hasta se ha dejado acariciar por él.

Entre los muchos ejemplos que de esto pudiéramos citar, nos contentarémos con referir un par de ellos, que prueban claramente hasta qué punto es posible reconocer en el toro nobleza y buen instinto.

Corría el año de 1833.

En el mes de Octubre se celebraban en Madrid fiestas reales de toros, con motivo de la jura de la princesa de Astúrias, Doña María Isabel Luisa, luégo reina de España.

Segun costumbre, se había dispuesto la magnífica Plaza Mayor para dar en ella las corridas con el ceremonial de etiqueta. Habíanse construido tendidos, corrales, toriles y hasta casas de madera en los huecos donde no las había de fábrica. Se interceptó el paso de todas las calles que afluyen á la principal de Toledo, y por ésta, en cuyo final está el matadero, se hacía el encierro del ganado, que era directamente conducido al redondel y de éste á los corrales; operacion más difícil de lo que á primera vista parece.

Una noche, oscura como todas suelen serlo en el mes antedicho, trájose el ganado que había de lidiarse al dia siguiente, en número de más de veinte toros y otros tantos bueyes ó cabestros. Hízose la conduccion sin novedad, y cerráronse las puertas del arco de la calle de Toledo tras los zagales últimos. Uno de éstos reparó á muy poco rato que faltaba un toro; díjolo á los mayorales y compañeros suyos, removióse el ganado, y todos convinieron en que allí no estaba, cuestionando unos porque habría quedado en el punto de partida, ó sea en los corrales de la Casa-matadero, y otros asegurando que en el camino le habían visto entre los demas.

Ello es que el zagal antedicho, muchacho de escasos veinte años, se salió de la plaza con intencion de volver al matadero si en el tránsito no encontraba la res. Silbó, la llamó, restalló la honda, y el toro, saliendo de los soportales de cerca del arco

referido, se fué paso á paso acercando al muchacho, á quien siguió lentamente, hasta que sin ayuda alguna le hizo reunirse á la piara que estaba dentro del circo. El zagal había visto nacer al animal, y siendo éste añojo, y áun desde ántes, le había dado sal en la mano y había atendido con especial cuidado á su crianza. El toro le conoció, y léjos de acometerle, le siguió y obedeció.

¿Puede darse mayor ejemplo de nobleza en una fiera?

Pues aún nos llama mucho más la atencion el siguiente caso recientísimo.

Nuevamente construida la bonita plaza de Calatayud en 1877, dióse una corrida de novillos en que, como de costumbre, se lidiaron tambien toros de ganadería acreditada.

Entre éstos fué allá uno de la del señor duque de Veragua, que por ser tuerto no se corrió en las funciones de toros de inauguracion de aquel circo.

Llegó la hora de abrirse para él la puerta del chiquero, salió bravo y voluntario, tomó buen número de varas, matando cinco caballos, y cuando ya le habían puesto el primer par de banderillas, ocurrió la escena que algunos no pudieron ver sin asombro.

El mayoral de dicha ganadería, llamado Martin, que había criado al toro y que le había conducido desde la dehesa á aquella ciudad, presenciaba la funcion entre barreras. Cercano al lugar que en éstas ocupaba aquél, pasó el toro; Martin le llamó por su nombre; el animal conoció la voz que tantas veces le había sonado en su vida, y paró su carrera.

Atendió al sitio, se acercó despacio con la cabeza alta y de frente á las tablas, donde apoyó el hocico, y estándose quieto y sin impacientarse nada, se dejó rascar en la cara y en el cuello algunos minutos, hasta que el hombre, conmovido, se retiró por no presenciar el resto de la lidia, durante la cual siguió el toro tan bravo y noble como había empezado.

¿Se puede presentar mayor ejemplo de nobleza en una fiera herida, hostigada, con el morrillo hinchado por los garrochazos y banderillas, y en el momento en que, por consecuencia de esto, era forzoso que su furia é intencion de matar estuviesen en completo desarrollo?

¿Qué tigre, qué leon, qué elefante, que es el más noble de los cuadrúpedos, segun dicen los naturalistas, hubiérase parado de igual modo viéndose encerrado en un circo, burlado y pinchado por los hombres?

Ninguno, absolutamente ninguno.

Es muy diferente, es de otro género, como hemos dicho, la fiereza del toro.

No es traidora, ni rastrera. Confia en su pujanza, porque tiene conciencia de su poder, y sabe que frente á frente no hay animal que le venza.

Pero hay casos tambien en que se irrita y guarda rencor al que por sistema ó constantemente le provoca ó castiga.

Son las ménos veces, pero suelen ser terribles.

Nuestros lectores habrán observado alguna vez en el redondel que un toro se ha dirigido siempre con más decision, con más empeño, á un torero determinado, sin duda porque le

ha parecido que aquél le ha burlado ó causado más daño que los otros.

En este caso ha dejado de perseguir á los que tenía más cerca, por el que ya conocía; le ha salido al encuentro, le ha cortado terreno, y ha procurado cogerle hasta saltando tras él la barrera.

Hace algunos años, pastaban toros en el soto llamado del Piul, cerca de Madrid.

Un pastor tomó la mala costumbre de provocar con la honda y apedrear á un toro que se separaba de la piara más de lo que él quería.

El mayoral y sus compañeros se lo reprendieron; enviaron algun cabestraje para *arropar* la res, y várias veces consiguieron de este modo llevársele y evitar una cogida al imprudente mozo.

Pero éste se gozaba en excitar al toro, y repitió sus llamadas várias veces durante tres dias.

Porque es de advertir que cuando el toro le llegaba cerca, él se arrojaba al rio y se salvaba de este modo, repitiendo la operacion, áun cuando llegó el caso de entrar la res tambien en el agua persiguiéndole.

Esta situacion no podía prolongarse, y el mozo llegó á comprender que le era preciso andar con cuidado.

Al tercer dia, de madrugada, encontráronse muy cerca ambos enemigos: el hombre, más diestro que el toro, se subió á un árbol; pero allí, al pié del mismo, le esperó la fiera; allí se estuvo sin alejarse un momento de las inmediaciones.

No lo vieron los demas pastores ni zagales, ni parece que el hombre se apuró gran cosa por aquello, puesto que no llamó.

Pasado el mediodía, y pareciéndole pesado el lance para más de seis ú ocho horas, voceó á sus compañeros y hasta restalló la honda; pero en un movimiento se le cayó el sombrero. el toro le acometió, y de la *cabezada* que dió al no muy crecido árbol, balanceó éste, y el pastor cayó al suelo.

Verle caer, y recogerle, voltearle y herirle fué obra de un instante.

El toro había satisfecho su venganza.

Cuando acudieron los zagales y pastores yacía el pobre hombre en tierra, y á los pocos dias murió de resultas de las heridas y contusiones.

No es muy comun, sin embargo, este *sentido* en el toro; más por lo mismo, no debe enseñársele á que aprenda lo que no sepa.

Como todos los animales, tiene el instinto de repetir sus movimientos y ejecutar sus operaciones, ya sean marchas, huidas ó acometidas, del mismo modo siempre, porque *se acuerda* de lo que ántes ha hecho.

Por eso no deben correrse toros ya lidiados; y ésa es la razon de que se fijen en un bulto determinado, corten el terreno y aprendan más de lo que conviene.

Ahora bien:

¿Son preferibles los toros de ganaderías bastas, á los de aquéllas afinadas, digámoslo así, por el cuidado y el esmero que con ellos se emplean?

Ó de otro modo: ¿tienen mejores condiciones para la lidia los primeros que los segundos?

Cuestion es ésta que ha ocasionado más de una vez fuertes polémicas entre los aficionados, y que ha quedado sin resolver, porque cada uno ha insistido en su opinion, apasionada siempre, como lo son todas las de los taurómacos intransigentes.

Es indudable, y en esto se apoyan algunos, que el toro criado en un bosque ó en una sierra conserva más fiereza, aunque no tenga tanta pujanza, que el que pasta en buenas dehesas.

Casos ha habido en que esta clase de toros, que pudiéramos llamar salvajes, ha puesto en grave aprieto á los lidiadores.

Sus movimientos son más rápidos, se revuelven sobre los cuartos traseros con gran facilidad y mayor prontitud, y su carrera es muy veloz.

Excusado es decir que todo esto contribuye á causar mayor espanto.

Pues precisamente por esto mismo creemos nosotros que son preferibles los toros que, ademas de ser de casta conocida, están perfectamente cuidados y atendidos.

Verdad es que no son tan ligeros ni saltarines como los otros, pero tienen agilidad más que suficiente para la lidia: son ménos furiosos, pero no ménos bravos; su fuerza y su poder son mayores, y no hay que poner en duda que su nobleza al acometer no tiene punto de comparacion con la de aquéllos.

Todo en el supuesto de que en la dehesa, cerca ó soto donde se alimentan, no se les enseñe á embestir á objeto determinado con que se les engañe y sobre el cual aprendan lo que no deben saber.

Porque, si hemos de dar crédito á lo que hace muchos años hemos oido, ganadero hubo que para que sus toros sobresalieran en los circos, los enseñaba ántes en el campo á acometer peleles ó dominguillos.

Hoy nos complacemos en asegurar que no hay nadie que observe tan criminal conducta, que no hay palabras con que vituperar.

Es, pues, indudable que el toro de casta acreditada, el toro para con el cual el dueño ha gastado dinero, tanto procurándole buenos pastos, como dándole la crianza que la práctica aconseja, es preferible al que ni ha tenido semejantes cuidados, ni se ha criado con el regalo que el otro.

En lo que sí tienen especial esmero muchos ganaderos, y en ello hacen muy bien, es en el cruzamiento de las castas, de lo cual y de otras cosas tratamos á continuacion.

CAPITULO X.

DEL CRUZAMIENTO DE CASTAS Y CRIANZA DE LAS RESES.

Influye tanto en la bondad de una res su orígen, que es imposible conseguir un buen resultado cuando no ha habido el debido esmero para elegir sus padres.

Esto sucede en todas las castas de animales y en todas las razas de la naturaleza.

Con mayor motivo acontece en los toros que han de ser destinados á la lidia.

Porque en éstos no basta que sean de padres grandes, de buena lámina ó trapío, sino que son necesarias muchas más circunstancias.

Cierto es que un toro padre, fino de pelo, buena pinta, corto de cuello, ancho de pecho, delgado de cola, pezuña pequeña y de buenas armas, lleva mucho adelantado, si la vaca es de análogas condiciones, para que sus crias se les parezcan; pero si en los padres no hay bravura acreditada en toda su historia

desde que nacieron, si no llevan en sí sangre de raza ó casta conocidas como de buen orígen, forzosamente las crias serán lo mismo ó todavía más flojas y mansas que aquéllos.

Prueba esto lo que llevamos dicho.

Es preciso que el toro padre, ademas de tener buen trapío, sea y esté acreditado en la ganadería como bravo y valiente en primer grado. Bueno será que la madre tenga iguales condiciones, y entónces no hay duda que, segun la razon aconseja y los resultados hasta ahora obtenidos lo han demostrado, la cria saldrá brava y bien puesta.

Sin embargo, hay ganaderos que se contentan con saber la bravura y buenas condiciones del toro, y constándoles bien, prescinden hasta cierto punto de saber las de las vacas destinadas á madres.

No sabemos en qué pueden fundarse para ello.

La mitad de las probabilidades concernientes al resultado en las crias están en contra suya; y si bien es verdad que alguna vez un toro de ganadería en que las vacas no se tientan, no se escogen ni se crian para madres, ha sido notable por su bravura en plaza, lo cual reconocemos, no nos negarán que esto ha sucedido pocas veces, y en cambio, muchas son las en que ha ocurrido lo contrario.

La naturaleza lo enseña y la razon lo dicta.

Pero, ademas de lo expuesto, hay que estudiar mucho, y esto lo saben con matemática exactitud los mayorales y vaqueros, cuál es la época más adecuada para la cubricion de las vacas, de qué modo han de prepararse, en qué terrenos, en

qué número, y otras muchas circunstancias, que varían segun el clima de la provincia en que se encuentran, la feracidad del suelo, la abundancia de pastos y aguas, y atraso ó adelanto de las reses.

Si los animales que han de padrear son demasiado jóvenes, es lo probable que la cria sea endeble de cuerpo y, aunque sea brava y voluntaria, le falte poder.

Si son viejos, á cualquiera le ocurre calcular que forzosamente han de ser los becerros de poca sangre.

Es útil y conveniente, por lo tanto, que con corta diferencia sean de una edad la vaca y el toro, prefiriendo siempre que el toro tenga más edad que aquélla, pero que nunca pase de nueve años; es preciso que estén picados, pero que se les echen las vacas á tiempo oportuno para ellas; conviene tambien que el número sea proporcionado entre unos y otros, que el campo sea de la suficiente extension para que no se arremoline el ganado, se hiera ú ofenda uno con otro, y en fin, que se tengan presentes las buenas prácticas que una larga experiencia ha hecho ejecuten en todo lo concerniente á las reses bravas los conocedores y mayorales.

Los dueños de ganaderías harán bien siempre atendiendo las indicaciones que aquéllos les hagan observar; que cada uno en su oficio es maestro, y la experiencia es madre de la ciencia.

Bueno será, á pesar de todo, que ántes de decidirse, por ejemplo, á cruzar la casta de su ganadería con otra, por muy acreditada que esté, lo piense bien y lo consulte con más de

uno y más de dos ganaderos, conocedores y mayorales de acreditada suficiencia y práctica.

Ganadería ha habido en España, célebre en el primer tercio de este siglo por su bravura, que por diferentes causas, y una de ellas la de intentar el cruzamiento de casta, ha ido perdiendo sucesivamente tanto, tanto, que en el dia se halla completamente extinguida.

Otras ganaderías han perdido por lo mismo su envidiado renombre; y gracias que sus dueños han acudido á tiempo á remediar el mal, ó las han vendido á personas que, gastando mucho dinero, han podido volverles su primitiva fama.

Téngase en cuenta que un toro andaluz, de acreditada vacada y áun escogido, podrá tal vez no dar el apetecido resultado con vacas navarras, ya porque éstas son en lo general mucho más pequeñas, ya tambien porque pasar de los calores del Mediodía á los frios del Norte, ha de hacerle gran sensacion.

Lo mismo acontecería en el caso contrario de ser llevadas las vacas de Norte á Sur.

Y si bien este inconveniente se subsana haciendo la traslacion en época del año á propósito, con las debidas precauciones y estancias en los caminos, y con la anticipacion necesaria para que ántes de padrear los animales se repongan y, digámoslo así, se aclimaten, no siempre suele conseguirse esto, y á veces sólo se logra que lo que ganan en corpulencia lo pierdan en bravura y voluntad.

Como nuestra intencion no ha sido nunca la de escribir

un Tratado acerca de la cria del ganado bovino, porque ni nos consideramos con los conocimientos que para ello son necesarios, ni entra en nuestro plan, limitamos nuestras observaciones puramente á lo indispensable para dar á conocer ideas y nociones generales, que no enseñan siempre los libros pero que saben los pastores, relativas á cuanto tiene aplicacion á las corridas de toros.

Entiéndase así, y perdónesenos que no demos más extension á esta parte del presente artículo.

Basta con lo dicho para saber cómo se crian los que han de ser toros de plaza.

Ahora vamos á ver qué educacion ha de dárseles; que tambien al toro, aunque fiera, se le educa.

Sepárase en esto como en otras muchas cosas de las demas fieras. A éstas, si se las coge, es para domesticarlas, para dominarlas por cuantos medios son posibles; en una palabra, para amansarlas. Al toro, por el contrario, ha de educársele para que aumente su bravura, se le han de buscar pastos que, léjos de debilitarle, han de darle poder y fuerza, y se ha de tener con él tanto cuidado como el que ya llevamos apuntado.

Poco hay que decir del toro hasta despues que es añojo: ha pasado sus primeros meses al lado de las vacas, alguna vez se ha visto perseguido por algun eral ó utrero, el pastor ó el zagal le han hecho huir asombrándole con la honda ó castigadera, y ha sido tal vez acosado por algun señorito á caballo en el campo, ó lidiado en corral por otros caballeritos que no se han atrevido con bichos de más edad.

Carrera más ó ménos, coces por alto, algun mugido al sentir el dolor del palo ó piedra, por parte del añojo.

Sustos y sobresaltos, tropezones y caidas con alguna contusion ó porrazo mayúsculo, por parte del señorito.

Allá se van el pro y el contra; y si álguien va perdiendo hasta ahora, es el hombre, por más que sea el mejor de los placeres para los verdaderos aficionados correr un par de becerros, áun á trueque de un par de revolcones.

Atrévense, luégo que ya han tanteado su valor y sus fuerzas, con bichos de más edad, y ya llegan á parodiar una corrida de toros, picando, poniendo rehiletes y matándolos como si fueran toreros de verdad.

El becerro así lidiado muere casi siempre como Dios quiere, y concluyó: aunque quedara con vida, no debería lidiársele despues, por las razones que hemos dicho.

Respecto de los aficionados á torear, no es éste el sitio á propósito para hablar de ellos.

Más adelante será. Pluma y papel nos sobran, y voluntad no falta; con que Dios conceda paciencia á nuestros lectores, que todo se andará.

Al llegar á los dos años el becerro y á los tres la becerra en Andalucía y en otros puntos, y áun ántes de que lleguen á dicha edad unos y otros en Castilla, es cuando se verifica con ellos la tienta, y por consiguiente cuando se decide su suerte.

Si en dicha operacion se les califica de cobardes, ó mueren en un matadero como las reses mansas, ó cuando más, quedan para bueyes en la ganadería.

Si acometen... es decir, no basta esto.

Si toman varas, si dan la cara, si se paran, si arrancan de largo, si recargan, si son pegajosos, si en sus movimientos demuestran bravura y coraje, ya pasan á la categoría de toros de plaza, como á tales se les empieza á cuidar; y si son hembras, es igual el esmero con que se las atiende.

En el libro-registro se anotan sus especiales circunstancias, condiciones que ha demostrado, y hasta los lances particulares á que en la tienta haya dado lugar.

Y cuidado que lances hay muchos; porque, como saben cuantos aficionados hay en España, una tienta y un herradero es una de las diversiones que más se prestan á bromas.

Es muy comun, cuando se verifica en corral, tener distraido al neófito aficionado que por primera vez concurre á aquella fiesta, y dejarle sólo con el becerro á corta distancia, obligándole á hacer el héroe por fuerza.

Es costumbre incitar al aficionado para que tome parte á pié con capote, ó á caballo con garrocha, en la tienta; y no es divertido su juego si no lleva un revolcon.

Ocasion ha habido en que aficionados antiguos y toreros de nombre han tomado el hierro candente para aplicársele al becerro, y miéntras entusiasmados lo hacían así, otro aficionado lo verificaba con otro hierro sobre el chaqueton, capote ó sombrero de aquél, ó sobre los de los que sujetaban al bicho.

No se causaba más daño que un chamuscon, pero se conseguía lo que se busca en dicha operacion, que es una verdadera fiesta.

Mucha bulla, mucho jaleo, mucha animacion. Si no hay carreras, si no hay porrazos, si no hay revolcones, no hay nada: aquello sería un espectáculo triste, y habría que mandar el degüello de reses que no daban juego.

Ó si no, habría que buscar recursos para que con mayor susto hubiera revolcones. ¡Estaría bien una tienta ó herradero de ganadería acreditada, en que no se pudiera decir al concluirla: «Han muerto tres caballos; Fulano y Zutano han llevado dos revolcones de *órdago;* Mengano ha sacado una contusion en la parte posterior derecha, interna, etc., que creíamos era grave, pero ha venido despues tres leguas á caballo y de nada se queja»; y así por el estilo!

Pocos aficionados antiguos, y al decir antiguos no queremos significar más de treinta ó cuarenta años atras, habrá en Madrid que no recuerden haber visto, ó al ménos oido contar, un lance divertidísimo que hizo ejecutar un rico é inteligente ganadero de Castilla la Nueva, á cuyos toros pocos aventajan.

Convidó á la tienta y herradero de sus toros jóvenes dispuestos al efecto á lo mejor de la aficion de Madrid en todas las clases sociales, que ésta es fiesta

«en que no domina el oro
ni potentado ninguno,
y si hay privilegio alguno.
lo lleva en el asta el toro.»

Se tentaron durante dos dias bastantes becerros machos y hembras; hubo lances cómicos de primer órden, porrazos y

revolcones, calzones rotos, manos y cabezas vendadas, pero ningun suceso desagradable. Al tercer dia se marcó con el hierro á los toretes de ambos sexos, repitiéndose en mayor número iguales escenas, que concluyeron al cuarto dia temprano.

Dispúsose por el ilustre anfitrion, como en los dias anteriores, una espléndida y abundante comida, que entónces ordenó se sirviera á las dos de la tarde, para que, concluyendo más pronto, pudiéramos volver á Madrid los convidados á buena y cómoda hora.

Se sirvió la comida en la sala baja, cuyas ventanas laterales daban al jardin por un lado, y por otro á diferentes habitaciones: los concurrentes elogiaban la buena tienta que se había hecho; otros celebraban los variados lances á que había dado lugar, y los aporreados y revolcados se daban la enhorabuena, «porque al ménos—decía uno de ellos que ya ha muerto—hoy cómo tranquilo».

No había concluido la frase, y entra en el salon, acometiendo cuanto veía, una brava becerra, encaminada allí de intento por los vaqueros y criados, de órden de... no sabemos quién.

Aquí fué Troya.

Los gritos, el tumulto, la confusion que en un local cerrado como aquél promovió la presencia de aquel animalito, imagínesela el lector. Cada uno quería escapar por su lado: algunos ganaron la pieza interior, que estaba cerca de la cabecera de la mesa; pero por... inadvertencia cerraron tras sí la

puerta, y nadie pudo seguirles: otros formaron parapeto en los rincones con las sillas; la mayor parte rodaron, y otros nos tiramos por la ventana al jardin.

Por allí tambien salió la becerra sin causarse daño, porque la altura no llegaba á dos varas.

El animal derribó, más que con los cuernos, con su cabeza y cuerpo cuanto halló al paso.

El estrépito de los platos, botellas, vasos, sillas y mesa, que rodaban y se rompían; los gritos de unos, las risas de otros, los silbidos de los vaqueros, y finalmente, los cristales rotos de las ventanas, formaban un estruendo terrible, espantoso, que parecía mayor dentro de una sala cerrada.

Y despues de esto, con toda formalidad, sonriéndose y afable con todos, dijo el ganadero: «Señores, á Madrid: el café se tomará en la Iberia».

Desde la edad de tres años, el toro bien atendido sigue creciendo y robusteciéndose notablemente.

Si su fuerza en la primera edad es siempre grande, en términos de que hemos visto becerro añojo arrastrando cuatro hombres á un tiempo sin que le pudieran sujetar, cuando ya es realmente toro de plaza es incalculable su poder.

La fuerza que manda en sus derrotes es á veces mayor que la de una bala de fusil.

Rompe una tela en el aire, lleva gran trecho en la *cuna* caballo y jinete sin rendirse y sin acortar su carrera, y nosotros hemos visto en la plaza vieja de Madrid arrancar de quicio las puertas de arrastradero y echárselas á lomo, rom-

piendo los hierros que las engastaban en los marmolillos ó postes de piedra.

Parécenos que no hay otro animal de más poder en la tierra.

Sólo el elefante dicen que le aventaja. No lo sabemos; pero concediéndolo así, llamarémos únicamente la atencion acerca de la distinta corpulencia del uno y del otro.

Ademas el golpe del toro es seco, rápido é instantáneo.

El del elefante muchas veces coge, abraza, digámoslo así, el objeto contra quien dirige su ira, y despues de templar su fuerza es cuando le estruja ó arroja.

De las demas fieras, ninguna en fuerza se iguala al toro.

Hemos visto á uno de éstos, que no había cumplido cinco yerbas, luchar con un gran leon que hizo presa con las garras en el cuarto trasero, mejor dicho, en los ijares del toro, y con la boca en la cola.

La posicion del cornúpeto no podía ser más desfavorable. Sus armas defensivas y ofensivas las tiene en la frente, y no siendo cara á cara, nada puede hacer.

Pero el leon no le derribaba.

El toro se mantenía firme, se revolvía y coceaba, á fin de desasirse de tan fuertes tenazas: no lo conseguía; mas él no caía en tierra.

De pronto el leon rompió con los dientes la cola del toro por la parte superior, y cayó de espaldas, dando lugar á que el bicho se volviera.

En el momento, en ménos tiempo del que se tarda para

pensarlo, todos los concurrentes al circo vimos volar por los aires al leon, al rey de las fieras, que huyó cobardemente, herido de gravedad.

Lo repetimos: de frente no hay quien venza al toro.

Los toros que se crian dentro de cercados, y no en prados ó dehesas abiertas, suelen saltar prodigiosamente.

Aparte de la fuerza que su poder y robustez da á todos los de su raza, los que decimos, sea porque desde pequeños se acosmtubren á saltar frecuentemente las cercas, ó porque el terreno de bosque ó sierra tenga alguna especial circunstancia que les favorezca más el desarrollo de los músculos que á los que pastan en dehesa ó campo abierto, brincan y traspasan alturas que sólo viéndolo puede creerse.

No nos parece exagerado afirmar que ha habido toro de esta clase al que hemos visto salvar una altura de más de dos metros y una anchura de lo ménos cuatro, repitiendo los saltos más de seis ú ocho veces en el intervalo de un cuarto de hora.

Pasada la edad de siete años, lo más ocho, y esto no siempre, el toro no debe dedicarse á la lidia.

Su fuerza no ha decaido, pero su instinto malicioso ha ido en aumento, y ha perdido en nobleza lo que ha adquirido de sentido.

Si se ha observado en él que tiene todas las condiciones de bravura, buen trapío y demas que hemos expresado anteriormente, échesele á padrear y dará buen resultado durante un par de años.

Para concluir este capítulo dirémos algunas palabras acerca de los cabestros.

Como todo el mundo sabe, éstos son bueyes viejos, que cuanto más lo son, mejores servicios prestan en las vacadas.

Son utilísimos para *arropar* el ganado bravo, ó lo que es lo mismo, para rodearle, ó sea colocársele en medio de ellos, y evitar de este modo que algun toro salga de la piara y se desmande, huya y acometa en el campo, corral ó camino, causando desgracias.

Sin su ayuda, sin su eficaz cooperacion, sería difícil, casi diríamos imposible, conducir el ganado bravo de un lado á otro, y mucho ménos separar, cuando conviene hacerlo, á los hijos de las madres, á las reses picadas de las que no lo están, y á un grupo de la torada de determinado sitio.

El cabestro hace que el vaquero marche tranquilo á caballo por un camino, llevando tras sí diez, quince ó veinte toros bravos, porque en las ancas del jaco forma el cabestro punta, siguiéndole otros bueyes detrás á sus costados, y entre ellos el ganado tranquilo, sin desmandarse, ya sea despacio ó corriendo.

Sucede alguna vez que un toro, por haber marchado más á la zaga de los otros, porque yendo á un costado de la piara le haya llamado la atencion cualquier objeto, ó por otra causa parecida, se salga del grupo y rompa su marcha en distinta direccion.

Entónces el mayoral pára el ganado en el acto con sólo parar los cabestros, que obedecen como corderos; saca de entre ellos tres ó cuatro de los más maestros, que así se dice á

los más prácticos y de mejor instinto, y con un par de zagales á pié y otro hombre á caballo marcha rápidamente adonde está la res perdida.

Antes de divisarla, ya huelen el rastro que ha seguido, y tan luégo como la distinguen, al mismo tiempo que los jinetes tratan de cortarle el paso distrayéndola, los cabestros la cercan, la *arropan*, la envuelven, digámoslo así, entre ellos, y lentamente empiezan á volverse al punto de partida á reunirse con los demas toros.

Cuesta á veces trabajo arrancar al toro huido de un sitio determinado á que ha tomado querencia, ya por ser más fresco aquel punto, por dominar una gran extension, ó por otra causa.

Entónces es de ver cómo van y vienen, dan vueltas y se juntan al toro los cabestros; cómo le incitan á marchar en direccion al punto que quieren, cómo le estorban el paso si toma ruta contraria, y en una palabra, cómo le obligan á seguirlos, áun cuando en su furia el toro haya herido á alguno de ellos.

El cabestro es inteligente, sagaz y obediente.

Se ha hecho con los años, y á fuerza de repetir siempre una misma faena, su instinto le guia casi siempre con acierto.

Más que temor al castigo que puedan darle los mayorales y pastores, les tiene verdadero cariño, y los obedece y sigue como un borrego.

Atiende por su nombre, conoce perfecta y distintamente la voz de sus amos, y hasta entiende lo que le dicen, sin más demostracion que la palabra, la mayor parte de las veces. «¡De-

recha! ¡Izquierda!»—grita en una marcha ó en una parada el mayoral,—y por allí emprende la ruta el cabestro de punta, sin titubear, sin equivocarse. «¡Alto!»—dice aquél,—y en el momento pára la piara y se arremolinan todos los mansos alrededor de los bravos.

Cabestro ha habido que se ha arrodillado y se ha echado, obedeciendo la voz del mayoral.

Cálculese, pues, con estos detalles cuán importante, útil y necesario es en toda ganadería un buen cabestraje, bien dirigido y bien enseñado por inteligente conocedor.

CAPITULO XI.

EL AFICIONADO.

I

Si el lector es verdadero aficionado á las corridas de toros, puede evitar la lectura de este capítulo.

Déjesela á los curiosos, á los que no sabiendo cuál es el tipo del aficionado, quieran conocerle; que le vamos á mostrar tal cual es, con su vicio y su entusiasmo y sus cualidades apreciables.

Él por sí no debe ponerse de manifiesto, no debe exhibirse, porque no le gustará, si es modesto, hacer público alarde de su lado bueno, y mucho ménos querrá se conozcan sus faltas por los que han de criticarlas sin piedad.

Pero nosotros las enseñarémos á todo el que quiera verlas.

Como que no tememos la comparacion con ninguno de los mortales que muestren predileccion por cualquier otro vicio; que vicios son ó manías las que todos tenemos al inclinarnos

con pasion á cualquier entretenimiento, que empieza por fijar nuestra atencion, continúa por embelesarnos, y concluye por atraernos de tal modo que nos es muy difícil abandonarle, si realmente se ha posesionado de nosotros.

Cargas son éstas anejas á la debilidad humana, que la mayor parte de las veces son perpetuas é irredimibles. Nacen con el individuo y con él mueren; y si alguno las traspasa á otro, suele ser de tal manera vejatoria la cesion, que da la buena, es decir, la carga ménos molesta, por la de mayor gravámen.

Se quita de un vicio inocente, para caer en otro vergonzoso.

Y esto el hombre no puede remediarlo, porque no siempre basta querer, para conocer nuestros defectos; que éstos, cuanto más cerca de nosotros están, ménos reparamos en ellos, ménos los advertimos: en cambio, distinguimos los ajenos á gran distancia.

Conviniendo al fin en que todos tenemos un vicio dominante, una pasion ó una inclinacion que ocupa con preferencia nuestra mente, disculpemos la del aficionado á toros, porque es la que ménos daño puede causar en su persona, en sus intereses y en sus afecciones.

No se ruborice, pues, porque hagamos aquí su retrato y le expongamos al público.

Véale cuando no haya nadie, á solas y sin testigos. Asome su original á este espejo, y verá que si el retrato es malo, consistirá en el artista que le ha fotografiado, colocando mal la

máquina y usando malos ingredientes; pero en el fondo encontrará mucha verdad, mucho parecido, aunque los detalles aparezcan, unos muy marcados, y otros casi borrosos.

Casi, casi, conviene que así sea, para que el curioso comprenda, al averiguar vidas ajenas, que *el tipo* se le enseña como siempre ha sido y como es.

Si le gusta, habrá un aficionado más.

Si no, poco importa uno más ó ménos.

¿Por qué el *aficionado* á nuestra fiesta nacional es el único, de entre todos los apasionados á los espectáculos públicos, á quien se distingue con aquella palabra?

No lo sabemos: ello es que al aficionado á la música se le llama *dilettanti;* al de las carreras de caballos, al *sport;* al de los circos gallísticos, *gallero;* y así por este órden.

Y lo cierto es que todos son aficionados, cada uno á su cosa, inclusos los que lo son al baile, á quienes llamamos *danzantes*.

¿Será que por el orígen extranjero de unos espectáculos, y por el desden con que las personas de mediano juicio miran los otros, se apliquen á sus *amateurs* nombres traspirenaicos y burlescos? ¿Ó será que por un instinto natural, una intuicion de que no sabemos darnos cuenta, sólo se aplique la palabra castiza española para el espectáculo puramente español?

Esto debe ser; porque en cualquier reunion, en cualquier casa, café ú otro sitio en que se esté hablando de cosas indiferentes que ninguna relacion tengan con las funciones de toros, al ver entrar á alguno de los contertulios ó amigos, se

dice frecuentemente: «Ya llega el aficionado», y no se dice *á qué cosa lo es;* y sin embargo, todos entienden *á qué* se refiere aquél que ha hablado.

Conste este dato, porque queremos indicar que el aficionado á toros, por sólo este hecho, es español puro y neto, y como tal, amante de su patria; y que tiene mucho adelantado para extranjerizarse aquél que les muestra antipatía.

Ya se ve, las ideas filosóficas modernas, mal entendidas y peor interpretadas, han hecho entender á algunas cabezas vacías que ya no hay ó no debe haber nacionalidades, que somos ó debemos ser cosmopolitas; y porque en la mayoría de los pueblos del mundo no puede haber corridas de toros, no quieren que las haya en el pueblo que les vió nacer, donde las vieron sus padres y sus abuelos, y donde á su vista se entusiasmaron sus antepasados.

Pero ¿adónde vamos? Sobre este punto ya hemos hablado bastante, y no debemos insistir.

Perdone el lector nuestro apasionamiento, y véngase á conocer al *aficionado,* si él no lo es, ó si, siéndolo, no se conoce, que tambien es muy posible.

Le enseñarémos en primer término el de Madrid, donde hay más, por razon de poblacion, que en otros puntos, y donde su tipo tiene cierta originalidad; por más que todos, los de la corte y los de las provincias, se parezcan muchísimo.

El aficionado empieza á serlo jóven, siendo estudiante, aprendiz de un oficio, capitalista ó propietario. La profesion ó modo de vivir de él ó de su familia influye poco.

El que quiere aficionarse al gran espectáculo en edad avanzada, lo consigue con más dificultad.

El amor á lo grande, á lo extraordinario, es patrimonio de la juventud. Rara vez se encuentra el entusiasmo en el pecho del anciano.

Pero una vez adquirida la aficion y el gusto por lo sublime del arte, el jóven llega á viejo con su mismo afan, con su *fanatismo,* si así quiere llamársele.

No nos enfadamos porque se nos aplique esta palabra. Es la que ha producido muchos santos y muchos héroes.

Si por circunstancias especiales, disgustos, ausencias, ó sucesos que en la vida retraen del mundo, algun aficionado *se corta la coleta,* ¡cómo recuerda con entusiasmo sus buenos tiempos! ¡Qué placer siente al relatar ó describir cualquier funcion ó la práctica de una suerte de aquéllas que forman época!

No nos cansarémos de repetirlo: la aficion á los toros es uno de los remedios, tal vez el primero, para quitar la tristeza, para alejar el tedio.

Y si no, veamos qué hace, qué dice, y hasta qué piensa el verdadero aficionado.

Desde el momento en que tres dias ántes de la funcion se fija en las esquinas la *aleluya,* que así llaman muchos el cartel de toros, son infinitos los comentarios que sobre su contenido hacen unos con otros los aficionados.

Quién reniega de la Empresa; cuál, de los toros y hasta de la autoridad que permite tal cartel.

Unos se muestran descontentos porque no toma parte en

la lidia determinado diestro; otros, porque trabaja aquél y no otro á quien él prefiere, y los más se alegran y esperan impacientes; bien que lo mismo hacen los descontentadizos, porque todos, absolutamente todos, no piensan en otra cosa que en la corrida, para cuya celebracion faltan setenta y dos horas.

Horas largas, interminables, de prolongada espera, de grandes esperanzas, de vehementes deseos y alegres ó tristes presagios, segun la persona que los haga y las causas especiales que en cada caso ocurran.

Pero no se crea que en dicho plazo el aficionado está de más, es decir, sin hacer nada que tenga conexion con su favorita fiesta.

Todo lo contrario.

Ademas de pensar, hablar, discutir y hasta acalorarse con sus amigos, frenéticos entusiastas como él por el arte taurino, en cuantas cuestiones se suscitan sobre los cálculos del resultado y peripecias probables en la próxima corrida, es preciso prepararse para ver la prueba de caballos.

No queremos hacer ofensa á nuestros lectores, suponiendo que ignoran lo que es *la prueba*.

Alguna vez, si son aficionados, que sí lo serán en más ó ménos grado, puesto que leen este libro, la habrán visto, aunque haya sido por curiosidad; pero como no debemos ocultar cuantos detalles se relacionen con las corridas de toros, bueno será que hagamos aquí un boceto del animado cuadro que ofrece.

Allá va.

Son las cuatro de la tarde en el rigor del verano. El calor sofoca y difícilmente se respira.

A pesar de todo, á esa hora el jóven estudiante, el hijo del banquero, el comerciante dueño de tienda, la *pollería* (como ahora decimos) de la buena aficion, se van reuniendo en la Cervecería Inglesa, ó en los cafés de la Iberia, del Suizo ó en sus inmediaciones, con amigos de más edad, aficionados más antiguos, casi diríamos jefes de partido, inteligentes en tauromaquia, á quienes se oye como á un oráculo.

Sin retrasarse, marchan diseminados en grupos hácia la plaza de toros, sin temor de asfixiarse con la atmósfera caliginosa, que hacen insoportable el polvo primero, y el vapor que despide la tierra regada despues; todos alegres, contentos, pero siempre cuestionando, siempre explicando un curso de tauromaquia, con adiciones, notas y comentarios interrumpidos por las risas, las bromas y las epigramáticas palabras de los que componen aquel pequeño círculo.

Llegan por fin á la plaza sudando y agitados, y ya encuentran allí á otros aficionados, que por haber ido á caballo ó por haber madrugado más, están descansando y bebiendo agua y aguardiente, único refresco que se vende en aquellos contornos.

Empiezan las bromas y los dichos picantes; tiroteo de pullas que se dirigen con especial gracia y singular ironía los partidarios de distintos diestros, cada uno de los cuales sabido es que cuenta con ardientes apasionados.

Oyénse y contéstanse muchas veces con sal y pimienta,

pero sin causar disgusto grave; y alguna vez que la sal se convierte en hiel y la pimienta en vinagre, acontece que riñen dos amigos y no vuelven á salúdarse.

Por fortuna, esto sucede pocas veces.

Juntos en el patio destinado al efecto en las inmediaciones de las caballerizas, el empresario de caballos con su jauría de *monos sabios,* y la gente de á caballo, la del *arte,* cálzase ésta espuela vaquera y prepárase á montar.

Aparece arrastrado, más que guiado de la brida, un desgraciado *penco,* ancho de pechos como un pollo tísico, fuerte de patas como jilguero enfermo, limpio de manos como el que ménos, cabizbajo como delincuente, y vestido con piel afelpada, ó sea de pelo largo, muy largo, susceptible de rizarse en tirabuzones.

—¿Qué traes aquí?—dice el picador al contratista.—¿De dónde has sacado esta alimaña? Anda que la monte tu *mare* si está acostumbrada á montar los sábados á medianoche.

Y ántes que la explosion de carcajadas de todos los concurrentes le impida hablar, replica el contratista:

—¡Valientes *piqueros* estais los de ahora! Con jacos así hubieran toreado seis corridas sin perder uno siquiera los picadores antiguos. ¿Qué tiene este caballo? Veintinueve años ha sido útil en una tahona, marchando bien en la máquina de moler y cumpliendo, sin que nadie le haya puesto falta, y vienes tú hoy á desecharle! *Arrepárale;* mira que aunque pequeño de cuerpo y de pocos fuegos, es mejor que el que tenía muermo y desechaste la *corria pasá,* y más seguro que el tor-

do que hizo á tu compañero apearse por las orejas dos veces.

—¡Como que tenía vértigos!—contesta el picador.

Y añade:

—¡Vaya! ¡Que no quiero este *penco!!*...

Entónces se le acerca al oído el contratista, y de tal manera le convence, que así como enfadado va derecho al caballo, monta, toma en sus manos el palo, y con un valor y un atrevimiento que suele olvidar el dia de la corrida, pica y aprieta en el poste destinado al efecto, una, dos y hasta una docena de veces.

—No se vuelve mal; tiene buena boca,—dice el picador al apearse.

Y el caballo queda apartado, para que, si no muere ántes de poco apego á la vida, lo despene un toro á las cuarenta y ocho horas.

Esto se repite várias veces con cuantos caballos se presentan, inútiles para todo ménos para la lidia de toros; y aunque pocos son desechados, todavía hay picadores que no se dejan convencer por los contratistas.

¿Para qué servirá un caballo desechado en la plaza de toros?...

Al anochecer vuélvense á la poblacion los aficionados, los toreros, los contratistas y los *monos sabios*.

Estos últimos forman rancho aparte.

Los primeros, en quienes la conversacion ha tomado mayor tinte de excitacion segun han ido calentándose las lenguas, convienen en que la buena raza de picadores, aquélla

de los hombres duros como el hierro y entendidos en su arte, se ha ido perdiendo poco á poco, quedando sólo para muestra alguno que otro, cuyo mérito casi, casi, pasa desapercibido para el vulgo.

No falta, sin embargo, algun atrevido mozalvete que con intencionada *guasa*, y marchando tras de los viejos aficionados, recita en voz alta la célebre endecha que dice:

«Cómo á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.»

Lo cual da pié para que alguno de los viejos de mal carácter, ó poco sufrido, se vuelva, encarándose con el mocito, y replique:

—Diga usted, niño, ¿conoce hoy algun torero á caballo que se eche por delante un toro, picándole con el regaton de la vara? Pues yo lo he visto no hace treinta años á José Trigo; y se trataba de un bicho de seis años, de la más acreditada ganadería y escogido. Y viven muchos que lo presenciaron. Y escrito está que Corchado ganó mil duros en una apuesta por picar una corrida entera con un solo caballo, sacándole ileso. Y con media de seda, sin mona, han picado otros. Y al *Coriano* le hemos visto caer, levantarse, tomar un capote, y con los hierros puestos dar media docena de *verónicas* que no las dió Móntes mejores; y... en fin, que entónces había picadores, y que se dé usted por ahí una vuelta cuando me traiga *uno* que haga algo de lo referido.

Así se renuevan constantemente contiendas y diferencias hasta que llegan al café, y unos entran á continuar hablando *sobre lo mismo*, y otros siguen su camino con *igual* pensamiento y fija su idea en el próximo dia.

Es el de la víspera de la funcion: sábado ahora, antiguamente domingo.

Por la mañana, en determinados dias, en aquéllos en que el cartel anuncia principio de temporada, ó la salida de algun diestro de grandes simpatías ó nuevo en plaza, el buen aficionado no perdona su concurrencia á las inmediaciones del despacho de billetes, sea abonado ó no lo sea.

Aunque se ha regularizado mucho esto, interviniendo la autoridad con fuerza armada hasta de caballería, en tiempos no remotos ofrecía la calle de Alcalá un cuadro animadísimo, y ahora mismo, en ocasiones, afluyen tantas personas á las puertas del reducido local en que se venden billetes,

que es de ver
y de admirar
cómo vienen,
cómo van,
cómo corren,
cómo vuelven,
cómo insisten
en su afan.

Sin embargo, aquello dura poco, muy poco.

Aquel bullicioso desórden, las voces y gritos, los cachetes y golpes que se dan unos á otros por adquirir un billete, cesan muy pronto.

Antes de una hora aparece el tarjeton que dice: «No hay billetes», y los pobres que han acudido desde las cuatro de la mañana á tomar puesto, y no han logrado ser de los primeros, se vuelven cabizbajos, rotos y destrozados en sus ropas, y renegando de su mala fortuna.

El aficionado goza al ver tal interes, tal impaciencia, tal deseo de ver el mejor de los espectáculos.

Comenta con otros alegremente aquella placentera animacion, y se da cita para ver el *encierro* por la tarde.

Al *encierro* asisten muchos á pié, y muchos más á caballo: los últimos, vestidos y con los jacos enjaezados para faena de campo, y algunos con garrocha.

Miéntras se sitúan en el Abroñigal ó Caño gordo, rodeando el ganado á la distancia que los mayorales y vaqueros lo permiten, observando los movimientos, la pinta, la romana, y en una palabra, el trapío de las reses, hasta que llega la hora de ponerse en marcha, acuden otros aficionados á pié á los corrales de la plaza y esperan el *encierro*.

Hablan *de lo mismo* siempre, y no se cansan. Repiten cien veces iguales frases y las oyen con igual complacencia; y léjos de aburrirse, si la conversacion palidece un breve momento, se robustece, digámoslo así, con la presencia de algun aficionado que llega más tarde.

Y así pasa el tiempo, hasta que suena *el alambre* ó se oye la voz de «¡Que viene!!»

Voz que antiguamente daba el *Tuerto;* tipo raro, excéntrico y extravagante que vivía en los alrededores de la plaza, sin

casa ni hogar, casi sin comer ni trabajar; que hablaba perfectamente idiomas extranjeros cuando era ocasion, lo cual suponía en él una ilustracion no comun; que callaba cuando le preguntaban los necios, y era cortés con los instruidos; ente, en fin, que no sabemos definir.

Hombre tal vez de buena familia y mejores principios, que filosofando, creyó ser feliz con la holganza y viendo toros.

¡Quién sabe si tendría razon!

Cuando el ganado llega cerca de la plaza, á la vista ya del corral primero, ábrense las puertas de éste, y ciérranse en seguida; operacion de un minuto, que con singular destreza practican los inteligentes carpinteros.

A la clara luz de la luna, cuando alumbra, ó á la turbia luz de los faroles en otro caso, el aficionado que esperaba, se hace la ilusion de que ve perfectamente el ganado, cuando apénas si puede ver la pinta de algun toro.

Como que se arremolinan y con los cabestros se van á un rincon, donde en peloton se colocan juntos si son todos de una ganadería, ó se les separa en distintos corrales si pertenecen á dos ó más y los dueños ó mayorales lo creen conveniente.

Pues á pesar de toda la oscuridad y la distancia, hay aficionado que sostiene con otros que el toro *ensabanao* es burriciego ó está reparado del derecho.

La cuestion para algunos es ver lo que no vea otro. Así que no falta quien invente y crea lo que no existe.

Cuentan los de á caballo á los otros si el ganado ha venido *bien arropado*, si hay algun toro que les ha *hecho cara*, si

ha habido necesidad de ayudar á los vaqueros para *encabestrar* bien, si han seguido mansamente al cabestro de punta. y en fin, cuantas peripecias han ocurrido hasta concluir el *encierro*.

Respecto del *pronóstico* que todos hacen de la condicion de las reses, no hay dos conformes.

Al paso que uno dice enfáticamente: «Dejamos encerrada una corrida de toros», lo cual no significa á la letra lo que dice, sino que quiere decir que es *buena,* hay otro que á medias palabras, y como reservándose, murmura por lo bajo: «No pongo dos cigarros por ninguno», y el más lejano dice: «Apuesto por el *berrendo*», y el de aquí añade: «Yo por el *retinto gachito*»; y todos convienen, cuando alguno de los más antiguos aficionados pronuncia en tono sentencioso la consabida frase de «Los toros son como los melones», en que para juzgar de lo que puedan ser capaces, lo mejor es ver al dia siguiente el *apartado*.

Entónces las reses han descansado, han reconocido el terreno y pueden examinarse más despacio; y sobre todo, no es cosa de perder la mejor de las ocasiones para acreditarse un hombre de entendido aficionado y de conocedor de los toros por el trapío, armas y manifestaciones que hagan al ser encerrados.

Quedamos, pues, en que esto es lo más acertado, y en que contraemos el deber para con nuestros lectores de decirles todas las demas obligaciones que el aficionado se impone ántes de que empiece la corrida.

II

El dia de la corrida el aficionado madruga, se emperejila y acicala, sale de casa rebosando gozo, dirige sus pasos á media mañana á la calle de Alcalá, y unido á otro ú otros tan aficionados como él, montan en un carruaje que los conduzca al famoso circo, donde penetran ansiosos de observar y comparar detenidamente una por una cuantas reses han de ser lidiadas.

Toman y pagan su billete de entrada, que antiguamente era grátis para el abonado; paréceles que la autoridad presidencial se retrasa más de lo regular, y cuando llega el momento de abrir la puerta que da paso á los balconcillos, corrales y jaulones, lánzanse á ella con avidez.

Todos quieren ser los primeros, y únicamente se cede el privilegio de anteponerse y ocupar mejor lugar á las señoras que en corto número suelen asistir; que el español siempre es galante, áun en casos excepcionales.

Una vez en los balcones, ó mejor si puede en los burladeros de los corrales, examina el trapío de los toros, su pinta y condiciones ostensibles, con la misma atencion, con igual interes y con tan gran cuidado como el lapidario un diamante y el avaro su dinero.

No se le escapa el más insignificante detalle, y más de una vez ha encontrado y designado defectos físicos en las reses, que habian pasado desapercibidos al perspicaz ojo de

los profesores de veterinaria encargados de reconocerlas y de certificar sobre su aptitud para la lidia.

Pregunta, indaga, conferencia y escucha de los labios del ganadero, qué antecedentes son los del ganado, qué historia tiene cada uno de los bichos y en cuál de éstos tiene mas confianza su dueño.

Compara lo que le dicen con lo que ve y ha observado desde que la tarde anterior asistió al *encierro*, y con los incidentes que ofrece el *enchiqueramiento*.

Si alguna vez, por circunstancias muy especiales, el aficionado ha dejado de asistir al *encierro*, mucho más especiales é imposibles de vencer han de ser las que le impidan presenciar el *apartado*.

Muy próximo éste á la celebracion de la corrida, la vista del ganado en los corrales, su paso á los jaulones y su encierro en los chiqueros, excitan su imaginacion y acrecentan su placer.

Goza anticipadamente de los lances de la corrida como si los viera ya, si se persuade de que el ganado encerrado es *de primera*; se disgusta si le parece de desecho, pero siempre confia en que alguno de los bichos ha de *dar juego*.

Ó al ménos forma esperanza en que los lidiadores suplirán lo que á los toros falte; y eso que sabe perfectamente que con mal ganado poco puede hacerse.

Lá esperanza es lo último que se pierde.

Su amor propio se satisface y agranda si da la casualidad de que el toro que supone como el más bravo y de poder, lo es más tarde durante la lidia,

Su fama de inteligente se consolida si esto acontece más de una vez, y su vanidad le engrie tanto, que en ocasiones no cedería su buen nombre de aficionado inteligente por honores ni por amores.

Volvemos á repetir que hablamos del aficionado constante, del verdadero, del apasionado.

¡Con qué impaciencia espera la corrida! ¡Qué esperanzas, qué ilusiones alimenta en su imaginacion! ¡Qué grato placer experimenta al volverse á la plaza nuevamente!

Porque, no lo hemos dicho, pero desde que salió del *apartado* hasta la hora en que la corrida empieza ó poco ántes, no ha hecho más que separarse del edificio á ménos de dos kilómetros, para almorzar alegremente con media docena de amigos en la fonda más inmediata.

Allí han hablado de nuevo de las brillantes dotes del matador y de los toreros que más les gustan, han comparado el trabajo de hoy con el de *antaño,* han disputado, se han sofocado, y han convenido en apostar la cena ó el refresco sobre el mejor comportamiento del espada favorito de cada uno de los comensales.

Dirígense á la plaza, y penetran en ella.

Lo que en el tránsito pasa, la animacion que hay en el camino en dia semejante, no hay para qué contarlo en este lugar; va dicho en otro, y no es cosa de repetirlo.

Darémos por pasado el tiempo y salvada la distancia, y colocarémos al aficionado dentro ya del local de la administracion.

Recoge su cartel-programa, cuando le hay; saluda á cuatro amigos, que escuchan sus impresiones acerca del ganado y sus vaticinios sobre la corrida; pasa al salon de descanso de los toreros, aprieta la mano de alguno de ellos, y por fin penetra en el redondel, donde se halla lo más granado de la aficion.

El movimiento, el alegre aspecto que el interior de la plaza presenta desde ántes de empezar la funcion, merece describirse; y tenemos casi obligacion de hacerlo, porque á nuestros lectores hemos enseñado el camino al circo, y áun los hemos conducido á las galerías interiores del mismo, y no es justo pasarles la miel por los labios y no dejársela gustar.

La vista se recrea gozosa y asombrada al contemplar aquel inmenso y extendido anfiteatro, circundado por una doble corona de gradas y palcos, en que aparecen como incrustadas, á manera de perlas y esmeraldas, divinas mujeres ricamente vestidas, y algunos hombres, que forman, digámoslo así, el esmalte negro que la corona ostenta para que brillen más aquellas piedras preciosas.

En cada una de las infinitas localidades que comprende tan singular edificio, se ven con diversidad de trajes, posturas y ademanes, elegantes señoras, niñas coquetas y agraciadas, almibarados pollos, sesudos caballeros, gentes del pueblo, en fin, pertenecientes á ambos sexos, que forman un cuadro tan variado, tan nuevo, tan caprichoso, que á pesar de haberlo intentado grandes talentos, nadie ha podido pintar ni describir fielmente.

¡Qué sonrisas tan incitantes, qué carcajadas tan espontá-

neas, qué palabras tan nuevas, tan chispeantes, tan epigramáticas y tan graciosas se ven y escuchan allí!

¿Quién es capaz de imaginarse, sin verlo, un número de personas, que siempre pasa de doce mil, contentas, placenteras, sentadas unas, de pié las más, y todas llenas de regocijo, saludándose con voces, gestos y señales, y sin otro pensamiento en aquella ocasion que el de divertirse con su favorito espectáculo?

No hay otro que proporcione más gratísimo solaz al noble pueblo español.

Aquello es otra nueva Babel: todos hablan, todos gritan, todos gesticulan y se mueven á un tiempo.

Si en la antigua hubo tanta confusion que no llegaron á entenderse sus habitantes, en ésta no la hay menor; tal es la diversidad de palabras, acciones y movimientos que se observa.

Pero en ésta todos se entienden.

La gente que pisa el redondel, ora agrupándose, ora extendiéndose en distintas direcciones, disminuyendo unas veces, aumentando otras, parece, cuando se la ve desde los palcos, á las abejas de una gran colmena, que zumban y se mueven sin parar, ó á los peces del mar, vistos desde la cubierta de un gran buque, que aparecen, se esconden, se agrupan, giran, marchan y contramarchan á todos lados lenta ó rápidamente, chillando y agitándose, hundiéndose ó levantándose.

Por si algo falta para prestar vida al cuadro, allí se encuentran desparramados, y pregonando á voces su mercancía,

los abaniqueros y vendedores de naranjas, que desde el redondel las arrojan con sin igual tino á las gradas y palcos.

De pronto aparece en su palco la autoridad que preside, y á la señal que hace con el pañuelo. el cuadro cambia, tomando nuevos y vivísimos colores.

Suena el clarin. redoblan los timbales, voces y músicas resuenan por todas partes, toman asiento los que están en pié, y entre los silbidos, bulla y algazara de éstos, corren á sus localidades los que ocupaban el ruedo, y ciérranse las puertas interiores.

Los ministriles, para quienes todavía duran los silbidos, *despejan* el redondel y marchan en busca de las cuadrillas.

Va á dar principio la funcion, y el aficionado lo mismo que los que no lo son, el inteligente como el curioso, no quieren. no pueden aunque quisieran, perder absolutamente ningun detalle de tan magnífico espectáculo.

Aparece en vistoso grupo la gente torera á pié y á caballo, rica y lujosamente ataviada, con más seda, más oro y más plata que la que tiene el Tesoro público, y seguida de los chulos y tiros de mulas, enjaezadas con esplendidez.

Todos marchan á compas de las músicas, con aquel *aire*, aquella *sal* que sólo tienen los de su clase, vitoreados por el inmenso pueblo que llena aquel grandioso edificio, aplaudidos frenéticamente con una continua y prolongada salva de aplausos, y saludados por hombres y mujeres con pañuelos y abanicos, con sombreros y con cuanto hay á mano.

Aquella explosion de júbilo va *jaleada*, ésta es la pala-

bra, por la gente jóven de buen humor con los apóstrofes consabidos de «¡Ole! ¡Viva la gracia! ¡Viva la sal! ¡Bien por los valientes!»

Morena hay, de ésas cuyos ojos relampaguean cuando miran, que por bien parecer no grita: «¡Bendita sea la tierra que tales hijos produce!»

Y niña de quince abriles, blanca como la nieve y rubia como el oro, que parece piloncito de azúcar con copete de canela, que murmura por lo bajo: «¡Qué garbo tan español!»

Hasta los extranjeros se conmueven electrizados al ver tal entusiasmo, que á su espíritu se comunica rápidamente, y no falta algun ingles ó frances que en mal castellano grita: «¡Oh! ¡De aquí al cielo!»

¿Quién evita que á un espectáculo tan conmovedor, que tanto arrebata, que tanto *llega al alma,* se aficionen cuantos le vean?

Si es irresistible su atractivo, ¿quién puede dejar de ser aficionado?

Disculpemos, pues, al que lo es, y sigamos su fisiología.

Inútil es decir que durante la lidia, el aficionado, sobre todo si es inteligente, no pierde de vista ningun detalle, ningun incidente de la misma.

Lo que para el vulgo pasa desapercibido, es para el aficionado de suma importancia.

La mala colocacion de un picador, la inoportuna salida de un peon, un intempestivo *recorte* hecho al toro, son para él objeto de las más duras censuras.

En cambio, donde pocos ven el mérito de sacar un caballo ileso, de cuadrar en la cabeza ó de citar para *recibir*, él le encuentra y aplaude acaloradamente, llegando á tener momentos de verdadero entusiasmo.

Concluye la corrida, durante la cual ha contribuido mucho á que el público atormente á la presidencia con el proverbial y característico «¡No lo entiende usted!», al ganadero con la aleluya consabida, que dice:

De los bueyes del Marqués...
liberanos Dominé,

y al picador ó espada con los atronadores gritos de «¡Cobarde! ¡Fuera!», etc., y sale de la plaza el último, ó al ménos de los más rezagados espectadores.

Va gozoso ó renegando de los toros, segun éstos ó los toreros hayan sido más ó ménos bravos, más ó ménos afortunados, deprimiendo á estos últimos si es intolerante, y si no, haciendo justicia al que la merezca.

Miéntras come ó cena habla de la funcion con los que le rodean, y despues en el café hace otro tanto; comenta las revistas de los periódicos taurinos, encarece el mérito de tal ó cuál suerte ejecutada, la pujanza del ganado y valentía del espada, ó critica en duros términos al lidiador de poca fortuna, al ganadero que vende cuatreños, ó á la Empresa que da toros de desecho.

Y á todo da exagerada importancia.

Y habla en su tertulia de aquella corrida tres noches se-

guidas, y á la cuarta forma cálculos sobre lo que será la que se celebre tres dias despues.

Y siempre sabe las noticias taurómacas de provincias con más anticipacion y exactitud que un diplomático las del movimiento político de Europa.

Este es el aficionado de la corte.

Algunos, no muchos, llevan su aficion al extremo de lidiar becerros, con los que, entre otras cosas, aprenden á llevar buenas costaladas.

Otros, para quienes el caballo es una necesidad, ejercitan su destreza acosando reses y derribándolas en campo abierto; pero en este particular Andalucía lleva la palma.

Aunque en Madrid hay buen número de excelentes jinetes derribadores, es mucho mayor el que en Sevilla existe y ha habido en todo tiempo.

Toreadores de gran posicion social, que lo mismo salvan una zanja sobre una ligera yegua inglesa, que derriban un toro de cinco años montando brioso corcel español de potentes ancas y descarnadas manos.

Mozos aficionados desde los primeros albores de su juventud á todas las faenas tauromáquicas, que nacieron viendo herraderos, y han crecido viendo toros, acosándolos, enlazándolos y derribándolos.

Gente práctica y muy conocedora, que monta caballos tan inteligentes como sus amos.

Y lo mismo que en Sevilla, aunque no en tan gran escala, sucede con los aficionados de Córdoba, Jerez y otros puntos

donde se crian toros y los ganaderos son generosamente espléndidos.

Porque las faenas de herrar becerros, tentarlos y las demas que con ellos se hacen en el campo, son costosas y exigen gastos de alguna consideracion.

Son animadísimas, es verdad; tienen algun peligro, pero éste es su mayor aliciente, porque el español es bravo y temerario, y juega con su vida como si poco valiera.

Algunas señoras concurren, á fuer de buenas aficionadas, á ver estas fiestas; pero en España no toman parte activa en ellas.

Sólo en Chile, Montevideo, Lima, Méjico y algun otro punto de América, hay algunas tan varoniles que acosan las reses á caballo con singular destreza y graciosa desenvoltura, formando *collera* con jinetes entendidos.

De algun tiempo á esta parte, las faenas de campo con los toros han tomado gran incremento: la aficion á las corridas no decrece, y el graznido de sus detractores es la espuela que hace se construyan plazas donde nunca las hubo.

Siga, pues, el graznido de los pocos; que el número de aficionados crecerá, á medida que aquél sea más repetido.

Importa poco al aficionado que haya quien le critique: ama sus lidias de toros con frenesí, y váyale usted á decir á un enamorado que renuncie al ídolo de su pensamiento.

Con todos sus defectos, con todas sus extravagancias, con todo su exagerado amor al arte de Móntes, queremos nosotros al aficionado.

Si todavía no tiene todas las faltas que hemos sacado á relucir, no será de los de pura sangre, ó será muy naciente su aficion; pero ella crecerá y se arraigará en él; que lo bueno, aunque sea imperfecto, difícilmente se abandona.

Cuando las fiestas de toros distraigan su imaginacion y mitiguen sus penas y disgustos, exclamará:

—¡Cuánto vale ser aficionado!

CAPITULO XII.

EL TORERO.

El torero es, generalmente hablando, valiente y esforzado, como buen español.

Tiene excelentes cualidades y muchos defectos, como los tiene todo hombre.

Nada es perfecto en lo humano.

Pero si el torero en sus primeros años ha tenido descuidada su educacion, por haber quedado huérfano, por carácter díscolo, ó por otra causa de las que por lo comun impulsan al hombre á seguir un mal camino, reforma notablemente sus inclinaciones, marchando hácia el bien, tan luégo como llega á ser lidiador de toros.

Es una larga experiencia la que nos demuestra la verdad de lo que llevamos afirmado.

En ninguna clase de la sociedad, especialmente de las que salen de las más humildes, como sucede á la mayor parte de

los toreros, hay ménos delitos que penar, ménos crímenes que castigar.

Poquísimos lidiadores de toros se han visto procesados por robos, hurtos, estafas y demas que causan afrenta; y en cambio, ¡cuántas personas de mayor instruccion y de clase más elevada han ocupado plaza en los presidios! (1).

Sin embargo, los toreros sufren muchas veces ligeras correcciones por faltas leves, á que dan lugar su carácter, su genio y su temperamento.

Por naturaleza bravos, no pueden consentir el más ligero insulto. No faltan á nadie, y no quieren que les falten; y en esto hacen bien.

Pero como el incienso que en su alabanza queman sus apasionados aduladores les marea, suelen ensoberbecerse, y muchas veces una crítica justa de sus actos les parece grave ofensa y atroz injuria.

La vanidad y el amor propio ciegan á cualquiera. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo á los toreros?

A pesar de eso, aunque son los ménos, los hay dóciles y prudentes que sufren los desdenes del público, y que con su excelente conducta y notable aplicacion se abren paso y figuran al frente de los que ejercen su arte.

El torero es alegre, decidor y jaranero.

(1) De quince mil novecientos sesenta y tres penados existentes en los presidios de España en Setiembre de 1878, sólo se cuentan CINCO toreros; componiendo el resto hombres de ciencia, eclesiásticos, militares, jornaleros, etc.—(*Gaceta* del 26 de Octubre de 1878.)

Si es andaluz, se entusiasma oyendo una *soleá* ó cualquier canto *flamenco;* si madrileño, las *playeras* ó las *malagueñas* causan su mayor deleite.

Y todos, olvidando sus azares y sus penas, se *jasen tiestos* por los incitantes pasos y actitudes de una *bailaora,* «retrepada y echada para atras, con sus dares y tomares, altibajos en el cuerpo, cintura de anillo, pié de mentirijilla, pantorrilla de mucha verdad y de allí á los cielos», como dijo *El Solitario.*

Hasta tal punto es cierto esto, que entre los muchos casos de entusiasmo que han demostrado los toreros por las *bailaoras,* citarémos el que hace unos treinta años ocurrió en Madrid.

Trabajaba entónces en esta plaza un matador que, aunque no de primera capacidad, tenía más conocimiento de su profesion que la que muchos le concedían, y ménos trato social del que fuera menester.

Al mismo tiempo una célebre bailarina hacía las delicias del público en uno de los teatros de la corte, y constante y diariamente nuestro hombre acudía á admirar y aplaudir á la *jembra* que de tal modo le entusiasmaba.

Un aficionado á toros, que frecuentaba el saloncillo y bastidores de aquel teatro, díjole un dia al lidiador, viendo su ardor por aquélla, si quería que le presentase á la misma, á lo cual accedió desde luégo gustosísimo.

Encamináronse durante un entreacto al escenario, y dijo el aficionado á la *bailaora,* que estaba ricamente vestida (nosotros diríamos desnuda) y radiante de belleza:

—Tengo el gusto de presentar á usted á..., matador de toros.

—Y con muchísimos... calzones (1),—añadió él sin dejar tiempo para contestar, temblando y sin ocurrírsele nada que decir para enmendar su grosería.

Él, que no temblaba ante los toros, no podia articular palabra delante de aquella hermosura.

Ésta le alargó la mano, y el torero, que no era muy jóven, la tomó con efusion, apretándola hasta casi lastimarla, pero sin decir una palabra.

Salió de allí confuso y aturdido, y cuando se burlaban de él sus compañeros, decía frecuentemente:

—Yo no volveré á hablarla; pero por ver bailar el *vito* á la..., mato de balde cincuenta *burós*.

Gusta el torero de montar buenos caballos, de bromas y francachelas, y por lo general, de exhibirse mucho.

Quiere que, al verle parado en una esquina, diga la gente: «Aquél es torero».

Su deseo está más satisfecho si oye decir: «Allí está Fulano»; porque entónces se supone, y así es, que ya es conocido como lidiador.

Viste siempre con esmero y hasta con lujo.

Su traje de diario es gracioso, esbelto, y hace al hombre simpático.

Pantalon ajustado, chaqueta corta, pechera bordada, ricos

(1) Es decir, «y con mucho valor, con mucho corazon».

botones y redondo calañes. Bonito conjunto. Antes los picadores usaban calzon corto y botines bordados; hoy... se ha casi olvidado esta prenda característica.

En invierno, y áun puede decirse que la mayor parte del año, excepcion hecha del riguroso calor, no suelta la capa.

Capa rica, de costosos embozos y bordados, corta, escotada, á la andaluza, mejor dicho á la española, que, como hemos oido no sabemos dónde, apénas les muerde los hombros, y la llevan tan segura como con dos escarpias, siguiendo todos sus movimientos con tanto desembarazo como la sombra al cuerpo.

Envidia la tienen los extranjeros, y con razon.

No se parece la capa en nada al ferreruelo, talma, albornoz, carrik, ni otra prenda venida de *extranjis*.

Es puramente española, que no saben llevar los de allende los Pirineos, y que, de los españoles, lleva mejor que nadie el torero.

Donde éste se presenta, adonde va, nadie paga *cañas* ántes que él: su bolsillo es el primero que se abre y el último que se cierra; y si es jefe de cuadrilla, sus muchachos nunca pagan.

Esto ha sucedido siempre, salvas poquísimas excepciones; y la verdad es que al torero que no ha sido así, no se le ha tenido por torero completo.

Le ha faltado el *sic,* que dicen los franceses; la *sal,* que decimos los españoles.

El torero se apasiona fácilmente; es leal, y por lo mismo celoso y en algun tanto desconfiado.

Ama con delirio á su familia, y nunca pospone á ésta por amores pasajeros ni conquistas obligadas.

Porque dicen por ahí, y no sabemos si es verdad, que á veces suelen verse compelidos á aceptar favores de elevadas damas.

Ciertos públicos indicios así lo han hecho sospechar; pero ¿la verdad quién la sabe?

Efecto de sus bromas y alegrías, han ocurrido con los toreros escenas graciosísimas y originales, y tambien alguna tristísima y de fatales consecuencias.

No queremos citar más que muy ligeramente dos de estas últimas, y para ello trasladamos al lector á que busque en nuestro Diccionario, segunda parte de este libro, los nombres de Ulloa y de Blanco (Manuel).

De lances chistosos podríamos llenar un abultado volúmen. Pero ¿á qué decirlos?

¿Si no hay español que no haya oido, aunque sea por referencia, infinidad de casos graciosísimos, escenas deliciosas y dichos oportunísimos, que se atribuyen á los toreros?

Perderian indudablemente la gracia al referirlos nosotros; ademas de que no es adecuado á la índole de nuestro libro el relato de chascarrillos más ó ménos inverosímiles.

Su genio, su carácter y la sociedad que frecuenta le hacen alegre y decidor.

Nunca piensa en que el mismo dia de su mejor francachela puede ser el último de su vida.

Pero esto es raro, rarísimo, casi nunca sucede. La estadís-

tica arroja un dato irrepochable, contra el cual se estrellan las alharacas de nuestros contrarios.

Cuarenta mil toros lidiados en la plaza de Madrid no han causado más que ocho muertes de toreros.

Es decir, uno por cada cinco mil. Sobran los comentarios.

Por eso, y porque el arte le enseña á esquivar el peligro, el torero mira tranquilo cerca de sí al toro más feroz y de más pujanza que España cria.

No conoce el miedo.

Sorprende y admira que un hombre, jinete en un mal caballo, sin más arma que una vara cuyo remate lleva un hierro punzante de ménos de una pulgada, y sin más defensa que su valor é inteligencia, espere tranquilo al animal de más potente fuerza y de más terribles armas, le incite, le obligue á acometer, y practicando bien la suerte, le *eche por delante;* y, como dice Zorrilla, la fiera entónces,

herida en la cerviz, húyele y brama,
y en grito universal rompe la gente.

Más aún.

¿Qué diría el que nunca hubiese presenciado una corrida y viese á un hombre delante del toro, solo, absolutamente solo, vistiendo ajustado traje de ligera seda, sin armadura que le preservase, únicamente con una capa al brazo, que al extenderla y llevarla de un lado á otro, buscada por la fiera, estando él

. . . . quieto, parado,
con ánimo sereno, cual atleta
seguro de vencer, y que esforzado
con sólo su saber. hiciese al toro
morder la arena, débil, jadeante.
rendido y sin poder y vacilante?

¿No se asombraría entusiasmado, sin darse cuenta de aquella sensacion?

¿Es posible que haya quien vea esto sin sentir un estremecimiento de completo gozo, de terror, si se quiere, pero de admiracion hácia el hombre que, sin preocuparse en lo más mínimo, casi indiferente, ha capeado ó pasado de muleta al toro. desafiando su ira, su pujanza y su coraje?

Pues bien, todavía esto no basta.

Ni áun es suficiente que el torero sin capa, y solo, se vaya con dos cortos palos en las manos, se coloque frente al toro, ya de pié, ya *sentado en una silla,* le alegre con su voz y su actitud, parta la fiera de repente, se encuentren ambos precisamente en un mismo centro, y de este encuentro resulte que la inteligencia venza, como siempre, á la fuerza bruta, burlándola con sólo un movimiento de cuerpo, y dejando clavados aquellos palos en la cerviz del toro, que sale rebramando en señal del dominio del hombre sobre el de los demas séres de la creacion.

No basta, decimos; hay más aún.

Hay la suerte suprema del toreo, la de matar un toro *recibiendo.*

Veámosla.

El valiente diestro se ha colocado frente al toro, cerca, muy cerca, a tres pasos de distancia, á dos, á ménos si es preciso.

Ha pasado de muleta al toro en redondo tres ó cuatro veces; ha permanecido quieto, sin separar un pié de otro, girando sobre los talones lo puramente preciso para dar siempre la cara á la fiera, y ésta ha pasado alrededor de aquel impávido lidiador, buscando con furia un objeto que destrozar, tras del rojo trapo que le engaña.

En los círculos que describe el paño, húmedo por el resoplido del toro, hay algun flúido que electriza: aquellos pliegues despiden un vapor que se sube á la cabeza.

El espectador que por primera vez lo ve, no puede apartar la vista, está asombrado, ensimismado.

El toro se pára por fin sin acometer.

El hombre se acerca más al toro, crece y se eleva su estatura en aquel momento, conociendo que le contempla un gentío inmenso, mudo al ver tal arrogancia; tiende la muleta, la lia, se perfila frente al testuz de la fiera, coloca su espada en recta direccion al punto en que quiere clavarla, junta sus piés y espera.

Adelanta todavía un pié, alarga el brazo izquierdo en que ostenta el rojo trapo ya liado, provoca con su voz al toro, parte éste rápido como un rayo, y al inclinar su cuello para herir con sus formidables armas, el hombre, inmóvil y sereno, deja que se le acerque, tuerce su ruta á favor de la muleta, clava en

él su acerado estoque, y el bravo animál se encoge, se tambalea y se desploma...

¡Que vengan pintores!—como diría Peña y Goñi.

¡Que respire ya tranquilo el novel espectador. cuyo corazon no latía, oprimido por el terror!

¡Que diga si recuerda algun espectáculo que pueda emocionar, entusiasmar, arrebatar tanto, con peligro más remoto que el de las corridas de toros, dadas las condiciones del lidiador!

¡Que manifieste el enemigo de éstas dónde hay hombre más bravo, más valiente y más inteligente, con su privilegiado instinto, que el torero!

. . . .

El torero es noble en su comportamiento como el que más, demostrando en mil ocasiones que

«no es noble quien noble nace,
sino quien lo sabe ser.»

¿Puede haber mayor nobleza que la de exponer frecuentemente su vida en favor de sus semejantes?

Pues esto lo vemos todos los dias. Infinitos casos pudiéramos referir de ello.

No hay aficionado que ignore la memorable cogida que tuvo en la plaza de Madrid el célebre José Delgado (a) *Hillo*. el querido del pueblo, su ídolo entónces, el émulo, en fin. del gran Pedro Romero, el dia 14 de Junio de 1788.

Todos saben que Pepe Hillo, desdeñando una advertencia de Romero, arrancó á dar *volapié* á un toro de la ganadería

de la condesa de Peñafiel, tuerto, de *sentido,* y con el hocico en tierra en aquel momento.

Sucedió lo que no podía ménos de suceder.

El simpático mozo fué enganchado y volteado, y, gracias al auxilio de su competidor Romero, no fué recogido.

Romero no se contentó con desviar al toro del bulto, sino que, tomando en sus brazos al herido, le llevó inmediatamente al palco de la duquesa de Benavente para que le atendieran, y volviendo al redondel, se encaró con la fiera y la mató de una buena *recibiendo.*

El conocido matador Juan Leon, siendo discípulo y banderillero del aventajado Curro Guillen, ¿no se arrojó *materialmente* sobre las astas del toro que había cogido á éste y le ocasionó la muerte, dándose el caso heroico, y sin ejemplo, de salir en su viaje la fiera con un hombre en cada cuerno?

Los picadores Sevilla, *Poquitopan,* Pinto y todos los de su época, ¿á quién deben su vida en muchos casos, más que á Francisco Móntes?

Los picadores de hoy, en su mayoría, ¿no fian más en el auxilio de los peones que en sus propias fuerzas?

¿Puede darse mayor prueba de hidalguía y nobleza que la demostrada por Cúchares y el Chiclanero, cuando, despues de la célebre corrida en que ambos como enemigos se arrojaron al redondel estoque en mano á dar muerte á un toro, se auxiliaron pocos meses despues mutuamente, con empeño, y concluyeron por abrazarse y darse la mano de amigos?

La cogida y muerte del desgraciado José Rodriguez (Pe-

pete), ¿no fué debida á la precipitacion con que acudió á salvar del inminente riesgo en que se hallaba el picador Calderon?

Últimamente, en la plaza de Valencia, al ser enganchado por un muslo un matador de los que figuran hoy como primeros, ¿no fué salvado de ser recogido de nuevo por otro primero tambien y más antiguo?

¿Puede olvidarse que aquel mismo espada, hace dos años, por salvar á un compañero, sufrió gravísimas heridas que le tuvieron á las puertas de la muerte?

Pero ¿á qué cansarnos, si está en la conciencia de todo el mundo, seguros estamos de ello, cuanto llevamos dicho?

Podrá alguno de los detractores de nuestra fiesta nacional decir (por decir algo) que el hábito de auxiliarse los toreros unos á otros en el redondel, hace que nosotros miremos como actos noblemente hidalgos los que no son más que hijos de la necesidad y de la costumbre.

Dos sucesos nada más, entre los infinitos que ha habido, vamos á citar para demostrar que no tienen razon los que tal dicen.

Como todo lo que relatamos en esta obra, dichos sucesos son ciertísimos, ocurridos en público, y por lo mismo, innegables.

Uno de ellos es tan reciente, que está en la memoria de cuantos viven.

Nos referimos á la hazaña que llevó á efecto un distinguido lidiador de toros en Valencia hace dos años, cuando, habiéndose escapado de los cajones en que eran conducidos por el

ferrocarril uno de los que habían de correrse en aquella hermosa plaza, atropelló á la gente que en sitio tan concurrido había, hirió á alguno, y Dios sabe las desgracias que hubiera habido, si ántes de penetrar en la capital adonde se dirigía, no se le hubiera interpuesto el arrojado diestro, sin arma alguna, cuerpo á cuerpo, entreteniéndole con una prenda de vestir, dándole *quiebros,* sin auxilio, sin guarida donde refugiarse caso necesario, y sin amparo de ninguna clase, hasta que llegaron los cabestros y mayorales mucho tiempo despues.

El segundo suceso es más antiguo, pero no tanto que no vivan muchísimas personas de las que le presenciaron.

En 1846, si mal no recordamos, la Empresa de toros de Santander contrató al inolvidable José Redondo (el Chiclanero) para dar dos corridas en la temporada de verano. La primera fué mala: el ganado de malas condiciones y de casta no acreditada, el servicio de plaza completamente descuidado, y los caballos inútiles, é inservibles por lo tanto, contribuyeron al mal éxito de la funcion. Aplaudióse, sin embargo, á Redondo, como no podía ménos, puesto que desde el primer momento se captó las simpatías del público; y la Empresa, por no lastimar sus intereses, aprovechando esta buena disposicion del pueblo, anunció, de acuerdo con la cuadrilla, que el *Chiclanero* torearía *de capa* un toro en la siguiente corrida; que el inteligente banderillero Muñiz daría el salto de la garrocha, y el buen picador Pedro Romero (el Habanero) mataría un toro desde el caballo.

Todo, ménos lo último, sucedió como estaba anunciado.

Ningun caballo útil se dió á Romero, y éste se negó, como era natural, á ejecutar la suerte.

El público gritaba desaforadamente; el gobernador, que, como casi todos, no sabía presidir, cuestionaba en su palco con el contratista de caballos y con los picadores; la cuadrilla no sabía qué hacer, viéndose insultada por la gente de tendidos, y Redondo, como jefe del redondel, desde el estribo de la barrera, debajo del palco de la presidencia, dirigió su voz á ésta para decir que cualquier persona montase los caballos, y se vería que no tenían boca siquiera.

Vió en esto el gobernador, cuyo nombre no queremos decir, aunque bien lo merecía, un desacato á su autoridad y un atrevimiento desusado, porque al espada no le había llamado y desde el circo no debía dirigirle la voz, y ordenó su detencion, encargándola á la Guardia Civil para mayor escándalo.

La fortuna, que siempre protegió á Redondo, hizo, para dar á éste mayor celebridad, que en el momento de darse la órden, el toro, que por cierto era navarro, de Zalduendo, colorado y bien puesto, tomó el viaje en direccion á la puerta de caballos, que encontró abierta, atropelló cuanto encontró al paso, y se marchó.

Gran confusion y desórden.

Atropellábanse las gentes; la autoridad no sabía qué hacer, temiendo que el toro subiese las escaleras; algun guardia civil de los encargados de prender á Redondo disparó su fusil contra la fiera, sin acertarla, pero aumentando el panico que de todo el mundo se apoderó.

Sólo un hombre, un torero, había allí sereno, y éste era el *Chiclanero.*

Sin tener para nada presente que la autoridad le había ofendido, y que la conducta que con él se usaba era arbitraria é injusta, tomó rápidamente muleta y espada, y convirtiéndose en jefe de todos el que momentos ántes era escarnecido, pidió paso, *mandó* á la fuerza pública detenerse, *ordenó* que suspendieran el fuego, se llegó á la fiera, la pasó una vez, y en un callejon sin salida de dos metros de ancho, que allí llaman *carrejo,* le dió muerte de una sola estocada.

Creerán nuestros lectores que una accion tan noble influiría en el ánimo de aquel gobernador, para apreciarla como se merecía y como el público lo demostró con sus vítores y gritos de entusiasmo. Pues no hubo nada de consideracion. Redondo y su cuadrilla fueron llevados á la cárcel, de donde no salieron sino para Madrid.

El público de aquella ilustre ciudad, más sensato que su gobernador, al ver que éste no hizo caso de sus súplicas para dejar á los toreros en libertad, demostró á éstos, y especialmente al *Chiclanero,* lo mucho que apreciaba su accion heróica de salvar, con gravísimo riesgo de su vida, la de tanta gente como hubiera padecido si, atendiendo sólo al abuso que con él se cometía, se hubiera dejado llevar á la prision.

Lo más distinguido de Santander despidió con señaladas muestras de consideracion y cariño á los lidiadores.

Y como los casos que hemos relatado, han ocurrido muchos en distintas plazas, en várias ocasiones y llevados á cabo

por diferentes toreros; lo cual demuestra no sólo su gran valor, sino su nobleza, su deseo de hacer bien, sin mirar á quién ni cómo, siguiendo los instintos de su honrado corazon.

La historia, la novela y hasta la zarzuela se han encargado de divulgar el caritativo comportamiento del célebre Pepe Hillo, que apadrinó y cuidó como hija propia á una niña abandonada por sus padres, y en nuestros dias otro matador notabilísimo hizo lo mismo en el barrio de San Bernardo de Sevilla con otra criatura que de igual modo abandonada se encontró á la puerta de su casa.

Por mas que se diga en contra, actos tan caritativos y elevados enaltecen mucho á los toreros; y muchos personajes llenos de pergaminos no los practicarían tal vez, contentandose con pagar á un criado que llevase al expósito á la casa de Caridad ó asilo de los mismos.

No puede negarse, pues, que el torero posee en alto grado excelentes condiciones de honradez y nobleza.

No es, como suponen los impugnadores de las corridas de toros, un sér despreciable en la sociedad.

Cuando ménos, como hombre, vale tanto como el que le vitupera.

Como honrado y generoso, vale más, mucho más.

Sus defectos, que ya hemos dicho que los tiene, y no pocos, son comunes á todos los hombres. Lo que le falta de instruccion, lo suple en parte el trato con personas de buena educacion que frecuenta y con cuya conversacion aprende.

¡Si pudiera prescindir de la vanidad!

¡Si su orgullo se limitara á sostener en el redondel, *sólo en el redondel,* su buen nombre!

Pero el amor propio, cuando se ve satisfecho por los elogios de miles y miles de personas, ¡es tan difícil de contener!

. . . .

No concluirémos este capítulo sin excitar á los toreros para que procuren con decidido empeño adelantar en su profesion.

Es el modo de sostener la aficion al espectáculo, de contrariar la voluntad de sus impugnadores, y de fomentar el arte.

Como hemos dicho en capítulos anteriores, la raza de los picadores buenos, bravos y entendidos, va menguando.

Y aunque alguno se dé por ofendido, hay que decirlo.

En lo general, el que es jinete, el que sabe montar, no sabe picar toros.

El que tiene arte, no tiene fuerza.

Y ambas cosas son necesarias, indispensables; deben ir precisamente unidas.

Nos complacemos en reconocer que todavía quedan algunos buenos picadores; pero si los que empiezan no se aplican, si en vez de *pintarla* á pié y en los cafés, no la *pintan* á caballo constantemente y luégo en el redondel, poco adelantarán, y los que hemos conocido otra cosa, nos acordarémos siempre de los Corchado, Marchante, Pinto, Sevilla, Romero, Lerma *el Coriano,* Coyto *Churpa*, y tantos otros que han sido en sus tiempos gloria del arte.

Tambien podría haber más aplicacion y ménos *pamplina* en la gente de á pié.

Los banderilleros, principalmente, tienen mucho que aprender. Hay pocos buenos.

No es esto decir que el arte se halle hoy en decadencia. El que tal afirme, no dice verdad.

Pero si sigue así algunos años más, llegará á estarlo, porque no vemos esfuerzos en los lidiadores ni buen gusto en el público.

Este es el que tiene la culpa de que los lidiadores no adelanten.

Censurara más y aplaudiera ménos, y otra cosa sería la funcion de toros.

Es preciso que el público no haga creer á un torero que es muy bueno porque ejecute alguna suerte bien, si deja en otras mucho que desear.

Que no adule con sus aplausos al que, sin hacer nada bueno, segun el arte, demuestra valor y no inteligencia; porque lo único que conseguirá será impelerle á sufrir una cogida de funestas consecuencias.

Y es conveniente tambien que los lidiadores procuren lo que es más difícil al hombre:

CONOCERSE.

BIOGRAFÍAS.



FRANCISCO ROMERO.

FRANCISCO ROMERO (1).

En diversos sitios de la presente obra hemos dicho que cuando las lidias de toros se formalizaron en plazas cerradas, sólo los caballeros tomaban en ellas participacion, ya alanceándolos y más tarde rejoneándolos á caballo, ya matándolos á golpes de espada cuando tenían necesidad de usar ó llevar á efecto el caso de compromiso, á que dieron el nombre de *empeño de á pié*.

Los peones que les auxiliaban suministrándoles lanzas ó rejones, llevándoles los toros, apartándoselos; en una palabra, haciendo lo que ahora hacen con las capas los banderilleros, eran gente baja, llamada entónces la plebe, que por un precio convenido sacrificaba su vida por salvar la del señor.

A esta clase de gente se refieren las leyes que los infama-

(1) Insertamos por óden de antigüedad las biografías de los matadores de toros que *por cualquier concepto* adquirieron celebridad ó actualmente están más en juego, sin perjuicio de que *de todos los conocidos* hablarémos en el DICCIONARIO,

ron, y estos hombres son los que concluían con las reses desjarretándolas, cuando no habían podido concluir con ellas los caballeros.

Pero ya en el siglo XVII hubo otra clase de hombres que, sin pertenecer á la nobleza, eran bien considerados por la misma, como honrados menestrales, solícitos labradores ó notables hijosdalgo, que no *luchaban* con los toros martirizándolos con desjarretadera, rejones, lanzas ni venablos, sino que los *lidiaban* y burlaban con rápidos *recortes*, y les daban muerte de una cuchillada, despues de haberlos *parcheado* y puesto arpones con singular destreza.

Aunque los caballeros prefirieron siempre como más noble la lidia á caballo, admiráronse al ver la singular destreza de algunos hombres que, escoteros y sin auxilio de nadie, burlaban fieras tan potentes como los toros, las cansaban y rendían y concluían por matarlas diestramente, sin dar el repugnante espectáculo de oponer la fuerza á la fuerza, sino al ímpetu brutal de la fiera, la serena inteligencia del sér más privilegiado de la creacion.

Y ésta fué la razon de que muchos caballeros principales apadrinaran y protegieran á hombres tan bravos é inteligentes.

A este número perteneció Francisco Romero, natural de Ronda, primero de los de su apellido á quienes cupo la suerte de ensalzar el arte del toreo hasta una altura como la que ha tenido y tiene en la actualidad.

Fué de oficio zapatero, y tan aficionado á ver las lidias taurinas, que siempre que los caballeros daban espectáculos de

esta clase procuraba presenciarlos, rogándoles permiso para la entrada, áun á trueque de servirles de escudero, paje ó auxiliador.

En poco tiempo llegó, por su valentía, por su serenidad y sobre todo por su inteligencia, á captarse las simpatías de los caballeros maestrantes de Ronda, cada uno de los cuales quería siempre ser asistido por Romero en todas las ocasiones á que su valor les llevaba á lidiar toros.

Convencidos de que el jóven menestral era en el toreo una notabilidad, hicieron de él un torero de tan universales simpatías y profundos conocimientos, que su nombre empezó á sonar en todos los pueblos como el más aventajado en tan difícil arte, y entónces Romero se dedicó de lleno á una profesion que tantos lauros le proporcionó durante su vida.

Si diestro fué capeando reses, no lo fué ménos *parcheándolas* y poniendo rehiletes.

Comprendiendo su imaginacion que para muchos espectadores era repugnante ver atravesar un toro várias veces por el cuello para darle muerte, inventó el modo de estoquear de frente con el auxilio de la muleta y de una sola estocada.

El resultado fué felicísimo, y pocas veces desde entónces han abandonado los matadores la muleta.

Niegan unos, al paso que otros afirman, que Francisco Romero fuese ó haya sido el primero que diese muerte al toro cara á cara con el estoque y la muleta; y si bien es difícil conceder ó negar con verdadero conocimiento lo que haya de cierto en el particular, nosotros, contra la respetable opinion

del que contradice el aserto, nos inclinamos á creer que realmente Romero fué el primero de los toreros *de oficio* (entiéndase bien) que estoqueó cara á cara *con muleta.*

Nos fundamos en que si es verdad que cuando D. Nicolas Rodrigo Novelli escribió su *Cartilla de torear* (1726) fué la época en que, segun Abenamar, empezó á sobresalir Francisco Romero, ni los vascongados ni sevillanos de que habla un autor eran entónces toreros, ni lo podía ser Bellon, que lucía sus conocimientos cuarenta años más tarde, padeciendo en esto una equivocacion de fechas que trastrueca completamente el conocimiento de las épocas.

Para comprobarlas y sostener nuestra opinion, nos fijamos en que siendo Pedro Romero, hijo de Juan y nieto de Francisco, en el año de 1766 de doce años de edad, su padre habría de tener lo ménos treinta, y su abuelo cincuenta; y de este modo se comprende que en 1726, contando veinte años el Francisco (que más serían, porque hemos fijado cortas edades á todos para mejor entendernos), se distinguiese, como dice Abenamar, y matase el primero cara á cara los toros con estoque y muleta (1).

Bien mirado, ántes que él no hubo toreros retribuidos, propiamente dichos, que fueran inteligentes; y nada importa al objeto de impugnar la aseveracion que sostenemos, el que el abuelo del célebre escritor Moratin, ni otros nobles caba-

(1) Algun autor ha dicho que Francisco Romero nació en 1686. Si así fuese, tarde se dió á conocer como matador de toros. Nos inclinamos á creer como más probable su nacimiento el año de 1700.

lleros, matasen de dicho modo los toros, porque éstos no eran *toreros*, y los que lo fueron, como Bellon, Leguregui, *Martincho* y otros, torearon más tarde que Francisco Romero; así que no es aventurado afirmar que éste fué el primer torero conocido, desde que se regularizaron estas fiestas á principios del siglo XVIII, que usase la muleta para matar toros.

Bravo siempre, conocedor cual ninguno del instinto de las reses y con una serenidad á toda prueba para ver llegar, esperaba cara á cara, y dando salida con la muleta, hundía firmemente el estoque en la cerviz del toro, que casi nunca necesitaba para caer que se reprodujese la suerte.

Es verdad que ántes que Romero mataron otros caballeros toros á pié, á veces de una sola estocada; pero no consta en parte alguna que lo hicieran con muleta; y léjos de eso, hay certeza de que lo verificaban del modo que minuciosamente describirémos en la voz «*Empeño de á pié*».

El modo de matar con el auxilio de la muleta es noble, porque al hombre, colocándose frente á frente del toro, le ayudan más su inteligencia y serenidad, que las armas de que se vale.

Y por el contrario, la práctica anterior al invento de la muleta era en cierto modo aleve, puesto que casi siempre se procuraba tapar con capa ó ferreruelo la vista de la res para darle muerte á mansalva, lo cual ademas se realizaba con ancho machete tajante y punzante.

Alguna vez huyendo el cuerpo, ó como ahora decimos, *libres de cacho*, mataron los caballeros y áun los toreros de ofi-

cio toros de una estocada, pero no esperando frente á frente y á pié quieto como Francisco Romero.

La vida tauromáquica de este gran hombre fué una serie no interrumpida de aplausos y de admiracion.

En cuantos pueblos, villas y ciudades toreó, en otros tantos consiguió de tal manera arrebatar al público, que bien puede decirse fué el fundador del toreo moderno.

No hay noticia de que sufriese cogida grave, ni herida de consideracion; y ántes de retirarse del toreo, en cuya profesion se ocupó lo ménos treinta años, enseñó las principales reglas del arte prácticamente á su hijo Juan, hombre especial para estar al frente de otros, ordenarlos y dirigirlos.

Francisco Romero murió de edad avanzada, querido de cuantos le conocieron, y con la aureola de los bravos y de los inteligentes.

MANUEL BELLON (EL AFRICANO).

Despues de los famosos Félix, Pedro y Juan Palomo, notabilísimos espadas que ejercieron su profesion á mediados del pasado siglo XVIII, siendo la admiracion de sus contemporáneos, se presentó en Andalucía, llamando la atencion como torero á caballo y á pié, un hombre de especiales circunstancias.

Debían ser éstas muy notables para captarse las simpatías de los altos aficionados á la tauromaquia, porque viviendo todavía los Palomos, Juan Romero, el pamplones Leguregui y el valenciano Esteller, de quienes hablarémos en la última parte de esta obra, era expuesto entrar á hacerles competencia persona desconocida.

Cada uno de dichos lidiadores tenía formada su reputacion como buenos espadas y excelentes banderilleros, y las plazas de España donde se lidiaban toros no conocían más toreros principales que los referidos, y algunos de segundo órden que á aquéllos acompañaban.

Pero cuando nadie les disputaba sus laureles legítimamente adquiridos, llegó á Sevilla, donde se estableció, un hombre alto, bien formado, forzudo, moreno aunque no con exceso. pelo negro, anchas patillas y de grave continente.

Un mozo *juncal,* como ahora decimos.

Este hombre se llamaba Manuel Bellon, había nacido en Sevilla hacía más de treinta años, y de allí desapareció doce ántes de su regreso lo ménos.

Cuál fué el motivo de su ausencia, no se sabe á punto fijo.

Díjose entónces, y ésta es la causa de su expatriacion que tiene más fundamento, que Manuel tenía amores con una sevillana, de aquellas morenas de rojos labios y ojos de fuego que allí se crian, y á la que no halló ningun defecto físico que poderle echar en cara.

Pero sus cualidades morales no estaban en armonía con las físicas.

Turbó la paz de aquellos amores otro mozo que quiso sustituir á Bellon; y éste, que desde sus más tiernos años había demostrado ser valiente y atrevido, quitó de en medio á su contrario, al ménos por un poco tiempo.

Necesariamente, para sustraerse á la accion de la justicia, tuvo que apelar á la fuga y refugiarse en Africa.

De aquí le viene el sobrenombre de *el Africano.*

Pasaron años, las cosas se olvidaron, y como no hay nada más triste que vivir léjos del suelo en que se nació, Manuel Bellon se resolvió á volver á Sevilla.

Tanteó el terreno ántes de su regreso, parece que alguna

influencia superior le ofreció proteccion, y se decidió á volver.

En qué empleó el tiempo, á qué se dedicó en aquella region africana miéntras permaneció en ella, no lo sabemos.

Únicamente observaron los que ántes le habían conocido, que volvía más serio y reservado de carácter y más fornido de cuerpo, y atezado el rostro.

Extremadamente atento y hasta cumplido con toda clase de personas, pronto adquirió simpatías, y mucho más cuando vieron que andaba entre los toros con una calma y una sangre fria desconocidas.

En más de una ocasion se creyó que aquel hombre despreciaba su vida porque el recuerdo de su primera desgracia amargaba su existencia.

Algo podría haber de esto.

Sin embargo, estamos convencidos, á juzgar por su historia, que no era la pena la que le haría aparecer bravo y sereno.

Era la seguridad que tenía en sus facultades y en sus conocimientos del arte.

Tales eran éstos, que el notable biógrafo señor Velázquez afirma, con referencia á una carta del señor marqués de la Motilla, escrita entónces y en que se hablaba de Manuel Bellon, que éste era «en la jineta una maravilla, tenía fuerza y maña cual pocos nacidos, y en toreo de reses hacía cosas que sólo viéndolas se creían».

Su fama se extendía por todas partes, y se le solicitaba por gente muy principal para faenas de campo, donde á caballo

era atrevido como nadie, gallardo como pocos y entendido como el que más.

No había potro cerril que se le resistiera, ni toro que no enlazara, ni jinete, en fin, que por ningun concepto aventajara á Manuel Bellon.

No era, pues, un hombre vulgar; y como al establecerse de nuevo en Sevilla, vino bien acomodado de intereses, no andaba como otros recorriendo villas y plazas para trabajar, sino que adonde acudía lo hacía generalmente por compromiso y recomendacion.

Su época de mayor auge en el toreo fué por los años de 1760 á 1770, y se aplaudía y alababa mucho su arrojo, valentía y *trazas de arte* en derredor de toda clase de toros, á los que mataba con el capote enrollado por rodela en la mano izquierda, y *aguardando* ó yéndose á ellos.

Dice un autor que la suerte de matar con estoque la aprendió de los Palomos, y nosotros, respetando su aserto, que no sabemos en qué le funda, nos inclinamos á creer que Bellon mató con estoque porque en su época, y desde cuarenta años ántes, así mataban todos, absolutamente todos los que de toreros se preciaban.

Teniendo en cuenta el largo tiempo que dicen permaneció en Africa, debió aprender sólo de verlo á cualquiera, que pudo muy bien ser Francisco Romero, Esteller ú otro más antiguo que los Palomos, ántes de su emigracion; ó despues de su vuelta, de Juan Romero, de Leguregui ó de otros que no fueran aquéllos, puesto que, confrontando fechas ó épocas, la en que

debió residir Bellon en Africa es precisamente la misma en que brillaron en España los Palomos.

Como se ve, éstas no son más que deducciones, que no tratamos de defender hasta el punto de querer se nos dé la razon, quitándosela á otro escritor más antiguo, á quien respetamos.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que Manuel Bellon *el Africano* inició una época en el toreo de temerario arrojo, pues desde la fecha en que apareció en la arena, ademas de demostrarse que, léjos de decaer el arte, se hacían en él progresos, se empezaron á ejecutar suertes tan arriesgadas como las de matar toros teniendo el lidiador sujetos los piés con grillos, y poco más tarde la del salto de testuz, suerte que se comprende tan perfectamente como pocas, y que, á pesar de esto, no hay quien la haga por lo difícil y expuesta.

A caballo practicaba con especial tino diferentes suertes de campo, entre las que merece citarse la de *enlazar* montado; si bien parece era más especialidad derribando reses agarradas á brazo por la cola.

No sabemos si, como hay quien lo asegura, fué el inventor de este modo de derribar, que Pepe Hillo considera fácil; pero no hemos leido en libro alguno que ántes de su época se derribasen reses de dicha manera.

Manuel Bellon, como hombre de mundo conocedor de lo que éste da de sí, y teniendo una fortuna regular, se retiró á tiempo del toreo.

Venían á éste, como astros nuevos eclipsando los antiguos,

Martincho con su bárbara agilidad, Cándido con su eléctrica ligereza, y Costilláres con su genio taurómaco, y no era cosa de sostener competencias un hombre de cerca de sesenta años con jóvenes de veinticinco.

Puede que como inteligente se hubiese llevado la palma, pero ejecutando actos de arrojo y temeridad le hubieran faltatado aquellos vigorosos remos que en su juventud tuvo como pocos.

El nombre de Bellon *el Africano* sonará siempre con justicia como el de uno de los más afamados diestros en el arte de torear, tanto á pié como á caballo.

MARTIN BARCÁIZTEGUI (MARTINCHO).

Es comun opinion entre muchos aficionados de valía, la de que casi siempre descuellan en el arte de torear los hombres que han permanecido mucho tiempo al lado de las reses en el campo.

Fúndanse para ello, principalmente, en que por necesidad tienen que estudiar la índole é instintos de aquéllas desde que las ven nacer, y en que, por lo tanto, la importantísima parte de conocimiento del ganado que debe tener un buen torero la llevan aprendida, ántes que las reglas de torear les sean conocidas con la debida precision.

Léjos nosotros de negar este aserto, creemos firmemente que los hombres de campo tienen mucho adelantado para ser buenos toreros por la razon antedicha, y porque, al cabo del tiempo que entre toros andan, llegan, permítasenos la frase, á familiarizarse con ellos.

Es decir, que de las tres condiciones esenciales que nos-

otros exigimos á los buenos lidiadores, la gente de campo trae lo ménos la mitad, que es el valor y ademas un conocimiento exacto de los instintos del ganado.

A veces, casi siempre, vienen tambien acompañados de la ligereza, sobre todo si se dedican á torear á pié; de modo que sólo les falta adquirir el conocimiento de las reglas del arte, como ántes hemos indicado.

Con estas aventajadas condiciones se presentó á torear en las plazas de España, durante el último tercio del pasado siglo, Martin Barcáiztegui (a) *Martincho.*

Hombre cuyo temerario arrojo asombró entónces, y que hoy mismo, al referirse sus más notables hechos, admiran por lo increibles y arriesgados.

Han supuesto algunos que Barcáiztegui era navarro, y en este concepto le han tenido, considerándole paisano del pamplones Leguregui, á quien acompañaba frecuentemente toreando.

Esto no es exacto.

Martin nació en la importante villa de Oyarzun, próxima á San Sebastian, en la provincia de Guipúzcoa, á mediados del precedente siglo.

Fué pastor de los ganados pertenecientes al acaudalado D. Ambrosio de Mendialdua; y tal vez hubiese continuado siéndolo toda su vida, si no hubiese visto torear al dicho Leguregui y otros que acompañaban á éste.

Parecióle á *Martincho* (este era el apodo con que desde pequeño se le conocía en el país) que no era cosa muy difícil

lidiar toros, siempre que el lidiador tuviese valor para ponerse delante de ellos.

Su hasta entónces limitada inteligencia comprendió que la vida del torero, en medio de los azares y peligros á que está expuesta, es alegre, variada y sobre todo independiente.

Vió por un lado que su vida se deslizaba sosegada, tranquila, pero reducida, digámoslo así, á una perpetua servidumbre; y por otro, reparó que los toreros eran agasajados, aplaudidos y bien pagados en cuantas partes se presentaban, y que como hombres libres disfrutaban de las ventajas que la libertad ofrece.

Se hizo, pues, torero.

Abandonó su pueblo, sus ganados mansos y bravos, y marchó con Leguregui y otros á torear en diferentes plazas de la Península.

Desde el primer momento se advirtió en él más al hombre confiado, bravo y temerario, que al estudioso, inteligente y reflexivo.

Pero su bravura, su afan de sobresalir por todos, no tenía límites.

Nadie conseguía los aplausos que á él se le tributaban.

Es verdad que nadie se atrevía á hacer tanto como él.

Su excesivo valor, que podríamos llamar bárbara temeridad, le hizo intentar y ejecutar suertes hasta entónces nunca vistas, como la de saltar con los piés atados desde lo alto de una mesa por encima de un toro, y sentarse delante de éste despues de haberle rendido capeándole.

Hay quien le atribuye la invencion y ejecucion en las plazas del capeo llamado *á la navarra*.

Nosotros no sabemos si realmente *Martincho* fué el inventor de los lances de capa á la navarra, aunque parece eran su favorita suerte.

Consta, sin embargo, que ántes que él hubo otros toreros navarros diestros en toda suerte de capeo; pero esto no quita fuerza al dicho referido.

Lo que *Martincho* hizo más de una vez, y nadie lo intentó siquiera entónces y mucho ménos despues, fué la dificilísima y arriesgada suerte de matar toros sentado en una silla, sin muleta en la mano y con grillos en los piés.

No se comprende tanto valor, tanto corazon.

Y sin embargo, seguridad tenía al ejecutarlo, porque si no lo hubiera hecho con conocimiento de lo que intentaba, hubiera tenido graves cogidas desde el primer momento, y lo cierto es que nunca en dicha suerte fué enganchado.

Hoy nos admiramos, y con razon, de que un hombre se coloque sentado en una silla para poner banderillas á un toro, y que aquél salga ileso por medio de un rápido movimiento de cuerpo y piés, que llamamos *quiebro*.

¿Qué diríamos si viésemos á otro, tambien sentado en una silla, pero con grillos en los piés, y por consiguiente sin poderse mover, sin más muleta en la mano izquierda para dar salida al toro que el castoreño de anchas alas, y un desnudo estoque en la derecha, igual ó más corto que los que ahora se usan?

Hasta parece increible que esto se haya ejecutado con repeticion, y lo raro del caso haria que cuando ménos se pusiese en duda, si no estuviese completamente probada la autenticidad del mismo.

Ademas de que no hay historiador que deje de hablar de tan difícil suerte cuando nombra á *Martincho,* bastaría para nosotros el testimonio del célebre pintor D. Francisco Goya, que inmortalizó los rasgos de audacia de aquel matador de toros, incluyéndole en su original y magnífica coleccion de láminas titulada *La Tauromaquia* ejecutando dicha suerte.

Y ya que hablamos de Goya, dirémos aquí, sin embargo de que ampliarémos detalles al hablar de este gran genio en la última parte de nuestro libro, que *Martincho* fué muy amigo suyo, hasta el punto de vivir juntos en muchas ocasiones.

Cómo pudieron hermanarse las voluntades de dos séres tan enteramente distintos, no lo sabemos.

Goya, todo inteligencia, todo inspiracion.

Martincho, todo voluntad, rústico atrevimiento.

Tal vez aquél, cansado de las farsas y mentiras sociales, no encontró verdad más que en aquel hombre, que obedecía ciegamente á Goya en cuanto éste le pedía ó mandaba.

En *Martincho* no había ficcion de ningun género; ofreció de buena voluntad á Goya cuanto él podía y valía, y éste aceptó con sinceridad la oferta.

Vivieron juntos, viajaron juntos, y unidos torearon más de una vez.

Pero esto no pertenece á la biografía de Martin Barcáiztegui, por más que con su vida tenga tanto enlace.

Cuando nos ocupemos de Goya, harémos ver lo que respecto del toreo fué este inimitable artista.

Alma grande y de atrevidas concepciones, simpatizó con el gran corazon y temeraria audacia del torero; porque ni la inteligencia del uno podía asociarse con lo que no fuera extraordinario, ni el bárbaro atrevimiento del otro sujetarse más que á un genio privilegiado.

Martincho, despues de torear un buen número de años, se retiró á su país, y allí murió el 13 de Febrero de 1800 de una enfermedad que en pocos dias acabó su existencia.

Fué enterrado en Deva, que es el punto en que falleció.

El toreo perdió con él un valiente, que no debía á nadie su enseñanza, y que con sólo su valor y práctica se abrió paso entre la multitud para señalarse como uno de los que más llamaron la atencion en su época.

JOSÉ CÁNDIDO.

No existen de este aventajado lidiador datos suficientes para afirmar cuáles y cómo fueron las inclinaciones que tuviera en los primeros años de su vida.

De consiguiente, si aprendió algun oficio, desempeñó algun cargo, ó sus padres le hicieron estudiar algo, es cosa completamente ignorada.

Sólo se sabe que nació en Chiclana, eden encantado, de hermoso cielo azul, apacible rio, risueña alameda, cuna del inolvidable José Redondo, de glorioso recuerdo.

El famoso estoqueador sevillano Lorenzo Manuel fué su maestro.

A muy poco tiempo de aprendizaje, el discípulo hacía cosas en el toreo que causaban la admiracion de cuantos las presenciaban, y dejaban muy atras á lidiadores de primer órden.

Su gran serenidad, su excesiva ligereza y el valor que siempre tuvo, le hicieron no tener por entónces rival que le sobrepujase en determinadas suertes.

Y eso que era la época de los primeros Romeros, la de los Palomos, Esteller y *Martincho,* en la que él apareció.

Época peligrosa y difícil para los principiantes, porque durante ella, casi agradaba más al público de las plazas el bárbaro atrevimiento del valiente, que la fina destreza del entendido.

Pero el genio de Cándido supo rebasar la línea que separaba al torero de valor del lidiador con arte, y juntando ambas cualidades, llamó sobre sí la atencion de los aficionados al gran espectáculo, fomentándole y engrandeciéndole.

Para esto era preciso, ademas de practicar bien las suertes más en uso, inventar otras que, cuanto más difíciles fueran, más tocasen por lo mismo á los sentidos del espectador.

Sólo á un hombre de grandes dotes le era dado hacer esto.

Y Cándido lo hizo.

Con sólo su ancho sombrero en una mano, y un afilado puñal en la otra, mataba á los toros, esperándolos á pié firme, dándoles salida con la izquierda, como ahora se hace con la muleta, y descargando el golpe con la derecha en el sitio del descabello.

Suerte lindísima, asombrosa, que aunque no siempre saliera bien, sólo intentarla acredita á un diestro.

¿Era esto poco? ¿Había otros que lo ejecutaban?

Pues Cándido quiso hacer lo que nadie había hecho.

Inventó el salto de testuz, que algunos atribuyen á Lorenzo Manuel, y el asombro de los que le vieron no reconoció límites.

Parece mentira que un hombre escotero en medio del re-

dondel se colocase frente á un potente animal á distancia de veinte ó de treinta varas, partiese en recta direccion al mismo, y que cuando el animal creyese coger el bulto, pasase por encima de él, de frente á cola, apoyando ligeramente su pié derecho en la enastada frente de la fiera, y cayendo en graciosa postura, como si acabase de saltar un tranquilo y sosegado arroyuelo.

Mérito tiene indudablemente salvar de un salto al toro de frente á cola, ó al *trascuerno,* sin tocarle; pero es mayor cuando se apoya el pié en el testuz.

En el primer caso, ademas de buena musculatura, bástale al torero tener serenidad para ver llegar al bicho; pero en el segundo, es preciso saber dónde se pone el pié, y hacerlo de tal modo y con tal rapidez que pueda evitarse una caída por efecto del choque de fuerzas encontradas y desiguales.

Así es que pocos toreros han repetido la suerte, hoy olvidada por completo.

El modo de *cuartear, recortar* y *quebrar* de Cándido era especialísimo tambien.

Solo, completamente solo, sin capa ni muleta, auxiliado, cuando más, de su castoreño, burlaba las reses, las rendía, y cuando las tenía jadeantes, sentábase en el suelo delante de ellas á una vara de distancia.

Era natural, por lo tanto, que todas las plazas se disputasen el placer de ver á torero tan distinguido; y para conseguirlo, le pagaban y hacían con él buenos ajustes, con cuyo producto reunió, dada la época, un decente capital.

Pero la fortuna es inconstante y se cansa pronto de seguir por un mismo camino.

Desde que hay en España corridas de toros, la ciudad del Puerto de Santa María ha celebrado todos los años tres ó más fiestas de dicha clase el dia de San Juan é inmediatos al 24 de Junio.

La afluencia de forasteros que de Cádiz y otros pueblos llegan por mar y por tierra, y el entusiasmo que en aquel pueblo despierta tan magnífico espectáculo, han hecho que siempre se haya procurado darle allí en esos dias la mayor brillantez posible.

Y llamando entónces la atencion en España José Cándido, claro es que había de ajustársele á cualquier precio.

El 23 de Junio de 1771 se celebró la primer corrida.

El ganado fué bravísimo. Mató con gran destreza Cándido los cuatro primeros toros con muleta y estoque, y salió al redondel, ligero como un gamo, el quinto bicho.

Antes se presentó en la arena un *carro triunfante* conduciendo á un hombre y una mujer, acompañados de pajes, lacayos y señores, éstos para escoltar y auxiliar á los del carro, y la pareja que en él iba, para clavar rejoncillos.

Salir el animal al redondel, embestir al carro, derribarle, atravesar de una cornada la pierna de la mujer,—dice una relacion que conservamos y de que no hay ejemplares,—y poner en dispersion á toda la comparsa, todo fué obra de un momento.

Pidió el público que toda aquella gente se retirara y salie-

ran caballos, es decir, picadores, y que se diera á tan terrible fiera la lidia ordinaria.

Dispuesto así por quien podía ordenarlo, se vieron los toreros en graves apuros, especialmente el picador Diego Sánchez, á quien en una caída salvó milagrosamente el capote de Vicente Bueno, arrojado desde las barreras.

José Cándido intentó várias veces parar al toro, pero inútilmente, porque el animal, sumamente *abanto,* no se paraba con nada, y corría y saltaba con ligereza increible.

Tanto fué así, que no sólo saltó la barrera, sino que llegó á los andamios en una de las veces que saltó; y gracias que allí quedó enganchado entre los tableros, donde sin dejarle bajar le mataron, que si no, hubiera habido que lamentar muchas desgracias.

Bajo la impresion que este toro dejó en el ánimo de todos, salió el sexto, grande, *cárdeno* y de gran cornamenta.

Fué bravo y seco con los picadores, y en una de las veces en que persiguió á Juan Barranco, viendo Cándido que iba ya á los alcances de él, se interpuso, y llevóse tras sí al toro.

Pero no había entónces en las plazas el cuidado y limpieza que ahora.

Debido á esto, el infeliz Cándido se resbaló en la sangre de un caballo, y dió tan tremendo golpe, que quedó en el suelo sin sentido.

Saltó por encima la fiera, é inmediatamente se revolvió.

Entónces el toro, enganchándole por los riñones, que le atravesó, le levantó en alto, se le pasó de una á otra asta, y le

tuvo colgado de un muslo, en que le dió otra cornada, hasta que le arrojó á gran distancia sin sentido.

Nadie pudo evitar la catástrofe.

El pueblo, aterrado, se marchó; los toreros no pensaron ya más que en recoger aquel hombre y retirarse, y así lo hicieron.

Buscóse un médico, y no se encontró en todo el pueblo.

Melchor Conde despachó en seguida un bote á Cádiz para que viniesen cuantos se encontrasen de más fama, y entre tanto, le sacramentaron é hizo testamento, que en resúmen contenía las cláusulas siguientes:

«Que se repartiese á los pobres la ropa, alhajas y dinero que llevaba en aquel dia sobre sí.

»Que por su alma se dijesen mil misas, y á cada una de sus hermanas se le diese un dote de tres mil trescientos reales.

»Y para su mujer é hijo, sus casas, viñas, posesiones, ganado vacuno, yeguas y cabras, cinco mil y pico doblones en dinero, alhajas y cuanto le pertenecía.»

Murió á la vista de los doctores que de Cádiz vinieron, á la una de la noche del dia 24, ó sea siete horas despues de su desgraciada cogida.

Hay algunos autores que dicen era hijo de otro José Cándido y de María Hernández, muerto aquél en Chiclana en 1752, dejando una regular fortuna, adquirida toreando.

Como no vemos que su dicho se apoye en algun fundamento, suponemos que le equivocan y quieren decir que Jerónimo José Cándido fué hijo de José, que es el que comprendemos en esta biografía; pero en este caso cambian las fechas

lastimosamente, y le hacen morir diez y nueve años ántes del en que realmente falleció, siendo imposible, por lo tanto, que fuese padre de Jerónimo, puesto que éste nació en 1760.

No negamos en absoluto que haya habido otro José Cándido anterior al nuestro; ántes al contrario, posible es que su padre así se llamara; pero ponemos muy en duda que fuera torero, y mucho ménos de nombre suficiente para adquirir fortuna.

José Cándido, gloria del toreo, murió sentido de cuantos le conocieron, y especialmente de los toreros que con él trabajaron.

No conoció la envidia.

Era su deseo únicamente agradar al público, y llamando la atencion con su trabajo, adquirir para su hijo una fortuna.

Ambas cosas consiguió; pero cuando hablemos de Jerónimo José Cándido se verá que es muy cierto aquel refran que dice: «El hombre propone, y Dios dispone».



JOAQUIN RODRIGUEZ (Costillares).

JOAQUIN RODRÍGUEZ (COSTILLÁRES).

En todas las profesiones hay nombres que se hacen imperecederos.

Lo mismo sucede en las artes que en las ciencias y en todos los ramos que abarcar puede el entendimiento humano.

Y cuando esto acontece, precisamente hay que atribuirlo á una de dos cosas:

Ó á que el que llevó aquel nombre durante su vida fué muy sobresaliente en aquella profesion, ó á que á él se debe alguna mejora en la misma.

De todos modos, los nombres que pasan á la historia y no son tristemente célebres, que de éstos no queremos hablar, se perpetúan, porque los hombres que los llevaron salieron en su época de la esfera de lo comun.

Joaquin Rodríguez (Costilláres) ha tenido esa fortuna.

Entre los infinitos toreros que ha habido observando reglas para la ejecucion de la lidia desde hace cerca de doscientos años, su nombre suena entre los primeros.

No sólo como torero consumado, sino como inventor de una de las más principales suertes de matar toros.

Y por lo tanto, justísimo es que el eco de su fama llegue á nosotros, y procuremos pase á la posteridad con la mayor aureola que da el trascurso del tiempo.

Costilláres nació en Sevilla á fines del primer tercio del pasado siglo, en el barrio de San Bernardo, que ha tenido el privilegio de ser la cuna de muchos y buenos toreros en todas las épocas.

Su apellido indica que tal vez en la raza de los Rodríguez esté encarnado el arte de torear, porque en él ha habido siempre quien le ha enaltecido y llevado con orgullo, tanto procediendo de Sevilla, como de Córdoba y otros puntos.

El padre de Costilláres era dependiente del matadero de Sevilla; y en cuanto vió que su hijo, por la edad, podia ayudarle en el oficio, le llevó consigo y le dedicó á las faenas del mismo.

Pero Costilláres, de genio observador, valiente y atrevido, no se conformaba con ejercer un oficio grosero, en el que no veía más término que al que su padre había llegado, ó lo que es lo mismo, á tener más ó ménos jornal.

Se acercó al notable matador de toros de aquella época, Pedro Palomo, vió éste en el chico buenas disposiciones para el toreo, le dió algunas lecciones, le ayudó y protegió mucho, y le presentó al público, formando parte de su cuadrilla, cuando Rodríguez sólo contaba diez y seis años de edad.

Como entónces, segun hemos dicho en lo que llevamos

publicado, no era todavía costumbre formar los espadas cuadrillas constantes, juntas de toreros auxiliares, sino que unas veces se contrataban unos por sí, otras llamados directamente por los empresarios ó corporaciones, y pocas por los matadores, Costilláres trabajó con Palomo únicamente el tiempo preciso para perfeccionarse.

Su trabajo como banderillero, siempre fino, concienzudo y denotando valor, le hizo sobresalir entre sus compañeros contemporáneos, y siendo jóven aún, muy jóven, se decidió á ser espada.

Su rápida fama como peon de lidia le autorizaba para ello, y el voto de los más notables matadores que entónces había le impelía á serlo, sin que pareciese audacia ó ambicion envidiosa.

Manuel Bellon *el Africano*, el que por aquellos años marchaba al frente de los espadas, no tuvo inconveniente en dar la alternativa á Joaquin Rodríguez en la plaza de Sevilla, cuando cumplía los veinte años de edad.

No sabemos si el mote de *Costilláres* le adquirió desde que fué matador, ó si le tuvo ya ántes. Importa poco al objeto principal de esta biografía.

La notabilidad en el modo de torear de Costilláres no consistía precisamente en que la lidia fuese más ó ménos brillante, de mejor efecto que las de otros, sino que en este hombre especial se advertía siempre mucha reflexion para ejecutar.

Estudiaba detenidamente la índole de los toros, y les daba la lidia que creía convenirles; pero nunca era igual.

Con unas reses era ligero, jugueton y atrevido.

Con otras, pausado, reflexivo y calmoso.

Rara vez hacía lo que los demas matadores acostumbraban.

Sin acelerarse, esperaba y *aguantaba*, como ahora se dice, ó *recibía* en regla con los piés parados, segun lo practicaban siempre sus contemporáneos.

Y cuenta que entre éstos figuraban los Palomos. Juan Romero, Bellon *el Africano*. *Martincho* y otros de buen nombre y tan bravos como él.

Primeramente estudiaba las condiciones de los toros, los tanteaba, digámoslo así, con la muleta y segun su inteligencia lo marcaba, ó los *recibía* segun arte, citándolos en corto y con los piés juntos, ó los esperaba sin citar, sesgándose á la izquierda, como vemos en muchas láminas de aquella época.

Pero si se tiene presente que entónces las puyas de las varas de detener eran más largas y punzantes que las que despues se han usado y usan, se comprenderá con facilidad que los toros, en su mayoría, habían de ir á la muerte acabados, rendidos y sin poder.

¿Qué podía hacerse entónces con un toro que, aculado á las tablas, no arrancase poco ni mucho en direccion al engaño?

Matarle á desjarrete ó de cualquier manera, siempre deslucida para el espada, y repugnante para el público.

Ó inventar un medio que hiciese ménos repulsivo el antedicho, ó matar á paso de banderillas, á media vuelta, traidora-

mente, á veces desde las tablas, con la seguridad de dar muchos pinchazos.

Esto podía tambien cansar al público, y cedía en descrédito del espada.

Un hombre como Joaquin Rodríguez, que tanto se paraba en ocasiones para ver el modo de mejorar su arte, no podía ni debía continuar así, é *inventó el volapié.*

Era muy notable en el *trasteo* con la muleta y en las suertes de capear; pero por nada merece tanto el título de maestro como por la invencion de dicha suerte, que vino indudablemente á llenar un vacío que en el toreo notaban los inteligentes.

Explicó teórica y prácticamente á sus compañeros cómo debía ejecutarse, fijó reglas para la colocacion del hombre y de la res, ordenó el modo de irse á ésta, y hasta marcó el tiempo en que debía verificarse.

Su triunfo fué completo: nadie entónces ni despues ha encontrado defecto que poner á suerte tan lucida y segura.

Y desde aquella época desapareció de las plazas el repugnante espectáculo de hacer morir las reses como ántes hemos indicado.

Creció con esto y con su inteligencia en la lidia la celebridad adquirida.

De todas partes se le llamaba, las maestranzas le reclamaban, y todos los pueblos se disputaban el placer de ver torear al famoso inventor del *vuelapiés,* como entónces se decía.

Llegó á pagarse á este notabilísimo diestro la suma de tres

mil reales al dia por corrida de mañana y tarde; cantidad exorbitante en aquella época, que nadie había ganado.

Hombre de una condicion especial para elevarse del ordinario nivel, creyó que la organizacion de una buena cuadrilla, bajo su mando ó direccion, daría más unidad al trabajo de la lidia en ventaja de ésta.

Y no se equivocó.

Reunió una excelente cuadrilla de gente, tanto de á pié como de á caballo, que era conocida en provincias, y entre la que figuraron los *Malignos*, y todos le reconocieron como jefe y maestro.

Costilláres guardó siempre muchas deferencias y atenciones á los matadores más antiguos que él.

Nunca olvidó que Pedro Palomo fué el primero que le presentó en plaza; que asistió de media espada y de segundo á Juan Romero; que Manuel Bellon *el Africano* le dió la alternativa en Sevilla, y que Juan Esteller se la dió en Jerez de la Frontera.

Pero era altivo, sabía lo que valía, y á todo lo que él enseñaba ó de él dependía imprimió cierto sello de su autoridad.

Hasta modificó los trajes de torear, reemplazando la faja al ancho cinturon de cuero, y añadiendo caireles y alamares á las chaquetillas y chupillas, que las hicieron mas vistosas.

Contó entre sus discípulos al luégo célebre José Delgado (a) *Hillo*, á quien más de una vez reprendió su audacia y poca reflexion, pero al que quería extraordinariamente.

Por él pidió que en las funciones reales celebradas cuando

la jura de Cárlos IV no se corrieran toros castellanos; pretension desestimada por la oferta de Pedro Romero de matar cuantos se presentasen de aquella procedencia.

Costilláres era el sol caminando al Ocaso.

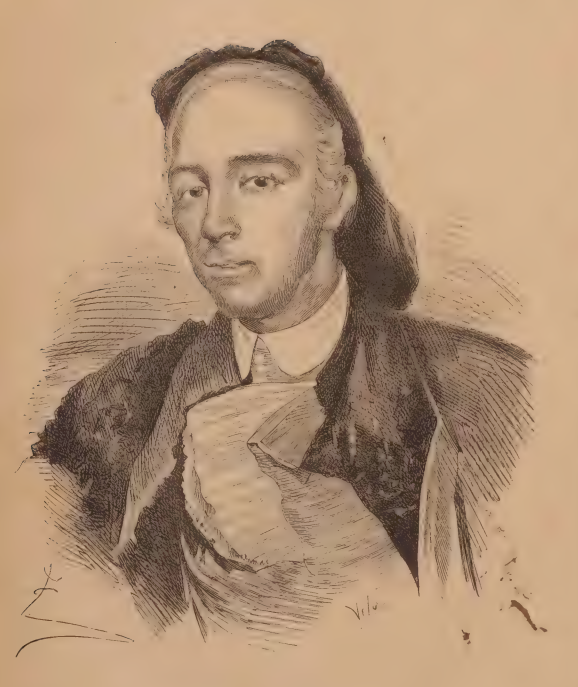
Romero y Pepe Hillo nacían entónces para el arte.

A poco tiempo de ser estos maestros conocidos como tales, tuvo Joaquin Rodríguez la desgracia de que se le formase un tumor en la palma de la mano derecha, que le impidió tomar el estoque y le hizo retirarse forzosamente del toreo.

La pena que en él produjo tal enfermedad, más que los años, fué la que le hizo contraer otra, de la cual murió á poco tiempo, con gran dolor de los que le conocieron y con gran pérdida para el arte.

Pocos, muy pocos, han valido tanto como Costilláres en el ejercicio de su profesion.

Falleció en Madrid el 27 de Enero de 1800, año anterior al de la desgraciada muerte de su predilecto discípulo Pepe Hillo.



PEDRO ROMERO.

PEDRO ROMERO.

Si con justicia se ha llamado por muchos aficionados al célebre Francisco Móntes el «Napoleon de los toreros» para significar la superioridad que ha tenido sobre sus compañeros de profesion, al insigne Pedro Romero debiera considerársele en el arte como á un César ó Alejandro.

Parecerá exagerada nuestra aseveracion; pero de tal modo hemos oido hablar del mérito de tan aventajado lidiador, de tal modo le ha ensalzado la pluma y el buril, que no hay más que reconocer en Romero una inteligencia superior en el arte.

La fama no se adquiere en un dia, aunque puede perderse en ménos tiempo.

La de Romero, comparada con la de los grandes diestros que brillaron en su misma época, se mantuvo siempre á la misma altura.

Comparada con la de los que despues le han sucedido, no puede tampoco considerarse rebajada; porque si alguno llegó

hasta él, si alguno pudo sobrepujarle, á Romero se lo debió, que fué su maestro.

Pedro Romero, que en el arte de torear llegó al límite que pocos alcanzan, nació en la ciudad de Ronda, provincia de Málaga, el dia 19 de Noviembre de 1754.

A los quince años era ya un hombre formado, robusto, fuerte y de elevada estatura, tan aficionado á las corridas de toros, que á cuantas podía procuraba asistir, tomando en ellas parte cuando eran novilladas; y de tal modo adelantó, que á los diez y seis años de edad fué contratado como banderillero en la plaza de Ronda, dándole desde entónces lecciones su padre Juan, que no tardó en incorporarle á su muy distinguida cuadrilla.

Despues de presentarle en algunas plazas, le trajo á Madrid, donde su presencia en el redondel llamó desde luégo la atencion, porque los inteligentes vieron en él gran serenidad, mucha ligereza y firmeza de piernas, y sobre todo, mucho arte y un especial manejo de la muleta. que era la muralla que siempre le defendía de los ataques de la fiera.

Su toreo, es decir, su modo de torear, era parado, tranquilo, sereno y ceñido, preparando á su antojo á las reses para la muerte con sólo la muleta, y haciendo los *quites* á los picadores oportunamente, pero con calma y sin acelerarse.

Dice un autor que su privilegiada inteligencia alcanzó la forma de adherirse todo lo útil y conveniente de la tauromaquia *movida* sevillana, sin desnaturalizar con ello el carácter intrépido y mesurado de su escuela.

Y añade que así dominaba á sus émulos, teniendo lo suyo y lo aprendido en una combinacion segura y magistral.

Todo el mundo sabe que á Pedro Romero le hacían la guerra en su arte cuantos toreros de fama había en su tiempo; que Costilláres, Pepe Hillo, Conde, Garces y otros, apuraban hasta donde podían sus conocimientos taurinos, sus gracias y sus recursos para vencer á Romero; pero la inteligencia de éste, su sangre fria, dominaban completamente á los públicos de toda España, y en muchas ocasiones todos sus compañeros tuvieron que agradecerle les salvara la vida, y en otras, que diera muerte á las reses que ellos no pudieron estoquear.

Ha circulado por la prensa española y extranjera una carta que se supone escrita por Pedro Romero, con motivo de su competencia con Pepe Hillo, cuya autenticidad nos permitimos poner en duda.

Por eso aquí no la insertamos íntegra.

Obsérvese bien en ella que empieza fijando el año de 1778 como el en que Romero toreó por primera vez con Pepe Hillo, y con sólo este dato se comprenderá que no es posible que este último célebre torero trabajase en competencia con Romero teniendo sólo diez años de edad, puesto que nació en 1768, como verán en el lugar correspondiente nuestros lectores.

No queremos, sin embargo, privarles del conocimiento de un escrito que somos los primeros á poner en duda, y héle aquí en su parte más esencial:

«En el año de 1778 conocí y trabajé, en mi ejercicio de matador de toros, en la plaza de Cádiz con José Delgado (Hillo),

ó Pepe Hillo, y habiendo llamado al maestro barbero para que me afeitara, quien tambien afeitaba á dicho Hillo, me preguntó el citado maestro que si era yo el mozo que iba á matar á Cádiz; le dije que sí, y entónces me dijo: «Pues hoy en mi casa ha dicho que le ha mandado várias misas á las Animas benditas, á fin de que abone el tiempo (porque llovía), por estar deseando trabajar con la gente guapa». Yo le respondí á dicho maestro que así que llegara la hora, cada uno haría lo que pudiese. Se verificó el primer dia de toros, y al primero armé la espada y muleta y se la cedí; se fué al toro, le dió un pase de muleta y echó mano al sombrero de castor que se estilaba entónces, y le mató de una estocada. Como tenía allí tanto partido y yo era desconocido, dejo á la consideracion de usted el alboroto que se armó en la plaza.

»Salió el segundo toro, que era de los Padres de Santo Domingo de Jerez; llegó la hora que tocaron á la muerte, y el toro se fué y se paró en medio de la plaza; la gente estaba toda en espectacion á ver qué haría yo; armé la muleta, voyme al toro, y así que llegué á una distancia regular, le cité, y así que el toro se enteró, ántes de que partiera tiré la muleta, me quité la cofia y la tiré, eché mano á una peinetilla que estaba para sujetar dicha cofia, que sería como de dos dedos de ancha, dí dos ó tres pasos hácia el toro, y viéndome tan cerca, me arrancó, lo agarré bien por lo alto de los rubios, y le eché á rodar de la estocada que le dí.

»Dejo á la consideracion de usted qué no se armaría en la plaza.

»Salió el tercer toro; llegó la hora de la muerte, tomó Hillo la muleta, se fué y pasó al toro á la querencia de la puerta del toril, volvió á pasarlo para darle las tablas, se presentó á la muerte, y le dió una estocada; volvió á presentarse de segunda á la muerte, y le dió un pinchazo; el toro se enteró demasiado, y cada vez que quería dejarse caer sobre el toro, le desarmaba; de manera que le dió que hacer lo muy bastante. En este estado nos mandó llamar el diputado que mandaba la plaza, D. José de Lila, y nos dijo que no volviéramos á dejar la muleta. Respuesta mia: «Señor D. José, ¿yo me he metido con el señor Hillo en nada? Pues me ha buscado la boca como usía ha visto, y así el señor, que quería liarse con la gente guapa, ya se le logró, y así no se me estorbará que yo haga lo que quiera en la plaza; y si se me estorba, me marcharé mañana, que en Madrid me están esperando». Y allí trató de amistarnos, sin embargo que había arrojado bandera. Luégo que bajamos á la plaza, ya el público estaba repartido en bandos, sonando várias voces diciendo: «Señor Delgado (Hillo), mal le ha salido á usted la cuenta. ¿Cómo no siguió como comenzó de tirar la muleta? Parece que al forastero no ha podido usted envolverlo». Se acabó la funcion de toros matando todos con la muleta; se hizo muy amigo mio. Lo más que solía decir por detras de mí, y luégo me lo decían: «Este hombre no se da al partido en nada».

»Fuí aquel mismo año con él á Sevilla, su tierra, y sin embargo de estar hechos amigos, los sevillanos siempre estaban por él, hasta que empezamos á trabajar; de sus resultas empe-

zaron los partidos. Allí le maté un toro que no pudo matarlo por haberlo cogido, sin embargo de que por librarlo me puse en más riesgo que no él; por lo que todo ó parte del pueblo se hizo mi apasionado.»

Así dice la carta, que, volvemos á repetir, no tenemos por auténtica.

Ademas de lo que llevamos dicho, respira toda ella mucha vanidad y soberbia, y aunque Romero no estuviera exento de ellas como los demas mortales, no hay en su vida acto alguno ostensible que las demuestren.

Sabido es tambien que, tanto Costilláres como Pepe Hillo, cuya merecida fama será eterna, pidieron al corregidor de Madrid que en las fiestas que habían de celebrarse para la jura del rey D. Cárlos IV no se corrieran toros de Castilla, y que Romero contestó que se obligaba, como lo hizo, á matar cuantos se presentasen.

En aquella corrida, por no seguir Hillo el consejo de Romero, fué volteado y herido, conduciéndole éste en brazos al palco de la condesa de Benavente, duquesa de Osuna; y cuando Romero volvió al redondel, se encontró con que ningun espada había intentado matar al toro.

Vieron que al bajar Romero de nuevo al redondel se disponía á dar muerte á la res, y los demas espadas, que en el primer momento no habían pensado en tal cosa, prepararon las muletas, como demostrando que ellos iban á verificarlo.

¿Hacían esto porque eran más antiguos, ó por cubrir el expediente?

No lo sabemos.

Ello es que Pedro Romero dispuso sériamente que todos se apartaran, se dirigió gravemente al sitio en que la fiera escarbaba el polvo, la fijó, despues de dos pases naturales, la citó y la mató de una buena *recibiendo*.

Su competencia con Pepe Hillo aumentó cada vez más la fama de Romero.

Tenía este profesor una rarísima ventaja sobre aquél.

Contra lo que generalmente sucede en la arena, delante de miles de espectadores, acosado, digámoslo así, por el ejemplo de otros compañeros que valían ménos en todos terrenos y bullían más, Romero nunca se alteró, nunca salió de su paso, nunca intentó repetir suerte hecha por otro.

Jamás acudió á hacer un *quite* que á otro correspondiera, si la necesidad no lo exigía.

No conocía la envidia.

Y ademas, su temperamento le permitía tener calma, esperar.

¡Si todos pudieran hacer lo mismo!

¡Cuántas veces una precipitacion, un deseo de mostrar tanto valor ó inteligencia como otro, han ocasionado desgracias!

El mérito principal de Romero consistía en saber preparar los toros con la muleta para la muerte.

Era una cosa especial, en la cual llegó á hacer tanto y á veces más que Costilláres.

En cuanto á estocadas, era mucho más seguro que cuantos le habían precedido.

Y eso que su afan dominante era siempre el de *recibir* los toros.

Pero ¡de qué manera! Clavados los talones en el suelo y haciendo el *quiebro* de muleta con ésta únicamente para dar la salida, no con el cuerpo.

Conocedor en extremo del instinto y condiciones de las reses, practicaba con ellas solamente las suertes á que su índole se prestaba.

Y claro es que nunca podía quedar desairado ante la fiera.

Porque ni á ésta si le faltaban patas le tendía el capote, ni á otra que, aculada en las tablas, rendida y sin facultades se encontrase, pensó jamás en citarla para *recibir*.

Daba á cada toro la lidia que requería.

Añadirémos que al mismo tiempo que todos le concedían un trato amable y cariñoso, se imponía y hacía respetar de las cuadrillas, sin consentir el más ligero abuso ni falta de cumplimiento á su obligacion.

Ganó tanto como el que más, y Madrid, más que ningun otro punto, fué el teatro de sus grandes hazañas.

Fué alto, bien formado, de mesurado continente, con una notable musculatura, desarrollada convenientemente en los primeros años de su vida con las faenas del oficio de carpintero de ribera, á que fué dedicado.

Tal era el dominio que tenía sobre sí mismo este gran matador de toros, que ántes de ser viejo, ántes de que los achaques pudiesen inutilizarle para la lidia, la abandonó voluntariamente.

Cuando era mayor el apogeo de su gloria, á los treinta años escasos de torear, y á los cuarenta y cinco de edad, se retiró del toreo.

Celoso de su reputacion, comprendería tal vez que ésta podía amenguarse en el concepto público si no continuaba trabajando con la misma actividad, con igual ligereza que veinte años ántes.

Y como esto no era posible, porque los años no pasan en balde, prefirió retirarse á tiempo y cuando más frescos ostentaba los laureles de sus victorias.

De este modo consiguió que no se marcase en él época alguna de decadencia.

Fuése tranquilo á su casa, con la conciencia de haber hecho en el arte tanto como el que más, y con la satisfaccion y fortuna de no haber tenido, como otros, frecuentes y graves cogidas.

Y eso que, segun opinion de cuantos han escrito acerca de su vida, Romero, en el plazo que hemos dicho de ménos de treinta años, mató *cinco mil seiscientos toros,* la mayor parte *recibiéndolos.*

¡Y cuesta ahora tanto trabajo *recibir* uno!

¡Y pasan años sin que veamos tan magnífica suerte!

Al reflexionar sobre esto, hay momentos en que no sabemos decir si los matadores han adelantado ó han atrasado en su profesion.

Es verdad que ahora se hacen muchas y mejores cosas que en lo antiguo; pero tambien lo es que se han olvidado otras

que demostraban más valor y conocimientos más precisos, más exactos.

Parecía que despues de retirado del toreo Pedro Romero, su mision en este mundo, respecto del mismo, había concluido; pero no fué así.

Por las razones que hemos expuesto ya al principio de este libro, y por las que mucho más adelante y en lugar oportuno dirémos, en el año de 1830 se fundó en Sevilla una escuela de tauromaquia.

Al instalarse, fué nombrado director-profesor de la misma el célebre Jerónimo José Cándido, porque en las altas esferas se creyó sin duda que Romero no existía; pero inmediatamente que para éste se reclamó un puesto que por su mérito y antigüedad le correspondía, se revocó la real órden y se confirió á Romero dicha primera plaza.

A Cándido se le confirió la de profesor tambien, pero en segundo lugar.

Lo que á pesar de sus años hicieron estos hombres en las aulas de tauromaquia, no es para dicho.

Parece imposible que hombres de ruda educacion, sin más estudio para expresarse y hacerse comprender que su perspicacia práctica, lograran hacerse entender de muchachos cuya inteligencia no se había preparado al efecto.

Aunque no hubiera más ejemplos que los de Móntes, Arjona (Cúchares) y Domínguez, bastarían estos testimonios para acreditar qué gran fruto produjeron las lecciones de unos maestros que tantos años hacía no toreaban.

Romero era lacónico, pero enérgico, en sus explicaciones.

En la cátedra decía á sus oyentes:

«La honra del matador está en no huir ni correr nunca delante del toro, teniendo muleta y espada en las manos.

»El espada no debe jamás saltar la barrera despues de presentarse al toro, porque esto ya es caso vergonzoso.

»El lidiador no debe contar con sus piés, sino con sus manos; y en la plaza, delante de los toros, debe matar ó morir ántes que correr ó demostrar miedo.

»Parar los piés y dejarse coger, ése es el modo de que el toro se consienta y se descubra bien.»

Y otros preceptos que denotan corazon y serenidad.

No porque su suerte de matar favorita fuese la de *recibir,* dejó él de practicar, y mucho ménos de explicar, las de *volapié, arrancando,* etc.

Al contrario, Romero siempre encargó á sus discípulos que estudiasen mucho las condiciones de las reses, porque no á todas, decía, puede dárseles muerte del mismo modo.

Disolvióse la escuela de tauromaquia, y Romero volvió á su casa con más laureles de los que en el redondel recogió en la primera época de su vida.

Llevaba sobre los antiguos, los adquiridos de nuevo como maestro, como profesor, como catedrático.

Su nombre no perecerá, y se oirá siempre con entusiasmo por los aficionados á las lides taurinas.

El gran Pedro Romero falleció en Ronda el 10 de Febrero de 1839 á los ochenta y cinco años de edad, no á los noventa

y cinco, como ha dicho un apreciable escritor fijando equivocadamente dicha fecha en el año de 1849.

Otra rectificacion importante creemos conveniente hacer ántes de terminar esta biografía.

Un distinguido literato ha dicho en una obra no há mucho publicada, que Pedro Romero estuvo presente cuando en la plaza de Salamanca mató un toro á su hermano Antonio, y que sin licencia de la autoridad ni preparacion alguna se dirigió á la fiera y la dejó tendida á sus piés de una sola estocada.

En esto debe haber, y hay en efecto, más de una equivocacion, disculpable en un novelista, mayormente cuando con tan vivos colores y excelente belleza pinta el cuadro.

Pedro Romero se retiró en 1799; su hermano Antonio murió en 5 de Mayo de 1802; luego aquél no asistió á la corrida.

Antonio Romero fué cogido y muerto en la plaza de Granada, no en la de Salamanca; y, como hemos dicho, en Ronda vivía desde tres años ántes, tranquilo y apreciado por cuantos le trataban, el gran Romero, observador de la mejor escuela de toreo, y hombre superior á todos sus contemporáneos.

Conste, pues, que Pedro Romero, ni murió en 1849, ni presenció, por fortuna suya, la muerte de su hermano Antonio, como alterando fechas y lugares han dicho equivocadamente algunos autores.



JOSÉ DELGADO (Hillo).

JOSÉ DELGADO Y GÁLVEZ (HILLO).

Ningun torero en ninguna época ha tenido, como éste tuvo en su tiempo, tanta aceptacion, tanta popularidad, ni tanto prestigio en todas las clases de la sociedad, que le consideraban, atendían y obedecían sólo por tenerle contento y oirle, y cambiar con él sus palabras.

Su gracia personal, su lujo en el vestir, su excelente modo de proceder con todos, sus chistes con la gente encopetada, su generosidad con los desvalidos, su esplendidez con sus compañeros, y más que nada, su valor y destreza en la lid, hicieron de él, como ahora se dice, el niño mimado de su época.

No había mejor recomendacion para la duquesa de B..., para la condesa de P..., para el ministro D..., ó para el favorito G..., que la de Pepe Hillo, á quien nada se negaba.

No permite la índole de este libro referir anécdotas, chismes ni chascarrillos en que, segun la crónica, tuvo *Hillo* tanta parte, y por eso hacemos punto y hablarémos sólo de aquello á que estamos obligados.

Pero por eso no hemos de ocultar que, segun pública voz y comun opinion de entónces y ahora, más de una vez riñeron fuertemente encopetadas señoras de alta alcurnia por los *peazos* del jacarandoso torero sevillano, dando escándalo en la corte.

Las manolas, que así se llamaban entónces las mozas de rumbo en Madrid, no desdeñaban tampoco los obsequios de Pepe Hillo, y á todas, todas, agradaban su atencion y su gracia, al ménos toreando.

Si él correspondía ó no á los deseos de las damas, cosa es no comprobada.

De cierto no se sabe más que Delgado fué buen esposo y muy amante de su mujer, á quien consideró mucho.

Lo demas... Dios lo sabe.

En una hacienda llamada Villalvilla, sita en el distrito parroquial de Espartinas, cerca de Sanlúcar la Mayor, provincia de Sevilla, nació Delgado el 19 de Setiembre de 1768, siendo hijo legítimo de José, corredor de caldos, y de Petronila, que le dedicaron más tarde al oficio de zapatero.

Pronto abandonó esta ocupacion por la de su asistencia al matadero, donde se le llamó Pepe Hillo desde luégo, y donde aprendió á andar sorteando las reses bravas, hasta que con la proteccion y lecciones del célebre Costilláres, se dedicó por completo al arte de torear, ingresando en la cuadrilla de dicho su maestro, que tanto le distinguió siempre.

Tardó muy poco en sobresalir de todos sus compañeros, y de tal manera ejecutaba y con tanta repeticion llevaba á efecto suertes, *recortes*, capeos y otros juguetes, á que tanto se presta

la escuela del *movido* é inquieto toreo sevillano que aprendió de su maestro, que cautivó desde luégo la atencion del público alto y bajo, especialmente de aquél á quien no distraía tanto el reposado y sereno modo de torear de Pedro Romero.

Cuantas ocasiones se le presentaban de lucirse, las aprovechaba, sin reparar en las consecuencias que pudiera acarrearle una impremeditacion: cuantas suertes hacía otro, las repetía él, aunque no las hubiese estudiado: hasta llegó á *recibir* en muchas ocasiones toros que había citado tres y cuatro veces, sólo porque el toro anterior había sido *recibido* por otro espada.

Así que, exaltado siempre su amor propio, aventurábase como nadie, y por eso fueron infinitas las cogidas que tuvo, y más de dos docenas las cornadas que recibió.

Su competencia con Pedro Romero le llevó muchas veces adonde no hubiera debido ir.

Es verdad que el público, entónces como ahora y siempre, aclama y ensalza á aquél en quien ve buenos deseos de cumplir; pero cuando, léjos de fijarse en si aquello que se intenta hacer por complacerle es practicable sin riesgo, prescinde de si éste existe y alienta al torero á que lo verifique, sean las que quieran las consecuencias, las excitaciones que aquél hace al lidiador son hasta criminales.

Si esto no hubiera sucedido, Pepe Hillo tal vez no se hubiese determinado en más de una ocasion á hacer suertes en que brillaba mucho más que él Pedro Romero.

Del mismo modo que la grave prudencia de éste le hacía

no intentar nunca lances que pudieran salir mal consumados, y por lo tanto, perjudicar su reputacion.

De estas mal llamadas competencias tiene la culpa, segun hemos dicho, el público, que siempre hace degenerar una plausible y noble emulacion en detestable y ruin envidia.

Empezóse entonces por separar, digámoslo así, el cariño que en el ruedo deben tenerse recíprocamente los toreros.

Díjose que los de Ronda no habían hecho más que perfeccionar las suertes que eran, propiamente dicho, patrimonio de los Romeros.

Y se pensó y llevó á cabo la division entre éstos y los sevillanos, que toreaban haciendo más uso de los piés y de los *quiebros* que los rondeños.

Dióse, pues, el nombre de escuelas distintas á las que realmente eran una sola, y sola seguirá siendo.

Porque los preceptos, las reglas de la una, no los anula, ni siquiera los excluye, la otra.

Que un lidiador, segun sus facultades, su inteligencia ó su valor, intente y ejecute suertes que otro no se atreve á hacer, no significa que el arte sea distinto para el uno que para el otro.

Lo que para éste puede ser fácil y sencillo, para aquél parecerá difícil de ejecutar.

Ambos saben cómo se hace la suerte, pero los dos no la practican del mismo modo.

En este arte, como en todos, hay instintos, genios y talentos privilegiados que van delante de los demas, sin que nadie pueda remediarlo ni oponerse á ello.

No intente ninguno hacer lo que no haya estudiado bien. Pero sigamos.

Como el modo de torear de Pepe Hillo, lo mismo que el de su maestro Costilláres, ó sea el de la llamada *escuela sevillana,* es, si no viene acompañado del de la llamada *rondeña* (cosa difícil, aunque no imposible, de poseer por igual), ménos seguro con toros revoltosos y de algun *sentido,* que con los sencillos ó *boyantes,* ambos diestros pidieron en las corridas celebradas en 1789, cuando la jura del rey Cárlos IV, que no se corrieran toros de Castilla por lo resabiados que estaban.

Pero como Romero se comprometió á matar cuantos de aquella clase se presentasen, la superioridad quedó desde entónces en él, que en su vida taurómaca probó «que con serenidad y no saliéndose de las reglas del arte, se matan todos los toros de todas condiciones que se presenten».

Creemos nosotros que desde entónces aumentó, si cabe, la emulacion que con Romero tenían Costilláres y Pepe Hillo; pero es una coincidencia rara que éste tuviese tal aversion á matar toros castellanos, y que uno de éstos fuese el que con él acabase doce años más tarde, desde que él pidió su proscripcion.

El suceso trágico, aunque descrito en elegías, romances y sonetos de aquella época, no lo ha sido en ninguna parte tan minuciosa y claramente como en una carta escrita entónces por un célebre literato, de la que nos permitimos copiar algunos trozos, seguros de que lo han de agradecer nuestros lectores.

«Siempre que se han corrido toros de dicha clase, ha presenciado el público idénticas contingencias, como nos lo recuerda la triste memoria de los muchos que han sido víctimas de ellos, y sobre todo, la que acabamos de experimentar. Únicamente me propondré por ahora hablar del mencionado sétimo toro, que fué el que causó el terrible sacrificio de que se hará la más comprensible demostracion. Sólo recibió tres ó cuatro varas, à las que entró siempre huyendo de los caballos, por ser para éstos demasiado cobarde. Despues, con mucha maestría, le puso un par de banderillas el aplaudido Antonio de los Santos, y seguidamente le clavaron otros tres pares Joaquin Díaz y Manuel Jaramillo. Luégo se presentó à matarle José Delgado; le dió tres pases de muleta, los dos por el órden comun (ó despidiéndole por su izquierda), y el restante, de los que llaman *al pecho,* con lo cual se libertó del apuro contra los tableros, en que le encerró la mucha prontitud con que se revolvió el toro, algo atravesado de resultas de haberle dado el segundo pase no hallándose puesto aquél en la mejor situacion. Estando ya en la fatal de la derecha del toril, á corta distancia de él, y la cabeza algo terciada á las barreras, se armó el matador para estoquearle, le tanteó citándole, ó llamándole la atencion á la muleta (deteniéndose y sesgándose algo más de lo regular), se arrojó á darle la estocada á toro parado, y le introdujo superficialmente como media espada por el lado contrario ó izquierdo. En este propio acto le enganchó con el piton derecho por el cañon izquierdo de los calzones, y le tiró por encima de la espaldilla al suelo, cayendo boca

arriba. Bien porque el golpe le hizo perder el sentido, ó por el mucho con que pudo estar para conocer que en aquel lance debió de estar sin movimiento, es lo cierto que, careciendo de él, se mantuvo en dicha forma ínterin le recargó el toro con la mayor velocidad, y ensartándole con el cuerno izquierdo por la boca del estómago, le suspendió en el aire, y campaneándole en distintas posiciones, le tuvo mucho más de un minuto, destrozándole en menudas partes cuantas contiene la cavidad del vientre y pecho (á más de diez costillas fracturadas), hasta que le soltó en tierra, inmóvil y con sólo algunos espíritus de vida. Ésta la perdió enteramente en poco más de un cuarto de hora, en cuyo intermedio se le suministraron todos los socorros espirituales que son posibles á la piedad más religiosa. Aunque sorprendidos los compañeros del desgraciado á presencia de una tan pavorosa catástrofe, y conociendo ser realmente punto ménos que inevitable el riesgo de perecer á que se exponían para quitar la fiera de la inmediacion á él, ya casi cadáver (en un paraje tan sin recurso en aquel caso como es el de la puerta del toril), superó á esta prevision de su evidente precipicio el ardor con que se metieron en él, mudando con las capas la situacion del toro. Tambien lo emprendió, en cuanto le fué dable, el celo de Juan López, procurando ponerle una vara *á caballo levantado.*»

Y luego añade dicha carta en otro párrafo:

«Muchos son los lances que pudieran individualizarse en que constantemente dió pruebas nada equívocas de su sin ejemplar valor el héroe de esta trágica memoria, con singula-

ridad despues de haber sido gravemente herido con veinticinco cornadas (en otras tantas azarosas suertes) que, repartidas en todo el cuerpo, recibió en el discurso de su vida; pero en ninguna comprobó más su gran presencia de ánimo que en la última, en que, con admiracion, le vimos forcejear sobre los brazos, apoyadas las manos al piton que le tenía atravesado, para desprenderse de él, hasta que ya quedó con la cabeza y demas miembros descoyuntados, caidos y hecho un objeto de la mayor compasion. Ésta se renovó en la mañana de hoy, por las innumerables gentes que ocupaban las dilatadas plazas y calles que hay desde el Hospital General, en que estaba depositado el cadáver, hasta la parroquia de San Gines, en que fué sepultado y conducido con una laudable y edificante profusion, dispuesta por la gratitud de su amado discípulo é inseparable compañero Antonio de los Santos.»

Pocos detalles podemos añadir nosotros á los mencionados en esta carta. Dirémos, sin embargo, que el lugar del enterramiento de Pepe Hillo lo fué en el patio ó atrio que da entrada á la iglesia de San Gines por la calle del Arenal, y que vivía en la calle del Cármen, esquina á la de la Salud, paralela á la de la iglesia, y que hoy, edificada de nuevo, está señalada con el número 14 moderno.

En el año de 1800, uno ántes del de su desastrosa muerte, dictó y publicó con su nombre un libro titulado: *La Tauromaquia* ó *Arte de torear*, que es el mejor y más extenso de los hasta entónces publicados.

Hemos dicho que le dictó, porque Delgado no sabía escri-

bir, y solamente trazaba su mano firmas mal hechas que dicen: *«Joseph Hillo»*, y que son las que ponía en sus contratos; así que es seguro que bajo su inspiracion se escribió, pero tambien lo es que él no le hizo.

Un conocido novelista ha asegurado que la mujer de Delgado y Gálvez se llamaba María del Pópolo.

No lo hemos podido nosotros comprobar; pero hemos visto la firma que ésta puso en la nómina en que consta el pago de su haber á aquel infortunado por la corrida en que fué muerto, y sólo dice: *«María Salado»*, lo cual no excluye la verdad del mencionado aserto.

En lo que no creemos ande muy acertado dicho estimable novelista, es en asegurar que Pepe Hillo tuvo un hijo militar, que por haberse distinguido en las guerras que España sostuvo con el imperio frances á fines del siglo anterior, fué ascendido á capitan.

Tal vez la necesidad de la fábula le hizo crear este personaje para darla mayor interes, y en este caso nada tenemos que decir.

Lo contrario es inverosímil.

Pepe Hillo murió á los treinta y tres años: y á esta edad no debe suponerse tuviese ya un hijo capitan del ejército por acciones de guerra, cuando en esto se caminaba entónces tan despacio.

Apuntarémos, para concluir, una rara coincidencia.

Próximamente en el mismo sitio en que murió Pepe Hillo, distante del toril de la plaza vieja de la puerta de Alcalá como

unos seis metros, frente al tendido número 6, otro toro inutilizaba para la lidia, sesenta y ocho años despues, á otro simpático diestro muy querido del público madrileño, llamado Antonio Sánchez *el Tato*, que por fortuna, en medio de su desgracia, aunque inútil, vive hoy.

De ambas cogidas tuvo la culpa la impremeditacion.

¡Lástima que un temerario arrojo privase tan pronto á las lidias taurinas de tan esforzado campeon como fué José Delgado!

JERÓNIMO JOSÉ CÁNDIDO.

La celebridad de este nombre es debida, como en otras muchas ocasiones, si no á pura casualidad, al ménos á la precision de adquirir el hombre el sustento necesario.

Ha hecho héroes la necesidad, y en varios artes, y áun en ciencias, el hambre ha obligado á estudiar á quienes nada hubieran aprendido si les sobrasen rentas ó bienes con que vivir.

Un ejemplo bien vivo de esto es el torero cuyo nombre va á la cabeza de este artículo.

Nació, como su padre José, en la villa de Chiclana, provincia de Cádiz, pueblo entónces de ménos de cuatro mil almas y que hoy pasa de nueve mil, y en el que, lo mismo en hombres que en mujeres, rebosan la gracia y la sal hasta derramarse.

Tenía once años de edad cuando murió su desgraciado padre, y catorce cuando falleció su madre, puesto que él vino al mundo el dia 16 de Abril de 1760.

Fácil es comprender que un muchacho jóven, con regular fortuna y sin freno que le sujetase, había de gastar en bromas y diversiones más de lo que debiera; y así es que con otros compañeros y vecinos se ejercitaba frecuentemente en faenas de campo con ganado bravo, llegando á adquirir nombre como excelente aficionado é inteligente práctico.

Y como no hay mal que por bien no venga, cuando le faltó el caudal que en bromas y francachelas había derrochado, se encontró con otro caudal de conocimientos útiles para torear.

Y pensó en ser torero.

Su padre lo había sido; llevaba en sus venas sangre torera: aficion le sobraba y recursos para vivir le faltaban. ¿Por qué no serlo?

Comunicó su pensamiento á importantes personas; y con el apoyo de las mismas, y muy especialmente con el del rico é inteligente aficionado D. José de la Tijera, ingresó Cándido en la cuadrilla del ya muy notable matador de toros Pedro Romero.

Le tomó éste bajo su proteccion, con sus lecciones le hizo perfeccionarse en el arte que le había de dar envidiado renombre, y cuando el maestro se retiró, dejó al discípulo ocupando su puesto dignamente.

Con suma rapidez se vió adelantar á Jerónimo José Cándido, sobresaliendo entre todos los banderilleros de la época.

Muy poco tiempo ocupó tambien el puesto de media espada; porque sus adelantos, y la aceptacion que en todas las pla-

zas tenía, aconsejaron á Romero darle, como le dió él mismo, la alternativa.

No era, como su maestro, pausado en el modo de torear. *Paraba* cuando era debido, es decir, en las suertes de capa que lo requieren, en los *pases* de muleta, y sobre todo en la admirable suerte de *recibir*, que aprendió perfectamente de Romero.

Pero valido de su portentosa agilidad, émulo entónces de Costilláres y Pepe Hillo, en cuyo toreo veía más movimiento y actividad, no quiso quedarse atras, y cuantos juegos con los toros intentaban los demas, Cándido los ejecutaba con gran aplauso y serenidad.

En los *galleos*, y sobre todo en los *recortes*, fué, como en otras muchas cosas, una notabilidad.

Generoso y espléndido, como lo es generalmente el que se cria en la abundancia, ni había á su lado pobres, ni pagaba nadie lo que en cualquier francachela se gastaba.

Recorrió muchas plazas en España con gran aceptacion, llegando á reunir una excelente cuadrilla de picadores y banderilleros, que le reconocieron como jefe.

Al frente de ella trabajó en todas partes como matador de primera; y aunque en una notable obra taurómaca se dice que en Madrid se le vió alternar por *primera vez* con el *Bolero* y el *Castellano*, es lo cierto que mucho ántes mató y dirigió las cuadrillas en la corte como primer espada, y en 10 de Octubre de 1808 trabajó por mañana y tarde, siendo segundo espada el famoso Curro Guillen.

Retirado en 1812 por consecuencia de un padecimiento reumático, y habiendo consumido la mayor parte de sus ahorros en bromas y diversiones, obtuvo un empleo público en 10 de Junio de 1824, y fué á desempeñarle á Sanlúcar de Barrameda.

Antes de esto, cuando en 1820 murió en Ronda el inolvidable Curro Guillen, y Cándido vió que el arte iba en decadencia, volvió á él, animó á los que más descollaban, y reuniéndolos, formó cuadrilla, á cuyo frente se puso.

Consiguió algo en favor del toreo, aunque no todo lo que él se prometía.

Los aficionados agradecieron aquel esfuerzo, porque mantenía viva la aficion al arte: pero este entónces no adquirió muchos prosélitos.

Las pasiones políticas por espacio de tres años absorbían completamente la atencion, y hubiera sido preciso, para despertar la aficion, presentar en el redondel grandes colosos en tauromaquia, que no había entónces por desgracia.

Brillaban, es verdad, algunos que, perfeccionándose más tarde, fueron luégo notabilidades: pero entónces no lo eran todavía.

Retirado á Sanlúcar de Barrameda, como hemos dicho, cumplia los deberes de su cargo, cuando en 1830 le llegó el nombramiento de director de la Escuela de tauromaquia de Sevilla.

Antes de tomar posesion de este empleo, se dictó, á instancia de Pedro Romero y de sus admiradores, una real órden

por el ministerio de Hacienda, que designó á Jerónimo José Cándido para ocupar el segundo lugar en aquel nuevo establecimiento, confiriendo el cargo de director al gran Romero.

No se crea por esto que Cándido se ofendió al ver que aquél iba á desempeñar un cargo con el que para sí contaba.

Reconoció desde luégo en Romero mayor antigüedad, y sobre todo á su maestro, y se congratuló de tenerle otra vez á su lado oyendo teóricamente preceptos que él había aprendido practicándolos.

Por su parte, Romero tuvo una singular complacencia al volver á ver, para tratar del arte que tanta gloria le había dado, al discípulo que más quiso.

Hé aquí la real órden:

«Al Intendente de Sevilla digo con esta fecha lo que sigue:

»He dado cuenta al Rey Nuestro Señor del oficio de V. E. de 2 del corriente, en que da parte de haber nombrado á don Jerónimo José Cándido para la plaza de maestro de tauromaquia, mandada establecer en esa ciudad por Real órden de 28 de Mayo último, y á Antonio Ruiz para ayudante de la misma escuela; y S. M. se ha servido observar que, habiendo llegado á establecerse una escuela de tauromaquia en vida del célebre D. Pedro Romero, cuyo nombre suena en España, por su notoria é indisputable habilidad y nombradía, hace cerca de medio siglo, y probablemente durará por largo tiempo, sería un contrasentido hollarla, sin esta preeminente plaza de honor y de comodidad, especialmente solicitándola como la solicita,

hallándose pobre en su vejez aunque robusto. Por tanto, y penetrado S. M. de que el no haber tenido V. E. presente á D. Pedro Romero había procedido de olvido involuntario, é igualmente de que el mismo D. Jerónimo José Cándido se hará asimismo un honor en reconocer esta debida preeminencia de Romero, se ha servido nombrar á éste para dicho cargo; y para ayudante, con opcion á la plaza de maestro, sin necesidad de nuevo nombramiento por el fallecimiento de éste, con el sueldo de ocho mil reales anuales, á D. Jerónimo José Cándido, á quien, con el fin de no causarle perjuicio, S. M. se ha dignado señalar, por vía de pension y por cuenta de la Real Hacienda, la cantidad que falta hasta cubrir el sueldo de doce mil reales señalado á la plaza de maestro, miéntras no la tiene en propiedad por fallecimiento del referido Romero, en lugar del sueldo que como cesante jubilado ó en activo servicio habrá de disfrutar. Al mismo tiempo ha tenido á bien S. M. mandar le diga á V. E. que, por lo que toca á Antonio Ruiz, no le faltará tiempo para ver premiada su habilidad.»

»De Real órden lo traslado á V. E. para su noticia y para que informe, así sobre el estado actual que tiene este negocio, como en lo sucesivo sobre todo lo que concierna á la Escuela de tauromaquia establecida en Sevilla.

»Dios, etc.—Madrid 21 de Junio de 1830.—Ballesteros.—Señor Conde de la Estrella.»

Del contenido de esta real órden se desprende que no es cierto, como ha habido quien lo afirme, que se le reservase su empleo anterior, constando únicamente que cuando la Escuela

fué suprimida, Fernando VII le señaló una pension, que vino disfrutando hasta la muerte de dicho rey.

Jerónimo José Cándido estuvo casado en primeras nupcias con una hermana de su maestro Romero, y luégo, despues de 1812, volvió á contraer matrimonio en Andalucía. Cuando ya se quedó sin empleo ni pension, fijó su residencia en Madrid, donde falleció el dia 1.° de Abril de 1839, viviendo en la calle de Santa Brígida, número 25, y siendo enterrado en el cementerio general de la puerta de Fuencarral.

Fué siempre hombre franco, dadivoso, y muy apreciable en su trato; y como torero, gran conocedor de la índole é inclinaciones de los toros, muy concienzudo para dar á cada uno la clase de lidia que requería, y especialísimo para arreglarles la cabeza y colocarlos á la muerte.

No era bravo ni arrojado hasta la temeridad, pero sí sereno y oportuno, y en él se vió siempre más al hombre entendido en su arte, que al atrevido torero que por satisfacer su amor propio ó por conseguir aplausos se expone sin necesidad á ser víctima de su imprudencia.

FRANCISCO HERRERA RODRÍGUEZ (CURRO GUILLEN).

De nadie puede decirse con más razon que de este torero. que le viene de abolengo el ejercer la profesion que tantos lauros le proporcionó durante su vida, y que le causó la muerte prematuramente.

Fué hijo del acreditado Francisco Herrera Guillen (Curro), matador de toros á principios de este siglo y fines del anterior.

Nieto de Francisco Herrera, notable matador de toros que precedió á Pedro Romero.

Y fué su madre Patrocinio Rodríguez, hija de Juan Miguel Rodríguez, tio del famoso Costilláres, y hermana de los banderilleros Cosme y José María.

De modo que por ambas líneas, paterna y materna, le venía de casta ser torero.

Nació en Utrera, provincia de Sevilla, el 13 de Octubre de 1775, y no en 1778, como ha dicho equivocadamente algun autor.

Desde los primeros años de su vida se distinguió por su aficion; y siendo muy jóven, demostró ser bravo con las reses y tener especiales condiciones para la lidia.

Tanto en el campo, como en las plazas ó cotos cerrados, intentaba la ejecucion de cuantas suertes había visto, lo mismo á pié que á caballo, y al practicarlas felizmente, aprendía á conocer el instinto y resabios de las reses; cosa utilísima de que no se cuidan los toreros todo lo que debieran.

Así es que, al presentarse en las plazas como jefe de cuadrilla, su fama se extendió tanto, que era buscado con empeño, por lo mucho que animaban su toreo y su destreza.

Contribuían tambien á ello, ademas de sus recursos en la lidia, su gallarda figura, su lujoso vestir, su rumboso porte y su serenidad en los trances más apurados.

Y todo esto hacía que el público demostrase por Herrera Rodríguez grandes simpatías, con lo cual llevaba ya mucho adelantado para dominar á la masa general de espectadores, que, impresionables siempre, siguen comunmente los primeros impulsos del corazon en todos los actos de la lidia taurina, sin pararse á reflexionar hasta dónde llega el mérito de una suerte practicada con general aplauso.

¡Cuántas veces el público ha sido injusto con determinados diestros, que, á pesar de haber hecho cosas muy buenas lidiando, eran para aquél antipáticos!

¡Y cuántas otras se han aplaudido á rabiar suertes de poco mérito medianamente ejecutadas, porque las había practicado el hombre cuyas acciones, cuyos gestos ó movimientos

le habían colocado en el puesto de niño mimado por los aficionados!

Y no es que en esto sea injusto completamente el público, no; es que las simpatías se adquieren inconscientemente, y se trasmiten del mismo modo.

Una accion generosa, un rasgo notable en momentos determinados, son bastantes para empezar á conseguir que el público se interese por el que intenta agradarle.

Y precisamente esto era lo que le sucedía á Herrera.

Trajo á la arena el prestigio que le dieran sus antepasados, y hasta conservó el mote de *Curro Guillen,* sin llamarse Guillen, como no fuese en cuarto lugar de apellidos; sacó partido de su graciosa figura, se esmeró siempre en complacer al público, y de este modo le fué muy fácil lograr simpatías justísimas y adquirir excelente fama, que conservó hasta el fin de su vida.

Añádase á esto los mil cuentos, anécdotas y sucesos que se atribuían á nuestro Curro, y se comprenderá hasta qué punto era forzoso pesasen en la balanza pública los sentimientos de entusiasmo por el mismo.

Decíase que nadie en el campo había podido *enlazar* un toro, y que Curro lo había conseguido en breve tiempo; que para *derribar* era el primero, y que no había quien le aventajase con el capote en la mano.

Hasta llegó á decirse con visos de mucha verdad, y así está escrito por un distinguido autor, que por consecuencia de una apuesta salió Curro en cierta ocasion al campo con el

intento de vencer á un toro picado, al que no había habido medio de conseguir se uniese á la torada de que procedía.

Ni á pié ni á caballo, ni con vacas ni cabestros, pudo conducírsele á la dehesa en que debía pastar.

Mató un caballo, hirió algunos cabestros, y puso en peligro la vida de los mayorales, quedando siempre en el sitio á que había tomado tan pertinaz querencia.

Llegóse á él Curro Guillen, extendió la capa y acometió el bicho.

Pausadas *verónicas,* rápidas *navarras* y soberbios cambios cansaron de tal modo al resabiado animal, que ántes de un cuarto de hora había caido en tierra.

Y entónces el bravo Herrera sentóse sobre el anca de la res, sacó la navaja y cortó la cola y alguna otra parte del toro, para llevarlo, como testimonio de su valor, á sus compañeros de apuesta.

Necesariamente su nombre había de correr de pueblo en pueblo, y por la Andalucía con más razon, siendo allí nacido, y siendo allí el teatro de sus hazañas.

En el resto de la Península no podía entónces lucir sus conocimientos, porque la guerra que España sostenía con Francia imposibilitaba la lidia en muchas plazas, y en Madrid, como él decía, había muchos afrancesados con quienes no podía transigir.

Marchó, por lo tanto, á Portugal, llevando, entre otros. como primer banderillero, al que luégo fué buen espada, Juan Jiménez *el Morenillo.*

Allí recogió por más de dos años grandes cosechas de aplausos y dinero, y su gallarda figura especiales favores de altas damas portuguesas.

Concluyó la guerra, y con la paz vino el ánimo de los españoles á gozarse y recrearse con sus corridas de toros.

Era el año de 1815, en que Fernando VII acababa de revocar una órden que en el año anterior habia dado suspendiendo las corridas de toros.

Renacían en Madrid las aficiones que ántes habían estado sujetas, y como rio desbordado marchaba todo el vecindario á la puerta de Alcalá, unos para entrar en la plaza de toros á ver la corrida, y otros á ver pasar á un famoso torero que por primera vez iba á pisar el ruedo de la capital de España.

Desde el momento en que se presentó en la plaza cautivó el corazon de las damas; y claro es que, conseguido éste, el hombre no puede resistir los ímpetus del suyo, que casi siempre con el de ellas se va.

Mató el buen Curro sus toros de una sola estocada, ménos uno que sin probar el estoque murió al primer intento de descabello; y desde aquel instante Madrid dió carta de naturaleza al simpático espada.

Pero como la condicion humana siempre quiere el más allá, y en materia de toros cada uno tiene su opinion particular, difícil de contradecir y mucho ménos de convencer, no se tardó en querer suscitar competencias, poniendo enfrente de Curro Guillen al acreditado maestro Jerónimo José Cándido.

Los círculos tauromacos altos y bajos, es decir, los de la

gente de alto copete, de elevada alcurnia, y los del pueblo de Lavapiés y Maravillas, se estremecieron de placer cuando en el año de 1816 supieron que en el primer redondel del mundo iban á torear juntos y en competencia Francisco Herrera Rodríguez (Curro Guillen), que contaba cuarenta años de edad, y el maestro Jerónimo José Cándido, que ya tenía cerca de cincuenta y seis, y hacía tiempo que no toreaba por sus dolores reumáticos.

Ninguno de los espadas que entónces vivían se hubiera atrevido á tanto.

Es verdad que tampoco ninguno de ellos había llegado á ser tanto como Curro Guillen; al ménos, nadie había conseguido como él las palmas y demostraciones de simpatía que los públicos español y portugues le dispensaron en todas ocasiones.

Cuestionaban los aficionados acerca del mérito de uno y otro, y como sucede siempre, los viejos suponían en lo antiguo lo mejor, y la gente jóven defendía lo moderno.

Alegaban aquéllos que Cándido estaba enfermo, en el ocaso de su vida, y sin unos banderilleros tan de punta como Juan Jiménez *el Morenillo* y Juan Leon, que auxiliaban á Curro.

Y los partidarios de éste decían que como él no había habido otro torero, y ménos otro matador de toros, desde Pedro Romero en adelante.

Llegó la temporada, y hubo contento para todos.

Hemos oido referir á inteligentes aficionados que ambos diestros estuvieron á la altura de su reputacion.

Cándido, sorprendiendo al público con la perfecta ejecucion de las suertes segun las reglas escritas; Curro Guillen, con sus infinitos juguetes y arriesgados lances; y aunque los inteligentes prefiriesen el concienzudo trabajo del primero, la verdad es que la inmensa muchedumbre gustaba más de las salerosas gracias del rumboso torero, que de la serena y fria exactitud del quebrantado en sus facultades, renombrado maestro.

La fama de Herrera Rodríguez fué en aumento, así como su modo de descabellar toros sin haberlos estoqueado; sus repetidos *galleos* y sus ceñidos *recortes* eran cada vez más aplaudidos; de manera que era solicitado en todas las plazas con empeño, porque era el que daba dinero á las Empresas, proporcionando buenas entradas.

Llegó por desdicha el dia 20 de Mayo de 1820, en que con su cuadrilla trabajaba en Ronda.

Lidiábanse toros de D. José Rafael Cabrera, que, como decimos en otro lugar, eran entónces de los más acreditados, y el público rondeño, entusiasta por la escuela ó modo de torear del gran Pedro Romero, que siempre le ha calificado de *toreo verdad,* mostró desde el primer momento, segun dice un autor, cierta manifestacion de desagrado contra los toreros sevillanos.

Al frente, digámoslo así, del núcleo de intransigentes rondeños se hallaba un tal Manfredi, que en voz alta, y cuando pasaba de muleta á un toro el espada Guillen, le dijo en són de burla:

—¿Y es usted el rey de los toreros?

Estas imprudentes palabras alteraron el ánimo de nuestro gran hombre, que no estaba acostumbrado á oir censuras, sino aplausos.

Puesto ya el toro para la muerte, gritó la gente de Manfredi:

—¿A que no lo *recibe* usted?

Y entónces, sin atender Curro más que á su amor propio, olvidándose que no era su especialidad la de *recibir* toros, y sin la calma que da la conciencia de lo que se hace sabiendo, citó al toro para *recibirle*. acudió el animal, y enganchó con una tremenda cornada por el pecho al desgraciado Herrera, que á pocos pasos cayo exánime, siendo conducido á la enfermería, por el contratista de caballos Francisco Caamaño.

De nada sirvió que el bravo Juan Leon, su banderillero entónces, se arrojara materialmente con temerario empeño sobre los cuernos del toro para salvar á su jefe.

La cornada recibida por éste era de muerte instantánea, y los espectadores creyeron por un momento, al ver colgado á Leon de la otra asta (pues el toro tuvo suspendidos á un tiempo á Curro y á Leon), que éste tambien había sido víctima de su excesivo valor y acendrado cariño.

En toda España y en el vecino reino de Portugal fué tan sentida la muerte del simpático Curro, que como circuló rápidamente, se puso en duda por infinitos apasionados, que escribieron, deseosos de saber lo cierto, al pueblo donde ocurrió la catástrofe.

Por desgracia, ésta fué como hemos dicho, y así lo comunicaron los que presenciaron hecho tan terrible.

Doliéronse los españoles de la falta de tan gran torero, y expresaron su sentimiento en romances y estampas que profusamente circularon.

Bien lo merecía la memoria del lidiador que, si bien no marcó adelantos en suertes nuevas, practicó perfectamente aquéllas á que más se ajustaba su inteligencia, y que animó no poco la aficion en época de decaimiento para la misma.

ANTONIO RUIZ (EL SOMBRERERO).

Cuantos aficionados al arte de Romero han seguido con interes el curso de los adelantos y progreso del mismo, al ménos desde que éste se redujo á reglas fijas y exactas, tienen que recordar como aventajado lidiador y matador notable á Antonio Ruiz.

Es verdad que no fué de aquellos hombres cuyo espíritu innovador les hace inventar ó hacer algo diferente á lo que los demas ejecutan.

Pero fué de los que procuran esmerarse de tal modo en su trabajo, que sin hacer nada nuevo, llaman sobre sí la atencion por lo perfectamente acabado que suele ser casi siempre.

En el año de 1783 nació en Sevilla Antonio Ruiz.

Sus padres, que vivían con el honrado producto de un modesto taller de sombrerería, dedicaron á Ruiz á aprender este oficio, en el que, á la verdad, no hizo grandes adelantos.

Como se dice vulgarmente, no le llamaba Dios por este camino.

Era una vida demasiado tranquila y sedentaria para un jóven de imaginacion enérgica y de actividad notable.

Frecuentó por eso, más de lo que sus padres querían, la Casa-matadero de aquella gran ciudad, y allí aprendió los primeros rudimentos del arte.

Sin embargo, como en aquella época, y especialmente en ciertas familias, se observaban hasta con rigor los preceptos de los padres, Antonio siguió al lado del suyo, ayudándole en el oficio referido con la docilidad y sumision propias de un buen hijo.

Pero cumplió la mayor edad; y como el arte del toreo le ofrecía más ancho campo que ningun otro para sobresalir en él, y áun para ganar lo suficiente á sostener una holgada subsistencia, sin los apuros y estrecheces que hasta entónces había visto en su casa, se decidió por ser torero.

Mucho le impulsó á ello el consejo de los amigos y compañeros, que conociendo sus adelantos, le concedían el primer lugar como inteligente práctico.

Así lo creyó el célebre Curro Guillen, que en cuanto observó que Ruiz, por haber adelantado á todos sus compañeros de matadero, podía servir y ser útil en su cuadrilla, se le llevó de banderillero.

Pocos años de toreo formal en las plazas bastaron á Ruiz para crearse una reputacion.

Y eso que era la mala época para el arte.

Pepe Hillo había muerto desastrosamente, lo mismo que Perucho y Antonio Romero: y los famosos Pedro Romero y

Joaquin Rodríguez no pisaban la arena donde tantos triunfos conquistaron.

Pero Antonio Ruiz había visto torear á todos ellos, y más de una vez había envidiado los vítores y aplausos que recibieran.

Se aplicó más que ningun otro, y llegó á ser notabilidad con la capa, especialmente para acudir con presteza á los *quites* en la suerte de vara, y preparar la colocacion de las reses á la muerte.

Así es que su maestro, el mismo Curro Guillen, le dió la alternativa en el año de 1809, y desde esta fecha lidió como tal en todas las plazas de toros de España, con preferencia á la mayor parte de los espadas que entónces había.

La circunstancia de haber marchado á Portugal el Curro, favoreció no poco á Antonio Ruiz.

Curro Guillen en España toreando con Ruiz, que entónces empezaba, hubiera tenido siempre más aceptacion que su discípulo, y éste forzosamente habría girado como un satélite alrededor de aquél.

Sabía más por sus largos años de práctica, era necesario guardarle las consideraciones de maestro, y tenía conquistadas las simpatías de todos los públicos por su gracia y su *aquel*.

Al reves de lo que le sucedía á Antonio Ruiz, cuya seriedad y altivez más bien movían en su contra que á su favor.

Por eso hemos dicho que la marcha á Portugal de Curro le fué favorable.

Quedó solo, y si no precisamente solo, en uno de los primeros puestos de la época.

Formó cuadrilla con los mejores jinetes y peones que entónces pudo reunir, y en ella figuró Juan Leon como banderillero, que luégo lo fué del famoso Curro Guillen cuando éste regresó del vecino reino.

A pesar de su adusto carácter, casi siempre conseguía aplausos, y su reputacion iba en aumento de dia en dia.

Su toreo era excelente.

Nunca su capote se soltaba fuera de tiempo; su mano izquierda era con la muleta una cosa más que regular, y siempre se mostró valiente y bravo.

Concienzudo para la lidia, no permitió nunca barullo ni desórden en el redondel; y todas las cuadrillas, cuando él era director de la lidia, miraban tanto á la cara del maestro como á los cuernos del toro.

Era exagerado en el cumplimiento de su deber, y esto y su inteligencia, que nadie puso en duda, le hicieron adquirir buen nombre, como hemos dicho, y fama de buen torero.

Pero á su carácter seco y poco expansivo tuvo que añadir, para su mal, la circunstancia de haberse marcado mucho y hecho pública ostentacion de sus opiniones políticas exageradamente absolutistas.

Y claro es, en cuanto los realistas fueron de capa caída, como vulgarmente se dice, ya era imposible que Ruiz trabajase con desahogo en ninguna plaza.

Verdad es que algunas veces, á pesar de la pasion, que en

política no perdona, su mérito real, ó la ejecucion de cualquier suerte de una manera perfecta, arrancaba por fuerza aplausos hasta á sus mismos adversarios.

Mas, como se comprende facilmente, esto no era bastante, y Ruiz tenía el suficiente entendimiento para comprender que si él se acaloraba ó se comprometía, podría tener una desgracia; así que se dominaba perfectamente, con ceño airado, pero con actitud tranquila.

Llegó el año de 1832, y la Junta de Hospitales contrató en Madrid á Antonio Ruiz como primer espada, á su hermano Luis, y al nuevo Francisco Móntes.

Éste fué recibido como su mérito hacía esperar, y aquél silbado sistemáticamente y sin razon, sólo por sus opiniones realistas, y sin tener presente, porque en estos casos la pasion ciega, que él y sus partidarios hicieron pasar peores ratos á Juan Leon, á Roque Miranda y á otros, nada más que porque fueron milicianos en la época de 1820 al 23.

Resentido Antonio Ruiz de que el público no le hubiese hecho justicia una tarde en que cumplió su cometido con notáble maestría y gran fortuna, ántes bien continuando los silbidos, se retiró del redondel sin hablar con nadie, se fué á su casa, y á la mañana siguiente se metió en un coche y marchó á la Granja, donde estaba de jornada el rey.

Fiado en que éste había siempre distinguido á Ruiz, oyéndole algunas veces con muestras de agrado, pidió una audiencia, que en seguida le fué concedida.

Expuso con gran calor y vehemencia el daño que en su

reputacion estaban causándole los *negros* con su injusto proceder, y pidió un castigo, que, como se comprende, era imposible de aplicar.

Indudablemente estaba retrasado el buen Antonio Ruiz.

Creyó que vivía en el año de 1824, cuando los *blancos* apaleaban á los *negros*, les quemaban las casas y cometían con ellos otras fechorías.

Y el año de 1832 ya no se parecía en nada á aquella ominosa época.

Empezaban á respirar los liberales y á ser despreciados los realistas.

En una palabra, que, girando la rueda, iba subiendo lo que había estado abajo, y lo de arriba caía.

Oyóle el rey con marcada atencion y maliciosa sonrisa, y hasta le dió un cigarro.

Concluyó su queja, y Fernando VII, cuyo sentido práctico nadie puede poner en duda, dijo en cortadas frases al torero:

—Retírate; yo proveeré.

Y efectivamente, proveyó en seguida.

¿Saben qué nuestros lectores?

Pues dió la providencia de que no se permitiese volver á torear en la plaza de Madrid al matador Antonio Ruiz *el Sombrerero*.

Los que conocían bien á Fernando VII no esperaban otra cosa: era lógico el acuerdo, dadas las condiciones de aquel rey.

Pero Antonio Ruiz no esperaba eso ciertamente. Cuando ménos, creyó encontrar palabras de consuelo en la alta perso-

na, que tanto le había distinguido cuando mandaban los realistas.

Y como no sucedió esto, tan amargo desengaño hizo á Ruiz tomar una determinacion extrema, muy en armonía con su altivo carácter.

Se cortó la coleta.

—El que ha sido bueno veinte años para torear en la plaza de Madrid y en todas las de provincia, y se le despide de la primera por causas ajenas al arte, no debe trabajar en parte alguna,—dijo á sus amigos con entereza y dignidad.

Y se volvió á Sevilla.

Desde entónces concluyó la historia de este distinguido matador de toros, que no ha tenido rival en dirigir la lidia y hacerse obedecer de los peones y jinetes.

Llegó á la vejez, y con ésta á la indigencia.

Pasaron cerca de treinta años, y en la ciudad que le vió nacer se proyectó dar una corrida de toros á beneficio del antiguo espada.

Pensamiento filantrópico, al que se asociaron de buena voluntad el célebre *Cúchares,* Lúcas Blanco, el *Tato* y Manuel Carmona, entre los cuales salió formado á dar el paseo, siendo la última vez que pisó el redondel.

Esto era en el año de 1859, teniendo Ruiz setenta y seis años de edad.

Al año siguiente, el 20 de Junio de 1860, murió en el hospital de San Jorge, ó sea de la Caridad, de aquella ciudad andaluza que tantos y tan buenos toreros ha producido.

Fué profesor honorario de la Escuela de tauromaquia de Sevilla.

Dicen cuantos le trataron, que era tan esclavo de su palabra, que, una vez dada, podía tenerse completa seguridad de que la cumpliría, si fuerza superior no lo estorbaba.

Más de una vez renunció ajustes ventajosos, por haberse exigido firma de compromiso.

Si hubiera conocido á muchos empresarios de los que hay ahora, habría cambiado de opinion.

Fino en su modo de torear y con excelentes facultades, Antonio Ruiz *el Sombrerero*, sin su intransigencia política imprudentemente manifestada, hubiera toreado muchos más años, y el arte hubiera ganado con su ejemplo.



JUAN JIMENEZ (el Morenillo).

JUAN JIMÉNEZ (EL MORENILLO).

Hay á veces coincidencias raras en la vida de dos personas, que hacen semejantes la mayor parte de sus actos.

Como si procedieran de un mismo sér, los hechos del *Sombrerero* y el *Morenillo,* en cuanto al toreo, son tan iguales, existe en ellos tal semejanza, que parecen gemelos.

Los dos nacieron en Sevilla.

Ambos vinieron al mundo en 1783, por más que un autor haya fijado equivocadamente el año de 1794 al nacimiento de Jiménez.

Uno y otro se conocieron y fueron compañeros en el matadero de Sevilla.

Los dos fueron banderilleros del famoso Curro Guillen.

En el año de 1809 tomaron respectivamente la alternativa de matadores.

Si el uno fué torero de escuela clásica, tambien lo fué el otro; y como directores de cuadrilla, poco tenían que echarse en cara.

¿Pueden darse más coincidencias?

Pues hasta el carácter altivo de Ruiz era lo mismo que el de Jiménez, y la dignidad en éste, semejante á la que en aquél tenía aposento.

Pero perdónennos nuestros lectores si nos hemos metido en comparaciones ántes de hacerles conocer al matador de toros cuyos apuntes biográficos son los siguientes:

Ya hemos dicho que nació en Sevilla en 1783.

Dedicado al oficio de zapatero, atendía más á las faenas del matadero de dicha ciudad, que á las de la obligacion del arte de obra prima; en términos de que á los doce años de edad se distinguía por su arrojo con las reses y su prodigiosa ligereza.

Era entónces, como lo fué siempre, sereno de espíritu, duro de corazon, delgado de cuerpo y de una elasticidad muscular envidiable.

El color de su tez hizo que le llamaran *el Morenillo.*

El famoso y entónces notable matador de toros, conocido por el *Curro Guillen,* le ofreció puesto en su cuadrilla en cuanto le vió hecho un mozo, y por su buen comportamiento le protegió evidentemente.

En la ciudad de Jerez de los Caballeros alternó Jiménez por primera vez con su maestro, que quedó sumamente complacido del esmerado trabajo y afortunado éxito de su discípulo.

Hemos referido, cuando de Herrera Rodríguez nos hemos ocupado, que este matador, en la época de la guerra de la In-

dependencia, marchó á torear al vecino reino de Portugal, donde tan buena acogida se le dispensó.

Allí fué con él Juan Jiménez, y allí hizo suertes tan arriesgadas, demostrando extremada serenidad y temerario valor, que cautivó la atencion de los más valientes portugueses.

Pero era poco espacio para lucir sus facultades el de las plazas de Portugal, y el *Morenillo*, despues de cuatro años, regresó á su patria, aunque á disgusto y contra el deseo de su maestro.

Desde 1813, en que su regreso á España tuvo lugar, trabajó en algunas plazas de segundo órden, hasta que en 1815 ingresó como banderillero en la cuadrilla del célebre Jerónimo José Cándido.

Nunca pudo Juan Jiménez tomar mejor determinacion que ésta.

Al lado de tan distinguido maestro aprendió tanto, que bien puede decirse se perfeccionó en el arte.

No le consideraba Cándido como banderillero solamente, sino como matador, y várias veces le hizo trabajar de media espada, con lo cual consiguió grandes adelantos, especialmente en la suerte suprema de *recibir* toros.

Volvió de nuevo Jiménez á recobrar su puesto de *espada* de cartel, alternando desde el año de 1818 con Francisco Hernández *el Bolero,* que le confirmó en su cargo en cuantas plazas fué ajustado.

El trabajo del *Morenillo* era tenido en mucho por los verdaderos inteligentes, que reconocían en él felicísimas disposi-

ciones para el toreo de buena escuela, y su fama, por lo tanto, fué extendiéndose cada vez más por toda la Península.

Los partidarios del *Bolero* hicieron que éste se indispusiera con el *Morenillo*. porque al primero no se le tributaban los aplausos que al último.

Rompieron, pues, sus amistades, y cada cual giró por su lado.

Esto era en 1819.

Entónces fué cuando Jiménez declaró solemnemente que delante de él no consentiría nunca de primeros espadas más que á sus maestros Francisco Herrera Curro Guillen y Jerónimo José Cándido.

Cumplió esto siempre tan puntualmente. que áun cuando, años despues, Móntes hizo que otros le cedieran la antigüedad y se colocó á la cabeza de ellos, no pudo conseguirlo del *Morenillo*, que siempre fué primer jefe de la lidia, en términos de que en Madrid, en el año de 1836, llegó á anunciarse en los carteles la siguiente advertencia:

«En virtud de un convenio hecho entre los espadas, se ha establecido que en todas las corridas de seis toros mate dos Móntes, y los cuatro restantes los otros tres, quedando en cada funcion uno sin matar; en consecuencia, los seis toros de este dia serán estoqueados por Jiménez, Móntes y Santos, quedando sin hacerlo Miranda. Las cuadrillas de banderilleros trabajarán á las órdenes de los cuatro espadas.»

Por resultado de esta conducta, que nosotros, léjos de criticar, elogiamos, porque demuestra dignidad el no permitir

que los más modernos se antepongan á los antiguos, los ajustes de Jiménez fueron escaseando.

Bien es verdad que ya su edad no le permitía más que cumplir con su obligacion, sin bregar demasiado, y que habían aparecido diestros tan notables como Móntes y Yust, Redondo y Arjona, que en la cumbre de su poder y facultades tenían precisamente que dejar atras á cuantos habían pisado hasta entónces el redondel.

Sin embargo, trabajó todavía en 1852 y 53, y áun le vimos en Madrid una corrida en 1854, sereno y bravo como en sus buenos tiempos, pero vencido por los años.

Tenía la grandísima ventaja de ser ambidiestro, y en Madrid le vimos matar *á volapié* un toro cobarde y aplomado usando la mano izquierda con facilidad, por haber sido imposible sacar de las tablas al bicho, y ménos colocarle á derechas.

Fué primer jefe de la primera cuadrilla de toreros en las funciones reales de toros celebradas en Madrid en 1846 con motivo del doble casamiento de la reina Doña Isabel II y su hermana Doña Luisa Fernanda, distinguiéndose *en plaza* por los trajes verde y plata que vistieron todos los que componían aquélla, y matando en el puesto que le correspondía, que no cedió tampoco en esta ocasion, á pesar del ejemplo de algun otro, que cedió el suyo á matadores más modernos.

Retirado por sus años de la profesion en que tanto se distinguió, ejerció la industria de vendedor de pan para mantenerse con el escaso producto que le proporcionaba, hasta que

falleció en Madrid de un ataque cerebral el dia 29 de Octubre de 1859, á las siete y cinco minutos de la mañana.

Su cadáver fué sepultado en el cementerio de la sacramental de San Martin, al que le condujeron, acompañado de la mayor parte de los toreros que en Madrid se encontraban y quisieron pagar este tributo de consideracion al que fué tan aventajado compañero.

Dirémos, en conclusion, que en cuanto á sus condiciones personales, Juan Jiménez *el Morenillo* fué siempre decente en su trato, algo reservado y muy altivo.

Como torero, siempre valiente, de buena escuela, sin hacer mojigangas, parado y ceñido, gustándole mucho ejecutar la suerte de *recibir*.

¡Por fin no murió en un hospital como el *Sombrerero!*

JUAN LEON (LEONCILLO).

Al hacer mencion de este notable matador sevillano, dudamos cómo hacerlo en nuestro libro, porque precisamente nos sucede lo mismo que al señor Velázquez cuando en su gran obra habló de *Leoncillo*.

Queriendo ser imparciales, tememos que los aficionados nos supongan apasionados, pues «las pasiones favorables ó adversas son tan imperiosas y arrebatadas en este género de aficiones, que, una vez fuera del camino de la neutralidad crítica, suele notarse que las personas más competentes desbarran en la materia mucho más que las imperitas y profanas».

Harémos, sin embargo, cuanto podamos para decir la verdad, sin atender á personales simpatías; y si no lo logramos, no es porque no queramos ser verídicos, sino porque no acertemos á explicarnos.

En 2 de Setiembre de 1788 nació en Sevilla Juan Leon y López, hijo de Antonio y de María Josefa, que le dedicaron

al oficio de sombrerero que aquél tuvo, y á los veintidos años de edad ya era oficial aprobado por el gremio.

Por este tiempo se dedicó á lidiar toros con varios toreros de segundo y áun de tercer órden, y así siguió hasta que en clase de sobresaliente de espada mató dos toros en Madrid el año de 1816, no alternando, como dice un autor, sino en el concepto que ántes hemos dicho de sobresaliente de los célebres Jerónimo José Cándido, Curro Guillen y Antonio Ruiz *el Sombrerero.*

Desde entónces *Leoncillo* fué siguiendo á todas partes á Curro Guillen, que se declaró su decidido protector, vistas las especiales condiciones del protegido.

Ocurrió en 1820 con su maestro el desgraciado lance que Ronda presenció, y allí demostró Juan Leon su bravura, y muy principalmente sus nobles y generosas inclinaciones.

Quiso evitar á su maestro la cogida cuando ya era tarde, cuando ya el toro le había colgado del cuerno derecho, y con la vehemencia del que á cualquier trance quiere conseguirlo, se arrojó materialmente sobre la fiera, que tambien le enganchó á él con el cuerno izquierdo por bajo de un brazo.

El maestro y el discípulo fueron arrojados á buena distancia.

Aquél quedó inerte en la arena.

El último, sin lesion notable, pero con profundo sentimiento y honda pena.

Reflexionó acerca de su posicion como torero, y conoció lo que valía.

Su carácter le aconsejó no depender de otro, y efectivamente, decidió gobernarse por sí y crearse reputacion propia.

Fácil le fué conseguirlo.

Hombre de entendimiento práctico, comprendió que por mucho que él supiese y pudiese hacer, para conquistarse un nombre tenía que ir por sus pasos contados.

Y tomó otro camino.

Siguiendo sin duda sus naturales inclinaciones, se alistó en dicho año en la Milicia Nacional de caballería, campeando entónces hasta el año de 1823 en cuantas plazas quiso, puesto que los demas lidiadores de aquella época eran y estaban señalados como afiliados al bando absolutista, con muy raras excepciones.

Cuando ménos,—debió decirse,—contaré siempre con las simpatías de un gran partido político, y á poco que yo en mi profesion me esfuerce, he de conseguir más aplausos y mejor acogida que otros.

Esto podía tener un inconveniente.

Si bien por el pronto le favorecía, y sobre todo le daba á conocer y distinguirse, que es lo que quiere toda persona que vive del favor del público, tambien podía perjudicarle si la política cambiaba.

Así sucedió.

Pronto vió los efectos de su conducta.

El dia de San Antonio, 13 de Junio de 1824, toreaba en Sevilla con el realista Antonio Ruiz *el Sombrerero,* que exagerado hasta más no poder en sus ideas políticas, quiso de ellas

hacer alarde, estrenando para aquella corrida un magnífico traje *blanco* bordado de oro.

Leon lo supo, y para demostrar que él no era blanco, sino *negro,* tuvo el valor, que valor se necesita y en gran dósis, de vestirse un traje de este último color, sucediendo lo que no podía ménos de acontecer, que las turbas del populacho, compuestas probablemente de los mismos individuos que un año ántes le vitoreaban, quisieron matarle, y le persiguieron hasta su casa *por pícaro negro,* salvándole únicamente su serenidad y el auxilio de pocos pero buenos amigos.

Sin embargo, el objeto que pudiera proponerse Leon en 1820, ya estaba conseguido: se había dado mucho á conocer. había demostrado ser valiente y bravo dentro y fuera de los cosos, y que toreando, considerada la época en que lo hacía, pocos se le ponían delante; y todas estas circunstancias influyeron poderosamente para que, áun en la época del absolutismo, tuviese ajustes y trabajase en la plaza de Madrid á despecho y contra las intrigas de los realistas.

A no haber aparecido en 1831 en esta corte el genio de la tauromaquia, Francisco Móntes, difícilmente se hubiera destronado de su primer puesto á *Leoncillo,* como le llamaban aquí las gentes; porque si alguno de los espadas de entónces sabía más que él, podía ó se atrevía ménos, y Leon tenía grandes recursos, que nadie como él sabía aprovechar.

Volvió á Madrid, sin embargo, seis años más tarde, en el de 1837, luégo en 1839, y finalmente en 1845. de primer espada, con los notables *Cúchares.* su discípulo querido, y el

Chiclanero, que á su vez lo era de Móntes; y la verdad es que, á pesar de sus años y del entusiasmo que aquellos dos competidores producían en el espectador, el bravo Leon no hizo mal papel.

Un inteligentísimo aficionado escribió de él una ligera semblanza, en que estampó las siguientes palabras:

«Veterano de provecho, torero aprovechado, no pierde ripio, y el que se descuida, se encuentra con él de sopeton.»

En lo cual aludía á mañas que para matar usaba en las ocasiones de compromiso, salvando la persona, pero sabiendo.

Medio por nosotros siempre combatido, y reprobado como ajeno á la dignidad de un buen matador, y que, sin embargo, reconocemos su utilidad en contados y peligrosos lances.

Casi casi en determinados dias en que le salieron toros de respeto y *sentido* aplaudimos su modo de *aprovechar,* haciéndonos cargo de que ya tenía cincuenta y siete años de edad, y que por lo tanto las piernas no correspondían á la firmeza del levantado corazon de *Leoncillo.*

Al año siguiente, ó sea en el de 1846, celebráronse en Madrid las magníficas corridas que con motivo de las bodas de la reina Doña Isabel ordenó en la Plaza Mayor el Ayuntamiento de Madrid, á cuyo frênte se hallaba el inteligente aficionado y ganadero duque de Veragua, D. Pedro Colon.

En ellas trabajó Juan Leon como espada; pero no estuvo á la altura que le correspondía por su antigüedad en la alternativa, y por su fama.

Cierto es que en los carteles figuró despues de Juan Jimé-

nez *el Morenillo*, que ya contaba sesenta y tres años de edad.

Pero tambien lo es que ni uno ni otro pudieron hacer más que cumplir, gracias á su valor y conocimientos.

Y no podía ser otra cosa, estando en la arena á su lado el gran maestro Móntes, el inteligente *Cúchares*, y el nunca bien ponderado *Chiclanero*.

Astros esplendentes del toreo que estaban en el zenit de su carrera.

Volvió Juan Leon á Sevilla, concluidas que fueron aquellas funciones reales, con el propósito de retirarse del toreo, y desde 1847 lo estuvo realmente, hasta que en 1850 se presentó de nuevo en la plaza de Sevilla.

Alentado con el buen éxito de esta nueva campaña, se ajustó al siguiente año, 1851 para torear en Aranjuez, en donde tuvo una tremenda cogida, aunque relativamente con suerte.

Por cierto que para que pudiera torear, se colocaron diferentes burladeros, puesto que su edad no le permitía saltar la barrera. ¡Tenía sesenta y dos años!

No es éste sitio ni lugar oportuno, ni queremos ni está en nuestro carácter descender al terreno de las comparaciones; pero nos ocurre una pregunta. Si Leon hubiese sido torero de ésos que hay que todo lo fian á sus piés, ¿hubiera toreado á aquella edad, firme, sereno y plantado ante la fiera con entera confianza en sus manos?

Juan Leon murió en Utrera el 5 de Octubre de 1854, en la casa de su antiguo amigo el bravo picador Juan Pinto.

Fué, como hemos dicho, entendido en los lances de la lidia hasta un grado superior.

Capeaba con mucha calma y desenvoltura, pero no mejor que Móntes, con perdon de un escritor ántes citado; daba magníficos cambios en la cabeza, y mejor que tardar en la muerte de los toros, prefería *aprovechar* y áun esperarlos á la carrera, viniendo *empapados* en un capote.

Era muy hombre de su palabra, tenía gran partido entre la gente baja, cantadores, bebedores y demas de esta calaña, con quienes se gastó un dineral, y era hombre de carácter fuerte, de tenacidad, y muy pagado de su opinion, sin doblegarse nunca á nadie.

Sin haber sido una lumbrera en el arte, supo en él llamar la atencion lo bastante para figurar dignamente al lado y al frente de grandes toreros, sin desmerecer notablemente, y su nombre ha de ser siempre citado como muy especial en bravura dentro y fuera del redondel.

ROQUE MIRANDA (RIGORES).

Hé aquí un hombre que en todas las acciones de su vida no tuvo más norte ni le guió otro interes que el de hacerse simpático al público y obtener sus favores, esforzándose en el cumplimiento de su obligacion.

Dentro y fuera de las plazas, como hombre y como torero, Roque Miranda era de aquellos séres que pueden llamarse afortunados porque á todos los que les tratan inspiran simpatías.

Hombres que tienen un *no sé qué* que á ellos nos atrae, como lleva el iman tras de sí al hierro endurecido y al rayo de la tempestad.

Y cuidado que Miranda, ni era gracioso en su conversacion, ni arrogante en su figura, ni como torero un genio.

Era, ni más ni ménos, un hombre como otro cualquiera.

Pero afable, de rostro animado, complaciente hasta el extremo, y de ese trato especial, fino, que sin estudio tienen los madrileños.

Sic que dicen los franceses, *sal* los andaluces, y *aquel* los nacidos en la corte.

Miranda, pues, tenía un *aquel* tan marcado, que llamaba la atencion.

Nació en Madrid el año de 1799.

Fué hijo de Antonio y de Isabel Conde, y hermano de Juan y de Fermin; el primero de éstos, banderillero de escasa reputacion, y el segundo, ménos aficionado al arte de Pepe Hillo que sus hermanos.

El célebre maestro Jerónimo José Cándido tuvo en su cuadrilla á Roque Miranda en clase de banderillero ántes de que cumpliese diez y seis años; y tales fueron los adelantos que en él observó y tales las exigencias de los aficionados, que, cediendo á las instancias de éstos, le llevó poco despues á diferentes plazas como sobresaliente de espada.

En 1820 trabajó en Madrid de media espada; pero habiendo sido elegido sargento de la Milicia Nacional de caballería de Madrid, se retiró del toreo por un exceso de respeto á la institucion á que voluntariamente se habia afiliado.

No le parecía decoroso que un hombre que habia de alternar y áun mandar en la Milicia á compañeros de mejor posicion social y elevada jerarquía que la suya, se expusiese algun dia á sufrir tal vez los insultos del pueblo bajo.

Y esto no lo hacía por dar realce, ni mucho ménos, á su personalidad, sino al cuerpo popular que le eligió sargento.

Grado en la Milicia Nacional el más inmediato, el que tiene más contacto con los individuos de todas clases que

forman las compañías, y que por lo mismo, es tan de confianza de los jefes como de los individuos.

Es el eslabon que une á éstos con aquéllos.

Sin embargo de su decidido empeño, hubo una ocasion en que, contra su voluntad, toreó en Sevilla.

Y precisamente vestido de su uniforme de miliciano, para que de este modo quedase más desairado en su propósito.

En el año de 1822, época en la cual saben nuestros lectores que desde Madrid marcharon á Cádiz muchos milicianos nacionales á defender las instituciones liberales de la injusta agresion que intentaban y realizaron los cien mil hijos de San Luis, encontrábase Miranda en Sevilla presenciando una corrida de toros.

En cuanto el público se apercibió de su estancia en el circo. pidió unánimemente que bajase á la arena á lidiar un toro, por sólo el gusto de verle.

Resistióse Miranda cuanto pudo, quiso abandonar su sitio de espectador, y se lo impidieron con ruegos; y cuando manifestó á un dependiente de la autoridad presidencial que él no bajaba al redondel por no poner en evidencia su honroso uniforme, fué tal la insistencia del público, que accedió por fin, suplicado por el presidente, para evitar un conflicto.

Pisó la arena, tomó en la mano banderillas, clavó dos pares en ménos tiempo del que se tarda en decirlo, y con la muleta en la izquierda, dió dos *pases* naturales, quedándose el toro en suerte, y arrancando á él, le mató de un acertadísimo *volapié*.

Caer el toro al suelo y no encontrarse ya en él Roque Miranda, fué todo uno.

Los aplausos y demostraciones de entusiasmo eran ruidosos; y en vez de recibirlos en el redondel, los recibió desde su asiento.

Quiso tener el ménos tiempo posible su uniforme en el sitio en que no creía debía estar.

Desde entónces no volvió á torear en mucho tiempo.

En los primeros meses del año de 1823, en que los franceses quitaron la Constitucion y restablecieron el poder absoluto en España, Miranda se ocultó, por evitar persecuciones de los *blancos*.

Se había marcado mucho como liberal; y por si esto era poco respecto de su mera personalidad, una triste circunstancia vino á aumentar su renombre.

Su hermano Fermin murió peleando heroicamente en el arco de la calle de la Amargura la noche del 7 de Julio de 1822 contra los guardias insurreccionados. Era granadero del segundo batallon de la Milicia Nacional, al que tocó cubrir aquel puesto, y sabido es cómo le defendieron los milicianos.

El valiente Fermin era, como Roque, natural de Madrid, soltero, maestro de música y de treinta y tres años de edad; y por su muerte, el Ayuntamiento de esta heroica villa señaló á su madre una pension, trasmisible á la hermana de aquél, jóven de veintiocho años, á la que, en otro caso, se le darían veinte mil reales como ayuda de dote.

De modo que Roque era muy tildado como liberal, segun

hemos dicho; pero al poco tiempo pudo presentarse sin temor en los sitios públicos.

Los *blancos* que apaleaban á los *negros*, ó no se atrevieron con Roque Miranda, ó las simpatías que tenía como torero valieron más que el deseo de ejercitar con él, como con otros de su color político, aquellas bárbaras venganzas que han dejado nombre amargo en la historia de nuestras discordias.

Recorrió algunos pueblos de segundo órden toreando, y aunque muchos aficionados de Madrid le dijeron se presentase al rey pidiéndole levantase la prohibicion que sobre él pesaba para no torear en la corte, nunca accedió á ello.

Se conformó con que sus amigos ó su familia lo solicitasen, pero él siempre se negó á ver en Palacio á Fernando VII.

Por fin pudieron conseguir de este rey una cédula, fecha 7 de Octubre de 1828, por la que se encargaba á las autoridades y Junta de Hospitales permitiesen trabajar en la plaza de esta corte á Roque Miranda; y el dia 13 se presentó, en compañía de *los Sombrereros* Antonio y Luis, y de Manuel Parra, que le cedieron sus toros con gran contentamiento del pueblo madrileño.

Cuando en 1831 se presentó en Madrid Francisco Móntes, corrió la voz entre la gente del pueblo bajo de que éste era realista; y como ya en dicha fecha los partidarios del absolutismo no podían levantar el grito contra los *negros* con la misma osadía que años anteriores, porque empezaba á marcarse en el horizonte político una línea extensa de tinte liberal, se temió por algunos que Móntes fuese mal acogido, sin razon.

Podía esto haber sucedido, porque en Madrid siempre hubo más liberales que realistas, y porque la revancha de pasados desmanes lo autorizaban.

Pero los buenos y honrados, como dijo Miranda, no debían tolerar que, áun siendo ciertas las hablillas, se juzgase á un hombre como político y no como torero.

Y arrojando su influencia en el peso de la balanza política, se ofreció á llevar á su lado á Móntes, seguro de protegerle con su prestigio, sin que nadie se le atreviera.

Y lo consiguió.

Conducta noble que no hubiera observado, si la envidia, como á otros, le dominara.

Por fortuna para el arte, Móntes gustó muchísimo, y las primeras impresiones de agrado en su favor se convirtieron en simpatías al saber que nunca había vestido el traje de realista.

Por eso Móntes siempre contó en el número de sus verdaderos amigos á Roque Miranda, y con él volvió á presentarse en el coso madrileño en el año de 1838.

Pero ya no venía como ántes Miranda de primer espada, sino de segundo.

Había engruesado mucho, y por consiguiente perdido facultades.

Si algun aficionado le reconvino por haber cedido á Móntes su antigüedad en alternativa, contestó con sinceridad:

—Vale más que cuantos toreros he conocido; y á él y á otro que valga más que yo, es mi deber cederles el puesto.

Modestia exagerada, desposeida de orgullo, que le hizo en 1842 ceder tambien su antigüedad al notable Juan Yust.

Antes de esta última fecha, en 1840, el Ayuntamiento de Madrid nombró á Miranda administrador de la Casa-matadero; destino que abandonó por volver al arte, á que siempre tuvo aficion.

Por cierto que en sus amigos políticos, y más que en nadie en su apreciable familia, causó grave disgusto su determinacion.

Al criticarle y hacerle cargos de por qué abandonaba una posicion cómoda y decente por las eventualidades de la lidia, precisamente en la época de su vida en que más torpe se encontraba en sus movimientos, contestaba con su aficion al toreo, y se condolía de haber tenido en su vida torera tantos paréntesis en que no trabajó y que retrasaron sus adelantos en el arte.

Esto último era verdad.

A Miranda le faltaron práctica y maestros.

Como hemos dicho, en 1842 se ajustó en la plaza de Madrid.

En la tarde del 6 de Junio del mismo, estando colocado para *arrancar* á un toro de Veragua, le insultaron con una bocina desde un palco, que ocupaba con otros cierto coronel entónces, y luégo general célebre en la Historia, y Miranda, que, si no grandes conocimientos, tenía valor y mucha vergüenza, se tiró tan *cerrado* y sin salida, que sufrió una cornada en un muslo que le imposibilitó volver á trabajar.

A los ocho meses, ó sea el 14 de Febrero de 1843, falleció en Madrid, si no precisamente de la herida, á consecuencias de ella y de un mal crónico.

Fué muy simpático y agradable para con todos, ligero y alegre en sus primeros tiempos, y algo grueso ya en el último tercio de su vida.

Aunque no tenemos de ello completa seguridad, creemos nació habitando sus padres un cuarto entresuelo de la casa llamada *del Pastor*, sita en la calle de Segovia.

Hay la evidencia, al ménos, de que allí vivió muchos de sus primeros años.

Era grande su influencia entre los liberales artesanos é industriales de aquellos barrios, hasta el punto de buscársele con recomendaciones importantísimas para casos especiales.

Nunca abusó de esta preponderancia.

Si bien como torero no fué una notabilidad, lo fué, sin embargo, en los *volapiés*, que pocos de su época daban tan hondos y por derécho; y á haber sido constantemente torero, sin las interrupciones que en el ejercicio tuvo, es indudable que habría adelantado más.

Antes de terminar, defenderémos á Miranda de la censura que le dirige un apreciable escritor por haber picado dos novillos que su hermano Juan debia matar en 25 de Diciembre de 1830.

Estamos conformes en que no es propio de un matador de nota hacer en público cierto papel que siempre cede en descrédito suyo; pero no se nos podrá negar que otros muchos

han ejecutado suertes á caballo siendo matadores, y otros picadores han estoqueado toros á pié.

Y eso que algunos han sido diestros de alto renombre y de primer rango, y no militaba en su favor la circunstancia de dar á conocer á un hermano que quería aprender el arte.

Nos consta, ademas, que fué todo cuestion de una apuesta entre paisanos y amigos en un rato de buen humor.

Pero aunque así no fuera...

Hay ciertas cosas en la vida de los hombres públicos á que no debe darse toda la importancia que á primera vista aparece.

Actores trágicos de los que más han honrado la escena española han desempeñado, en ocasiones determinadas, papeles secundarios en sainetes y tonadillas, y no por eso han desmerecido su fama ni su reputacion.



FRANCISCO MONTES

(PAQUIRO)

FRANCISCO MÓNTES (PAQUIRO).

Al hablar de este hombre extraordinario, de este coloso del arte, de este privilegiado entendimiento tauromaco, sentimos cierto temor de no saber explicarnos con claridad al describirle; porque Móntes era muy grande en su arte, un genio, y tan gigante diestro merece que otras plumas mejores que la nuestra se ocupen de él, como ya se han ocupado notables escritores, distinguidos artistas y eminentes profesores de bellas artes.

Harémos, sin embargo, cuanto podamos para dar una idea de lo que fué, ciñéndonos al plan que nos hemos propuesto en nuestra obra, y á lo que la índole de la misma exige.

Nació Móntes en Chiclana el 13 de Enero de 1805 (1), y su padre, D. Juan Félix, empleado y administrador de los bienes de un título, procuró dar á aquél una buena educacion, que á lo mejor fué suspendida por la cesantía de su cargo y consiguiente falta de recursos.

(1) Velázquez y Sicilia dicen equivocadamente 1804; Bedoya no cita fecha.

Entónces tuvo precision de dedicarle al oficio de albañil, que siguió Móntes constantemente hasta el fallecimiento de su buen padre, á pesar de que hacía tiempo se había encariñado con la idea de ser torero.

Aprovechando ocasiones, se ejercitaba en lances á pié y á caballo con reses bravas en el matadero y en el campo, en los cuales se distinguía tanto, que habiéndole visto torear el maestro Jerónimo José Cándido, le alcanzó una plaza de alumno, pensionada con seis reales diarios, en la Escuela de tauromaquia de Sevilla.

Le tomó bajo su proteccion y le recomendó mucho en 1830 al gran maestro director Pedro Romero, quien al hablar tres años despues de las circunstancias de su discípulo, ya conocido en público, decía:

«Como diestro primero puse en él todo mi conato por mi obligacion, y por advertir en él carecía de miedo y estaba adornado de mucho vigor en las piernas y brazos; lo que me hizo concebir sería singular en su ejercicio á pocas lecciones que le diese, y tal como se ha verificado.»

El pronóstico del gran maestro se había cumplido.

A fines de 1831 toreó de espada ya Francisco Móntes, sin haber sido peon de ninguna cuadrilla, ni siquiera media espada; y tal cundió su fama en poco tiempo, que despues de trabajar algunas corridas en Aranjuez en 1832, al año siguiente, 1833, fué ajustado para alternar en Madrid, primera plaza en España, con los hermanos Ruiz.

Es imposible describir el entusiasmo que producía en to-

dos los públicos ver trabajar como nunca se había visto, tan cerca de los toros y con tanta seguridad y confianza.

Ejecutar con igual limpieza las severas, aplomadas y tranquilas suertes del toreo rondeño, y las ligeras, ágiles y rápidas del arte sevillano.

Ver á un hombre que no movía los piés para las *verónicas,* que paraba para *recibir* toros, y que lo mismo saltaba al *trascuerno* que con la garrocha.

Que se *encunaba* de intento, y al dar el animal el *hachazo,* salía aquél ileso, despacio, tranquilo y sosegado, sin más que un imperceptible *cuarteo* ó *recorte,* segun el caso.

Que más de una vez, corriendo un toro por derecho, en lo más impetuoso de la carrera paraba en corto, clavaba los piés, sin temor al toro, el cual, ó se plantaba asombrado, ó si seguía, era por un lado del atrevido diestro, que á su voluntad le guiaba con el capote.

Y todo esto practicado sin aceleramiento, á la perfeccion, con seguro conocimiento de lo que hacía, claro es que había de levantarle cien codos sobre todos y cada uno de los demas toreros.

No es extraño, pues, que en 1833 figurase nuestro hombre en Madrid como primer espada, por encima de matadores más antiguos que él, ni que con diferencias de más ó ménos, en este particular, así siguiese, hasta que por fin en 1838 puso por condicion en todas sus escrituras que se le había de reconocer preferencia sobre todos los demas diestros, fuese cualquiera su antigüedad, á excepcion de Juan Leon, único

á quien respetó en los circos de Aranjuez, Valencia y Sevilla.

Pero ni Juan Leon, ni Yust, ni nadie, dígase lo que se quiera, intentaron nunca sostener competencia de ninguna clase con Móntes.

Suponer, indicar solamente, que Leon y Arjona han tenido mejor *trasteo* que Móntes, cuando la muleta de éste fué siempre limpia, manejada con sujecion al arte y nunca sucia, de *mareo* ni de *trampita*, es confesar una de dos cosas:

Ó mucha pasion, ó más bien no haber visto torear de capa ni de muleta á Móntes.

Sólo en las estocadas *recibiendo* le adelantó José Redondo *el Chiclanero;* nadie más.

Y no porque Móntes se moviese ni se colocase léjos, sino porque, en nuestro concepto, sesgaba demasiado la salida con la muleta, y las estocadas resultaban atravesadas muchas veces.

Si notable y sobresaliente fué este hombre incomparable en la ejecucion de toda clase de suertes, no lo fué ménos en la direccion de la plaza y órden de las cuadrillas, en que rayó á una altura sin igual.

Ningun lidiador de á pié ni de á caballo se excedió ni faltó á su deber, sin la reprension más severa.

Nunca un peon *recortó* un toro, hizo un *quite*, ni dejó de correr por derecho, sin permiso suyo ú órden determinada.

Todo el mundo estaba en su puesto y cumplía su cometido; y de ahí la lidia ordenada y metódica, digámoslo así, que tanto realce da á la funcion.

Es verdad que para poder hacer todo esto, necesita el jefe

de las cuadrillas imponerse á las mismas, tener ascendiente sobre ellas y ser justo; y nadie puede, en nuestra opinion, conseguirlo, si no vale más que cuantos obedezcan las órdenes, y sabe lo que manda, á quién y cómo.

Y cuenta que Móntes era afable con su gente, y la defendía á capa y espada en todo trance.

Pero al mismo tiempo era inflexible; y un suceso de poca importancia que vamos á referir á nuestros lectores demuestra que la justicia era su norte, y que él no daba lugar á quejas razonables.

En Madrid, y en una ocasion que todos recordamos, salió á poner banderillas su discípulo predilecto José Redondo *el Chiclanero*, con aquel garbo y gracia que todos los que le vieron no pueden olvidar; y fuese porque el toro se *tapó* quedándose en la suerte, fuese porque aquél se retrasó en la salida, ello es que José Redondo se pasó sin meter los brazos, y cuando volvió de mal humor á recoger el capote, en ocasion de que Móntes tomaba los *trastos* de matar, éste le dirigió la voz, diciéndole:

—Está usted buen banderillero: quédese usted por hoy en el estribo, y aprenda cómo clavan los demas los palos.

Y siguió su camino, sin permitir en toda la tarde que saliera de las tablas.

Fuera del circo, lo mismo que en él, sus subordinados no se igualaban con el maestro señor Móntes, que así le llamaban.

Y no una, sino muchas veces le vimos en cierta relojería

de un inteligente aficionado, á que concurría muy frecuentemente, lo mismo que por la noche al café viejo de la Iberia, dejando á la puerta, ó colocados en otra mesa. á sus *muchachos*.

Porque no le parecía bien que éstos entrasen en conversacion con personas que á él le honraban dirigiéndole la palabra.

Solamente hacía excepcion de José Calderon (Capita), á quien distinguía mucho y veneraba por sus canas y por su inteligencia.

Pero hay que advertir que, á pesar de su altivez, Móntes oía, atendía y hacía caso de los consejos é insinuaciones que se le hacían relativos á la lidia, sin desdeñarse de dar explicacion de cualquier incidente ocurrido ó de cualquier suerte por él ejecutada.

Más de una vez dijo «que su toreo lo había perfeccionado en Madrid, gracias á los consejos de los verdaderos aficionados, y en particular de D. Alejandro Latorre, el cual le había hecho comprender cuidadosamente el modo de no atravesar los toros, como lo venía haciendo».

Es más: cuando ya mataba, alternando, José Redondo, dijo Móntes, sin ocultarse de nadie y pensando en la ejecucion de la suerte de *recibir*, suprema del toreo:

—Yo no sé qué tiene ese chiquillo para traerse los toros tan por derecho siempre.

Demostrando con esto que en él no cabía la ruin pasion de la envidia.

Desde 1845 sus facultades fueron á ménos; procuró torear poco, se lució en las funciones reales de 1846, tanto ó más que en las de 1833, y no le volvimos á ver en Madrid, hasta que el inteligente empresario señor D. Justo Hernández consiguió contratarle para el año 1850.

Su llegada á la corte fué un acontecimiento notable, especialmente entre los admiradores de aquel hombre.

Hubo convites espléndidos, músicas y otras demostraciones de simpatías, que el lidiador sin igual agradeció conmovido.

Su toreo fino y elegante no había perdido nada; pero sus facultades, su ligereza especialmente, estaba entorpecida, y aquéllas muy mermadas, en términos de que en la primera corrida cayó delante de la cabeza del toro, y levantando mucho las piernas y moviéndolas para que el toro *hiciera* por ellas, libró el cuerpo de una segura cogida.

En la desgraciada tarde del domingo 21 de Junio de 1850, que fué la última en que lidió, un toro llamado *Rumbon,* de la ganadería de Torre y Rauri, casta Jijona, que había sufrido banderillas de fuego y estaba muy descompuesto, le causó una herida encima del tobillo, y otra mucho mayor en la pantorrilla izquierda, de una pulgada de profundidad y de una extension enorme, al darle un *pase* natural, despues de otro que le había dado del mismo modo y un segundo cambiado, dando al toro, que se le coló, salida por la derecha.

Redondo tuvo que matar el toro, verificándolo por cierto de una magnífica estocada *arrancando;* y Móntes, despues de

la primera cura, fué conducido á su casa-habitacion, acompañado de todos sus amigos y admiradores y de un inmenso gentío.

Durante su enfermedad, el pueblo de Madrid le demostró sus simpatías, acudiendo diariamente con verdadero interes á enterarse de su estado, hasta que, ya restablecido, marchó á Chiclana en primeros de Setiembre.

A poco tiempo, unas calenturas intensas y constantes concluyeron con la existencia del torero sin rival, que falleció en el pueblo que le vió nacer, el viérnes 4 de Abril de 1851, á los cuarenta y seis años, dos meses y veintidos dias de edad.

Aunque pocos aficionados habrá que no tengan en su poder un retrato de Móntes, creemos conveniente decir que era de una estatura regular, más bien alto que bajo, delgado, de fisonomía agradable, pero representando siempre mucha más edad de la que realmente tenía.

Cuando vino á Madrid en 1850 aparentaba veinte años más de edad que al marcharse en 1846, y algunos atribuyen su anticipada pérdida de vida á excesos cometidos para olvidar el amargo recuerdo de secretos disgustos que le atormentaban.

Bajo sus inspiraciones y con su nombre se publicó un *Arte de torear á pié y á caballo*, el más completo, minucioso y bien entendido de cuantos hasta entónces se habían publicado.

Aquí hubiéramos concluido de hablar del insigne maestro, si la importancia del mismo en el toreo no exigiese refu-

tar, aunque sea ligerísimamente, apreciaciones equivocadas de otros escritores.

Aun á riesgo de cansar la paciencia de quienes nos favorecen, vamos á permitirnos verificarlo.

Se ha reconocido en Móntes, por escritores anteriores á nosotros, al primer director de lidia.

Se ha considerado que para librar en sus caídas á los picadores era eficaz y entendido como nadie.

Pero se ha dicho que capeando, sólo se distinguía haciéndolo al natural.

Esto no es verdad.

Móntes capeando al natural, que nosotros, para precisarlo más, dirémos *á la verónica*, era efectivamente notabilísimo; pero no lo era ménos en los *galleos*, en que pocos le han igualado, en las *navarras* y en las de espaldas ó frente por detras, que hacía con perfecta exactitud; sin que por esto queramos decir que nadie, ántes ó despues de él, haya capeado tan bien algunas veces.

Cúchares, por ejemplo, y citamos su nombre porque no vive, daba unas *navarras* inmejorables, el *Tato* unos *galleos* lucidísimos; pero en las demas suertes de capa estuvieron siempre muy por bajo de aquel maestro.

Uno sólo, que aún existe, cuyo nombre por lo mismo no dirémos, pero que no hay nadie que, conociéndole, deje de apoyar nuestra opinion, puede sostener sin quedar desairado la comparacion con Móntes en las suertes ó lances de capa de todas clases.

Fuera de éste, de sesenta años á esta parte nadie aventajó á Móntes ni con la capa ni con la muleta en la mano.

Tambien se censura á Móntes, y en esto tal vez nos encontremos más conformes, el que, conociendo como conocía muy bien el *sentido,* querencias y condiciones de los toros, se empeñase en muchas ocasiones en obligarles á ir donde él quería.

En sujetarles, digámoslo así, con los vuelos de la muleta, y hacerles morir en sitio determinado, por más que éste fuese peligroso para el diestro.

Efectivamente, ésta era una de las soberbias de su carácter especialísimo, que no le consentía nunca esquivar el peligro.

Era en esto tan singular, que más de una vez anunciaba á los demas compañeros los detalles de las suertes que iba á ejecutar, de igual modo que el jugador de billar canta la tirada ántes de hacerla.

Entre otros casos que podríamos citar, es importante el siguiente:

Trasteaba un toro tuerto de la ganadería de Doña María de la Paz Silva, condesa de Salvatierra, muy cerca del tendido número 3 de la plaza vieja de Madrid, que á su lado tenía la puerta de caballos, y á la cual había tomado el toro marcadísima querencia.

Había visto Móntes en la primera andanada de palcos, que casi estaba encima de aquel sitio, á muchos de los buenos aficionados que le distinguían; y sea por esto, ó por la tenacidad

de su carácter, se empeñó en matar allí al toro y no en otro lugar de la plaza, á pesar, y tal vez por esto mismo, de que desde el tendido le advirtieron se le llevase á otro lado.

Preparó el toro á la muerte, y ántes de perfilarse, dijo á *Capita* en voz que todos oyeron:

—Calderon, hay que dejarse coger para consentirle; váyase usted á la cola, que por allí saldré.

Y efectivamente, se cerró mucho, bajó mucho la muleta para que el animal humillara más, se arrojó por derecho y en corto, y... salió como había pronosticado, enganchado por la entrepierna y volteado al lomo del toro, que no pudo revolverse por la tremenda estocada que había recibido y porque se inclinó á la querencia de la puerta.

Al levantarse sin lesion alguna, la ovacion fué unánime; pero los que conocieron tan temeraria obcecacion, reprobaban particularmente tan expuesto alarde de inteligencia y serenidad en el peligro.

Móntes, como estoqueador de toros, era más desigual.

Importábale poco, y en este punto opinamos como él, que la estocada fuese más ó ménos alta, recta ó delantera, si la había dado con sujecion á las estrictas reglas del arte, clavándose en su terreno, inmóvil y esperando al cite ó *arrancando* por derecho, en corto y sin precipitacion.

No era de los que buscaban los aplausos por el resultado de la suerte, sino por el modo de ejecutarla.

Otra de las cosas que se han dicho de Móntes, como para rebajar su importantísima figura en el toreo, es la de que, sien-

do más bien torero de genio que de arte, en cuanto le faltaron facultades, sólo se vió en él al hombre de experiencia y conocimientos, valor y buenos deseos.

¿Qué contestar á esto?

Concedemos que era un genio en su arte, cuyos secretos conoció como nadie, y cuya aplicacion rápida. instantánea, ponía en práctica con asombroso resultado y sin precipitacion ni aceleramiento.

Pero decir despues de esto. despues de concederle experiencia, conocimientos y valor, que tenía ménos arte que otros, es tanto como ponerse en contradiccion evidente y parcialidad apasionada.

El hombre jóven, robusto y en plenas facultades. tiene que practicar todo necesariamente mejor que siendo de más edad y endeble.

Pero no por eso se dirá que le falta arte; ántes al contrario, lo natural es que, siendo viejo, tenga más arte y que le falte poder.

Nos hemos extendido más de lo que podemos, dadas las condiciones de este libro. en rebatir, aunque muy ligeramente, las erróneas apreciaciones que acerca de este gran lidiador se han escrito, porque habiendo conocido su mérito especial, sus generales simpatías en todas las clases sociales que ántes y despues y siempre le han concedido el puesto de *primer torero del siglo presente*, nos duele que ande por ahí escrito un juicio equivocado en una obra que en su tiempo tuvo cierta importancia. por más que ésta nadie de los que

vieron á Móntes se la ha dado en lo relativo al mérito de este maestro.

En todos los puestos sociales, las reputaciones usurpadas duran poco.

Primeramente sorprenden y deslumbran.

Pasa tiempo, y hacen dudar.

Y por último mueren, cuando se conoce que son mal adquiridas.

La de Móntes se consolidó firme y legitimamente.

Como Móntes nacen pocos toreros.

Los séres privilegiados vienen al mundo en muy escaso número y de tarde en tarde.

DON RAFAEL PÉREZ DE GUZMAN.

La noble raza de los Guzmanes, la de los valientes caballeros por cuyas venas corre la sangre de aquél su antepasado que mereció el sobrenombre de *el Bueno* por la heroica y sobrenatural accion que espantó al mundo, no podía ménos de tener en nuestro libro un privilegiado sitio.

Hubo una época gloriosa para el toreo, en que los grandes magnates y esforzados caballeros tomaban parte activa en las lidias de toros, alanceándolos y rejoneándolos, y entre aquéllos se cuenta algun Guzman.

Entónces los mismos señores acudían, por obligacion que se impusieron en sus leyes de la lidia, á matar toros bravos á pié con espada, y alguno hubo que con un golpe de mandoble cortó el cuello á un toro cercen á cercen, como lo hizo en Nápoles el formidable guerrero español Diego García de Paredes.

Más tarde, pero todavía en fecha relativamente remota, se adiestraban en ejercicios de la jineta, y con especialidad en burlar la fiereza de los toros, castigándolos con rejones y gar-

rochas, los nobles é hidalgos de las villas y ciudades a quienes su desahogada posicion permitia sufragar los gastos que tal divertimiento les ocasionaba, y su aficion impelia a domar y vencer fieras con su inteligencia y brazo.

Los Guzmanes sonaron mucho por esta época (siglos XVI y XVII) como diestros y esforzados campeones.

Entre los más notables hidalgos que en plaza cerrada se presentaron á lucir ante las damas su rara habilidad, hubo uno cuya portentosa mano izquierda salvaba siempre á los caballos del peligro, al paso que con la derecha acertaba de tal modo á clavar en el morrillo de la enastada fiera el agudo hierro, que pocas veces, casi ninguna, erraba el golpe.

Su fama, como no podia ménos de suceder, se extendió por todas partes, y en España llegó á conocerse á este arrojado caballero con un sobrenombre que hizo olvidar el que de sus padres recibiera.

Le llamaron EL TOREADOR.

Disputáronse las damas de alto timbre los favores de tan gentil y bravo caballero, y andando el tiempo, contrajo matrimonio con una elevadísima señora de la mas preciada nobleza de España, que llevaba por línea recta el envidiable apellido de Pérez de Guzman.

Finalmente, y para no cansar por mas tiempo á nuestros lectores, en el último tercio del siglo anterior, llamó la atencion entre los aficionados, por sus especiales conocimientos en tauromaquia y su excesivo ejercicio á caballo en el campo en faena con las reses, D. Enrique Pérez de Guzman, que tras-

mitió á sus hijos D. Rafael y D. Domingo sus dotes especiales para cultivar la aficion al ejercicio que hizo sus delicias.

Don Rafael Pérez de Guzman traía, pues, de abolengo valor probado y aficion decidida.

Nació en Córdoba el dia 1.° de Abril de 1802.

Como ántes hemos indicado, desde que su edad y sus fuerzas lo permitieron, fué su ocupacion favorita *acosar* y *derribar* reses en campo abierto, y alguna vez capearlas y sortearlas á pié, ya con su hermano, ya con amigos y paisanos que admiraban su serenidad é inteligencia.

Sirvió D. Rafael en el ejército español en clase de oficial del regimiento de caballería del Príncipe, y por el año de 1830 hallábase de guarnicion en Sevilla, la gran ciudad del toreo, de los amores y de las diversiones.

Hombre jóven, de educacion exquisita, buen mozo, y por su cuna y posicion perfectamente relacionado, bien pronto se dió á conocer en los principales círculos de la ciudad, entre cuyos concurrentes alcanzó muchas y merecidas simpatías.

Ya hemos dicho la aficion que á la lidia de toros tenía Pérez de Guzman desde los primeros años de su vida.

Si á ella se agrega la especialísima circunstancia de que precisamente en aquella época en que fué á Sevilla era cuando el arte tauróinaco empezaba á tomar nuevo desarrollo, gracias á la fundacion de la Escuela que en la misma ciudad debían dirigir Romero y Cándido, se comprenderá que un alma ardiente y apasionada como la suya por el toreo había de excitarse más y más oyendo explicar á aquellos maestros

las principales suertes del difícil arte que con tanta gloria ejercieron en su tiempo.

Pero todavía hubo otros hechos que la casualidad, el espíritu de la época ó singulares coincidencias, hicieron á Guzman impregnarse, digámoslo así, en las corrientes taurinas del amor al arte, del entusiasmo por el mismo.

Su sobrino, el señor D. José Pérez de Guzman, lo explica con suma claridad y precision al hablar de D. Fernando Espinosa, conocido en Sevilla por Conde del Aguila.

«Este rumboso caballero,—dice,—cuyas pingües rentas bastaban apénas para satisfacer sus caprichos y los enormes gastos que la tauromaquia le acarreaba, reunía, bajo el imperio de su voluntad y de su genio festivo y su carácter propiamente andaluz, todos los elementos de la aficion taurina. Su casa era el centro de las conversaciones; sus amenas propiedades, testigos fieles de los hechos y diversiones de sus amigos; sus bravos toros; el elemento que servía de ensayo á los noveles diestros; su oro, el que protegía á la gente del arte; y su influencia, en fin, la que inclinaba la balanza del público hácia éste ó el otro torero que ante él se presentaba.»

Esto afirma el escritor cordobes, y en ello nada exagera.

No es preciso esforzarse mucho para hacer comprender que D. Rafael Pérez de Guzman, dadas sus condiciones y prendas de carácter expresadas, había de ser amigo íntimo del Conde del Aguila, con él había de *acosar* reses, y con él había de lidiarlas de todos modos en cuantas ocasiones se le presentaban, que no eran pocas.

Vino, pues, la aficion á la lidia á constituir en D. Rafael un vicio, que por lo mismo que de él no pensaba apartarse, se le arraigaba fuertemente.

Viéronle torear los Ruiz, Leon, Pastor, Pichoco, Lémos y otros lidiadores de nombre acreditado, y todos unánimes le aplaudieron y celebraron sus especiales dotes para ejercer el arte.

Sucedió lo que no podía ménos de suceder: las bromas y pasatiempos iban á ser formales realidades.

Don Rafael Pérez de Guzman se retiró del ejército; y una vez paisano, con el cual nada tenía que ver la severa ordenanza militar, trocó el sable por la espada, buscando en la nueva profesion de torero lauros y renombre que no había obtenido como militar.

Tal vez si hubiese continuado en el servicio del ejército pocos años más, hubiera ganado altos puestos con sus proezas, ya que era valiente, en la primera guerra civil del presente siglo; pero habría sido matando hombres, no fieras.

Decidido ya á ejercer su nueva profesion, Pérez de Guzman no podía empezar por donde otros.

Su aprendizaje le tenía hecho, y los maestros habían aprobado sus estudios taurómacos; pero como todavía en aquella época no era posible desprenderse de ciertas preocupaciones sociales, la presentacion en la arena tenía que hacerla revistiendo cierto carácter de solemnidad aristocrática, de que más adelante prescindió.

En primer lugar, escogió para su estreno uno de los dias

en que la Asociacion del Buen Pastor había obtenido del rey licencia para dar una corrida á beneficio de los pobres presos de las cárceles de Sevilla, y en la que por consiguiente iba á trabajar de balde.

Quisieron ademas honrarle, acompañándole en la lidia, los señores D. José María Durán, del Puerto de Santa María; D. Pablo de la Cruz, de Sanlúcar de Barrameda; D. Miguel Martínez, del Puerto de Santa María; D. Antonio Lémos, de Alcalá de Guadaira, y D. José de Osuna, de Tocina, que fueron los picadores para toda la corrida.

Y por fin, los notables matadores Antonio y Luis Ruiz *los Sombrereros* quisieron ayudarle, para en un caso desgraciado seguir la funcion ellos.

Fijáronse los carteles en Sevilla, anunciando la funcion para el lúnes 23 de Agosto de 1830, bajo la presidencia del famoso Asistente de Sevilla, D. José Manuel de Arjona, y con ocho toros, cuatro de D. Pedro de Vera y Delgado, y cuatro de D. José María Durán, distinguido ganadero que, como hemos dicho, iba á desempeñar las funciones de primer picador.

No había para matar ocho toros más que un solo espada: D. Rafael Pérez de Guzman.

Lo que por él pasaría al presentarse en el redondel, acompañado de tan brillante cortejo, frenéticamente aplaudido por todo el pueblo sevillano, y midiendo en su imaginacion la trascendencia del compromiso y obligacion que se había impuesto, figúreselo el lector reflexionando un poco sobre trance tan apurado.

Porque no era precisamente el temor de ser herido el que afectaba al novel espada, que esto le importaba poco, puesto que en sus venas había sangre de valientes, sino la eventualidad de poderse deslucir en la lidia, matando sus ilusiones para lo futuro.

Si esto sucede á todos los que se presentan á ser juzgados por el público en cualquier arte, con mayor razon le ha de suceder al torero, que, ademas del temor al público, ha de tener forzosamente gran presencia de ánimo para no dejarse impresionar de tal modo que ponga en mayor peligro su existencia.

Y si el torero es de las circunstancias y antecedentes de Pérez de Guzman, y ademas para salir del compromiso ha de matar solo, sin alternar con nadie, ocho toros, la dificultad de vencerse sube de punto hasta rayar en lo inverosímil.

Don Rafael Pérez de Guzman, sin embargo, quedó como quien era.

Mató los ocho toros, cinco *recibiéndolos*, tres á *volapié*. Once estocadas; ninguna baja.

No pudo ser mejor el éxito de su ensayo. Sentó plaza de matador de nombre desde el primer momento, subiendo de un salto á la cúspide del arte sin pisar los escalones que á ella conducen.

Desde entónces alternó ya con los espadas de su tiempo, y al año siguiente, 1831, en una corrida que se celebró en Madrid el dia de San Antonio, mató dos toros, *recibiendo* tres veces al primero, y de una sola estocada de dicho modo al segundo, ó sea al cuarto de la corrida.

En la mayor parte de las plazas de España trabajó con aceptacion; y de tal manera entusiasmó en una corrida celebrada en Aranjuez, que la reina Cristina le regaló un magnífico traje azul bordado de oro, y muchos aficionados le obsequiaron delicadamente.

Pero ¡ay! que la vida del hombre está á merced de cualquier bandido, cuando un país se encuentra aniquilado por una guerra civil.

El bravo, el pundonoroso, el caballero Guzman, cuya vida respetaron más de trescientos toros, murió en los llanos de la Mancha, inmediatos al pueblo de la Guardia, partido de Lillo en la provincia de Toledo, á manos de una partida de foragidos carlistas, el dia 22 de Abril de 1838.

Venia desde Sevilla á Madrid ajustado para trabajar con Móntes y Miranda el siguiente dia 23, en que habian de lidiarse toros de Veragua.

Don Rafael Pérez de Guzman no era de gran estatura, pero alcanzaba bien á dominar los toros.

Parado y extremadamente fino en sus actitudes, no tenia la activa movilidad de otros, lo cual en nuestro concepto le favorecia para ejecutar las suertes que le eran más familiares, como en el capeo las *verónicas*, en los *pases* los naturales, y en las estocadas las de *recibir*.

Era porfiado y hasta temerario en la lidia, pareciéndose en esto mucho á Juan Leon, que enorgullecido cuando Guzman recibia aplausos, decia que eran suyos porque él le habia dado lecciones.

Como particular, fué siempre amigo fiel, generoso y hasta espléndido con los necesitados, afable y fino con todos, obsequioso hasta el exceso con el sexo femenino, y de carácter vivo y enérgica resolucion.

Cuanto tenía de formal en sus tratos y de serio en el redondel, era de alegre, jaranero y bromista en francachelas y convites, permitiéndole su esmerada educacion alternar decentemente con gentes de elevada alcurnia, lo mismo que con las de más ínfima clase, sin lastimar en nada la suspicacia de ninguno.

Treinta y seis años tenía cuando le asesinaron, y ocho llevaba ejerciendo la profesion de torero.

Ninguna herida importante le causaron las fieras.

En cambio, los hombres...

JUAN PASTOR (EL BARBERO).

Matador de toros *hasta allí*, como él decía.

Buen mozo, de elevada estatura, pálido y fachendoso.

Nadie montó mejores caballos ni vistió mejores trajes para exhibir su persona en los paseos, calles y plazas.

Era el tipo del torero de rumbo.

Alegre y campechano como el que más, amigo de bromas y jaleos, tenía en este concepto mucho más nombre que como estoqueador de reses bravas.

Aunque realmente esto era merecido, no era Pastor, sin embargo, un torero que no tuviera sus partidarios en el redondel.

Procuraba *pasar* los toros como había visto á su maestro y cuñado Juan Leon, y dar las estocadas hondas; pero era frio y *soso* en la plaza, él, que en todas partes era un torrente de gracia y acalorado camorrista.

Nació al concluir la guerra de la Independencia, en la importante poblacion de Alcalá de Guadaira, provincia de Sevi-

lla, centro de la tierra de la *Mare de Dios*, segun él decía con singular gracejo.

Llamáronle *el Barbero* porque su padre se dedicaba á este oficio para atender á la subsistencia de su familia; pero Juan Pastor, ni fué barbero, ni se dedicó á más oficio que á correr caravanas con toreros y gente jaleadora.

Era natural que, andando siempre con toreros, se despertase en él la aficion á serlo, mayormente cuando el hombre necesitaba dinero, y no poco. para sus gastos, pues ya hemos dicho era rumboso.

Así es que, luégo que se abrió al público en 1830 la Escuela de tauromaquia de Sevilla, ingresó en ella como discípulo Juan Pastor, aprendiendo poco, por su indolencia para todo lo que no fuera divertirse, pero advirtiéndose en él ese peculiar modo de presentarse delante de las reses, tenido sólo por los que entónces oían las explicaciones de los grandes maestros.

Casó con una hermana de Juan Leon, como ántes hemos indicado, y este notable lidiador le dió á conocer en muchas de las principales plazas de España, enseñándole prácticamente más de lo que quería aprender.

Vino á Madrid por los años 1839 á 40, y volvió, si no estamos equivocados, en 1843; y el juicio que de él formaron los aficionados de la corte fué el que resulta de las cualidades personales que dejamos bosquejadas.

Indudablemente á Pastor le perjudicó algo la ocasion en que pisó el redondel de la villa del oso y el madroño.

Estaban los madrileños acostumbrados á las proezas de Móntes, Leon y *Cúchares*, y francamente, con ellos no podía sostener, no ya competencia, sino tampoco comparacion.

Recorrió despues algunas plazas de segundo órden, y en 1852 marchó á la Habana en busca de *amarillas* para *ahogar* las penas, é inauguró con buen éxito, y agradando, la nueva plaza construida en la perla de las posesiones españolas ultramarinas.

Al año siguiente trabajó poco, y á mediados de 1854 falleció en Andalucía, creemos que en Sevilla, víctima de la terrible enfermedad de la tísis.

Aquí concluiríamos su biografía, si no creyéramos muy conveniente decir algo respecto de las excéntricas extravagancias que caracterizaban su persona.

Lo estimamos hasta necesario; porque Pastor, más que celebridad torera, era uno de esos tipos que marcan eternamente *un modelo* en que pueden vaciarse los de la época á que pertenecieron.

Siempre estaba Juan Pastor de buen humor. Su dinero tambien se hallaba pronto para todo.

Sostenía el vicio con descaro, y ejercía la caridad con esplendidez, pero de una manera original, rara, extravagante, y muy frecuentemente saltando los límites de la conveniencia.

Con una *moza juncal* á la grupa de su envidiado alazan, se presentaba descocadamente en los principales sitios de la entónces levítica ciudad de Sevilla un dia de Semana Santa, bebiendo *cañas* y escandalizando, y cogiendo desprevenido en

cualquier ocasion á más de un mendigo, le disparaba cerca del oído un pistoletazo, diciendo: «No hay que azustarze, aquí eztá la bala»; y alargaba al pobre una onza de oro.

Eso de entrar á caballo en las tiendas rompiendo cuanto á su paso encontraba, era uno de los mayores placeres que podían proporcionársele; y sin ser *terne* ni *baratero*, no rehuía los casos de honra.

Criticaba duramente á sus compañeros que la echaban de finos.

No comprendía que un torero prefiriese el café á la taberna, el chocolate al aguardiente, y la *canoa* y *levosa* á la faja y al calañes.

Parecíale esto afeminacion, y lo censuraba con desembarazo y atrevimiento, causando risa por la gracia que tenían sus picarescos chistes y zumbonas burlas.

Hombre de un ingenio agudo y de imaginacion ardiente, tenía siempre á mano, como suele decirse, recursos para salir de apuros en trances difíciles y peligrosos.

Muchas anécdotas se cuentan de él que revelan especial inventiva, rara en una persona de poco cultivado entendimiento; pero nosotros sólo referirémos un par de ellas, tomada la primera de la bien escrita obra del señor Velázquez, y la segunda inédita, que no hace mucho tiempo oimos contar á un viejo picador ya retirado.

En una plaza de Extremadura, y siendo Pastor segundo de Juan Leon, se presentó un toro enorme y de malas condiciones para la lidia, hasta el punto de que aquél llamó la aten-

cion al maestro acerca de las dificultades que le había de ofrecer el *trasteo* de un animal tan pegajoso y de *sentido;* y como el espada Leon le contestase que aquel toro tenía que cedérsele, porque siendo *el Barbero* nuevo en aquella plaza había que seguir la costumbre de siempre, dijo que él no le mataba; y entónces replicó Juan Leon con su acostumbrada energía que no tenía más remedio que matar ó morir.

Apurado era el trance; pero el singular Pastor supo salir de él apostando con Leon á que no le sucedía ni lo uno ni lo otro.

Cuando al sonar el clarin tomó por cesion los *trastos* de matar, se fué montera en mano al Alcalde-presidente, y al brindar le dirigió tal sarta de improperios, insultos y desvergüenzas, que el público á voz en grito y amotinado pidió condujeran á la cárcel al atrevido torero que así faltaba en tal sitio á la autoridad en ejercicio.

Así sucedió, con gran contentamiento de Pastor, que ganó la apuesta, sin más perjuicio que el de dormir una noche *á la sombra.*

El otro suceso no es ménos original ni ménos gracioso.

Una docena de años ántes de morir Juan Pastor, fué ajustado con su cuadrilla para trabajar dos corridas en una importante capital de provincia, cuyo nombre no hace al caso; y como en aquella época no había medio más rápido de trasporte que el de las diligencias-correos, Pastor tomó un asiento preferente, y marchó con un dia de antelacion á los *muchachos.*

Llegó sin novedad, hospedóse en la mejor fonda de la po-

blacion, y se encontró en ella á varios jóvenes, que parece habían sido convocados por otro para celebrar la posesion de una pingüe herencia que acababa de obtener.

Ninguno entabló con Pastor conversacion, sin duda porque aún duraban entre ciertos hombres las reminiscencias de aquellos tiempos en que se consideraba á los toreros como gente baja y ordinaria.

Juan Pastor, de carácter alegre y bromista, se hallaba contrariado.

Dió una vuelta por la casa, y vió en el comedor una mesa lujosamente puesta, á la cual fueron llamados poco despues aquellos jóvenes.

Suponiendo Pastor que se llamaba á comer en mesa redonda, tomó el principal asiento, y sin atenciones de ninguna clase se colocó de cabecera, con gran extrañeza de los demas concurrentes, que, mirándose unos á otros, hablaban en voz baja, criticando la conducta del torero.

Ningun efecto hicieron en éste los cuchicheos.

En su vida pública había oido muchos más, y ya no le hacían impresion.

Empezó á servirse la comida, y nuestro hombre á tomar siempre el primero lo mejor de cada plato.

En los semblantes de toda aquella gente jóven se acentuaban cada vez más las señales del disgusto y de la ira que iban propagándose con rapidez entre todos.

Procuraban hacer completa abstraccion de Pastor.

Pero llegó el momento de presentar en la mesa las aves,

que, segun costumbre de entónces, eran trinchadas en la misma.

Cerca de la cabecera que ocupaba Pastor fué colocado un pavo asado, y aquél, con desembarazo, tomó el cuchillo y el trinchante, y se preparó, incorporándose de su asiento, á hacer trozos el ave.

No habló más palabra, ni dijo otra cosa que «¡Buena pechuga!»

Todos se miraron, y comprendiendo qué se la iba á apropiar, estalló la bomba.

—¡Alto ahí!—dijo entónces el anfitrion.—Hemos tolerado que usted se sirva ántes que nadie lo mejor de los platos; he dejado, siendo yo el que paga esta comida,—porque no estamos, como usted sin duda ha creido, en mesa redonda,—que ocupara usted el asiento preferente; pero ya no quiero consentir por más tiempo que abuse usted de nuestra condescendencia. No partirá usted el pavo.

—¡Vaya si le partiré!—dijo Pastor sujetando el ave y con aire indiferente.

Aquello fué entónces una verdadera tempestad.

Voces, improperios y amenazas surgieron de todos los lados de la mesa, llegando á decir á una voz toda la gente, cuchillo en mano:

—Lo que haga usted con el pavo hemos de hacer con usted.

Entónces Pastor, con notable calma y afectada serenidad, dijo con voz estentórea que acalló la de los demas:

—¿Con que harán ustedes conmigo *lo mismo* que yo haga con el pavo?

—Sí señor,—replicaron todos.

Y entónces, mostrando resignacion, soltó el cuchillo, metió el dedo índice derecho por *el único agujero* que tenía el ave, le sacó, se le llevó á la boca, le chupó, y sentándose y cruzándose de brazos, dijo con *guasa:*

—Cuando ustedes gusten.

. . . .

Hace cerca de cuarenta años que esto pasó,—nos decía el viejo picador,—y todavía se oyen en Madrid las carcajadas de aquellos señoritos.

Como dichos sucesos, podríamos contar muchos.

La vida entera de Juan Pastor *el Barbero* está llena de graciosas anécdotas, de picantes chascarrillos y epigramáticos episodios.

Vino al mundo á gozar de cuanto el mismo ofrece.

Por eso su vida fué corta; pero disfrutó en él como pocos.

¿Hizo bien?...



FRANCISCO ARJONA HERRERA (Cúchares).

FRANCISCO ARJONA HERRERA (CÚCHARES).

Madrid y Sevilla se han disputado constantemente la gloria de contar entre sus hijos á este distinguido y muy notable matador de toros.

Cada uno de dichos pueblos ha querido reivindicar para sí tan señalada gracia, y la verdad es que Arjona Herrera tanto podía ser considerado madrileño como sevillano; porque si bien es verdad que su nacimiento ocurrió en la corte, su vecindad y residencia constante ha sido siempre en la primera de las capitales de Andalucía.

Si Cúchares no hubiese sido una celebridad; si en vez de ser, como fué, un gran torero, hubiera tenido la desgracia de quedarse, como muchos, en los primeros rudimentos de la carrera, nadie le querría para sí, ni áun se acordarían de él.

¡Cosas de mundo!

Francisco Arjona Herrera, á quien en Sevilla dieron el sobrenombre de *Cúchares* no sabemos por qué causa, nació en Madrid el dia 19 de Mayo de 1818, y no el dia 20, como aseguran otros autores.

La partida de su bautismo en los libros parroquiales de la de San Sebastian ofrece una particular circunstancia.

Muy pocas páginas ántes de la en que va escrita, se encuentra la de la célebre actriz Doña Matilde Díez, que nació el 6 de Marzo del mismo año.

Son, pues, Arjona y Matilde hijos de una misma pila, como se dice vulgarmente, y cada uno de ellos recibió en el bautismo una gracia especial que con el tiempo les había de distinguir de los demas séres.

Matilde, eminente en el arte dramático.

Arjona, eminente en el arte tauromaco.

No queremos comparar; no queremos decir si para ejercer uno y otro arte son necesarios instinto, talento ó genio: queremos sólo hacer constar que para sobresalir en cualquier profesion, arte ú oficio del modo que han sobresalido Matilde y Arjona, se necesitan mucha voluntad y gran inteligencia cuando ménos.

Dieron el sér á nuestro torero, Manuel Arjona (Costuras) y María Herrera, sobrina del famoso Francisco Herrera Rodríguez; y de consiguiente, no tuvo ni pudo tener más apellidos que los indicados.

Sin embargo, durante mucho tiempo de su vida tauromaca, en todos los carteles se le llamó Arjona Guillen, imitando en esto á su tio Herrera Rodríguez, que fué conocido por el Curro Guillen, no teniendo tampoco este apellido.

Hacemos mencion de estos detalles de genealogía, porque hubo un tiempo en que se suscitaron contiendas sobre ello.

Era, pues, *Curro Cúchares*, que así se le conoció siempre entre los aficionados, un madrileño que en los primeros años de su vida fué llevado á Sevilla, donde sus padres se establecieron.

Hijo de torero, sobrino de celebridad tauromaca, emparentado por todos cuatro costados con gente del arte, y viendo siempre torear, Arjona Herrera no podía ni debía ser otra cosa que torero.

Desde muy pequeño, desde niño, jugaba ya con becerras bravas en el matadero.

A los doce años de edad entró como alumno en la Escuela de tauromaquia de Sevilla, y su valor y destreza cautivaron muy pronto el ánimo de sus maestros, y luégo especialmente del inteligente Juan Leon, que le tomó, digámoslo así, bajo su patrocinio, y le hizo matar en público un becerro á la edad de quince años.

A los diez y siete ya figuraba como bravo banderillero de la cuadrilla de Leon, y al año siguiente mató, por cesion de aquél, algunos toros de todas condiciones, con lo cual se iba perfeccionando cada vez más y ejercitaba su prodigiosa agilidad.

En el año de 1838 Juan Leon quiso que Arjona torease con el notable Yust, y le recomendó para que éste le llevase á Andalucía y á otras provincias de España, desde las que vinieron á resonar en Madrid los ecos de los aplausos que *Cúchares* recibiera en todas ellas.

Hubo necesidad de juzgar al novel matador en la corte,

pues los aficionados estaban impacientes por ver si la fama que le dieron en provincias era justa y merecida.

Hízosele, pues, venir á Madrid, y se presentó por primera vez en la arena de la puerta de Alcalá el año de 1840, alternando con Juan Pastor *el Barbero.*

Desde luégo se vió en él un hombre desenvuelto como pocos alrededor de los toros, activo y eficaz en los *quites.*

Mucho prometía ser en su difícil carrera; y aunque en la muerte de los toros dejó algo que desear, advirtióse en él inteligencia y un manejo especial de la muleta, que á muchos desagradó, pero que todos concedieron era de defensa.

Desde entónces sus progresos fueron marcadísimos.

En cuantas plazas se presentó, con cuantos matadores de toros trabajó, en todas fué aplaudido, todos reconocieron su mérito.

Volvió á Madrid en 1845, alternando con su maestro Juan Leon y con el inolvidable José Redondo *el Chiclanero.*

Curro Cúchares estaba entónces en el apogeo de su fortuna y en la cúspide de su gloria.

Trabajó con empeño.

Sin embargo de los esfuerzos que hizo, no pudo vencer en la lidia al que llama un escritor sevillano «el Aquíles de su profesion y el antagonista más temible de cuantos han disputado el terreno al digno y singular sobrino de Curro Guillen».

Los aficionados inteligentes, aquéllos que saben lo que es el toreo verdad, se decidieron por el concienzudo *Chiclanero,* que no llevaba más de siete años de torero y ya era un maestro.

El vulgo, la gente ménos entendida, á quienes en las plazas les gusta ver á un torero hacer monadas con las reses, aplaudian indudablemente más á *Cúchares,* porque éste era jugueton, *mañoso* y divertido; pero no tenía el voto de los entusiastas por la buena escuela.

Y para que se vea que no es ésta una opinion particular ó apasionada, nos vamos á permitir copiar aquí el primer párrafo de la semblanza de este diestro que escribió en el mismo año de 1845 uno de los aficionados más inteligentes de España, de quien Móntes decía que había aprendido algo.

«Arjona (Cúchares).—Admirable y asombroso atronador, matador de tronío, y torero atronado. Salta, brinca, corre, capea, banderillea, mata, descabella, adora, saluda y zapatillea á los toros. No se ha hecho ni puede hacerse más, malo ó bueno, porque unos aplauden y otros silban. A saber la razon dónde está. Si se hiciese todo á tiempo, tambien se aplaudiría á tiempo. Primero matar á estocadas. Miéntras el toro se preste, ninguno debe irse sin probar el estoque, y luégo el tronío ó descabellamiento; porque hacer lo contrario un matador de toros, es aspirar á la gloria del célebre cachetero Galafre y del incomparable Mosquita, su digno nieto, ganando treinta veces más un espada que un puntillero. Jóven con facultades, no es desgarbado, ni con buen cuerpo, sobrado de voluntad y fortuna, y tan celoso de su reputacion en la plaza, que por no sufrir que otro se luzca á su vera, hasta tirará el capote á la cabeza de la res, ó le dejará enredado en las astas.»

Pasaron años, y aprovechando cierta ocasion nosotros y otros amigos, contribuimos personalmente á que se estrechasen la mano ahijado y padrino, diciéndonos éste con lágrimas mal reprimidas que á Curro le quería como á un hijo.

Pero dejando esto á un lado, de lo cual sólo hablamos para dar á conocer el carácter de Curro por lo que se relaciona con su profesion, no con su vida particular, volvamos á nuestra referencia.

Continuó Cúchares recogiendo lauros en toda España, trabajó con gran aceptacion en Francia y especialmente en Portugal, y á él se debe el haber dado á conocer á los españoles el toreo especial de los pegadores y caballeros portugueses, puesto que hizo viniera á Madrid y á otras plazas del Reino el famoso empresario lusitano Alegría con una buena cuadrilla.

Tambien él importó los toros portugueses.

En el año de 1851 ocurrió en Madrid un hecho que pudo tener fatales consecuencias.

Estaba contratado de primer espada, con exclusion de otro, el célebre Chiclanero, y aprovechando la Empresa la llegada á la corte de Curro Cúchares de paso para otras plazas, le comprometió, con ruegos de muchos aficionados, á trabajar una corrida, lo cual anunció así al público el mismo dia de la funcion.

Antes de empezar ésta, Redondo subió á la Presidencia y manifestó al difunto duque de Veragua, que la desempeñaba, que él creia deber matar el primer toro, porque en su escritura constaba que en aquel año sería él el único primer espada, á

lo cual asintió aquel señor; pero sabiendo esto Cúchares, subió tambien é hizo presente su antigüedad y sus derechos para no perderla, y aquella autoridad, cuya competencia para resolver la cuestion era notoria, no sólo por el puesto que ocupaba, sino por su inteligencia como ganadero y aficionado, se contentó con decir á Curro: «Efectivamente, tú eres más antiguo, ¿quién lo duda?»; y al Chiclanero: «Nada, nada; el primer toro es del primer espada».

Palabras vagas que á nada le comprometian, pero que pudieron comprometer la vida de los diestros.

Estos tomaron muleta y estoque al oir la señal, saludaron á un tiempo y marcharon al toro, dándole Redondo dos *pases,* y al salir del segundo, Cúchares dió á la res, que se la llevó con el capote el *Galleguito,* tan tremendo *golletazo,* que acabó con ella, causando esto terrible confusion de gritos y riñas entre los espectadores.

Mucho respetamos la memoria del señor D. Pedro Colon, difunto duque de Veragua; pero este respeto no es bastante á detener nuestra pluma.

Él tuvo la culpa del conflicto, y á él cabría la responsabilidad de lo que hubiera podido ocurrir.

Como autoridad, como inteligente, como hombre á quien se le previno ántes el suceso, debió impedirlo á todo trance.

Pero no lo hizo, y francamente, creemos que faltó á su deber.

Siguió el año aquel toreando Redondo en Madrid, los aficionados aplaudiéndole, y los partidarios de Curro y de Redon-

do haciendo votos por ver torear juntos durante una temporada á los mejores toreros de la época.

Efectivamente, al siguiente año fué contratado Cúchares con el Chiclanero en Madrid, y en honor de la verdad, debemos confesar que no hemos visto nunca seis corridas de toros tan bien lidiados como las primeras de la temporada, porque cada cuadrilla trabajaba sus toros con absoluta independencia de la otra, y todos se esforzaban por sobresalir.

Cúchares no abusó de sus mañas, y trabajó lo mejor que pudo segun su toreo especial; y Redondo, sin excederse en monadas, practicó en la muerte cuantas suertes menciona el arte escrito.

Luégo hicieron las paces, y en el resto del año ya no se esmeraron tanto, aunque hicieron cosas muy notables uno y otro.

Cúchares se resintió de una relajacion en las rodillas, y esto fué causa de que sus malquerientes dijesen que temía el combate con Redondo; pero nosotros no lo creemos.

A la muerte de Redondo, nadie podía disputarle el puesto de primer torero; se durmió sobre sus laureles, haciendo poco por conservarlos frescos, y se le atrevieron casi todos los matadores posteriores, que, en verdad sea dicho, á la mayoría les faltaba mucho, muchísimo, para saber la mitad que aquél.

Se limitó desde entónces á cumplir, á divertir la gente y, como dice un escritor ántes citado, por cierto no sospechoso, á torear de *ventaja,* á falsificar los trances tauromáquicos; lo cual, unido á la decadencia natural en el que llevaba lidiando trein-

ta años continuos, hizo que el público aplaudiese más á los nuevos astros que aparecían, por más que, volvemos á repetirlo, valieran mucho ménos.

Tal vez esta circunstancia, y la necesidad de aumentar su fortuna, que por no saber manejarla había ido á ménos, le decidieron á marchar con su cuadrilla á la Habana, y ántes de poder torear, la víspera del dia en que debió presentarse en aquella plaza, falleció en poco tiempo, acometido del vómito negro, en 4 de Diciembre de 1868.

Era Cúchares muy honrado, muy buen padre y muy amante de su familia; de ninguna instruccion, pero con buen instinto para hacerse querer; algo voluntarioso, como hemos dicho, é inclinado á hacer obras de caridad y filantrópicas.

El pueblo de Madrid y España entera saben que Cúchares era el primero, en toda funcion para atender calamidades, que prestaba su concurso personal.

Sabido es tambien que cuando el gran hombre de Estado, D. Juan Alvarez Mendizábal, adquirió la enfermedad que le llevó á la muerte, le visitó, como mucha gente del pueblo, el famoso Curro Cúchares; y sabiendo éste que los recursos pecuniarios de aquél eran escasísimos, dijo con su natural franqueza:

—Señor D. Juan, que aquí no se carezca de nada; que vengan cien médicos, que yo pago; y ahora no traigo más ¡caramba! pero ahí queda eso, y volveré.

Y enternecido, dejó bajo la almohada ocho mil reales, y hasta para el entierro de aquel político instó por que se le admitiese más dinero.

Pero podría decirse por algunos que tal vez afecciones personales ó ideas políticas le acercaron más á aquel hombre que á cualquier otro necesitado.

No es verdad.

Cúchares era de corazon generoso, y nunca vió más que la precision de socorrer, y socorría sin tasa.

Pero con el corazon en la mano, sin reserva de ningun género.

Cuando la guerra que sostuvo gloriosamente España contra el imperio de Marruécos, en 1860, presenció Curro Cúchares un dia la marcha de los valientes soldados que iban á derramar su sangre por la patria.

Todos los españoles, altos y bajos, niños y mujeres, vitoreaban á aquellos imberbes mozos, que tal vez no volverían á pisar el suelo natal, y les daban y ofrecían cuanto tenían á mano por obsequiarlos.

Cúchares dió cigarros, pañuelos, dinero, y se quedó sin nada en las manos.

—Mi general,—dijo adelantándose resueltamente,—no llevo nada encima, pero cuanto hay en mi casa es del ejército. Disponga usted, para alimentarle, de setecientas cabras, setenta cerdos, y algunas vacas, que es cuanto ganado poseo, y luégo, de cuanto yo gane.

Estos hechos dan idea de lo que Cúchares era como hombre particular.

Como director de lidia, hay que culparle de haberla desnaturalizado y olvidado, en términos de que hoy ya no se conoce.

Nunca se hizo respetar de sus inferiores, que inferiores eran cuantos sus cuadrillas compusieron.

Ni siquiera, como decía Juan Leon, aprendió á disimular en el redondel cuando le incomodaban los aplausos á otros, ni cuando los quería para sí.

Como torero, rayó á grande altura; capeando, nadie ha dado mejores *navarras;* y matando, si bien hay inteligentes que dicen «que para el que se precie de verdadero aficionado, el que no deje consumada la primitiva suerte del toreo, que es *recibir,* no es torero completo», opinamos que fué un buen espada, especialmente en los *volapiés,* y más que nada en las estocadas á un tiempo, en que alcanzó justa celebridad.



JOSÉ REDONDO (Chiclanero).

JOSÉ REDONDO (EL CHICLANERO).

Si alguna vez se han visto reunidos en un torero la inteligencia en el arte con el complemento de una buena figura y una extremada gracia, han sido en el incomparable matador de toros cuya biografía empezamos con temor.

Porque para describir las hazañas de este jóven y malogrado torero se necesitaría una pluma como la de Castelar y una sal para decir como la de Albareda, de lo cual estamos tan distantes cual lo está la tierra del cielo.

Excusarémos, pues, galas del lenguaje, que no están á nuestro alcance, y dirémos lo que sepamos de la vida pública de Redondo con un laconismo forzoso por nuestra parte, y lamentable por lo que á él respecta.

En la preciosa villa de Chiclana, pueblo de la provincia de Cádiz y cuna del rey de los toreros, Francisco Móntes, nació en 1819 el inolvidable José Redondo.

Sus padres, José y Dolores Domínguez, que cuidaban una pequeña labranza, suficiente para atender á sus cortas ne-

cesidades, procuraron dar á su hijo una educacion regular, haciéndole estudiar primeras letras, en que sobresalió bien pronto.

Pero no continuó sus estudios cuando concluyó la primera enseñanza, por no separarle de su lado su amantísima madre, y tal vez por falta de recursos para sostenerle fuera del pueblo que le vió nacer.

Trabajó al lado de su padre hasta que éste falleció en 1836, y se encontró hecho un mozo de diez y siete años de edad, sin profesion alguna y sin recursos, puesto que la labranza, á que no mostró aficion, dábales poco para vivir.

Con gran fé y no menores esperanzas determinó ser torero.

—Si no sirvo para ello, que sí serviré porque tengo corazon y entusiasmo por el arte,—dijo,—concluiré pronto, pero no pasará mi madre escaseces miéntras yo viva.

Y miró y observó lo que otros hacían, y lo imitó y mejoró, deseando sobresalir por todos.

Su buena estrella hizo que en 1838 se corrieran toros en su pueblo natal á presencia del entónces, despues y siempre célebre Francisco Móntes; y toreó allí de capa y clavando banderillas con tan buen aire, demostrando tales dotes y sobre todo con tan buena fortuna, que el gran maestro le manifestó se considerase desde luégo formando, si quería, parte de su cuadrilla para el siguiente año.

Con la gran inteligencia y perspicacia en el arte que todos reconocieron en Móntes, debió ver en Redondo algo que le llamara la atencion, cuando públicamente le dijo:

—En tí hay tela para mucho; y si te aplicas, llegarás adonde rayan pocos.

Inútil es decir el contento que Redondo experimentó.

Sus demostraciones de alegría le hicieron decir á su madre, cuando ésta le quería disuadir de tan peligrosa idea:

—Yo seré el primero de los toreros, despues de mi maestro; me sobrará dinero para usted, tendré fama, y... no tenga usted cuidado que no me matarán los toros.

Los vaticinios del maestro y del discípulo se cumplieron.

En el mismo año de 1839 era ya Redondo un banderillero sin rival en soltura, ejecucion y gracia.

Antes de dos años mató de sobresaliente, y por su buena disposicion Móntes le dió la alternativa en Bilbao en 1842.

Allí, al citar muy en corto á un toro para *recibirle,* se le coló, le volteó y dió una gran cornada en el cuello, que puso en peligro su existencia.

Su fama se propagó con tal velocidad, que en 1843 fué buscado por várias Empresas de diferentes plazas para torear solo, como jefe de cuadrilla, y separándose de Móntes, acudió á ellas y recogió en aquel año y el siguiente gran cosecha de aplausos y justa nombradía.

La Empresa de Madrid, para reunir una buena cuadrilla que fuese digna del primer circo de España, contrató al Chiclanero, con Juan Leon y Francisco Arjona (Cúchares).

Lo que en aquel año hizo Redondo para conseguir universales aplausos, arrebatados al popular y muy conocido media docena de años ántes Curro Cúchares, pueden figurárselo

nuestros lectores; y más si tienen en cuenta que, de los tres espadas de aquel año, sólo ajustó la Empresa para el siguiente al Chiclanero, y esto como primer espada, delante de *Labi* y de Juan Lúcas Blanco.

El entusiasmo que sólo su presencia en la plaza causaba entre los aficionados, es indecible; bien es verdad que torero de más sal, de más garbo y de mejor planta no es posible pintarle. Y si á esto se añade que su manera de torear era fina, elegante, sosegada hasta la pausa delante de los toros, más de arte que de piernas, se comprenderá muy bien que era merecida su fama y justa su reputacion.

Siempre se iba á dar muerte á los toros «con mesurado continente, con aplomo y serenidad, con saber, parándose derecho, presentando el *trapo* en línea recta con la cadera izquierda, arrimándoselo á los morros de la res, y despidiéndola dándole salida larga, ó cambiándose sobre la cabeza con serenidad».

Esto decía un inteligente aficionado en 1845, y el señor Velázquez y Sánchez en su notable obra dice al juzgarle:

«En la muerte de los brutos no podía llevarse á más grado la aplicacion del principio aquel de Pedro Romero: «A los toros se debe dar lo que ellos piden»; y consultando casi siempre bien la índole, mañas, pasos en la lidia y situacion del animal, era sobrio en el juego de muleta, que nunca en sus manos pasó de medio auxiliar para inmediatos fines, y aguardaba á las reses bravas y boyantes con intrepidez y firmeza; se iba á las tardías ó cansadas, aprovechando con presteza y tino los

encuentros; se arrancaba derecho y corto al *volapié*, y á la media vuelta con los bichos recelosos ó reparados, y en la brega con reses difíciles por sus resabios ó defensas, careciendo de esos *trasteos* originales de Leon y de Arjona Guillen, resolvía la cuestion con arrojos de una impetuosa bravura, que si muchas veces exaltó hasta el delirio la satisfaccion de los espectadores, en alguna comprometió, y terriblemente, su vida.»

A esto sólo tenemos que objetar que en Madrid, Aranjuez, Zaragoza y en alguna otra plaza en que vimos trabajar á Redondo, no usó siquiera una vez el recurso de irse á *media vuelta;* ántes al contrario, en Aranjuez le oimos decir que «eso era traidor, y que era mejor, para el hombre de vergüenza, dejarse coger».

En el año de 1846 asistió á las funciones reales; y de tal modo se confeccionaron los carteles y dispusieron las cuadrillas, que con ser Redondo tan moderno, ocupó el sexto lugar entre los matadores. Delante de él no hubo más que el *Morenillo* y Leon, Móntes, *Cúchares* y Martin; detras, algunos que tenían mas antigüedad. Todos, ó casi todos, trabajaron en las corridas de prueba por la mañana; Redondo, sólo por la tarde, en presencia de los reyes, ó sea en las funciones oficiales.

Y era que el airoso y elegante Chiclanero podía imponer entónces su voluntad como mejor le pareciera.

En la contienda ó competencia que con *Cúchares* sostuvo en Madrid el año de 1852, llamó la atencion que, al paso que éste, segun su costumbre, saltó, brincó, *cuarteó, galleó* y capeó, Redondo no se apartaba un momento de la severa es-

cuela de Romero, y cuando más, á imitacion de Móntes, *galleó* con el capote al brazo. En los *quites* á los picadores nunca usó las *verónicas*, sino las largas; y al matar, lo hizo, especialmente en las seis primeras, que fueron las de competencia, con tal precision, con tal arte, serenidad y compostura, que Costilláres no daría mejores *volapiés*, ni Romero *recibiría* mejor los toros.

Como en esta suerte era superior á todos los matadores que se conocían, incluso Móntes y cuantos le han sucedido hasta hoy, la hacía muy frecuentemente, en la seguridad de que, aunque *Cúchares* la intentase, como lo procuró, había de quedar éste deslucido.

Por eso dice muy bien el autor ántes citado que Redondo «era el más igual en irse á los toros y traérselos que ha existido, despues de Curro Guillen»; y otro inteligentísimo aficionado «que era tal la gravedad y la perfeccion con que vaciaba los toros en la suerte de *recibir*, que si la hoja del estoque hubiera tenido numeracion, se podían haber ido contando los números á medida que fuera entrando en el sitio de la muerte, ó sea, en verdadero tecnicismo, el *paseo* desde que se desafía hasta que se consuma la suerte».

José Redondo era, ademas, un buen director de plaza, y á su excelente cuadrilla la tuvo siempre muy subordinada y muy atendida.

Era de carácter altivo y muy preciado de su persona, hasta el punto de que álguien le dijo «que el toque de las palmas y el humo del incienso adormecen el *sentío* áun á los que le

tienen perfectamente desarrollado, y produce mareos y desvanecimientos de cabeza», aludiendo en esto, sin duda, á la fascinacion que su figura podría producir en las damas.

Redondo tenía un defecto, al cual debió, en nuestra humilde opinion, su encumbramiento y su valía.

Un excesivo amor propio le dominaba completamente.

A veces este amor propio subía hasta el orgullo.

Si al hacer un *quite* á un picador, en un *recorte,* en cualquier otro lance durante los dos primeros tercios de la lidia, no había estado tan afortunado como él quisiera, podía desde luégo esperarse que en la suerte de matar había de estar á grande altura.

No podía aquella altivez tolerar por mucho tiempo la más ligera muestra de desagrado del público.

Crecía un palmo al colocarse ante la fiera; y sabiendo dominar los impulsos impacientes de su corazon, aparentaba una calma, una tranquilidad y un continente tan sereno al pasarla de muleta y al herirla, que eran la admiracion de los espectadores.

Más que temerario arrojo (y en esto disentimos del señor Velázquez), demostró siempre valor frio, pero seguro.

Se hubiera dejado coger, herir y áun matar ántes que haber huido del peligro, porque precisamente en éste era más grande, más valiente José Redondo; pero no hubiera ido imprudentemente á sufrir una cogida por colocarse fuera de suerte.

El arte era lo primero.

Contratado para las corridas que en Madrid habían de ce-

lebrarse el año de 1853, ó sea el siguiente al de la competencia con *Cúchares,* vino á cumplir su compromiso, que no pudo llenar porque, á consecuencia de una tísis tuberculosa que se inició un año ántes, falleció en la habitacion que ocupaba, calle del Leon, número 24, piso principal, á las cinco de la tarde del dia 28 de Marzo de 1853.

Llegó rápidamente la fatal nueva á la plaza de toros, precisamente á la misma hora en que, si hubiera estado bueno, le tocaba matar un toro; y muchos espectadores abandonaron sus asientos, profundamente afectados.

¡Treinta y cuatro años de edad! ¡Qué muerte tan prematura! ¡Qué pérdida para el toreo!

Su cadáver fué depositado en una capilla de la parroquia de San Sebastian, y desde ésta conducido, en la tarde del 30, al cementerio de la sacramental de San Luis y San Gines, donde sus restos ocupan el nicho número 21 de la quinta galería izquierda.

Las cintas del ataud las llevaban los matadores Julian Casas, Cayetano Sanz, Manuel Diaz (*Labi*) y Manuel Jiménez *el Cano,* que eran los más caracterizados que había en Madrid.

El gentío que inundó la iglesia de San Sebastian y sus atrios miéntras estuvo allí depositado el cadáver, fué inmenso: el que obstruía las calles y llenaba completamente los balcones del tránsito al cementerio, mucho mayor, y el cortejo fúnebre se componía de todo un pueblo á pié, triste y silencioso, y de cuantos coches había en la corte, inclusos los del Gobernador civil de la provincia y muchos grandes de España.

Sobre su tumba se leyeron poesías, la prensa manifestó su dolor con sentidas frases, diciendo algun periódico que Redondo era el torero «más animoso, inteligente y mejor plantado que había en España», y las cuadrillas de toreros se presentaron en la corrida siguiente, ó sea en la del 5 de Abril, vestidas de luto por la irreparable pérdida que el arte había experimentado con la muerte de tan aventajado lidiador.

Nosotros, que para que no se atribuya á pasion el juicio que de él emitimos, hemos tenido cuidado de relacionar, copiándolas, las apreciaciones que acerca de su mérito hicieron amigos y adversarios, concluirémos diciendo:

Por Redondo no tuvimos otras simpatías que las que da la aficion al arte que tan perfectamente practicaba.

Por amor á éste, repetirémos con Azcutia, el inteligente aficionado y respetable letrado, que de los toreros de su tiempo, el Chiclanero era, *«entre todos los diestros, el más diestro»*.



JULIAN CASAS (EL SALAMANQUINO).

JULIAN CASAS (EL SALAMANQUINO).

Influye de tal manera en la suerte de las criaturas la variacion de fortuna, y más que nada la falta de jefe en una familia, que por lo general cambia completamente el modo de ser de ésta, su vida y los destinos futuros á que se ven compelidos los que de ella forman parte.

Es tan cierto lo que decimos, que si no fuese demasiado sabido y considerado así por todas las clases de la sociedad, el ejemplo de la familia de Julian Casas lo demostraría palpablemente.

Si su padre no le hubiera faltado cuando más necesario le era, es muy posible que Julian no hubiese sido torero.

Pero quedó huérfano siendo niño, y aunque su señora madre trató siempre de disuadir á su hijo y apartarle de tan peligroso ejercicio, como lo es el de torear, sabido es cuán escasos son los medios que una madre tiene para torcer la voluntad decidida de un hijo mozo que, apasionándose por una idea en cuya realizacion cifra su felicidad, no piensa más que en llevarla á cabo.

Y no es porque la buena señora dejase de apelar á cuantos medios le aconsejaban su prudencia y discrecion.

Halagos, promesas, amenazas, influencias de personas distinguidas y amigas, nada sirvió para apartar á Casas de su decidido empeño de ser torero.

Hasta consiguió su madre de las autoridades encerrarle en una casa de correccion, de donde no salió sino para matricularse en la facultad de cirugía.

Porque, no lo hemos dicho, Julian Casas tenía entónces todos los estudios de latinidad y filosofía que préviamente se exigían para abrazar aquella carrera; lo cual prueba que su madre no descuidó un momento la educacion que á su clase correspondía.

Habíale dejado su esposo, militar retirado, una regular fortuna, y creyó era su deber hacer de su hijo un hombre útil á la sociedad, capaz en su dia de administrar aquélla con inteligencia, y de servirla de apoyo en su vejez.

Parecióle, y era lo regular, que con los estudios, y siguiendo una carrera, su hijo había de conseguir el fin apetecido; pero Julian acreditó despues que por distintos caminos puede llegarse al mismo término.

Hízose torero decididamente en cuanto murió en 1835 su madre, teniendo él diez y siete años de edad, puesto que nació en Béjar, provincia de Salamanca, el dia 16 de Febrero de 1818, y recorrió toreando muchas plazas de Castilla hasta el año de 1840.

Si la suerte no le era siempre favorable, si en lugar de

aplausos sufría revolcones, esto no entibiaba su fe; al contrario, le servía de leccion para estudiar más el modo de esquivar el peligro y observar mejor las reglas del arte.

Iba adquiriendo nombre por aquellos pueblos, y cuando en 1840 trabajó en Salamanca como banderillero en la cuadrilla de José de los Santos, hizo furor entre sus paisanos.

Allí no se quería entónces, ni mucho tiempo despues, cuadrilla de que Julian no formase parte, y los ganaderos del país y gente principal aficionada distinguían al jóven lidiador con su sincera amistad.

Pocos años despues de ser conocido en Castilla, fué apadrinado eficacísimamente por D. Antonio Palacios, empresario que fué algunos años de la plaza de Madrid.

Este señor consiguió que Julian trabajase en esta corte, y que como banderillero se formase una buena reputacion, por su destreza y agilidad clavando rehiletes, hasta que en 1845 y 46 le hicieron cesion de algunos toros para la muerte los espadas contratados por la empresa de dicho señor Palacios.

El juicio que entónces formó de este novel matador un distinguidísimo aficionado, es el que sigue:

«Casas el Salamanquino.—Ligero y con piés, como los toros de su tierra. Se ladea del izquierdo en las salidas. Brega sin fatigas, y las hace pasar muy negras á los picadores que, caídos, imploran amparo, siempre que se entromete á dárselo. Banderillea y aspira á matador y mata toros, sin que de allí pase ni aquí llegue, porque no suple Salamanca lo que no da la naturaleza».

En el siguiente año, 1847, le dió la alternativa como matador Manuel Díaz (Labi), y desde entónces no faltaron plazas de todos los puntos de España á Casas, que procuró siempre con empeño quedar bien y adquirir amigos y simpatías.

En 1852 trabajó en Sevilla, y segun dice el señor Velázquez y Sánchez, el juicio que de aquél se hizo en la mejor de las capitales andaluzas fué que «su juego de muleta es corto hasta pecar de insuficiente en los bichos maliciosos y resabiados; prefiere irse á los toros á traerlos á sí, aunque se lo persuada la índole de los brutos; no ciñe á los *volapiés, y cuartea* demasiado entrando al testuz; adolece de predileccion hácia un *tranquillo* de recurso, como el paso de banderillas, que es peculiar á casos extremos y de justa defensa en los matadores, y revela con el capote y los rehiletes que se ha formado en el arte sin el auxilio de una próvida enseñanza que, al desenvolver sus prendas, las purgara de imperfecciones y de inconveniencias».

Sin que nosotros estemos en un todo conformes con dicha apreciacion, convenimos desde luégo en que, con referencia á aquella época, es justa y exacta.

Luégo el Salamanquino ha querido pararse más, ha estudiado, y las teorías ha querido ponerlas en práctica; si no lo ha conseguido siempre, no habrá sido por falta de voluntad, sino porque veinte años de resabios no se borran en uno, y mucho más cuando los hombres no quieren escuchar á personas imparciales que nada les llevan por sus consejos, y creen á interesados amigos, que sirven segun se les paga.

Julian Casas ha sido un buen mozo, fuerte y ligero, valiente y pundonoroso y bastante conocedor de las reses; y con estas condiciones, fácil es convencerse de que ha podido trabajar bien, y que hubiera sido notabilidad en el arte, si hubiese tenido un buen maestro que le dirigiera, y á quien él obedeciera, que esto último era ya más difícil, dado el carácter de Casas.

Hay tambien que tener presente que se necesitaba ser un gigante para luchar con los espadas de aquellos tiempos, *Cúchares* y el *Chiclanero*.

No hay que olvidar que por su organizacion especial, porque el suelo salamanquino lo da, ó porque su sangre es y ha sido muy ardiente, á Julian le fué imposible pararse á tiempo.

Casi siempre hacía alarde de su ligereza y fuerza de piernas, hasta el extremo de saltar muchas veces la barrera desde la plaza adentro sin tocarla con piés ni manos; y esto hará comprender á cualquiera que para él eran más familiares las suertes de banderillas, por ejemplo, que la de matar *parando*.

Intentaba todo, porque sus deseos de complacer fueron siempre grandes.

Capeó muy regularmente, sobresaliendo en las *navarras* y en los lances *á lo chatre;* lo cual comprueba nuestra apreciacion, puesto que en las *verónicas* y en las de frente por detras era mucho más desigual.

A tener más calma, más espíritu de imitacion, Casas hubiera sido un gran matador de toros.

Pero no quería imitar, quería crear, y esto sólo les es dado á los genios.

No quiso pararse, estudiando á Móntes y Redondo, como lo hicieron Sanz y Jiménez *el Cano*, y claro es, no adelantó lo que debiera.

Malos amigos, de ésos que se pasan la vida adulando á los toreros y que comen con ellos, le llenaron la cabeza de humo, y esto le perjudicó mucho.

Graves lances tuvo en su vida pública que pudieron costarle caros.

Nos hemos extendido mucho más de lo que hubiéramos debido en la crítica de las cualidades que Julian Casas tenia como torero, y mucho más especialmente como matador de toros.

Lo conocemos; pero de intento lo hemos hecho.

No nos perdonarémos nunca el haber abrigado hace treinta años la idea de que Julian Casas había de ser uno de los mejores matadores de toros, contra la opinion de más entendidos aficionados.

Veíamos en él á un hombre jóven, guapo, robusto, valiente, ligero y con grandes deseos. ¿Qué extraño es que todas estas cualidades nos sedujeran?

Guardamos entónces, sin embargo, nuestra opinion entre dos ó tres amigos, y en guardarla hicimos bien.

Y no hay que decir en absoluto que el *Salamanquino* era mal torero.

De ningun modo.

Había ocasiones en que demostraba inteligencia y valor como pocos, y practicaba algunas suertes casi á la perfeccion.

Pero razon de más para exigir nosotros que las practicara siempre, ó al ménos con más frecuencia.

Muchas plazas de España que no son tan exigentes como la de Madrid, han querido y apreciado con razon al simpático Julian; y lo cierto es que hubo un tiempo en que pocos espadas toreaban tanto como él, ganando mucho dinero y muchos aplausos.

No fueron ménos ni en cantidad ni en calidad los que consiguió en la América en 1868 al 69 toreando en Lima como jefe de cuadrilla, en que tuvo de segundos á Gonzalo Mora y á Manuel Hermosilla.

De las plazas de toros que hay en aquel apartado continente, es una de las más principales la que hemos indicado, y los limeños son de los aficionados más entendidos que allí existen. Pues bien, en pocas plazas como en aquélla dejó Julian tan gratos recuerdos.

Y tenía que sufrir la comparacion con otros muchos diestros que habían pisado aquella arena con general aplauso.

El pundonor y la vergüenza son prendas que no abandonaron nunca al *Salamanquino*, y en aquella ocasion le ayudó ademas el amor propio y legítima emulacion con sus camaradas.

En veinte funciones que dió quedó á gran altura, como hemos dicho; trajo de allí muchos laureles, y no quiso en España marchitarlos.

Compró ganadería y aumentó sus bienes, cultivándolos y atendiendo á todo con esmerada inteligencia, y pensó no torear más, y pasar tranquilo el resto de sus dias en el país en que nació.

Sin embargo, un acontecimiento extraordinario le sacó de sus casillas, como vulgarmente se dice.

Debían celebrarse en Enero de 1878 funciones reales de toros en Madrid, y segun costumbre en semejantes casos, fueron invitados para tomar parte en ellas cuantos matadores de fama se conocían.

Julian Casas recordó con entusiasmo que en las de 1846 figuró como el más moderno de los espadas, y perteneciéndole en las de ahora el primer puesto como más antiguo, no debía renunciar á esta distincion.

Concurrió, pues, y los antiguos aficionados tuvieron un singular placer en estrechar su mano.

Ya no toreará más, es lo probable.

Alcanzó la gran época del toreo, y por eso no ocupó en él un primer puesto: consuélele la idea de que tiempo vendrá en que, á pesar de sus defectos, se le recordará con envidia.



CAYETANO SANZ

CAYETANO SANZ.

Hay en Madrid una calle de primer órden, denominada de Toledo, en la cual y en sus inmediatas han nacido todos los toreros que la corte ha suministrado á la tauromaquia.

Sea por su proximidad á la Casa-matadero de reses que para el abasto del vecindario costea el Municipio, ó porque las gentes de aquel populoso barrio tengan más aficion á la fiesta de toros que la del centro de la villa, lo cierto es que los toreros madrileños han tenido allí su cuna, y allí han pasado los primeros años de su juventud.

En una modesta casa de la calle del Bastero, que desemboca en la antedicha de Toledo, vivía en 1821 la viuda recientemente del honrado Luis Sanz, llamada Regina Pozas, que tuvo de su legítima union un hijo que nació el dia 7 de Agosto de dicho año.

Pusiéronle por nombres, al bautizarle el dia 10 del mismo mes, los de Cayetano Justo, y luégo que aprendió educacion

primaria con notable despejo y reflexion precoz, fué dedicado al oficio de zapatero.

Era aquélla una época en que seguían carrera literaria ó científica muchos ménos jóvenes que ahora, y en que por lo tanto las clases humildes, acordándose del refran castellano que dice: «El que tiene oficio, tiene beneficio», aplicaban á sus hijos á profesiones mecánicas, que más adelante les proporcionasen decorosa subsistencia.

Había más artesanos, más industriales, más labradores que hoy, y por consiguiente ménos que quisieran aprender el oficio de *sabios*.

¿Era esta línea de conducta mejor para la nacion que la que actualmente seguimos?

Tal vez fuese más acertada; pero no es este sitio el más á propósito para discutir tan trascendental asunto.

Sigamos, pues, nuestro relato.

Dócil y obediente Cayetano Sanz al precepto de su madre, tomó el oficio sin entusiasmo, friamente, como quien cumple un deber y nada más.

Trabajaba, adelantaba lentamente, y el corto jornal que ganaba iba á parar religiosamente á manos de su buena madre los domingos por la mañana; y en cambio esta señora, que quería entrañablemente á su hijo, le daba algunos reales, que él aplicaba siempre al pago de la entrada en la plaza de toros, ya en novilladas, ya en corridas formales.

Así empezó en Sanz la aficion y el amor al arte en que tantos lauros había de recoger.

Poco á poco fué apartándose de su oficio y acercándose al de torero.

Era la época en que asombraba al mundo taurómaco el genio del arte, el inolvidable Francisco Móntes.

Todas las clases sociales mostraban decidido empeño en asistir á las corridas de toros, para presenciar, mejor dicho, para admirar la extraordinaria habilidad de aquel coloso.

En todas las tertulias, en todos los círculos, en todos los talleres, era la conversacion obligada la destreza de Móntes; y por lo mismo, la aficion á la fiesta nacional tomó nuevo incremento.

Siendo así, á nadie puede extrañar que Cayetano, jóven y en la edad de las pasiones, mostrase grandísimo asombro al ver á aquel sér excepcional, y se aficionase más y más al espectáculo.

En sus sueños de gloria, que no son sólo de color de rosa los de la juventud, pensaba en el brillante y esplendoroso porvenir que podría alcanzar si llegaba á ser un torero como Móntes, y ya se oía aplaudir y vitorear, enternecido de agradecimiento á tantas distinciones.

Otras veces escuchaba lecciones de toreo de grandes maestros, y atendía con marcado empeño á las explicaciones que le hacían.

Y muchas más se figuraba hallarse frente á un toro, estoque y muleta en mano, parado, en elegante postura y preparado á pasarle despacio y en redondo.

Todo esto estimulaba, aguijoneaba su aficion.

Tenía diez y seis años, y desde entónces, en cuantas novilladas se celebraron en los pueblos inmediatos á Madrid tomó parte á la ventura sin direccion de nadie.

Sus compañeros advirtieron en él siempre una cosa rara, atendida la edad de Cayetano y el barullo que en los pueblos hay siempre en las corridas de novillos.

No era de los que echan la capa y corren con más ó ménos acierto y precipitacion á guarecerse en las vallas, carros ó refugios que al efecto hay preparados, cuando la fiera los persigue.

Al contrario, era de los que extendían el capote con ambas manos, y esperaba la *acometida*, dando salida fácil por derecha ó izquierda, segun los casos; y si el animal se revolvía cargando la suerte, segun arte, dábale salida larga y quedaba él quieto y sosegado.

Su aficion le llevó no sólo á los pueblos, al matadero, á la plaza de Madrid, y á todos los puntos en que había corridas.

Donde se corrían reses bravas, allí acudía Sanz con verdadero entusiasmo, hasta el punto de llamar la atencion entre los inteligentes por su modosa educacion, fina figura y buena traza que se daba en las suertes que ejecutaba ó intentaba.

Se veía en él algo de torero, pero que le faltaba aprendizaje, que tenía necesidad de maestro; y comprendiéndolo así, muchos aficionados que ya le habían visto estoquear algun novillo en 1844, le recomendaron al entendido maestro y célebre banderillero José Antonio Calderon (Capita).

Pocos discípulos aprovechan tan bien las lecciones como éste lo hizo en poco tiempo.

Conoció el maestro que Sanz serviría más para matador que para banderillero, y aunque sus explicaciones y ejemplos prácticos no se limitaron á suerte determinada, sino que, como es natural, á todas abarcaban, la de matar fué la de su especial atencion.

Había visto especialísimas cualidades en el discípulo, para que llegase á ser un matador de *punta*, y trató de aprovecharlas.

Los aficionados de Madrid, en todas épocas, han tenido gran empeño, como dice muy bien el notable escritor señor Velázquez, en conseguir que un paisano suyo descollase, sobresaliese entre los matadores de toros; porque, á la verdad, ninguno de los que habían seguido esta profesion podían aspirar á un primer puesto en el arte, por más que demostrasen valor y conocimientos.

Ingenuamente reconocían que los más célebres espadas nacieron en Andalucía, y sentían decir que Madrid, que siempre ha dado tan buenos ó mejores banderilleros que los de toda España, no había logrado esa ventaja en cuanto á matadores.

Pero llegó el año de 1844. El maestro *Capita* estaba impaciente por hacer público alarde de los adelantos de su discípulo, y de acuerdo con otros distinguidos aficionados, se anunció una corrida de toros que en Aranjuez debía celebrarse, para que en ella matase cuatro bichos el principiante Cayetano Sanz.

La buena maña, la suerte y fortuna con que toreó en

aquellas corridas excede á toda ponderacion. *Recibió* dos toros tan perfectamente, *trasteó* con la muleta de un modo tan admirable, y capeó con tal gracia y soltura, que los madrileños, locos de contento, dijeron unánimes:

—Ya tenemos lo que deseamos: á este chico no hay quien se le ponga por delante.

Y tanto creció la fama del novel torero, que José Redondo le admitió en su cuadrilla como banderillero.

Por una de esas cosas que no se explican, y á las cuales no se encuentra razon, Cayetano hizo aquí una parada en su vida artística.

Como nada agrada al hombre que es bueno tanto como la verdad, nosotros dirémos la verdadera palabra que aquí debe usarse.

Cayetano atrasó en vez de adelantar.

Contra su costumbre de siempre, hizo entónces lo mismo que todos los que empiezan: pensaba más en librarse por piés que parándolos; tanto, que un notabilísimo aficionado le llamó entónces «galgo de buena traza», y le apostrofó diciéndole: «Pára y repárate».

No hubo precision de repetirle esto.

Al poco tiempo era Cayetano un banderillero fino, más útil é inteligente en plaza con el capote en la mano y con su colocacion siempre acertada y oportuna, que con los rehiletes, en que nunca sobresalió, por más que cubriera su puesto sin desdecir notablemente de sus compañeros.

Su aficion, sin embargo, sus deseos y la educacion torera

que Capita le dió, le inclinaban á ser espada, y á esto tendian todos sus esfuerzos.

Y aquí debemos hacer un alto.

Se ha supuesto por algunos, y así está escrito en una obra notable, que con la enseñanza de *Capita* perdió Cayetano el arrojo y decision de sus primeras aventuras por adquirir perfeccion en las suertes, dando con esto sin duda á entender que necesitaba más atrevimiento, más audacia.

En esto no hacía el discípulo más que obedecer ciegamente los preceptos del maestro, que muy á menudo le decia: «Ninguna cosa hecha de prisa puede salir bien; tú has corrido mucho y es preciso que pares; vale más dejar de hacer una suerte, que ejecutarla mal; no es valiente el temerario, sino el que espera tranquilo el peligro»; y otras máximas y consejos que cambiaron completamente el modo de ser del atolondrado peon, haciendo de él un mesurado y concienzudo matador de toros.

Así lo demostró ántes de tomar la alternativa en la plaza de Madrid, luciéndose muchísimo en la temporada de novillos de 1848 á 49, en que mató cuatro y cinco toros cada tarde, la mayor parte de ellos *recibiendo.*

Por fin tomó categoría de espada de cartel á mediados de 1849, en que *Cúchares* y el *Salamanquino* le dieron la alternativa.

Ya estaban realizados en parte sus deseos tanto tiempo ansiados, y con razon.

Hasta los veintiocho años de edad no pudo figurar entre

los matadores un hombre que tanto valia, y cuyo mérito se reconocía por todos.

Y otros mocitos de veinte años han tomado la alternativa ántes de tiempo, teniendo que aprender despues lo que no sabían, ó sufriendo las consecuencias de la anticipacion.

En 1850, y aun antes, el distinguido apoderado del célebre Móntes escribió á éste acerca de las cualidades de Cayetano, elogiando su habilidad y destreza; asi es que cuando aquella eminencia vino en dicho año contratada á Madrid, ya conocía de nombre al novel espada.

Mató éste los toros de puntas en las novilladas del mismo, y viéronle desde los palcos Móntes y Redondo con gran complacencia, deseando tenerle á su lado en las corridas de temporada.

Don Justo Hernández, inteligente empresario de la plaza de Madrid, comprendió lo mucho que ganaría Sanz toreando con aquellos dos maestros, y le ajustó de tercero.

De aqui data la consolidacion de la fama de Cayetano.

Para él llegó la época verdadera y necesaria para poner en práctica las lecciones de su maestro, y la aprovechó dignamente á la vista de los grandes hombres Móntes y Redondo, con quienes alternó, y observando y áun obedeciendo materialmente preceptos de aquél, acreditó ya ser un matador de primera nota, fino, elegante y de buena escuela.

En Andalucía, adonde pasó al año siguiente, gustó mucho y fué muy obsequiado «por su buena direccion de la gente, su oportunidad y aplomo en *quites* y lances, y más que

todo esto su manejo de muleta, en el cual, si Cayetano carece de la inventiva inagotable de Leon y Arjona, puede pasar, como Jerónimo José Cándido en su época, por un *modelo clásico* en todos los usos á que corresponde este resguardo del matador de toros».

En todas las plazas en que se presentó obtuvo acogidas tanto más lisonjeras, cuanto que Cayetano, léjos de ser bullicioso, alegre y campechano, es modesto, formal y juicioso.

Pero cuando Cayetano acreditó ser un torero consumado, fué en Madrid el año de 1856, en cuya plaza, ademas de dirigirla bien, respondió á dos cosas importantísimas, que algunos malquerientes propalaban.

Era una: la de que aseguraban que, si bien era hombre que puesto delante del toro estaba inimitable, no *mataba* sin echarse fuera de la suerte; y la otra: que no tenía valor suficiente para acercarse á la *cuna*, si no veía al toro en condiciones de cansancio tales que no pudiera seguirle.

A unos y otros contestó prácticamente, haciendo lo que *nadie*, absolutamente nadie ha hecho hasta ahora.

Irse al toro con la muleta y el estoque, despues de ordenar que todos los lidiadores, tanto de á pié como de á caballo, se retirasen del ruedo, y allí, solo, en los medios ó en las tablas, *trastear* admirablemente sin mover los talones, dando alguna vez en esta postura, y sin moverse, hasta seis *pases* en redondo, armarse, citar y *recibir*, ó arrancarse al *volapié* sobre corto y segun todas las reglas del arte.

Desde entónces, y muertos ya Móntes y Redondo, quedó

designado por el voto unánime de todos los inteligentes como el maestro y profesor de la buena escuela, es decir, del *toreo verdad,* del que pudiéramos llamar clásico.

No ha habido quien le aventaje en los lances de capa *á la verónica, navarras, de tijera,* y sobre todo, de frente por detras, ni en los *pases* de muleta al natural y de pecho; y en cuanto á la ejecucion de las suertes de matar, le son comunes todas tal cual están escritas, distinguiéndose mucho en la de *recibir,* que nadie, despues del Chiclanero, ha ejecutado con tanto arte, aunque la hayan hecho con más valor.

Cayetano, sin embargo, tiene, como toda persona, graves defectos, y uno de ellos, que no es el más pequeño, es el de ser tardío en ejecutar.

Nace esto de que recuerda perfectamente que para hacer una suerte mal, es mejor no hacerla, y si el toro no se coloca bien, ó está muy aplomado, ó se acuesta á un lado, miéntras no le coloque, le tercie á las tablas ó le componga la cabeza, no se irá á él áun cuando se le eche la plaza encima.

Segun el arte, tiene razon en hacer lo que hace; pero el público atribuye á miedo lo que supone incertidumbre, y si de algun modo demuestra su disgusto, Sanz, que es pundonoroso y tiene vergüenza como el que más, se lanza á la fiera con el ímpetu de su juventud, sin reparar que cuantos percances ha tenido en su carrera han sido precisamente por hacer abstraccion de las reglas que tan bien practica.

Y ya que de defectos hablamos, porque á fuer de imparciales, ni en este diestro ni en ninguno hemos de decir más

que verdad, Cayetano, como Móntes, tiene el de ser hombre que pocas veces mata de una sola estocada, sin que acertemos á explicarnos en qué consista esto, porque él llega con fe y la mayor parte de las veces ahonda, tirándose ó esperando por derecho.

Es hombre de buena estatura, simpático, fino en sus modales y de excelente conducta, atento siempre con sus compañeros, y consecuente con todos.

Empezó algo tarde segun sus deseos, y á tiempo segun nuestra opinion, á ser matador de toros; pero su elevacion fué rapidísima como la de pocos.

Las principales ciudades de Andalucía abrieron en seguida las puertas de sus plazas de toros á Cayetano.

Sevilla, Cádiz, Jerez, el Puerto, San Roque y Algecíras, fueron testimonio de sus triunfos; y en ménos de tres años se vió figurando en cartel de temporada en la plaza de Madrid, primera del mundo, como primer espada director de la lidia, antepuesto á otros más antiguos.

Muchos hechos notables de su vida torera podríamos citar; pero... ¿á qué?

Ni con su referencia ganaría más en su reputacion Cayetano, ni nos gusta relatar casos aislados que parecen escogidos para ensalzar apasionadamente, vengan ó no á cuento, sean ó no justos.

Bueno y malo va dicho de tan excelente diestro, y, recíbase con agrado ó desdeñosamente, nuestra apreciacion es la que imparcialmente va referida.

Sólo añadirémos que ha alternado en su larga carrera con Móntes, el Morenillo, Cúchares, el Chiclanero, la Santera. Casas, el Cano, los Labis, Pepete, el Tato, Domínguez. los Carmonas, Lúcas, Gil, Gonzalo, Regatero, Ponce, Lagartijo, Currito, Frascuelo, los Machíos y los Lúques.

Con todos ha guardado y á él han tenido las mayores consideraciones, y á su lado se han hecho toreros hombres que de él han aprendido algo y otros olvidado mucho.

Cayetano está hoy ágil, y lo ha demostrado toreando de capa, como él sólo sabe hacerlo, en las fiestas reales de 1878. en que por antigüedad le perteneció ser el segundo de los espadas.

A pesar de sus años, le sucede lo que á los renombrados Leon y *Morenillo*, que mataban toros siendo sexagenarios; bien es verdad que para esto hay que tener presente que es torero de inteligencia, y no ha fiado á los piés lo que deben hacer las manos, que al fin se cansan ménos que aquéllos.

Y aplíquese quien deba este consejo.

MANUEL DÍAZ (LABI).

Es más difícil de lo que á primera vista parece, calificar acertadamente el mérito que pudo tener este celebrado matador de toros; en términos de que, al incluirle en este lugar de la presente obra, hemos dudado si hacerlo ó dejarle para el sitio correspondiente en el Diccionario.

Porque *Labi* fué el payaso del toreo, y en este caso no merecia figurar al lado de los grandes maestros y de los matadores que hoy están más en boga; pero tambien hizo cosas toreando que muchos envidiarían.

Fué, pues, una nombradía la suya que aún dura y durará por algun tiempo, y justo nos ha parecido colocarle entre la gente valiosa de su tiempo.

Labi no fué un notable matador de toros, considerado y juzgado con arreglo al arte; pero tampoco su nombre ha pasado tan desapercibido en la historia taurómaca que no suene aún en los oídos de los aficionados.

Todos recuerdan su nombre, y ninguno le desprecia.

Sér inconsciente que por instinto, costumbre ó rutina, hacía á veces cosas de buen torero, y otras de ménos valer las rehuía y esquivaba hasta con miedo.

Hombre incomprensible que en la arena tanto tenía de malo como de bueno, y que lo mismo recibía con alegría infantil los aplausos de los espectadores, que con lágrimas y cara compungida las más ruidosas y ostensibles muestras de desagrado.

Era gitano, nacido en Cádiz en el año de 1812, y, como todos ellos, sumamente impresionable.

Predominaba en él siempre el deséo de complacer al público, ejecutando cuanto éste le pidiese, supiese ó no, y tuviese ó no facultades para ello.

Alguna vez, sin embargo, no podía ser complaciente, y lo decía en voz alta; porque *Labi* era, como ninguno, comunicativo con el público.

Si entónces le llamaban cobarde, que es la palabra que más le ofendía, lo sentía extremadamente, pero continuaba siéndolo, hasta que otro toro reemplazaba al que tenía delante, sobre todo si éste era negro.

Preocupacion de raza, que mil veces le hemos oido decir no podía desechar, ni de ella prescindir.

Había soñado, ó le había pronosticado alguna gitana, al decirle sin duda la buenaventura, que un toro negro le causaría la muerte, y cuando le tocaba estoquear á alguno de dicha pinta, se azoraba y atropellaba como el matador más novel y ménos experimentado.

En cambio, se presentaba fresco y guapo con las demas reses, y hacía con ellas payasadas, que unos reían y otros criticaban, pero que al mismo tiempo que ridículas, denotaban valor y confianza.

A esta mezcla inverosímil de valor y cobardía, de arte y de ignorancia, de extravagantes gestos y estrambóticas palabras, atribuimos nosotros su renombre.

Entre sus compañeros fué en ocasiones objeto de sus burlas y chacotas, pero en lo general, bien querido y apreciado por todos; porque *Labi* era dócil, buen compañero y sencillote: seguía el rumbo que le marcaban, y su aire bonachon prevenía á favor suyo.

Hubo entónces, sin embargo, quien dijo que no era oro todo lo que relucía, y que á *Labi* le sobraba de tosca malicia cuanto de entendimiento le faltaba.

No lo sabemos.

Si hubiéramos de apreciar esto con justicia, de necesidad era que hubiéramos tratado íntima y frecuentemente á *Labi* en sus tiempos, y nosotros de este modo no hemos tenido el gusto de tratar á ningun torero.

Y áun así y todo.

¿Tan fácil es conocer el corazon humano?

Lleva uno toda su vida conociendo y considerando como amigo al que cree que lo es en realidad, y suele un amargo desengaño matar en un minuto las ilusiones de siempre.

¡Con que cómo hemos de juzgar por apariencias!

Es verdad que alguna vez sus palabras y áun su conducta

indicaban que tenía, segun se dice en Madrid, mucha gramatica parda; pero lo primero podía ser casual, y lo segundo seguir el derrotero que sus amigos le marcaran.

De todos modos, esto importa poco para su vida de torero.

Es un accidente digno de tenerse en cuenta, y nada más.

Para probar que como nosotros pensaban muchos entónces, hé aquí el juicio que mereció a un antiguo aficionado de Madrid su trabajo en esta plaza.

«Labi.—Como acreditado clown grotesco, sabe este diestro lo suficiente para agradar al público, y lo que no le presta la inteligencia, se lo da su dureza y bravura. Salta y brinca, saluda y *recorta*, capea y descabella á los toros, si no con gracia, con aficion y fortuna; y todo esto y sus brindis le han granjeado muchas simpatías, que él sabe sostener y aumentar como nadie. En la hora de la muerte no es tan mal diestro como algunos le suponen: sabe pararse en jurisdiccion, mejorar el terreno, dar los *pases* en corto, cambiarse sobre la cabeza, y otras cosas que algunos que la echan de maestros no hacen aunque las comprendan. Sin creerse superior á nadie, lo es sin disputa en muchos lances; pero se confia tanto y es tan torpe para las huidas, que las más veces se salva, áun en las continuas cogidas que sufre, casi milagrosamente. Mejor que aparecer cobarde, quiere ser temerario, áun á riesgo de su vida; y áun cuando nunca le dirémos que se eche para atras, le insinuarémos, por si lo entiende, que en un buen medio está la virtud.»

A este juicio sólo tenemos que decir que su autor juzgó

á *Labi* ántes de verle matar toros negros. Si le hubiera visto una vez frente á uno de éstos, le hubiera desconocido.

Tambien se hubiese reido, y no poco, escuchando la conversacion que con las fieras sostenía.

—No zeas ladron,—decía muchas veces á un toro;—aplómate y dejáte matar, que tengo cinco hijos.

Otras veces:

—¡Ah, tunante!—decía.—¿Te cuelas para coger? *Pus* mira, te voy á *diñar mulé* ántes de que lo huelas y lo cuentes á tu *mare*.

Si fuéramos á referir los bríndis, saludos y conversaciones que sostenía con los concurrentes, autoridades, toreros y toros, que él suponía le entendían, sería el cuento de nunca acabar.

Porque, sobre ser muchísimos sus extravagantes dichos, causaban más risa por su estupenda ignorancia que los ingeniosos del célebre Manolito Gázquez.

No podía servir para director de plaza porque no era respetado; y en su profesion, más de una vez cedió su antigüedad y puesto de alternativa á espadas más modernos.

En las funciones reales celebradas en Madrid el año de 1846 trabajó como espada delante de Juan Lúcas Blanco; por cierto que al primer toro que rompió plaza le arrancó en seguida *Labi* del morrillo la preciosa moña que ostentaba, y la ofreció á la reina Doña Isabel II.

Despues trabajó en casi todas las plazas de España con general aceptacion, y en la de la Habana, donde tuvo un buen ajuste.

De la Isla de Cuba pasó á Méjico, cuyos naturales le hicieron tantas demostraciones de simpatías y agrado, que el hombre, entusiasmado al referirlo á sus amigos de Sevilla tan luégo como regresó, dijo:

—Si *güelvo* allá, *estrono* de *siguro* al rey de aquella tierra.

No volvió precisamente á Méjico (sin duda por evitar revoluciones), pero marchó á Lima, donde murió de grave enfermedad el año de 1858, á los diez dias de su llegada.

Era de regular estatura, grueso, pero ágil, moreno, sin expresion alguna en su rostro más que cuando le animaban los aplausos.

Fué padre de numerosa familia



MANUEL DOMINGUEZ (Desperdicios).

MANUEL DOMÍNGUEZ Y CAMPOS.

Vamos á ocuparnos de un matador de toros, acerca de cuyo mérito se suscitaron en sus buenos tiempos contiendas y disputas, casi siempre apasionadas.

No pueden ó no quieren los partidarios de toreros determinados conceder que haya otros tan buenos ó mejores que los suyos; á la manera de los hombres políticos, que nada aceptan más que lo dispuesto por sus amigos, y vituperan siempre á los contrarios en cualquier cosa que determinen, por beneficiosa que sea.

Este es achaque del que se ven libres poquísimas personas.

Debilidades humanas que se apoderan del hombre tal vez contra su voluntad, y que no puede ahuyentar de sí cuando ya le han dominado.

Nació Manuel Domínguez y Campos en Gélves, pequeño pueblo de la provincia de Sevilla, el año 1816.

Su padre falleció á los tres años, y por consecuencia de

esta desgracia, su madre y él tuvieron que estar atenidos á la bondad cariñosa de un hermano de aquélla, capellan de un convento, que hizo estudiar á su sobrino latinidad y filosofía.

Pero el Padre Campos murió cuando más falta hacía al jóven Domínguez.

Era desesperada la situacion de éste, y se encontraba en esa edad en que el hombre quiere ser algo, aspira á mucho y todo le parece poco.

Edad de las ilusiones, que por largo tiempo que dure, parécenos breve como un relámpago.

Por pura precision tomó Domínguez el oficio de sombrerero: gustábale más el de torero que la sujecion y mecanismo de aquél, y aprovechaba los dias de fiesta para hacer sus ensayos en el arte á que tanta aficion ha habido siempre en Sevilla.

Así continuó tres ó cuatro años, hasta que un acontecimiento favorable le hizo cambiar con gran alegría la modesta profesion que estaba ejerciendo, por aquélla que, andando el tiempo, le había de proporcionar lauros y dinero, disgustos y desgracias; que en este mundo siempre va mezclado lo bueno con lo malo, las alegrías con los pesares, la dicha con la pena.

Sabido es que en 1830 se fundó en Sevilla la Escuela de tauromaquia, bajo la direccion de los célebres maestros Romero y Cándido.

Aspiró á una plaza de alumno en la misma Manuel Domínguez, con gran fe en su porvenir; pero á pesar de sus buenas facultades, y hasta cierto punto de su celebridad como

aficionado práctico, no pudo conseguir más que la de supernumerario.

No importaba: Domínguez lo que deseaba era aprender, oir á los maestros del arte, practicar á su vista lo que sabía; y tanto adelantó en poco tiempo, lo mismo con la capa y con los palos que con la muleta y el estoque, que era la admiracion de sus compañeros y una de las más legítimas esperanzas del toreo.

Para demostrar que nuestro relato no es apasionado, nos bastará decir que en cierta ocasion el gran maestro Pedro Romero, que pocas veces se equivocaba en sus juicios, exclamó entusiasmado:

—Este muchacho no tiene desperdicio.

La escuela se cerró al poco tiempo, y Domínguez se ajustó primeramente de banderillero, y luégo de media espada en la cuadrilla de Juan Leon.

Riñó fuertemente con éste, no sabemos por qué causa.

Eran los dos de carácter altivo y vehemente, y no podían estar juntos.

Leon, segun dicen, juró á Domínguez para siempre una hostilidad decidida, y éste, resuelto á ganarse un nombre ventajoso en la lidia, acompañó desde entónces á diferentes plazas á Luis Rodríguez *el Sombrerero*.

Era esto en 1835, año durante el cual toreó de nuevo alguna vez con Leon, lo cual sirvió sólo para aumentar sus rencillas y concluir definitivamente hasta de saludarse.

Domínguez no estaba contento con ser un torero como otros

muchos: quería salir de la esfera de lo comun, y con su buen criterio comprendió la imposibilidad de lograrlo tan pronto como lo pedía su impaciencia.

No era entónces la época más á propósito para conseguirlo.

La destreza y la inteligencia del ya célebre Francisco Móntes se habian apoderado de tal modo de las simpatías de todos los espectadores y aficionados á las corridas de toros, que tenía oscurecida la fama de los más acreditados diestros.

Imposible era por lo tanto luchar con tal coloso, y Domínguez, que sabía muy bien lo que Móntes valía, no lo intentó siquiera.

Hay que hacerle justicia en este particular, y aplaudir su determinacion.

Dirigióse, pues, en 1836 á la América con rumbo á Montevideo, ajustado con dos picadores y tres banderilleros, cuyo trabajo tuvo unánime aceptacion.

Si no como él había pensado, al ménos en parte vió coronados sus esfuerzos y aplicacion.

Era ya jefe de cuadrilla, no tenía á nadie por delante, ni allí reconocia rival, y esto satisfacía su amor propio; pero la fortuna no quería protegerle.

A la mitad del tiempo que debía durar su contrata, estalló en aquel apartado territorio la guerra civil con todos sus horrores, y Domínguez tomó las armas en defensa de Orive, que fué derrotado como saben nuestros lectores.

Pasó allí más amarguras y sinsabores que los que pueden imaginarse: perseguido, sin recursos y en país remoto y ex-

tranjero, hubiera perecido si su grandeza de ánimo no le hubiese ayudado á soportar tan amargas penalidades.

Por suerte suya, que no siempre los bienes ni los males son tan duraderos que deban desesperar al hombre, se celebraron fiestas en Rio-Janeiro en el año de 1840, con motivo de la coronacion de D. Pedro II.

Con mil trabajos, y como Dios le dió á entender, allá se dirigió Domínguez, y en presencia de aquella corte mató en cuatro corridas de toros con una aceptacion y tan gran éxito, que mereció justísimas ovaciones y notable recompensa; y ya con dinero para emprender nuevos viajes, se dirigió á la República Argentina con el fin de dar corridas de toros, ganar su subsistencia y propagar la aficion á ellas.

Desembarcó en Buenos Aires, donde no le permitieron ejercer su arte, contra lo que él esperaba.

País completamente revuelto y entregado á la más espantosa anarquía, no era el más á propósito para permanecer en él un extranjero sin recursos, sin relaciones y sin industria á que dedicarse; y si á esto se añade el odio con que la gente baja de aquellas Repúblicas mira á los españoles, á quienes apellida *godos* con aire de desprecio porque sacudieron la dominacion que allí tuvimos, podrá formarse idea de lo que nuestro hombre sufriría y de los insultos que se le dirigirían.

Pero un español en ninguna parte aguanta malos tratamientos.

Domínguez se acordó de que lo era, y se hizo *guajiro.*

Su bravura y valentía, demostradas en mil lances funestos

para otros y gloriosos para él, le dieron entre aquella mala gente el nombre de *el bravo señor Manuel*, y desde que así se le conoció, en todas partes se le respetaba.

Por otro lado, su atencion para con las personas bien educadas, y su buen proceder con las de marcada honradez, le crearon simpatías entre determinadas clases, y su posicion por lo tanto fué ménos violenta.

Vivió algun tiempo del producto que le proporcionaba el arriesgado ejercicio de la caza de reses salvajes que con lazo y á caballo verificaba unas veces, y con estoque y á pié realizaba otras, asombrando á los que presenciaban su arrojo, y más tarde se le dió el cargo de mayoral en los ingenios y posesiones campestres, que desempeñó con gran energía y á satisfaccion de los dueños.

Todavía su síno le hizo tomar de nuevo las armas para abatir el atrevimiento de feroces indios, y al frente de una partida armada dió pruebas de que, si aventajado era cazando toros en el campo y lidiándolos en las plazas, no lo era ménos con el sable á la cintura y el trabuco en el brazo.

Dedicóse por fin al tráfico de diferentes artículos en el país antedicho, ganando buenas cantidades; y aburrido y cansado de su larga residencia en clima tan lejano, pensó en su patria y en su regreso á la misma.

Todos los que habitan en país extraño ansían volver al que les vió nacer, y los españoles más.

¡Es tan hermoso el sol de España!

Domínguez, pues, desde el año de 1836 hasta el de 1852,

ó sea en el intervalo de diez y seis años, fué *militar* defensor de Orive en la República de Montevideo, *torero* en Rio-Janeiro, *guajiro* en Buenos Aires, *bravo* con los bravos matones de aquella tierra, *mayoral* de negrada, *cabecilla* de gente de campo contra indios feroces, é *industrial* traficante.

Y todo esto en país extraño.

¡Si será la naturaleza de Domínguez fuerte y privilegiada, cuando no se resintió por tantos azares y tantos sobresaltos como frecuentemente le atormentarían!

Volvió á su patria, y tan luégo como llegó á la ciudad de Sevilla, trató de ponerse de acuerdo con sus compañeros de profesion para trabajar en el lugar correspondiente.

Visitó á Francisco Arjona Herrera (Cúchares), y éste le recibió mal, ó por lo ménos con poquísimo agrado, tal vez impresionado por la divergencia de opinion que hacía años tuvo Domínguez con *Leoncillo,* maestro de *Cúchares,* ó por otras causas que no se explicaron.

Ya hemos dicho que Domínguez es demasiado altivo.

Él, que no bajó nunca su cabeza en tierra extraña, se vió hasta cierto punto despreciado en la suya, y desde aquel momento resolvió no impetrar de nadie proteccion ni ayuda, y darse á conocer como bueno ó malo, segun lo que valiese, por sí solo, y ganando con su mérito lo que la falta de apoyo le negase.

Una circunstancia le favorecía indudablemente en aquella época, y es que por entónces no había ningun torero andaluz, ni llegarían á dos en toda España, que practicando la excelen-

te escuela de Ronda, torease *parando,* aplomado y *recibiendo;* y conociéndolo así Domínguez, cuyas circunstancias especiales eran las más á propósito para imponerse, se dió á conocer en Sevilla en 1852 y 53, y sus enemigos no pudieron ménos de confesar que su toreo era clásico, pausado y exento de embrollos y tranquillas que disimulan el miedo en otros diestros.

Nosotros le vimos poco despues en Madrid y en Aranjuez, y admiramos en él al valiente matador que, hecho un autómata, á pié quieto, citaba y *recibía* á los toros tan en corto, que por esto mismo se libraba en nuestro concepto de seguras cogidas, si un paso más hubiese habido de distancia de sus piés á los del toro.

Le criticamos entónces, como criticamos hoy á los modernos espadas, esos que llaman *pases* cambiados, y que no son más que un detestable remedo de los de *pecho,* sin ceñir y *fuera de cacho,* pero que en aquél podían disimularse algo porque su falta de ligereza y pesada corpulencia le impedían revolverse con prontitud.

Notamos en él, sin duda tambien por falta de piernas, que no era eficaz en los *quites,* y que en las demas suertes que no fuesen la de *recibir,* no pasaba de ser una cosa regular, creyendo que el exagerado *tronio* que á Castilla trajo desde la tierra de María Santísima, le perjudicó más que le favoreció, porque Madrid no vió en Domínguez al torero que esperaba, sino á un estoqueador de primera fuerza en determinada suerte, que por lo mismo que es la suprema del toreo, y había y hay cada dia ménos que la ejecuten, se veía con más gusto.

Sea de ello lo que quiera, Domínguez, con justicia, formó entre los matadores de primera línea, sustituyendo para ciertas gentes, y en cuanto era posible, al inolvidable Chiclanero.

Su fama creció, y los deseos por verle en todas las plazas menudearon, hasta que en 1857, en el Puerto de Santa María, un toro llamado *Barrabas* le hirió tan gravemente, que le arrancó ó le echó fuera de su órbita el ojo derecho, peligrando su vida con tan tremenda cornada.

Esta desgracia alarmó al mundo taurómaco.

Sevilla y Madrid, especialmente, mostraron gran sentimiento por tan terrible suceso, hasta el punto de que, para calmar la ansiedad de los aficionados, se fijaron dos veces al dia en el café de la Iberia de esta corte los telegramas que daban parte del estado del enfermo.

No le hizo esta desgracia perder valor, pero sí facultades, sin que sus alardes de arrojo supliesen ya su mermado poder, siendo esto causa de que sufriese continuamente desde entónces frecuentes cogidas, de que podría tener tambien culpa una enfermedad que le entorpecía el movimiento de las piernas, y que tuvo necesidad de curarse.

Ha toreado hasta hoy con algunos intervalos; pero ya no le sirve saber, si su falta de agilidad es mayor cada dia, y sus sesenta años largos de edad se la amenguan necesariamente.

Domínguez es persona de excelente y fino trato, cortés con los aficionados, y altivo y preponderante con sus compañeros.

Siempre que de él se hable, ha de señalársele como un tipo de valiente, como uno de los mejores matadores de su

época, y como persona de no escasa inteligencia en su arte y en las demas acciones de la vida social.

En todas partes donde ha trabajado, en cuantos círculos se le ha visto, se ha granjeado las simpatías de los aficionados, que han visto en él mayor educacion de la que en general tienen algunos de su clase; pero hay quien dice que. á medida que han ido pasando años, su vanidad ha crecido y su altivez es ya orgullo.

Si es así, bien puede disculpársele á un hombre de tan altas prendas.

MANUEL JIMÉNEZ (EL CANO).

En todas ocasiones debe sentirse, y se siente efectivamente, la desgracia que á cualquiera de nuestros semejantes ocurra; y el sentimiento crece, cuanta mayor sea la afeccion que á las personas tengamos, bien porque pertenezcan á nuestra familia, porque las tratemos con amistad íntima, ó porque, ejerciendo públicamente una profesion, se hayan adquirido reputacion y simpatías.

En este último caso, al que ha tenido la suerte de captárselas, le consideramos y apreciamos de una manera especial, como cosa nuestra, como persona que no queremos pertenezca á otra nacion, á otro pueblo distinto.

Tenemos celos y á veces envidia de que se nos dispute la pertenencia de aquel sér, en cierto modo privilegiado, á quien queremos por lo que vale en su arte ó carrera, no precisamente por sus prendas personales ó sociales.

Es decir, que queremos, consideramos y ensalzamos al *artista*.

Si éste llega á apoderarse de las simpatías de un pueblo,

y en el mismo sitio en que se las ha adquirido sufre una terrible desgracia, los individuos que componen aquel pueblo sienten con extremada pena el suceso, no sólo porque les prive de admirar en lo sucesivo el mérito de aquel artista, sino por lo que hemos dicho.

Porque le tiene considerado como suyo, como de su pertenencia.

En este caso se encontró el inteligente matador de toros Manuel Jiménez, á quien se conoció por *el Cano*, el cual, andando el tiempo y sin la cogida que le ocasionó tan pronto la muerte, hubiera sido indudablemente una gloria del toreo.

Era hombre formal y serio en el redondel, atento á su obligacion, y que no buscaba aplausos á cambio de sonrisas ó golpes de efecto.

No se acomodaba á ello su carácter.

Más de una vez observaría que otros compañeros suyos. de mucho ménos valer, eran aplaudidos por el público despues de dar una patadita al toro al finalizar cualquier suerte, ó de limpiarle la baba con el pañuelo.

Pero tambien observaría que aquel compañero á los dos minutos era silbado por el mismo público que le habia aplaudido ántes, ya porque ejecutase mal una suerte, ó porque estorbase á otro hacerla bien.

Jiménez no quería conquistar palmas á trueque de monadas ni pantomimas.

Cifraba su porvenir en el esmerado trabajo que le correspondía practicar, primero como banderillero, luégo como es-

pada, haciéndole á conciencia, poniendo de su parte cuanto sabía y procurando aprender de los maestros.

Tenía que ser, por lo tanto, sólida su reputacion, como lo fué en efecto.

En el año de 1845, de felices recuerdos para los aficionados de Madrid, es cuando vimos por vez primera en el redondel á Manuel Jiménez.

Vino de banderillero del célebre José Redondo, y notable debió ser su trabajo con el capote y los rehiletes, cuando hizo un papel brillante al lado de hombres tan notables como *Capita,* el *Galleguito*, Jordan y Muñiz.

Es verdad que al lado de aquellos hombres como compañeros, y al de Leon, *Cúchares* y Redondo como maestros, cualquiera aprende si tiene facultades y voluntad.

Ninguno de aquéllos ganó su distinguido puesto en el arte con mojigangas ni cosa parecida, y su nombre durará tanto como el toreo.

Desde entónces datan las simpatías que en todas partes, con todos los públicos, y especialmente el de la corte, se adquirió Jiménez *el Cano.*

En los círculos tauromacos se le señaló desde luégo como una esperanza del arte, tanto más, cuanto que siempre se le vió observador y obediente.

Al ocuparse de él un distinguido aficionado en semblanzas escritas en 1846, le juzgó diciendo:

«Pelicano, con buena figura, muchas facultades y sabiendo. Pocas pinturas y á la verdad. Buen capote, buen banderi-

llero, buenos *pinrés*, de casta conocida; aprendió la buena escuela, y la ejercita con gracia y aficion.»

No puede decirse más en ménos palabras, ni más verdades tampoco.

Al matar algunos toros de gracia como sobresaliente en plazas de primer órden, y otros alternando en plazas de ménos importancia, se le vió seguir la escuela de su jefe José Redondo *el Chiclanero*, intentando, siempre que podia, *recibir* las reses: porque no sabiendo ejecutar esta suerte, claro es que no hay torero completo.

Su fama fué en aumento, y la Empresa de Madrid le contrató en 1852 como tercer espada para matar alternando con Francisco Arjona *Cúchares* y José Redondo *el Chiclanero*.

¡Ojalá no hubiese venido!

Jiménez, pundonoroso como el que más, procuró no desdecir mucho de sus compañeros, aplicándose y haciendo esfuerzos de inteligencia y facultades.

Eran necesarios, si habia de quedar bien y con honra.

Trabajaba con dos titanes en el arte, y era muy fácil quedar deslucido, ó cuando ménos, pasar desapercibido, y esto no lo sufria un valiente que aspiraba á ser concienzudo matador de toros de primera nota.

Llegó, para desgracia suya y del arte, el dia 12 de Julio de dicho año 1852.

Debia matar tres toros el *Chiclanero*, tres el *Cano*, y dos el sobresaliente de espada.

Aquél lo hizo como quien era.

Jiménez *el Cano* mató el primero suyo de un excelente *volapié.*

Animado por los aplausos, quiso hacer más luégo con el quinto toro de la corrida, llamado *Pavito,* de la ganadería de Veragua, el cual, despues de ser *trasteado* con inteligencia, y cuando el espada, armándose para darle muerte, se cerró demasiado para la estocada *recibiendo,* enganchó al *Cano* por el muslo derecho y le arrojó al suelo.

«En medio de este desgraciado azar,—dice el único periódico taurino que entónces se publicaba,—manifestó un valor extraordinario, agarrándose á las manos de la fiera, la cual lo hubiera destrozado completamente, si el *Chiclanero* no se le hubiese colgado de la cola, logrando así apartarla y distraerla.»

Retirado á la enfermería, y de allí al Hospital General, sala distinguida de toreros, se atendió con sumo cuidado á su curacion, que no se desesperó de obtener en un principio; pero á consecuencia de haberse roto él mismo los vendajes en un momento de delirio, falleció en la calle de Leon, número 23, cuarto segundo, siendo enterrado en la sepultura número 34, galería segunda izquierda del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Gines de Madrid, el dia 24 de Julio de 1852, con gran acompañamiento de aficionados y toreros.

Había nacido en Chiclana en 1814.



JOSÉ RODRIGUEZ (PEPETE).

JOSÉ RODRÍGUEZ (PEPETE).

Siempre que ha de hacerse mencion de las desgracias ocurridas en las fiestas de toros á los lidiadores que en ellas tomaron parte, cítase el nombre de *Pepete* tras el de *Pepe Hillo.*

Uno y otro perecieron en la arena jóvenes, fuertes, con sentimiento de cuantos lo presenciaron, y mucho más de los que frecuentaban su amistad.

El primero, ó sea *Pepete,* no había llegado, sin embargo, en su arte á la altura que el célebre maestro; pero el horror de la desgracia hizo sentir por igual la pérdida de ambos hombres.

Ya dejamos dicho, al hablar de Pepe Hillo, cuáles fueron las terribles circunstancias de su muerte; ahora nos toca referir las que ocasionaron la de Rodríguez *Pepete.*

Pero ántes relatarémos los accidentes de su vida torera, para conocimiento de nuestros lectores.

Nació José Rodríguez y Rodríguez en el barrio de la Mer-

ced, de la ciudad de Córdoba, el dia 11 de Diciembre de 1824.

Sus padres José Rodríguez, del mismo apodo, tratante en ganados, y María del Rosario Rodríguez, procuraron educarle con arreglo á su clase, y dedicarle al tráfico que les proporcionaba su subsistencia.

En los primeros años de su vida obedeció y siguió la ruta que sus padres le marcaron y señalaron; pero ántes, mucho ántes de que le apuntara el bozo, se decidió á ser torero, y á conseguir este fin se encaminaban todas sus aspiraciones.

Al que haya visto despacio lo que es el barrio de la Merced en Córdoba, no le extrañará seguramente la determinacion de *Pepete*.

Es aquél un centro en que la aficion al toreo está tan desarrollada ó más que en cualquier otro punto de España.

En él no se habla de otra cosa que de reses bravas, de lidias de toros, de becerradas, de tientas y de acosos; allí viven las familias de todos los toreros cordobeses, y puede decirse con seguridad que en aquel arrabal las castas que le pueblan tienen todas sangre torera.

En el barrio de la Merced han nacido los que se llamaron Rodríguez, los Bejaranos, los Lúques, los Fuentes y los Molinas, á fines del siglo anterior y á principios del presente; en el mismo barrio han nacido sus descendientes, y en él se han propagado y multiplicado las castas notables en el arte que llevan dichos apellidos, segun hemos indicado.

Es disculpable, por lo tanto, la inobediencia de *Pepete* á sus padres.

Y mucho más, si se tiene en cuenta que á los veinte años de edad casó *Pepete* con Rafaela Bejarano, cuyo apellido es bien conocido como perteneciente á familia de toreros de Córdoba.

Estaba, pues, entre toreros, era muy aficionado al arte, tenía valor para presentarse ante las reses; ¿por qué no había de ser torero?

Como habrán observado nuestros lectores en las biografías que preceden, en la descripcion de actos particulares de cada individuo procuramos ser muy parcos.

Parécenos cansado, y hasta de mal gusto, detallar si un torero, al poner banderillas, resbaló y luégo se levantó sin daño; si mató un toro *recibiendo* en tal ó cuál plaza, ó si le regalaron en són de aplauso tabacos ó alhajas.

Una cosa es que se refieran actos culminantes, y otra que descendamos á pormenores que siempre se prestan al ridículo.

Referirémos, pues, de *Pepete* lo importante, como hemos hecho de los demas espadas.

Dedicado resueltamente al arte de torear José Rodríguez, fué un banderillero regular, y nada más, por espacio de tres ó cuatro años.

Cuarteaba bien, *paraba* y clavaba en regla, es decir, con buen arte; pero no medía bien los tiempos. Se anticipaba al tomar la suerte y retrasaba en las salidas.

En 1847 mató alternando con Antonio Luque *el Camará*, y en tal concepto trabajó en diferentes plazas; pero su verdadera fecha de antigüedad como matador es de 1850, en que se la dió en Sevilla Juan Lúcas Blanco.

Desde entónces toreó, unas veces tomando plazas en arrendamiento como empresario, y otras ajustado por las Empresas, viniendo en este concepto á Madrid en 1853 y en 1856.

Desde que le vimos por primera vez en 1848, siendo banderillero de Luque, comprendimos que había en él sobrado valor, mejor dirémos, arrojo, muchas facultades, grandes deseos, pero escasos conocimientos.

Estos últimos podía adquirirlos, y grandes fueron nuestras esperanzas cuando en 1850 le admitió en su cuadrilla como banderillero el inolvidable José Redondo *el Chiclanero*. porque al lado de este torero excepcional mucho podía aprender *Pepete*.

Por desgracia para éste, trabajó muy poco tiempo al lado de aquél; volvió á ser espada, alternó con Lúcas Blanco en el mismo año, y apareció en Madrid como matador por primera vez en 1851, recorriendo en años sucesivos otras plazas de capitales de provincias, en que fué aplaudido, más por su valor temerario que por su inteligencia en el arte.

El juicio que mereció entónces á la mayoria de los inteligentes, fué el que escribió un conocido aficionado en los siguientes términos:

«Alto y desgarbado, frio y descompuesto casi siempre, no le falta valor, y se pára y cita como el que quiere *recibir* toros; y los *recibiría*, si diese las salidas con la muleta y no huyese el cuerpo con tanta anticipacion. Es modesto, y desea complacer al público trabajando cuanto puede y sabe, si no con gran inteligencia, con sobra de voluntad.»

Continuó *Pepete* toreando en los años sucesivos, sin adelantar nada en conocimientos, aunque más parado y atrevido cada dia, y en 1862, por su desgracia, fué contratado por la Empresa de Madrid.

En la primera corrida de temporada, que se celebró en 20 de Abril, el segundo toro de la tarde, llamado *Jocinero,* de la ganadería de Miura, y cuya reseña hacemos en el lugar correspondiente, se paró en los tercios de la plaza últimamente derribada, frente al tendido número 14; salió á la suerte el picador Antonio Calderon, y al poner la vara, cayó al suelo con el caballo, en que empezó á cebarse el toro.

En aquel momento, advertido *Pepete* por los aficionados del tendido número 1, con quienes estaba hablando, del peligro en que se hallaba Calderon, salió con el capote arrollado al brazo en recta direccion al toro; pero éste le vió, dejó al caballo y al picador caido en tierra al descubierto, avanzó rápidamente, cortando terreno, al lidiador, y éste, que no supo ó no pudo cambiarse, léjos de esquivar la salida natural del toro, encontróse con él de frente, siendo enganchado con el cuerno derecho por la cadera derecha, en que sufrió un ligero puntazo, volteado, sin caer al suelo, sobre la *cuna,* á que procuró agarrarse, trasladado al cuerno izquierdo, que le hirió la tetilla del mismo lado, y resbalando en una costilla, penetró por bajo de ella, causando al infortunado torero una gran cornada que le destrozó el corazon, arrojándole al suelo.

Levantóse con trabajo, se llevó la mano á la frente y de allí al costado, y con paso incierto marchó solo seis ú ocho

metros, viniendo á caer, casi muerto, en la puerta de Madrid, llamada tambien de Alguaciles, debajo de la Presidencia, arrojando sangre por la boca, é hiriéndose en la frente al dar con ella en el estribo de la barrera.

Recogido inmediatamente y conducido á la enfermería, se le administró la Extremauncion; y al reconocerle los médicos, falleció, siendo la hora de las cinco y diez minutos de la tarde, tres minutos despues de la cogida, repartiéndose los aficionados la faja hecha pedazos, y logrando despues el marqués de Villaseca el chaleco en que se ve la cornada; prenda que hoy figura en el museo del señor D. José Carmona.

La impresion que en Madrid hizo esta desgracia fué tan grande, que hasta en las Córtes habló entónces contra las corridas de toros el eminente orador D. Salustiano Olózaga, y en la prensa se sostuvieron polémicas acaloradas sobre el mismo tema.

Verdad es que hacía muchos años que Madrid no había presenciado la muerte en el redondel de ningun lidiador que, como éste, deba á su desgraciado fin tan funesta celebridad.

Ocupan sus restos el nicho número 7 de la cuarta galería izquierda del cementerio de la Sacramental de San Luis y San Gines de Madrid, y su conduccion al enterramiento merece describirse.

No fué amortajado con el traje amaranto y oro que llevaba el dia de la cogida.

El lúnes 21 de Abril, dia siguiente al de la catástrofe, fué el designado para la conduccion del cadáver, desde el Hospital

General, donde se hallaba depositado, al referido cementerio.

Dos horas ántes de la señalada, las inmediaciones de dichos locales y todas las calles del tránsito que había de llevar el féretro, estaban cuajadas de gente, á pesar de que la distancia que recorrió es muy larga.

El suceso, como hemos dicho, impresionó mucho en Madrid, pueblo que á su natural deseo de *curiosear*, añade la extremada simpatía que siente por toda clase de desgraciados.

En esto hay que hacer justicia á la corte.

Pueblo habrá tal vez con ménos vicios, pero ninguno con más virtudes.

Sacaron el cadáver en hombros á las seis ménos cuarto de la tarde, para colocarle en el carro mortuorio, los picadores Antonio Calderon, Bruno Azaña, Mariano Cortés y Antonio Osuna, yendo al lado Antonio Arce.

Presidió el duelo Cayetano Sanz, llevando á su derecha á Angel López (*Regatero*), y á la izquierda á Gonzalo Mora; siguiéndoles cuantos espadas, picadores, banderilleros, puntilleros y chulos se hallaban en la corte, todos á pié y detras del carro fúnebre.

A los costados, llevando las cintas, iban Domingo Vázquez, Juan Yust, Francisco Rodríguez *Caniqui*, Pablo Herráiz, Franciso Torres y Benito Garrido; y estos mismos banderilleros fueron los que bajaron la caja del carro fúnebre.

Y por último, cerraban la comitiva muchos aficionados, entre los que se trasladó forzosamente á un coche al matador Antonio Luque (el Cúchares de Córdoba), primo hermano del

difunto, que se afectó profundamente al presenciar tanta demostracion de simpatía por su pariente Rodríguez.

¡Lástima de hombre!

Un descuido le costó la vida; pero no pudo perderla más noblemente.

A costa de la suya, salvó la de su compañero.

¡Rasgo sublime, muy comun en los toreros!



ANTONIO SÁNCHEZ (EL TATO)

ANTONIO SÁNCHEZ (EL TATO).

Cuando un hombre cuya profesion es la de trabajar en público para conquistar aplausos, llega á obtener éstos constantemente, sin interrupcion y universales, preciso es confesar que su trabajo ha de ser bueno, ó por lo ménos de gran lucimiento.

Porque los aplausos que se dan durante una temporada á un torero, y se le quitan á la siguiente, convirtiéndose en demostraciones de desagrado, demuestran que, en vez de ir adelante en el ejercicio de su profesion, atrasa ó se estaciona; y á esto no debe aspirar nunca un hombre que del favor público vive.

Comprendiéndolo así el matador de quien vamos á ocuparnos, hizo siempre cuanto pudo y estuvo en sus facultades por complacer al público, consiguiendo captarse muy pronto sus simpatías.

Mucho debió tambien á su esbelta y graciosa figura, á su bonita cabeza, y más que nada á su juventud, porque los pri-

meros años en que usó el estoque parecia un niño animoso que no podía con dicha arma y muchísimo ménos con un toro.

Su presentacion en la plaza de Madrid, que es donde se hizo torero, en nada llamó la atencion al principio.

Trájole Cúchares en 1851 unido á su cuadrilla, y nada de particular se advirtió en el *chiquillo* poniendo banderillas.

Pero en el mismo año llegó el final de la temporada, y la casualidad hizo que saliese un torito pequeño y clarito que tocaba matar á Cúchares en una de las últimas corridas, lo cual visto por dicho espada, tan dado, como él decía, á «alegrar la gente», fué bastante para que brindase al *Tato* aquel toro tan proporcionado á las facultades del jóven, que aceptó la cesion con marcado entusiasmo.

Hizo éste con el bicho tantas monadas, le pasó de muleta tantas y de tan distintas maneras, y estuvo con él tan *fresco,* que el público le aplaudió frenéticamente y no tuvo en cuenta el *bajonazo* que dió al toro, ni el modo de irse á él, calculando, con razon, que con el tiempo corregiría cualquier defecto.

Esto fué bastante para que al año siguiente, ó sea en 1852, Cúchares diese la alternativa á Sánchez y le protegiese llevándole consigo, para que *viendo* aprendiese, toda vez que *explicando* no podía aquél ser maestro, segun todos saben.

Sánchez se aplicó, se hizo bullidor en la arena, *galleaba* con gracia, daba vueltecitas en la cabeza del toro y hacia otras monadas que, si no demostraban grandes conocimientos en su profesion, arrebataban al público, especialmente al que prefiere la animacion del torero siempre en movimiento, á la gra-

vedad de la clásica escuela, que sujeta su accion al arte y le lleva á la perfeccion.

Aunque lo sabemos, no queremos decir por qué en 1854 el *Tato* se separó de Cúchares, quitándole lo mejor de su cuadrilla en gente de á pié y á caballo; punto es éste que debe callarse, puesto que no toda la culpa fué de él, y quien la tuvo principalmente, la tuvo tambien del ruidoso choque con el Gordito, de que más adelante hablarémos; de la salida del Regatero á matador por los móviles que todo aficionado sabe, y de otras muchas *gitanadas* que no son para escritas.

Crecióse el *Tato* con el favor que el público de todas partes dispensaba á su graciosa figura, tomó de Cúchares el celo por que nadie en el redondel sobresaliese por él, y en dicho año de 1854, contratado en Madrid, quitó á Cúchares muchos aplausos y echó los cimientos de su reputacion, especialmente, arrojándose como nadie en la suerte de *volapié*.

Llegó el año de 1856, y volvió á Madrid escriturado, siendo muy bien recibido y juzgado entónces, como demuestra la siguiente semblanza que escribió desapasionadamente un entendido y antiguo aficionado:

«Jóven, muy jóven, garboso, preciadito de su persona y de simpática figura, adquiere cada dia más partido, que debe procurar con empeño no perder, aplicándose al ejercicio de su difícil profesion. Tenga presente, ya que tiene una facilidad asombrosa para imitar y aprender lo que otro haga, que un espada necesita más aplomo que el que le dan sus años; que en ocasiones, el torero que se estima rehuye un aplauso for-

zado por matar la fiera con sujecion á las reglas del toreo, y que ciertas gracias son buenas y aceptables si las hace un banderillero, pero rayan en grotescas si las hace un espada. Pare los piés, *reciba* toros, no abuse de las estocadas á *mete y saca* y confíese ménos, y será un torero en toda la extension de la palabra, á no ser que, en vez de ir adelante, imite al cangrejo. Mucho lo sentiríamos, porque es muchacho que promete.»

Efectivamente, el *Tato* aquel año hizo esfuerzos por competir con Cayetano Sanz, á quien no pudo alcanzar ni con mucho en ningùna de las suertes del toreo, ejecutadas casi siempre á la perfeccion por el último.

Pero su fama estaba ya asegurada, y desde entónces Sánchez fué buscado en todas las plazas, y en todas partes luchó con ventaja, hasta que seis años despues apareció en los circos, disputando sus laurèles, un notabilísimo banderillero y distinguido torero, Antonio Carmona *el Gordito*

Si no vivieran ambos, hablaríamos más de ellos, exponiendo con franqueza los defectos de cada uno, que los tienen y grandes, y alabando sus buenas cualidades, que no son pocas; pero no queremos suscitar de nuevo rivalidades que injustamente se promovieron y suscitaron por quienes saben muy bien los aficionados de aquella época no remota.

Nació la enemistad del *Tato* con el Gordito desde que aquél se opuso en Sevilla á que éste matase grátis en una corrida de beneficencia.

Se aumentó en 1864, el dia de San Juan, en Cádiz, donde torearon juntos, y los amigos del *Tato* obsequiaron á éste con

versos, flores y coronas, etc., tan luégo como se presentó en la plaza, en lo cual tuvieron acierto, porque ántes de la mitad de la corrida ya había sido herido, aunque no de consideracion, el *Tato*.

En el siguiente año trabajaron ambos en Madrid bajo la presidencia de Sanz, y la opinion, tan unánime hasta entónces en favor del *Tato* (exclusion hecha de Cayetano), empezó á dividirse entre él y el *Gordito*, que aprovechando aquel mismo año en Cádiz la predileccion que el público mostró por ver á *Lagartijo* matar un toro, le cedió uno suyo; cosa á que terminantemente se negó ántes el *Tato*, que perdió en aquel mudable pueblo las simpatías que al parecer conquistó en el precedente año.

Subieron de punto las disensiones entre ambos en 1867, cuando fueron ajustados en Madrid con el jóven *Frascuelo*, porque ni el *Gordito* ni los de su cuadrilla podían moverse, sin que los silbidos, *fueras* y otras demostraciones, nunca conocidas en Madrid desde los tiempos de los realistas, agobiaran á aquella cuadrilla, que á duras penas podía en alguna suerte hacerse aplaudir por personas imparciales.

Para ayudar á la conjuracion, preparada ántes de empezar la temporada, y sabida desde el mismo tiempo por cuantos de toros se ocupaban, se fundó un periódico especial y se usaron otros medios, hasta que se consiguió saliese de Madrid, rompiendo su escritura, el *Gordito*, que á pesar del tiempo trascurrido, no ha logrado volver de nuevo á adquirir en la corte las simpatías que por su mérito merece.

La pugna en todas partes entre estos dos lidiadores ha sido terrible, llevando en Madrid siempre la mejor parte el *Tato*, y en todas las demas provincias el *Gordito*, hasta el punto de provocar conflictos la saña de sus partidarios, y de tener las autoridades en algunos puntos que poner la tropa sobre las armas.

Esto prueba, en nuestro concepto, que ninguno tenía razon, porque del hombre público se ha de juzgar por sus hechos como tal; y eso de que ántes de empezar una corrida se vaya resuelto á silbar ó aplaudir á determinado lidiador, significa en el que lo hace poca imparcialidad y ménos...

Por desgracia para el *Tato*, la cogida que sufrió en Madrid la tarde del 7 de Junio de 1869 en corrida extraordinaria, celebrada para solemnizar la jura ó promulgacion de la Constitucion democrática, dió fin á unos antagonismos y pugnas que nunca debieron existir, y que de seguro no hubiera habido si la prudencia se acercara á los dichos lidiadores, ó la envidia y mala fé no se hubiesen apoderado de la gente que rodeaba al *Tato*, y que todos señalaban con el dedo.

Hallábase el cuarto toro de la corrida, llamado *Peregrino* (del que hablamos en su lugar), terciado delante de los tableros de los tendidos 5 y 6 de la plaza vieja que hubo en las afueras de la puerta de Alcalá, con direccion al toril, poco más ó ménos en el mismo sitio en que fué muerto Pepe Hillo, y Antonio Sánchez *el Tato*, sin tener en cuenta la mala colocacion del bicho, sin reparar en que estaba humillado, y arrojándose al *volapié* ceñido, sin *vaciar* con la muleta, vicio que

le costó en su vida infinitas cogidas, fué *empuntado* por la rodilla derecha, herido y volteado.

Conducido á su casa, tuvo precision de sufrir más de una operacion quirúrgica, que dió por resultado la amputacion de la pierna.

Las simpatías que el jóven lidiador tenía en Madrid se manifestaron tan marcadamente, que durante los dias de la curacion su casa estuvo invadida de dia y de noche por personas de todas las clases sociales.

Hasta en la calle hubo necesidad de poner guardias para evitar la aglomeracion de gentes.

Y para que todo contribuya á aumentar la fama del infortunado *Tato,* darémos dos detalles que ponen más en relieve el cariño que siempre le ha tenido el público madrileño.

Concebida la idea por un buen aficionado, á quien mucho debe el *Tato,* de dar una funcion á beneficio de éste, fué patrocinada con tanto entusiasmo, que los billetes se vendieron á gran precio, disputándose todos los aficionados, y áun los que no lo eran, el privilegio de adquirir uno para demostrar al *Tato* los buenos recuerdos que de él conservaba Madrid.

Cuando el desgraciado espada se presentó en coche dando vuelta al redondel, vestido de paisano, con lágrimas de emocion y agradecimiento, los bravos, aplausos y vítores fueron unánimes, y tan atronadora explosion de simpatía fué acompañada de versos, palomas, coronas, regalos, tabacos y de... lágrimas tambien en los ojos de las señoras y de muchos hombres de pelo en pecho.

¡De tal manera conmueve la desgracia!

¡Ver jóven fuera de la arena á quien tantos laureles recogió en ella!

Tristeza y grande quedó en los corazones de todos los concurrentes á aquella fiesta, cuando vieron salir de la plaza, y retirarse cavizbajo, al siempre altivo, animoso y bravo matador.

Al hombre que, siendo niño poco más, había causado la admiracion de las gentes, y siendo jóven se había hecho dueño del corazon de todos los madrileños, no podía Madrid despedirle de otro modo.

Terror causó su cogida.

Profunda pena su desgracia.

Llanto su ausencia.

Había muerto para el toreo uno de sus más diestros adalides, y para Madrid el más querido de los toreros.

No el que valía más, que esto cuando hay desgracia no se mira, sino el de más extendidas simpatías.

Otro detalle, tambien de gran significacion, fué el siguiente:

La pierna amputada á Antonio Sánchez había sido llevada para colocarla en una ampolla ó vasija de cristal, con los espíritus necesarios á su conservacion, á la gran farmacia que en Madrid se hallaba situada en la calle de Fuencarral, esquina á la del Desengaño.

Esto lo sabían muchos amigos del *Tato* y muchos aficionados.

Una noche á primera hora se declara un incendio en dicha casa.

Cunde por Madrid la voz de que la farmacia referida está ardiendo, y aquellos amigos corren, vuelan á salvar la reliquia del que lo es suyo.

Llegan al sitio de la catástrofe, penetran en él, desatienden las alhajas y otros objetos de valor, expónense á los peligros del fuego, llegan á la farmacia, y ven con dolor que la reliquia ha desaparecido, por las grandes proporciones del voraz elemento.

Ejemplos son éstos de amistad y de cariño, que estamos seguros no ha de olvidar miéntras viva Antonio Sánchez.

Volviendo á sus hechos tauromacos, ademas de repetir lo ya dicho, hemos de hacer constar que entre las buenas cualidades que le adornaban, era una la de un excesivo pundonor.

Sentía más una demostracion de desagrado por parte del público, que un disgusto grande por pérdida en sus intereses, y así lo decía muchas veces.

Si alguna vez llegaba á sus oídos una crítica de su conducta en la plaza, corregía el error inmediatamente.

Tanto es así, que como abusase al principio de su carrera de los *mete y saca* y se lo criticasen personas que le querían, los evitó en lo sucesivo cuanto fué posible.

En este particular, en el de deferencia para con el público, no conocía límite.

En 1850 y tantos, no hay para qué citar la fecha, estuvo ajustado el *Tato* para las corridas de Setiembre que se dieron

en Albacete, y de Madrid marchamos varios amigos allí con el solo objeto de ver dichas funciones.

Hablóse en el viaje y en la fonda de lo que los aficionados hablan siempre, y discutiendo sobre el mérito de los espadas en juego entónces, el autor de este libro, que nunca ha visitado á ningun torero, manifestó con franqueza su opinion respecto de cada uno.

Llegó la hora de la corrida, y al entrar en la plaza la cuadrilla de toreros, un aficionado, acercándose al *Tato*, le dijo: «Este señor es el que te he dicho».

Fijóse el *Tato*, saludó y mezclóse con sus compañeros para salir al redondel.

Una vez en éste, trabajó con la alegría y buenos deseos que siempre tenía; llegó la hora de matar, tomó los *trastos*, y la casualidad hizo estuviese colocado cerca de la barrera que ocupábamos.

Pasó dos veces nada más á un gran toro de Mazpule, se *enhiló* con él en corto, citó con la muleta y le mató *recibiendo* en toda regla de una gran estocada.

Rodó el toro, cogió la divisa y la trajo al que había dicho que el *Tato* no era torero perfecto porque no *recibia* toros.

¿Puede haber mayor empeño en nadie para sobresalir?

¿Es posible mayor prueba de complacencia para con persona desconocida?

Esta conducta fué siempre la base de sus extraordinarias simpatías y de su aplicacion y adelantos.

¡Qué *sal* al dar su peculiar *paladita* para irse al *volapié!*

Pero... no queremos hablar más del torero.

Como hombre particular, Antonio ha sido siempre honrado, fino y amante de su familia.

Nació en Sevilla, barrio de San Bernardo, y sus padres le dedicaron al oficio de sombrerero, en que duró pocos años.

En 1861 casó con María de la Salud Arjona y Reyes, hija del famoso Cúchares, y por consiguiente es cuñado de *Currito* Arjona Reyes.

Vive en aquella ciudad el simpático matador, sirviendo un empleo en la Casa-matadero público de la misma.

¡Dios le dé vida para su familia, ya que para el toreo nos la arrebató tan pronto!



MANUEL FUENTES (Bocanegra).

MANUEL FUENTES (BOCANEGRA).

Es singular lo que respecto de este matador de toros cordobes ocurre, siempre que de su mérito se trata.

Al paso que algunos aficionados le colocan al nivel, ó poco ménos, de Manuel Domínguez, otros le conceden, respecto á conocimientos ó inteligencia en el arte, tan escasos alcances, que bien pudiera decirse, sin exagerar, que le colocaban á la altura de uno de esos hombres adocenados que ni saben por dónde van, ni cuál es su puesto en la arena.

Ni unos ni otros están en lo cierto; y si dieran tregua á la pasion, observando atentamente qué es lo que ha hecho y todavía hace algunas veces Manuel Fuentes, se convencerían de que en él hay alguna de las cualidades ó requisitos indispensables que exige la profesion, por más que nosotros creamos que tambien le falta alguno de ellos.

Entra por mucho, para la celebridad de este lidiador, el entusiasmo con que sus paisanos le vieron aparecer como matador, precisamente en el mismo año en que murió *Pepete*.

considerándole, digámosle así, como heredero de sus glorias y continuador de la representacion cordobesa en el arte taurino.

Los sevillanos, por otro lado, tampoco podian recibir mal á un hombre que, sobre ser bravo en extremo, era ademas en cierto modo apadrinado por Domínguez, á cuyas órdenes había trabajado en clase de banderillero.

Pero estas favorables disposiciones del público andaluz para con Manuel Fuentes, ¿le fueron de provecho ó le perjudicaron?

No nos atreveríamos nosotros á contestar la pregunta rotundamente ni en sentido afirmativo, ni negando en absoluto.

Es indudable que por el pronto le alzaron en el concepto público, y que su presentacion en la arena hizo concebir esperanzas, que no dirémos hayan sido defraudadas, pero sí que no se han realizado por completo.

El aficionado veia en él un jóven fuerte de grandes facultades, valiente hasta rayar en temerario, que había recibido buena educacion taurina, con excelentes ejemplos que imitar, y era muy lógico creer que, dados estos antecedentes, *Bocanegra* había de ser buen torero y mejor espada.

Mas el inteligente observador advertía que faltaba al jóven torero esa calma, esa serenidad que constituye la base de la seguridad en el toreo: que sus movimientos eran, pausados sí, como deben serlo los del espada en la mayoría de las suertes, pero no tan rápidos como algunas veces lo exige la índole del toro, la colocacion del torero, ó algun incidente inesperado.

Ello es que á pesar de reconocerse en Manuel Fuentes un torero de cartel, ni ha conseguido que ningun pueblo le tenga un año entero toreando, ni que de una temporada para otra se le ajuste por empresarios; y nosotros, que sabemos hasta dónde ha alcanzado siempre el mérito de *Bocanegra*, nos explicamos esta circunstancia, porque toda Empresa se retrae mucho en ajustar un espada cuyas *cogidas* son más frecuentes en él que en otros, sin duda por efecto de su temerario arrojo y excesivo pundonor.

Madrid, que da carta de suficiencia á los toreros, no se la dió á Manuel Fuentes en el grado que la recibió de sus paisanos: en Córdoba se le dió título de sobresaliente, en Sevilla de notable, y Madrid sólo le calificó de bueno.

Quién ha sido más justo no queremos decirlo; pero conste que Sevilla y Madrid no han necesitado modificar su dictámen.

Pasemos ahora á dar á nuestros lectores noticias biográficas de este acreditado lidiador.

Es más bien alto que bajo; sin llamarle grueso en demasía, podemos decir que es más corpulento que flaco, y en él se encuentra mejor la viril fealdad que la hermosura, sin que pueda llamársele antipático.

Nació en Córdoba en Marzo de 1837, un año ántes de la desgraciada muerte del caballero matador de toros cordobes D. Rafael Pérez de Guzman, siendo el mayor de los hijos de Manuel Fuentes conocido por el mote de *Canuto*.

Desde muy pequeño, y en una cuadrilla de toreros infan-

tiles, empezó á distinguirse por su atrevimiento, y más tarde, gracias á las lecciones de Antonio Luque *el Camará*, hizo pareja al notable banderillero Rodríguez *Caniqui*, en la cuadrilla de su paisano José Rodríguez *Pepete*.

Antes de morir éste, pasó á formar parte *Bocanegra* de la cuadrilla del diestro Manuel Domínguez, en la que, si no se distinguió pareando con gracia, se le vió siempre poner muchos y buenos pares de castigo, aplaudidos con frenético entusiasmo.

Su nuevo maestro Dominguez, cuya fama se había consolidado como matador, concedió al jóven Fuentes la alternativa de espada en la plaza del Puerto de Santa María el dia de la Natividad de la Vírgen, 8 de Setiembre de 1862, y desde entónces ha sido vária la fortuna del lidiador de que nos ocupamos, si bien en un principio, como llevamos dicho, hizo concebir grandísimas esperanzas.

Recibia toros, á imitacion de su maestro, y esto ya era motivo de aplauso en una época en que casi se iba olvidando tan difícil y atrevida suerte; y si bien el manejo de muleta dejaba que desear, éste era defecto que se presumió había de corregir con el tiempo.

Efecto de la falta de prevision ántes indicada, recibió en 1863, toreando en la plaza de Sevilla, una grave herida al hacer un *quite* á su picador en la suerte de vara, y más adelante otra gravísima en un muslo el dia 16 de Agosto al matar un toro en la plaza de Ciudad-Real.

No se enfrió por eso la aficion de *Bocanegra*, ni su valor

decayó un instante; y en cuanto se repuso de su dolencia, volvió á trabajar en casi todas las plazas de Andalucía, cuyas Empresas buscaban al bravo matador, que, si bravo había sido, bravo seguía y con crecientes deseos de agradar y complacer.

En este particular nunca ha reparado en nada, con tal de que el público se mostrase con él contento y satisfecho, y eso que en 1864, si no nos es la memoria infiel, esta complacencia pudo costarle muy cara.

Trabajaba en Cádiz con general aceptacion y se presentó en la arena un toro de la famosa ganadería andaluza de Andrade, de muchos piés, *abanto* y receloso, que conforme fué tomando varas, se creció en voluntad y en malicia, en términos de que á la media docena de garrochazos entraba desarmando, y á los peones los perseguía sobre seguro y cortando terreno.

Pidió la muchedumbre que *Bocanegra* pusiese banderillas á aquel toro, y en vez de esquivar el hacerlo, puesto que no tenía obligacion de verificarlo, y con un toro de tanto *sentido* era seguro cuando ménos deslucirse, tomó los palos y se fué al bicho, que *se quedó* en el centro de la suerte, enganchó á nuestro matador y le dió una cornada en el cuello que le interesó la arteria carótida y puso su vida en gravísimo peligro.

Todo esto significa que reflexiona poco, y corrobora cuanto llevamos dicho al principio.

Tarde es ya para que medite si á determinados toros pueden hacérseles las mismas suertes que á otros, si todas las ocasiones son iguales, y si es mejor desairar á unos cuantos con-

currentes á las funciones de toros, que nunca son ni pueden llamarse aficionados inteligentes, que exponerse á perder la vida por tan perjudicial complacencia.

Un hombre como Manuel Fuentes, cuya reputacion no ha de crecer más de lo que ya lo está, no debe intentar nunca lucirse, ni por vanidad ni por exigencias ridículas.

Bocanegra fué el primero de los espadas que inauguraron en 4 de Setiembre de 1874 la nueva y magnífica plaza de toros de Madrid, y el tercero de los que tomaron parte en las funciones reales de 1878.

En cierta época no muy lejana, sus paisanos los cordobeses dividieron sus afecciones tauromacas entre *Bocanegra* y *Lagartijo*, llegando á éstos la division en el toreo en términos de que, más que competencia, podría llamarse envidiosa emulacion la que ambos sostuvieron.

Esto duró poco en verdad, porque ambos diestros, siguiendo los nobles impulsos de paisanaje y compañerismo, renovaron su antigua y cordial amistad desoyendo pérfidos consejos de gente malavenida con la paz y hasta cariño que en el ruedo deben tenerse los toreros.

Es Manuel Fuentes un hombre formal y serio, amante de su familia, buen amigo, y exacto cumplidor de sus compromisos.



ANTONIO CARMONA (Gordito)

ANTONIO CARMONA (EL GORDITO).

Todo es susceptible de mejora en el mundo.

Si así no fuera, la ley del progreso no sería verdad.

Por muchos que sean los adelantos que se hayan hecho en una ciencia ó en un arte, aún pueden hacerse más.

Y cuando se cree haber llegado á la perfeccion, se descubre ó inventa un nuevo procedimiento, que denota lo que hemos dicho: que puede progresarse.

Y tras de un adelanto viene otro, y luégo otro, que van enalteciendo el arte, si de arte se trata, pero que no puede decirse le perfeccionen, dando á esta palabra toda la extension que en sí tiene.

Nada hay perfecto en lo humano; y en el arte de torear mucho ménos, por más que se haya llegado adonde parece imposible acercarse.

Por una continuada serie de invenciones de suertes en el toreo, ha ido éste mejorando hasta el punto en que le conocemos actualmente.

A la lanza sucedió el rejon, y á éste la garrocha; al arpon las banderillas, desterrando la pica corta ó chuzo: y á la espada de mandoble ó de ancha y pesada hoja, el estoque que hoy se usa.

Infinitas las suertes que á caballo y á pié, en el campo y en el coso se han inventado y ejecutado, ofrecen ó dan lugar á hacer una observacion, que no debe pasar desapercibida.

Ninguno de los inventores de las suertes del toreo ha muerto ejecutando la que inventó, por difícil que pareciera realizarla.

Juanijon picando á caballo sobre otro hombre, Costillares matando *á volapié*. Cándido dando el salto de testuz, Móntes parando en firme, y el *Gordito* poniendo banderillas al *quiebro,* son una prueba palpable de nuestro aserto.

Podrá cualquier invencion de las referidas, y de otras que no hay para qué citar, ser más ó ménos útil, tener mejor ó peor aplicacion, pero hasta la más insignificante demuestra un adelanto.

Prueba evidentemente de cuántos modos, de qué diversas maneras el destello divino que llamamos inteligencia reside sólo en el hombre.

Con la inteligencia bien dirigida puede llegarse hasta lo desconocido, pero siempre con limitacion: porque si no, ¿adónde iría el hombre con su soberbia?

Haciendo uso de la inteligencia, el hombre vence al bruto, le burla, le doma, le extingue, si quiere.

Y para conseguir esto, y al mismo tiempo proporcionarse

grato solaz, son las corridas de toros, por los españoles inventadas, fomentadas y perfeccionadas hasta donde es posible.

Cada uno de los que en ellas han tomado parte ha procurado ejecutar las suertes á imitacion de lo que en sus maestros ha visto; otros las han mejorado, y algunos han inventado otras nuevas que han enriquecido el arte.

Entre estos últimos se halla el acreditado torero Antonio Carmona.

Describirémos como mejor podamos los principales rasgos de su notable vida torera, cumpliendo la obligacion que nos hemos impuesto.

En Sevilla, el 19 de Abril de 1838, nació Antonio Carmona y Luque, hijo de José y de Gertrúdis.

Por aficion del muchacho, por falta de recursos en los padres para darle otra carrera ó inclinarle á otra profesion, ó por causas que no conocemos ni de que saben darse cuenta á veces los individuos, Antonio, desde muy pequeño, quiso dedicarse á torear.

En corrales, en plazas, en el campo, en cuantas partes podía, se mezclaba con otros toreros, y se atrevía con las reses hasta llamar la atencion.

En poco tiempo hizo que los aficionados inteligentes se fijaran en él, empezando por figurar con ventaja por su especial disposicion para el arte entre todos los muchachos de su época.

Como cosa especial, y como medio de prueba para saber hasta dónde podía llegar ante el público, se le soltó un be-

cerro en 1854, si mal no recordamos, en la plaza de Sevilla, al que lidió y mató con notable gracia y desenvoltura.

Tenia entónces diez y seis años, y ya era torero.

Su aficion le haría avanzar y mejorar sus defectos.

Conociendo sus hermanos José y Manuel que tan brillantes disposiciones, bien atendidas y guiadas, podian conducir á Antonio á un puesto elevado en el toreo, le incorporaron á su cuadrilla, donde realmente empezó á aprender el arte.

Manejaba regularmente la capa y pareaba con gracia.

Como banderillero, se presentó agregado á la cuadrilla de su hermano José el año de 1857 en la plaza de Madrid, distinguiéndose, más que por su brega, por su fino modo de parear.

Al año siguiente, 1858, practicó en Sevilla públicamente la suerte por él inventada de poner banderillas al *quiebro* ó cambio, que por lo sorprendente y por lo que tiene de arrojada y serena entusiasmó hasta el delirio á los que la presenciaron.

Desde entónces Carmona contó por triunfos sus presentaciones en los circos, las Empresas se le disputaron, y en aquellos primeros años ganó más dinero siendo banderillero, que los mejores espadas matando.

Porque era efectivamente asombroso ver á un hombre, en el centro del redondel, atadas las manos unas veces, otras con grillos en los piés, ó dentro éstos de un pequeño aro ó del hueco de un pañuelo, llamar á un toro, verle llegar, inclinarse á un lado, y sin mover nada, absolutamente nada los piés, darle

salida por un lado, clavándole los palos, y quedándose de brazos cruzados, esperando tranquilo el aplauso que todo el público, sin excepcion, tenía que tributarle.

Si á lo dicho se agrega ver á ese hombre sentado en una silla, ó con otro hombre tendido á sus piés, esperar del mismo modo á la fiera, sin capa alguna en sus brazos, sin más que unas banderillas, muchas veces de á cuarta, el entusiasmo y la admiracion tienen que subir de punto hasta el extremo, y todo el mundo tiene que conceder al inventor grandes cualidades de torero, puesto que sin valor, serenidad y perfecto conocimiento del arte, no es posible ejecutar bien, y sin exponerse á una desgracia, suerte tan difícil y lucida.

Algunas parcialidades afectas á otros toreros negaron entónces que pudiese considerarse como suerte del toreo la de que nos ocupamos, puesto que ni estaba escrita ni se había conocido quien la ejecutase; pero pasado tiempo, tuvieron que reconocer que es una suerte tan buena y tan practicable como otras, si bien más expuesta que la del salto al trascuerno ó con la garrocha, ó la del cambio en la cabeza que ejecuta el matador que, sabiendo, tiene para ello facultades.

Siempre se han aplaudido, y con justicia, dichas suertes, y quiso criticarse la del *quiebro,* sin reflexionar que la de aquellos saltos consiste en la sorpresa, y la del cambio se ejecuta con muleta; baluarte y defensa que no tiene el *quiebro,* hecho á pié quieto y á cuerpo descubierto.

Como sucede siempre, los mismos que en un principio criticaron dicha suerte, intentaron hacerla para demostrar su poco

valor ó importancia; y el resultado, como no podía ménos, les fué fatal, sufriendo cogidas necesariamente previstas por los que sabían que era indispensable estudiar el modo de hacer la suerte, que, como todas las del arte, tiene sus reglas fijas, y no atreverse á ejecutarla sin ensayarla más de una vez, como lo han hecho despues con excelente éxito *Lagartijo*, *Frascuelo*, *Chicorro* y algunos otros, aunque muy pocos.

El *Gordito*, no sólo en dicha suerte de su invencion, sino en todas las de banderillas, ha llegado á una altura á que pocos se han acercado, clavando pares de todos modos, siempre bien y con arte; y como peon de lidia, como torero, en fin, hay hoy muy pocos, poquísimos, y no decimos otra cosa por no herir susceptibilidades, que se le puedan poner delante.

Si alguno sabe más, ó siquiera tanto, la falta de facultades le impediría andar al lado de los toros como aquél anda.

Pero en cambio, y á fuer de imparciales, tiene graves defectos como espada, que hemos de censurarle, con el temor de que, por ser ya inveterados, no se corrija de ellos.

El toreo movido, que en un banderillero es disculpable, no le admitimos, no le queremos nunca en el matador, á quien exigimos siempre los piés parados.

Nos importa poco que Carmona maneje bien generalmente la muleta, si al dar las salidas se sale él tambien, ó al marcar un cambio fia más en la fuerza de piernas que en la seguridad de la ejecucion de la suerte con el brazo.

No le perdonamos nunca que desde el año de 1862 en que tomó la alternativa, hayan sido muy pocas las veces que

se le ha visto irse por derecho á los toros, y ménos las en que ha intentado traérselos.

Su muleta es de defensa ciertamente, pero de *mareo.* si se nos permite la frase: su toreo es delicado, esmerado, pero no es fino, ni clásico: se aparta tanto de Ronda, como se acerca á San Bernardo.

Carmona es digno de figurar entre los primeros como buen torero; su trato como particular ha sido siempre decente y honrado; y segun dicen, desde que casó en 1864, su fortuna, ya respetable, ha ido en aumento, siendo de las mayores que entre los de su clase se conoce.

¡Lástima es, y grande, que un torero de sus circunstancias y conocimientos no pueda torear en Madrid!

Ninguno de los aficionados que hoy viven ignora la causa.

No es atribuible á sus defectos como espada, y mucho ménos como torero.

Fué producto de una intriga envidiosa, injusta y torpemente provocada, tal vez contra la voluntad de los contrincantes.

Por lo demas, en toda España y Portugal se aprecian de tal modo las condiciones tauromacas del *Gordito,* que de él se habla en todas partes con entusiasmo, reconociéndole mérito superior.

En Madrid mismo, centro de la inteligencia tauromaca, se le tiene en mucho por los aficionados como buen torero; pero Madrid no perdona.

Por fortuna, en la intriga que deploramos no tuvieron

parte los toreros madrileños; los andaluces la fraguaron y la llevaron á cabo, aprovechando los elementos que para todo ofrece la corte.

Antes de concluir no debemos pasar en silencio un rasgo noble y elevado de Antonio Carmona, que ligeramente va referido en otro lugar de este libro.

Valencia le presenció hace pocos años, y no le olvidará nunca. Como que salvó á aquel pueblo de muchas desgracias.

Iban á celebrarse las corridas de toros que con tanta esplendidez prepara todos los años la ilustrada Junta de Beneficencia de aquella ciudad.

Dos dias ántes de la primer corrida llegó el *Gordito,* que estaba contratado para todas, y al dia siguiente esperábase el ganado, que en cajones era conducido desde Madrid por el ferro-carril del Mediodía.

Llegó en efecto; pero ántes de sacar de los vagones los cajones en que las reses venían encerradas, una de éstas, de la ganadería de D. Antonio Hernández, de Madrid, rompió su celda y se salió, acometiendo cuanto á su paso encontró.

La estacion del ferro-carril en Valencia está muy próxima á la ciudad.

Si allí penetraba el toro, quién sabe el número de desgracias que podían haber ocurrido.

Por otro lado, ¿quién le detenía, quién iba á traer los cabestros, sacándolos de su encierro?

El conflicto era grandísimo. Pero Antonio Carmona, exponiendo su vida, le conjuró.

Mandó que trajeran los cabestros miéntras él entretenía la fiera.

Así fué; se quitó la prenda de vestir que le cubría los hombros, y que no queremos nombrar porque su nombre es frances, y colocándola en el baston, dió con ella tantos *pases* al toro y de tantas maneras, que le paró.

Cuando el animal intentaba alejarse, se colocaba delante con su improvisada muleta y repetía la arriesgada operacion, hasta que dió lugar á la venida del cabestraje.

Díjose entónces que se había instruido expediente para conceder á Carmona la cruz de Beneficencia. ¿Para qué? ¿Equivaldría ésta á la satisfaccion de su amor propio, cuando se vió vitoreado por todo un pueblo que con lágrimas de agradecimiento le acompañó emocionado?

Ni cruces, ni honores, valen tanto como la explosion de amor de un corazon agradecido.



RAFAEL MOLINA (Lagartijo).

RAFAEL MOLINA (LAGARTIJO).

Aunque la pasion ó la envidia nieguen suficiencia á determinadas personalidades para ocupar el puesto á que han llegado, hay que convenir forzosamente en que sólo *el que vale* puede sobresalir entre los demas para conseguir aquél.

Podrá muchas veces subir más de lo regular en un arte, en una ciencia, en la milicia, en política, el que no valga tanto como otro; pero alguna circunstancia faltará á éste que poseerá aquél en alto grado.

Tendrá uno modestia exagerada y el otro audacia y atrevimiento; tal vez adornen al primero mayores virtudes que al segundo; pero éste habrá tenido la fortuna de ponerlas de relieve, miéntras que las del otro serán completamente ignoradas.

De todos modos es indudable que sin verdadero mérito no es posible colocarse á gran altura.

Si alguna vez el ignorante por atrevido ha escalado dicha posicion, ¡qué pronto ha descendido de ella! ¡Y de qué manera!

Nadie ha vuelto á acordarse de él más que para burlarse de su ridícula pretension.

Pero al que, llegando á la altura, se le ve firme en aquel terreno, que en él se sostiene, que asciende más y sólo le faltan pocos pasos para llegar á la cúspide, sin perder su movimiento de avance, á ése, siendo justos, no hay más remedio que concederle *qué vale*.

Esto le sucede á Rafael Molina en el toreo.

Se ha colocado en uno de los primeros puestos, y en él se ha mantenido con planta segura: si no ha llegado á la cúspide es porque á ésta llegan poquísimos en un arte tan difícil y arriesgado.

Con su trabajo, con su inteligencia, con su buena voluntad, ha llegado á uno de los más altos escalones.

Es verdad que en él se ha parado; pero esto puede atribuirse á diferentes causas.

Puede ser una la de no haber conocido él en aquella cúspide torero alguno á quien envidiar ó disputar el puesto; puede tambien que viendo á su mismo nivel á algunos, aunque pocos compañeros, haya pensado lucir mejor entre ellos, áun sin sobresalir, que entre otros de ménos importancia; y es tambien muy posible que conozca que, de no haber subido ántes los pocos escalones que le faltan para ascender al pináculo, ya le sería muy difícil y trabajoso conseguirlo.

Un hombre que lleva toreando treinta años, ha de estar forzosamente más cansado que el que lleve diez.

Sabrá más aquél, porque la experiencia ha de haberle en-

señado mucho, pero practicará ménos que el jóven; y aunque Rafael es fuerte y robusto y le quedan muchos años de torero, no ha de hacer más de lo que hace hoy (y es bastante), ni ha de cometer la calaverada de intentar suertes expuestas y arriesgadas como lo ha hecho cuando tenía veinticinco ó treinta años.

Más adelante apreciarémos su mérito, tal cual hoy es y como imparcialmente nos parece.

Para unos pecarémos de más, y para otros de ménos.

Quite cada uno lo que le disguste, y añada lo que mejor le parezca para su uso especial, que para el del público habrá que pasar sin remedio por nuestra apreciacion.

Empecemos, pues, la biografía de este afamado diestro.

Rafael Molina, á quien desde muy pequeño dieron sus paisanos el apodo de *Lagartijo,* nació el dia 27 de Noviembre de 1841.

Córdoba, la de los recuerdos árabes, le vió nacer, crecer y desarrollarse.

Como que allí vivían sus padres Manuel Molina, conocido por el mote de *el Niño-Dios,* y María Sánchez, hermana de un torilero á quien llamaban *Poleo,* los cuales contrajeron matrimonio en 1840.

Dedicado dicho Manuel al oficio de banderillero por los pueblos y ciudades donde encontraba ajustes, no podía estar en su casa tan frecuentemente como hubiera querido, y ésta fué la razon de desatender la educacion de su hijo Rafael, que ántes de ser mozo sabía más de toros que de letras.

En cuantas ocasiones pudo, tomó parte en lidias de novillos, vacas y becerros, en el campo, en el matadero y en las plazas; y esto siendo niño aún, muy niño.

Tanto es así, que ántes de cumplir nueve años de edad, ya trabajó como banderillero de cartel en una novillada que en Córdoba tuvo lugar en el mes de Setiembre de 1852, dispuesta por el Ayuntamiento de aquella ciudad con motivo de la feria y para un objeto beneficioso al pueblo.

Volvió á trabajar en la misma plaza el segundo dia de Pascua de Navidad de dicho año, y desde entónces, con la cuadrilla á cuyo frente como espada figuraba Antonio Luque, recorrió muchas plazas de la Mancha y Andalucía, recogiendo gran cosecha de aplausos y poco caudal metálico, pero mucho de práctica y conocimientos de tauromaquia.

Era Rafael entónces pequeño de estatura, casi más pequeño que todos los de igual edad, muy compuestito, muy ligero y atrevido, y por lo tanto muy simpático.

A su ligereza, á su viveza ratonil, debe el llamarse *Lagartijo*.

Se movía tanto, esquivaba con tal celeridad los *derrotes* y rehuía tan fácilmente el *encunarse* cuando iba alcanzado, que sólo á un bicho como la lagartija podía comparársele en determinadas ocasiones.

El 8 de Setiembre de 1859 fué el primer dia en que tomó parte como banderillero en corrida formal de toros celebrada en Córdoba, y desde esta fecha empieza realmente á considerársele como torero.

Pero no hay que perder de vista que llevaba ya más de ocho años de ensayos.

Más tarde, tuvo Rafael la suerte de formar parte de la cuadrilla de José Carmona, luégo de la de Manuel Carmona, y finalmente de la de Antonio Carmona *el Gordito,* que, como dice un entendido escritor, habían llamado la atencion en todas partes con el estrépito de su fama.

Trabajó mucho con ellos, tanto en España como en Portugal, y puede decirse que desde esta época (1862) perfeccionó su trabajo, le dió carácter.

Su anterior modo de torear, ligero y atolondrado, fué corregido por el de los Carmonas, particularmente el de Antonio, movido, inquieto, pero seguro y vistoso.

La oportunidad en los *quites* á los picadores, el cambio ó *quiebro* poniendo banderillas, y el parear en corto y andando, le dieron crédito y reputacion.

En ménos de dos años se hizo torero de primera nota, en términos de que apénas repuesto de una grave herida que en Agosto de dicho año le causó un toro en la plaza de Cáceres al ponerle banderillas, se le contrató para matar cuatro toros en la plaza de Bujalance, pueblo de importancia en la provincia de Córdoba.

Esta fué la primera vez que tomó en sus manos el estoque, segun nuestras noticias.

Siguió en la cuadrilla del *Gordito;* trabajó en Madrid cuando éste estuvo contratado en 1863, y sus adelantos fueron marcándose ostensiblemente, hasta el punto de que en el

siguiente de 1861 fué parte integrante de dicha cuadrilla para todo el año, puesto que en el anterior sólo ocupó plaza de agregado por estar completa.

Fué, pues, banderillero de número, si así es más fácil entendernos.

Trabajó mucho, aprendió más de los notables Muñiz y *Cuco*, de quienes no pudo ser rival, á pesar de que lo dice el señor Pérez de Guzman, porque para llegar al primero le faltaba entónces mucho á *Lagartijo*, y para acercarse al segundo hubiera tenido que saber más *cuquerías*, y en la brega se le vió oportuno y eficaz.

Mató con vária fortuna algunos toros que le fueron cedidos, y cuando acababa de estoquear á uno de Miura en la plaza de Madrid el 3 de Julio del último año citado, muy á satisfaccion del público, ocurrió una desgracia que pudo tener fatales consecuencias.

Estaba el muchacho contento y *fuera de sí*, recibiendo los plácemes, vítores y aplausos de la multitud, porque había acertado á matar á aquel toro de una soberbia estocada, cuando se abrió la puerta del toril, que dió salida á un toro de Concha-Sierra.

Partió éste, sin hacer caso de caballos ni de capas, en recta direccion á *Lagartijo*, y éste, á quien el triunfo anteriormente obtenido le tenía envalentonado, adelantóse á los *medios*, sin reflexionar que no tenía ya tiempo para hacer el *recorte* que intentó, y fué enganchado por un muslo, herido y volteado.

Ni este lance, ni el que vamos á referir en seguida, los hubiéramos detallado, si no condujeran á manifestar el modo con que la Providencia condujo á *Lagartijo* á ser tan pronto espada afamado.

Y no lo hubiéramos dicho, porque nos parece cansado y monotono ir relatando uno por uno todos los lances y sucesos en que cada torero tomó parte, dando sabor de efemérides á lo que son biografías, y juicio crítico del mérito del lidiador.

Nuestros constantes lectores recordarán lo que dijimos en la biografía de Antonio Sánchez *el Tato* cuando su célebre competencia en Cádiz con el *Gordito:* de consiguiente, no hemos de reproducirlo aquí, más que por evitar repeticiones, por apartar recuerdos que disgustan.

Retirado en el primer toro de la arena el simpático Sánchez, quedó solo para matar los doce bichos anunciados Antonio Carmona *el Gordito*, que para aliviarse de trabajo y con el fin de complacer á los gaditanos que con empeño lo pedían, cedió algunos toros á *Lagartijo*.

Estuvo fresco, bravo y acertado.

Lo mismo sucedió en Bilbao, Valencia y otros puntos donde aquel año toreó.

Lagartijo empezaba á cimentar su reputacion como espada; como banderillero, la tenía sólida y bien sentada.

Por fin en Úbeda mató alternando con el *Gordito* en fines de Setiembre de 1865, y en el mes siguiente tomó la alternativa en Madrid.

Su fama fué en aumento como no podía ménos; pero no

faltaron toreros entónces más afamados que considerasen á Rafael como lidiador mucho más inferior á ellos, y esto sin duda motivó desavenencias sensibles entre él, *Bocanegra*, *Cúchares* y algun otro.

¿Tenían éstos fundamento para quejarse de Rafael?

No lo sabemos: ignoramos las causas que produjeron aquellas excisiones, y no podemos juzgar.

El carácter de Rafael, segun lo que en él se observa á primera vista, es indolente, reservado y poco comunicativo: pero en la lidia se le advierte siempre el deseo de sobresalir.

Efecto de su apatía, más general de lo que en muchos casos conviene, *deja hacer* cuando no hay quien le dispute sus laureles, y á veces sobre ellos duerme.

Por el contrario, si teme que otro le lleve ó quite los aplausos, hace todo género de esfuerzos para conservarlos y áun para arrancárselos á quien los tiene.

Aquellos acreditados espadas, célebres ya por su mérito y antigüedad, ¿confundirían la emulacion con la envidia?

Diferentes cogidas ha tenido *Lagartijo* en distintas ocasiones, siempre por muy confiado y poco cauto.

Nuestro juicio crítico ha de reducirse á mucho ménos de lo que quisiéramos, y áun así y todo, estamos seguros de que álguien encontrará algo que sóbre, porque no le guste.

¡Es tan difícil hacerse querer al que dice la verdad!

Rafael Molina, cuyas facultades puede ver mermadas muy pronto si no cuida más de su salud, algo quebrantada ya, es, como hemos dicho, un torero confiado. . .

Ve llegar los toros como pocos, y los *consiente* como nadie.

Su muleta no es todo lo buena que debiera y que él pudiera hacer fuese, puesto que algunas veces da *pases* de defensa y de castigo á la perfeccion.

No sucede esto en la mayoría de los casos en que no concluye los *pases*, y en aquellos mal llamados *pases cambiados*, ridículo remedo de los de pecho, que algunos necios aplauden.

A veces se encorba *al pasar;* alguna, para disimular su arranque de largo, da un paso atras como para tomar carrera, y esto es feo.

Y por último, ni ha aprendido, ni probablemente aprenderá á *recibir* toros; suerte principal del toreo, que, por no ejecutarla él y algunos otros matadores, es posible se olvide ántes de mucho.

El torero que hoy la ejecute bien, será *el primero de todos;* que no es torero perfecto el que la ignore.

La opinion general le coloca hoy entre los primeros y más reputados matadores.

En esto no hace el mundo más que justicia, porque Rafael vale mucho, conoce las reses y se arroja al *volapié* como pocos.

Cuando dice «quiero», se le puede ver; pero ¡si quisiera siempre!

. . . .

Para concluir, y con el objeto de que nuestros lectores ó aquellas personas que creyeron hallar antagonismos entre el *Tato* y *Lagartijo* desvanezcan la idea que sobre ello tuvieren,

vamos á insertar la leyenda grabada en la hoja del estoque que por última vez empuñó el desgraciado *Tato*, y que regaló á Rafael Molina por haber estado á su lado en lance tan supremo, y rematado la res con la misma arma.

Dice así:

«Si como dicen los filósofos, la gratitud es el tributo de las almas nobles, acepta, querido *Lagartijo*, este presente: consérvale como sagrado depósito en gracia á que simboliza el recuerdo de mis glorias, y es á la vez el testigo mudo de mi desgracia: con él maté el último toro llamado *Peregrino*, de D. Vicente Martínez, cuarto de la corrida verificada el 7 de Junio de 1869, en cuyo acto recibí la herida que me ha producido la amputacion de la pierna derecha. Ante los designios de la Providencia nada puede la voluntad de los hombres: sólo le resta el conformarse á tu afectísimo amigo—*Antonio Sánchez* (Tato).»



FRANCISCO ARJONA REYES (Currito).

FRANCISCO ARJONA REYES (CURRITO).

No quiso conceder la Providencia á *Curro Cúchares* la dicha, que para él era grande, segun los deseos que siempre mostró por ello, de ver en su familia un hombre de aventajada carrera, de *estudios*, como él decía, que con su inteligencia en los asuntos públicos y particulares, hubiera podido en su dia estar al frente de su casa y hacienda, dirigirla y, cuidándola, aumentarla.

Conocía *Cúchares* que sabía ganar dinero como ninguno; pero comprendió tambien que no sabía administrarlo.

No lo tiraba, no derrochaba, como otros de su profesion han hecho en bromas y francachelas, y sin embargo, aunque no pobre, dejó pocos bienes á su fallecimiento, habiendo tenido muchos.

Hizo cuanto pudo por conseguir el fin que hemos indicado.

Dedicó á los estudios á su hijo Felipe, despues de la primera enseñanza, haciéndole ingresar para la segunda en un

acreditado colegio que hubo en Carabanchel, cerca de Madrid, y costeándole con esplendidez más tarde una carrera literaria, en que el mozo, aprovechando su natural despejo, sobresalía con ventaja entre sus compañeros.

Mucho esperábamos de él los que le conocimos, porque á su buen entendimiento había que agregar una desenvuelta elegancia y trato social impropios de sus cortos años.

Más que nosotros aún, esperaba su buen padre, que, loco de contento, no sabía qué hacerse con el chico cada vez que en los exámenes obtenía favorables notas.

Muy natural era todo esto, y mucho tambien que en su imaginacion pensase retirarse un dia del toreo, y siguiendo los consejos de su hijo, consolidar su fortuna y acrecentarla.

No quiso Dios, volvemos á decirlo, concederle tal favor.

Felipe enfermó ántes de concluir su carrera, y murió en la flor de su juventud.

Cuando *Cúchares*, pasadas las primeras impresiones de dolor y pena, calculó que su otro hijo Francisco podía continuar una carrera y sustituir á Felipe para el plan que se había propuesto, ya era tarde.

Estaba en el jóven *Currito*, que así le llamaron desde muy pequeño, más arraigada de lo que su padre sabía la aficion al arte en que tanto sobresalieron sus antepasados.

Miéntras el padre trabajaba en todas las plazas de España y Portugal, permaneciendo por esta razon ausente de su casa más de la mitad del año, el hijo, siendo niño aún, aprendía en el matadero, en Tablada y en pueblos donde había novilla-

das, cómo se debe andar al lado de los toros, y cómo burlarlos y castigarlos.

Llegó á hacer esto sin grave detrimento personal, y llegó tambien á matar toros con valor y arte ántes de cumplir diez y ocho años.

Su buena madre, María Dolores Reyes, no pudo conseguir que *Currito* abandonase ejercicio tan peligroso, y lo avisó á *Curro Cúchares*, para que tomase una determinacion, como jefe de la familia.

Al volver éste á su casa de Sevilla en 1864 y enterarse de que la aficion de su hijo había pasado de la teoría á la práctica, quiso ver si podría prometerse de la destreza y serenidad del mozo un éxito lo más seguro posible, para librarse del riesgo que la lidia tiene en sí.

Presenció más de una vez cómo toreaba *Currito*, observó que tenía más calma de la que podía concederse á sus pocos años, y notó que no le eran completamente desconocidas las reglas del arte.

Alguna vez hasta llegó á entusiasmarse viendo á su hijo matar un toro.

De modo que, enteramente convencido de que no podría apartarle de aquella senda, juzgó prudente, y en ello hizo bien, ayudarle y *empujarle* en su carrera ántes de que le pudiese faltar el poderosísimo apoyo suyo.

Le incorporó á su cuadrilla, le llevó á muchas plazas, le hizo en ellas matar con frecuencia reses nobles primeramente, y de algun cuidado despues, y por fin le dió la alterna-

tiva como espada en la plaza de Madrid el dia 19 de Mayo de 1867.

En aquel dia cumplía *Cúchares* cuarenta y nueve años.

El hijo recibía el grado de licenciado en el arte taurino en el mismo pueblo que á su padre vió nacer y cuando escasamente tenía veintidos años, puesto que *Currito* nació en Sevilla en 20 de Agosto de 1845.

Mató un toro de la ganadería del marqués de Hontivéros. Era el bicho receloso, á consecuencia de una cornada recibida en el costillar izquierdo, y se defendía en la muerte, que le fué dada de un buen *volapié* aprovechando.

Desde aquel momento *Currito* se captó las simpatías del público de Madrid, que constantemente se las ha demostrado.

No tiene ménos en Sevilla: le quieren allí como se merece, y los aficionados le distinguen con su aprecio y consideracion.

A caballo, en la faena de campo acosando y derribando reses, su especialidad es reconocida por todos.

En el redondel, como espada, dice el señor Velázquez, y es verdad, «Arjona Reyes, en su toreo, marca el tipo seco y bravo de Móntes y Domínguez, separándose de la escuela de movimiento de *Cúchares* y el *Tato*».

Nosotros, en vez de usar la palabra *escuela*, hubiéramos dicho *estilo*.

No sabe tanto como su padre, pero en el redondel guarda mayor formalidad y compostura.

Si de aquél no ha aprendido nada, no es suya la culpa

ciertamente; en primer lugar, porque *Cúchares* tenía, como hemos dicho en otra parte, un juego especial con la muleta imposible de ser enseñado ni comunicado á nadie; y ademas, porque *Currito* ha adoptado un toreo más serio, un *toreo verdad*.

En éste es más difícil sobresalir; pero no le importe, que el buen aficionado, el inteligente verdadero, apreciará este trabajo en lo mucho que vale.

¡Lástima es que no haya maestros de quienes pudiera aprender la perfeccion de las suertes supremas del toreo, y corregir los defectos que tiene, tal vez contra su voluntad!

Nosotros, al aconsejarle que no se aparte de la buena senda, le reprendemos duramente su flemática parsimonia en la mayor parte de los casos.

¡Qué tiempo pierde muchas veces! ¡Cómo aburre á los toros y al público!

Y en cambio en otras ocasiones, ¡qué pases tan limpios y completos! ¡Qué estocadas tan por derecho!

Si *Currito* estuviese siempre *queriendo*, pocos se le pondrían por delante: pero *no quiere*, y esto le perjudica.

Le falta la sangre de su padre, que en el hijo tiene más linfa.

Jóven, simpático y garboso, pero de carácter negligente, no hace de sus verdaderos amigos el caso que debiera; y no es por desatento, ni porque los desprecie, es..... por indolencia.

Cuéstale trabajo salir de casa para visitar á un amigo, aunque éste le pueda proporcionar un buen ajuste; y por no mo-

verse de un sitio en que esté conversando con cuatro camaradas, es capaz de retrasar el cobro de la nómina ocho dias.

Si esto es á la edad de treinta y cuatro años, ¿qué va á ser *Currito* cuando tenga quince más?

Sacuda esa pereza, demuestre actividad, que inteligencia no le falta ni facultades tampoco, y nos agradecerá el consejo.

¡Vale tanto la decision á tiempo!



SALVADOR SANCHEZ (Frascuelo).

SALVADOR SÁNCHEZ (FRASCUELO).

Cuando un hombre tiene la suficiente fuerza de voluntad para conseguir el fin que se propone, rara vez deja de llegar á él.

Podrá encontrar al paso muchos estorbos, mil contrariedades que harán difícil la realizacion de su plan; pero salvando los unos, apartándolos y sufriendo las otras con ánimo perseverante, llegará, no hay que dudarlo, á rebasar el límite de sus aspiraciones.

La voluntad es uno de los dones más preciosos que al hombre le han sido concedidos; y si va acompañada de la paciencia, mejor dicho, de la constancia, que es una gran virtud, el hombre seguramente, fuerte con ellas, hará cuanto sus deseos le pidan, cuanto su imaginacion alcance, cuanto sea posible en lo humano.

Sólo Dios puede torcer aquella voluntad, ó extinguirla.

Una prueba evidentísima de que estamos en lo cierto, es la personalidad del que encabeza esta biografía.

Salvador Sanchez Povedano, siendo jóven, adolescente, casi un niño, soñaba en Madrid con riquezas, caballos y trenes que habían de pertenecerle, que había de poseer como suyos.

No pensaba por el momento, no sabía cómo llegaría á adquirir tantos bienes como su imaginacion acariciaba; pero tenia profundísima fe en conseguirlo, y en su pecho nunca se albergó la duda.

Pasaba desapercibido al lado de los potentados, envidiando sus trenes; meditaba sobre la diferencia de clases, y quejábase en secreto de su mala suerte.

Si él hubiese podido estudiar, comerciar, ó de otro modo llegar á ser rico, hubiera abrazado con empeño los estudios, el comercio sería su elemento, y por todo habría atropellado hasta conseguir su objeto.

—Sin dinero, ¿qué es un hombre en el mundo?—se decía á sí mismo.—Si al ménos al que no le tiene, pero es honrado, se le considerase como al *rico*, yo me contentaría con ser notable en un arte ó en un oficio cualquiera; pero tan desapercibido como ahora sería para la sociedad. Quiero, pues, ser rico, no sólo por el placer de serlo, sino porque me consideren.

Desgraciadamente, el oscuro mozalbete no tenía recursos de ninguna clase, ni padrinos ni amigos con quienes poder contar.

Todas las puertas estaban entónces para él cerradas.

Su voluntad, sin embargo, las abrió.

Y de tal modo lo hizo, que consiguió no se cerrasen tras él, ni se las hiciesen repasar avergonzado.

Vió que los toros *dan* y *quitan,* que aplicándose podía ser torero, y abandonó el aprendizaje del oficio de papelista-decorador, que empezó al lado de su hermano, decidiéndose á lidiar toros con firmísima voluntad.

Peligroso era emprender la práctica de un arte cuyo ejercicio cuesta tan caro muchas veces.

Aun en el caso de lograr el fin apetecido, sin grave detrimento personal, era muy posible que, desprovisto de toda proteccion, se quedase en oscuro lugar de la tauromaquia.

Pero á un jóven valiente, con fe y entusiasmo, ¿qué inconvenientes pueden arredrarle?

Empezó por correr *moruchos* de los que en confuso tropel se sueltan en las novilladas, consiguió trabajar de balde en los embolados, y alcanzó por fin torear las reses de punta en las mismas funciones.

Veíase en él un muchacho atolondrado, un mozalbete que todo lo intentaba, que todo lo quería hacer y que nada sabía.

Sin embargo, los aficionados no se equivocaron.

Aquella audacia, aquel valor, aquel afan de imitar, denotaban especiales dotes.

Su voluntad era de acero.

Con dichas circunstancias, y reuniendo Salvador las dos primeras condiciones necesarias para ser torero, fácil era que alcanzase la tercera.

De tal modo dominaba en él un marcadísimo espíritu de imitacion, que, como vulgarmente se dice, sin encomendarse á Dios ni al diablo, intentó y ejecutó perfectamente el difí-

cil *quiebro en la silla* poniendo banderillas á un toro de puntas en una corrida de novillos, cuando era desconocido como torero.

El pueblo de Madrid, tan entendido como el que más, aseguró á Salvador Sánchez un gran porvenir en el toreo desde que le vió entrar á formar parte de la cuadrilla de Cayetano Sanz en el año de 1866.

Con tan buen maestro, y con tan espléndidas facultades como la Naturaleza dió á Salvador, mucho debía esperarse de éste, mucho exigírsele; y efectivamente, se le vió detenerse más, pararse en las suertes y tomar el derrotero de la buena escuela.

Madrid le alentaba con sus aplausos: hasta le dió carta de naturaleza, suponiendo y considerando como madrileño al que había nacido en Churriana, pueblo de ménos de dos mil almas en la provincia de Granada, el dia 21 de Diciembre de 1844, siendo hijo de José y de Sebastiana, nada más que porque en Chinchon, á seis leguas de la corte, pasó sus primeros años.

Hízole adoptar el sobrenombre de *Frascuelo,* que pertenecía á su hermano, y le elevó hasta el punto de que los espadas de temporada le cediesen algunos toros para estoquearlos.

En esto fué vária su fortuna, porque al principio se *atropellaba* con los toros, y los espectadores temian por su vida.

Sin embargo, no tardó mucho en dominarse, en que su decidida VOLUNTAD se impusiese á sus juveniles arrebatos, y consiguió ser matador de toros de *cartel.*

Despues de haber trabajado como sobresaliente ó media es-

pada en diferentes plazas al lado de Cayetano, del *Tato* y de otros primeros matadores, recibió por fin la alternativa en la plaza de Madrid el dia 27 de Octubre de 1867.

Estaban cumplidos sus deseos: el sueño de su niñez se había realizado; el mozo era un hombre, el pobre era rico.

Ya podía tener alhajas y caballos, ya le era lícito entablar relaciones con una mujer sin temor á los desdenes, ya no esquivarían su trato los de alta posicion social, y pensando en esto siempre, realizó á *fuerza de voluntad* y tenacidad cuanto en otro tiempo se propuso.

Vistió con lujo; montó caballos de los que están de *non* en Madrid; compró fincas rústicas y urbanas; contrajo matrimonio en 1.° de Agosto de 1868 con la bella Doña Manuela Alvarez, hija del honradísimo traficante del mismo nombre: boda que dió mucho que hablar por el boato, la ostentacion y gran número de limosnas con que fué celebrada; frecuentó los salones de la aristocracia, siendo en ellos bien admitido, y... hasta sentó á su mesa ministros en ejercicio y otros primeros magnates de la nacion.

¡Quién lo había de decir! ¡El ignorado mozo, el oscuro pobre, frente á frente en cordial y franca amistad con altos personajes y principales damas de la nobleza!

¿Puede darse mejor prueba de lo que es capaz de conseguir un hombre con persistente fuerza de VOLUNTAD?

Pero continuemos.

Desde que *Frascuelo* (así le llamarémos, puesto que así le llaman) tomó la alternativa, y áun ántes de tomarla, ha hecho

con los palos, con el cuerpo, con la capa, con la muleta y con el estoque cuanto otros hayan ejecutado.

Si una vez, dos ó más, las suertes no han salido bien hechas, no por eso ha desanimado; ha vuelto á intentarlas, y puede decirse que *todo* lo ha practicado en ocasiones á la perfeccion.

Ha descuidado algo la muleta desde que no tiene ejemplos activos que imitar, y en la suerte de *recibir* no es de tan francos movimientos como quisiéramos nosotros.

Si hubiese tenido de quién copiar, de quién aprender dicha suprema suerte del toreo, es indudable que la hubiera practicado con entera sujecion á las reglas del arte; pero con solos sus buenos deseos no ha hecho más que *recibir* de un modo especial y expuesto, no dando salida suficiente con la muleta.

Recibir es, no hay que negarlo, y hace mal quien lo desmienta; pero se aparta de lo que el arte previene, de lo que han hecho los grandes maestros.

Así y todo, nos daríamos por contentos si todos los matadores procurasen *recibir* toros como Salvador.

Ya perfeccionarían la suerte: todo es empezar.

Ofrece, sin embargo, una rara particularidad el especial modo de *recibir* toros de este matador, que nos ha llamado la atencion.

Hemos dicho que es expuesto, porque no da suficiente salida con la muleta; y esto que todo el mundo conoce, y áun él mismo estamos seguros que no lo ignora, era lo que debía proporcionarle frecuentes cogidas indudablemente.

Pues á pesar de ello, en las muchas veces que le hemos visto intentar, y otras *recibir* toros, nunca le hemos visto enganchado, como parece forzoso cuando no se da salida ámplia á la res.

Sufre el fuerte encontronazo á pié quieto, como debe ser, cuando coge huesos; sale trompicado de la cabeza de la res cuando toma los *blandos*, y él no se mueve y da poca salida; luego es raro que no sea cogido.

La explicacion vamos á darla como nosotros la comprendemos.

Salvador se coloca perfectamente *enhilado*, corto y en buena postura; tiene valor, cita y espera; arranca el toro, le guía bien con la muleta, quebrando lo suficiente (1), pero no adelanta el brazo del estoque para herir en tiempo oportuno, sino que aguarda á que el toro se encuentre con la punta, y entónces consuma la suerte.

Sucede con esto que el matador lleva el encontronazo, y á veces perdería terreno si sus piernas de acero no pudieran resistirle; y acontece tambien que se crea mal ejecutada una suerte en que, si algo ha habido para hacerla, ha sido exceso de confianza y valor, siempre dignos de aplauso.

Arrancando, y sobre todo *encontrándose*, es *Frascuelo* mucho más seguro que con los toros faltos de patas, á quienes

(1) José Redondo decia que para evitar las estocadas atravesadas en la suerte de *recibir*, el cuerno derecho del toro debía rozar la guarnicion del calzon del mismo lado.

él va; y más diríamos, si el propósito que hemos hecho de hablar poco del mérito de los lidiadores de primera línea en activo ejercicio no nos lo impidiera.

Aconsejámosle, sin embargo, que no desmaye ni abandone la suerte de *recibir,* sin saber ejecutar la cual ninguno es diestro completo; y él puede serlo, porque es inteligente y bravo.

Por consecuencia de su valentía y temerario arrojo, han sido várias las cogidas que ha sufrido en distintas ocasiones; pero ninguna tan grave como la que sufrió en la plaza de Madrid en la tarde del 15 de Abril de 1877 por el toro *Gindaleto,* que llamaron *Lagartijo,* de la ganadería de Adalid, que va explicada en el lugar correspondiente.

Pudo costarle la vida tan terrible lance; pero la verdad es que Salvador recibió entónces por dicho motivo tan universales muestras de aprecio y cariño de toda España y áun del extranjero, que creemos no las olvidará en su vida.

Las inmediaciones de su casa, miéntras estuvo enfermo, estuvieron literalmente llenas de aficionados y de gente interesada en saber de su estado.

En las listas de visitantes figuraban por miles los vecinos de Madrid altos y bajos, obreros y títulos de Castilla, señoras y caballeros, mujeres y hombres artesanos que se agolpaban á inscribirse.

Todos los periódicos daban parte por mañana y tarde del estado del enfermo; el telégrafo jugó para España y el extranjero con el mismo fin, y Madrid entero no hablaba de otra cosa que de la cogida y estado de *Frascuelo.*

Pero lo que más llamó la atencion, lo que demuestra que el hacer bien siempre tiene su recompensa, fué la conducta del noble pueblo de Chinchon, en esta provincia.

Hemos ántes indicado que Salvador pasó algunos años de su primera edad en dicho pueblo; pero lo que no hemos referido, y sí debemos hacerlo, es que desde el momento en que mejoró de posicion, Salvador ha sido para muchos pobres de aquel vecindario el verdadero *salvador* de sus vidas.

Nunca han acudido á él en vano los vecinos de aquel pueblo; anualmente da una funcion de toros en la plaza del mismo á beneficio de los pobres: allí ha comprado fincas, á cuyo frente están habitantes de dicha villa; y si se fuesen á sumar las limosnas que tiene repartidas entre los mismos, grande sería la cantidad.

Llegó á la referida villa en la noche del mismo dia la fatal noticia de la cogida de *Frascuelo,* y ántes de que se divulgase, los pocos que de ella tuvieron conocimiento tomaron en el acto el camino de Madrid.

Al dia siguiente, que corrió por todas partes tan triste nueva, cuantos vecinos pudieron abandonaron sus casas, y á caballo ó á pié á Madrid se encaminaron.

No eran sólo los pobres, los agradecidos, los que venían; eran tambien los que, aunque no sea para ellos precisamente el importe material de la limosna, recogen el fruto de la misma. El párroco, el alcalde y todo el ayuntamiento de Chinchon quisieron ver al que muchas veces había socorrido indigencias y aliviado penas, y el testimonio del cariño de todo

un pueblo debe enorgullecer á *Frascuelo* más que todos los aplausos que en el redondel conquiste.

Estos, aunque merecidos, se tributan por el placer ó agrado que al espectador proporcionan.

Aquel cariño, aquel amor, es hijo de la caridad, que es la primera de las virtudes.

Nada hubiéramos dicho de este suceso, si no creyésemos conveniente poner de relieve las buenas cualidades de los toreros, enfrente de las intencionadas apreciaciones que de ellos se hacen, calumniándolos y despreciándolos.

Sabemos que es honrado, buen esposo y mejor padre de familia. Dicen algunos que tiene mucho *jumo* en la cabeza; pero como nunca le hemos tratado, nada podemos decir de esto, ni realmente nos importa: juzgamos al torero, no al hombre.

Los aficionados quieren que su MEMORIA sea eterna como matador de toros, y para esto el ENTENDIMIENTO de Salvador Sánchez debe comprender que la VOLUNTAD le ha elevado hasta uno de los primeros puestos de la tauromaquia.

Que no la abandone, pues, y el arte ganará.



JOSÉ LARA (CHICORRO)

JOSÉ LARA (CHICORRO).

Si la biografía no es más que la historia de la vida de una persona, las de los toreros tienen que parecerse mucho forzosamente.

Y este parecido tiene que ser mayor, comparado entre los que, por su fortuna, han logrado sobresalir entre los demas.

La mayor parte han empezado muy jóvenes el oficio; en todos ha sido el móvil la aficion, y ¡cuál de ellos será el que no haya tenido glorias y contratiempos, lauros y sinsabores!

Pero como nuestros lectores habrán observado ántes de ahora, parécenos que la biografía no debe limitarse á relatar la vida de la persona de quien se hable, y por eso hemos hecho en todas las que preceden los comentarios y apreciaciones que en nuestro concepto marcan más típicamente, si así puede decirse, las cualidades esenciales del torero.

Nuestro objeto es dar á conocer al inteligente aficionado lo que es ó ha sido cada uno de los lidiadores de que nos ocu-

pamos, para que le conozcan aunque no le vean, para que aprecien su trabajo sin presenciarle, y en una palabra, para que observen la diferencia que existe entre tantos lidiadores.

Así podrá decir el sobresaliente mérito del que *recibió* toros ó del que se distinguió en el *volapié*, y apreciar la inteligencia del que descolló por sus conocimientos como torero en general, ó del que en determinada suerte no temió á rival alguno.

De lo contrario, reduciéndonos á relatar la historia del torero sin comentarios, sin observaciones, sin emplear la crítica, que creemos tener derecho á ejercer, y que si no le tenemos le tomamos, nuestra tarea sería corta, y poco juicio podrían formar los lectores del mérito del lidiador de quien hablásemos.

Esto sentado, vamos á ocuparnos de un torero generalmente apreciado, simpático y de especiales condiciones.

José Lara y Jiménez nació en la ciudad de Algecíras el dia 19 de Marzo de 1839.

Sus padres José y Josefa se trasladaron desde dicha ciudad á la de Jerez de la Frontera á los pocos meses; de modo que ántes de que aquél cumpliese un año, ya residia en su nueva vecindad.

Como sus padres no eran muy sobrados de fortuna, aunque sí muy honrados, necesitaron dedicar pronto á cualquier profesion á su pequeño hijo para que les ayudase á mantener sus obligaciones con el producto de su trabajo.

Aplicáronle á las faenas del matadero, y allí aprendió á

sortear las reses y á familiarizarse con sus impetuosas y terribles acometidas.

Veíasele sereno, ágil y bravo: de ello hacía alarde entre los mozos de su edad, y entónces ninguno le aventajaba.

Con estas condiciones y sus grandísimas facultades aspiró á ser torero, y lo fué.

Su aprendizaje le tenía hecho: faltábale sitio en que perfeccionarse, maestro que le dirigiese, y ambas cosas encontró, si no tan de primera clase como él hubiera necesitado, suficientes al ménos para ejercitarse en la lidia de plaza.

Manuel Díaz (*Labi*) fué su primer maestro, y Lima, capital de importancia en la República del Perú, la primera plaza de toros en que sentó su planta como torero, porque en novilladas sólo había tomado parte en dos funciones en Jerez y el Puerto, y en otra de la Isla de San Fernando.

Tenía *Chicorro* (apodo que le dieron en el matadero de Jerez de la Frontera) á la sazon veinte años; y tanto gustó su trabajo como banderillero en aquella plaza, que á la sexta corrida de las en que tomó parte alternó allí como matador con su maestro, cediendo ambos á las exigencias del público.

De tal modo le distinguió éste, que le hizo permanecer en Lima cuatro años, siendo cada vez más aplaudido, y al cabo de dicho tiempo pasó á la Habana á matar en dos corridas de toros.

Si mucho le apreciaron en Lima, no lo fué ménos en Puerto-Príncipe (Isla de Cuba), donde se dió el raro caso de matar consecutivamente hasta en veintinueve corridas de toros.

En 1865 regresó á España, y ésta es la época en que *Chicorro* demostró que no quería ser un torero de fortuna solamente, sino de conocimientos. Porque desde su principio no fué la aficion de Lara de ésas que se adquieren porque las comunican los amigos y compañeros de más frecuente trato.

Al contrario, brotó espontáneamente en su imaginacion: y aunque aquéllos hubiesen intentado apartarle de semejante pensamiento, nada hubieran alcanzado.

Lara, desde muy jóven, ha sido firme y constante en sus propósitos, y rara vez ha torcido el camino que primero emprendió.

Si esto le ha favorecido ó perjudicado en su vida torera, no lo hemos de decir nosotros, porque sólo él puede apreciarlo; pero sí dirémos que siempre hemos considerado á la constancia como una virtud, á pesar de los inconvenientes que pueda tener en casos determinados poseer semejante cualidad.

Fijo en la idea de ser torero, hizo siempre cuanto pudo por adquirir nombre, esmerando su trabajo y atreviéndose á intentar suertes difíciles en que pocos brillan.

Más de una vez le ha costado graves heridas ó fuertes contusiones el afan de ejecutar lo que en su conciencia ha creido debía hacer para agradar al público, sin reflexionar que no todos los toros son iguales ni todos los públicos tampoco, y que á unos y á otros hay que darles lo que pidan, pero quitándoles lo que buenamente se pueda.

A la fama del torero, bueno es que acompañe la conservacion del individuo.

En 1866 entró á formar parte de la cuadrilla de Antonio Carmona *el Gordito*, en la que permaneció tres años, adelantando tanto, que su maestro siempre tuvo á *Chicorro* como uno de sus más privilegiados discípulos.

Y así era en efecto.

Vió á los toreros de primera nota en su tiempo poner banderillas *al quiebro*, y las puso tan bien como otro cualquiera; usaron otros rehiletes de á cuarta, y él los adoptó en seguida; saltaron al *trascuerno* y con la garrocha, y saltó y lo hizo como pocos.

Ha llegado el caso de que se pueda decir que *Chicorro* es una especialidad dando el salto de la garrocha, y, justo es confesarlo, en su tiempo nadie le ha aventajado en dicha suerte, y áun nos atrevemos á decir que ninguno ha llegado adonde él está.

Es una precision matemática la que tiene para arrancar en línea recta al toro, verle llegar, parar en firme, clavar la garrocha, elevarse y caer.

No retrasa un instante ninguno de dichos actos; tampoco los adelanta.

Es exactísimo y perfecto en la ejecucion.

Ha visto, pues, colmados sus deseos en cuanto á adquirir nombre torero, porque realmente le tiene y distinguido.

Si no en todas las suertes hace lo que otros, tampoco éstos ejecutan las que él; y en cuanto al mérito de ellas, es cuestion de apreciacion.

Cada uno le considera como le parece, y no pocas veces

entra muy en cuenta la pasion, el cariño y otras circunstancias.

Atendiendo Antonio Carmona á las especiales cualidades de *Chicorro* y á los muchos conocimientos que á su lado había adquirido, le dió la alternativa de matador el 24 de Setiembre de 1868 en la plaza de Barcelona.

Despues ya se ha gobernado solo por casi todas las plazas de España, toreando con gran aceptacion, y confirmando su alternativa en la plaza de Madrid el dia 11 de Julio de 1869.

Por cierto que se presentó como pocos acostumbran. Hizo anunciar en el cartel que se presentaba sin pretensiones de ninguna clase, animado del deseo de agradar y confiando en la indulgencia del público, que tantas pruebas de aprecio le tenía dadas.

Rara modestia no muy comun en estos tiempos.

Considerado *Chicorro* como matador de toros, se encuentra en ocasiones á tal altura, que puede tenérsele como de primera talla.

En otras, por desgracia, hasta le vemos huido, aunque sucede muy pocas veces.

¿En qué consiste semejante desigualdad?

Seguros estamos de que ni él mismo sabe explicarla.

No es que las diversas condiciones de los toros, sus resabios ó inclinaciones le turben ó aceleren unas veces más que otras para practicar las suertes, no; es que la preocupacion influye poderosamente en ciertas razas, en determinados caractéres, y hace que los individuos que á las mismas perte-

necen, sin darse cuenta de ello, sin apercibirse tampoco de la influencia á que están supeditados, obren en semejantes casos bajo la presion fatídica que su imaginacion alberga.

Cuando sobre la voluntad del hombre hay otra cosa que la anonada y casi la extingue por completo, inútiles son censuras, advertencias ni reprensiones.

Chicorro, que es altivo, pundonoroso y valiente, arrostra temerariamente el peligro, y, como no puede ménos, en estos casos el resultado es fatal.

Tres graves heridas sufridas matando toros en Lima, várias recibidas en la Península, un tremendo *varetazo* que en Sevilla le dió un toro desde el vientre al cuello, y la muy grave contusion que en el costado derecho le ha ocasionado en Córdoba últimamente un toro de Miura, son, aparte de otras muchas cogidas, testimonio triste, pero elocuente, de la verdad de nuestras apreciaciones.

Antes que sufrir, por huir en determinadas ocasiones, una cogida inevitable, vale más no intentar la ejecucion de una suerte que forzosamente ha de ser deslucida, si arraigada la preocupacion en el hombre, no puede vencerse y dominarla.

En un buen medio está la virtud. Ni arriesgarse mucho, ni huirse. Lara sabe lo bastante para evitar lo último; de lo primero ya queda advertido: aunque el pundonor le lleve al peligro, deseche preocupaciones, acuérdese del arte, y saldrá victorioso.

Chicorro, como hombre particular, es atento y complaciente.

Ha sido siempre muy buen hijo, y es ahora excelente hermano. Débenle cuidadosas atenciones todos los individuos de su familia, con la cual nunca ha escaseado gastos.

Para nosotros, ésta es una de las cualidades que hacen su mayor elogio.

Las cualidades morales en el hombre están siempre muy por encima de las demas, por buenas que sean.



MANUEL HERMOSILLA.

MANUEL HERMOSILLA.

«Ninguno es profeta en su patria», dice un refran castellano, que, como todos, encierra un gran fondo de verdad.

Manuel Hermosilla, que en los primeros años de su vida torera trabajó cuanto pudo por adelantar, no veía satisfechos sus deseos tan pronto como su impaciencia lo exigía, y acordándose de aquel adagio, determinó alejarse de España en busca de mejor suerte.

Parecíanle estrechos los límites que el mar señala á la hermosa Península ibérica para ejercitarse en las faenas de un arte que, por ser peligroso, ofrecía para él mayor encanto y atractivo; y recordando que en otra parte del mundo existe ancho campo donde se *hierran*, *acosan*, *derriban*, *enlazan* y se matan toros, ya en montes ó llanuras, ya en plazas cerradas, determinó atravesar los mares y trasladarse á aquel punto del globo, con cuyo extenso paisaje, usos y costumbres tanto había gozado ántes de conocerle, cuando acerca de él escuchó referencias á los que le habían visitado.

Acababa de cumplir veinte años cuando se le presentó ocasion de satisfacer sus deseos.

Personas inteligentes que le habían visto desarrollar su aficion al toreo en cuantos tentaderos pudo y se le concedió tomar parte, le animaron en su idea, y en su consecuencia el 30 de Abril de 1867 se embarcó en la Península con rumbo á la Habana.

Es decir, que tenia entónces Manuel Hermosilla veinte años y tres meses, puesto que nació en Sanlúcar de Barrameda, importante poblacion de la provincia de Cádiz, el dia 1.° de Enero de 1847.

Allí fué á la ventura, sin recomendaciones, sin conocer siquiera á ninguno de los toreros que en aquel país se encontraban.

Pero ¿hay algo que arredre á un mozo de veinte años y del temple de Hermosilla?

Como Dios le dió á entender, y con los altos y bajos que la fortuna le preparó, se dió á conocer durante dos años como banderillero en las plazas de la Habana, Regla, Cienfuegos y Matanzas, y en las cuadrillas de los espadas que existian en aquella Antilla.

Era lo principal que le conocieran, que sonara su nombre, y prescindió del precio en sus ajustes.

Prefirió ganar poco trabajando mucho, á ganar mucho trabajando poco.

Cuerdo y acertado era este modo de proceder, porque los hombres que tienen una profesion que han de ejercer en pú-

blico, deben procurar por todos modos que no se les eche en el olvido.

Llegó á la Habana por entónces el conocido matador de toros José Ponce, y vió trabajar á Hermosilla.

Observó en él un hombre valiente, de gran poder, de mayores deseos y de grandes disposiciones, y le propuso contrato como segundo espada para Méjico.

Aceptó Manuel, y en dicho puesto trabajó, adelantando mucho en su arte, doce funciones de toros que se verificaron en la plaza de Veracruz.

Ponce regresó á España: Hermosilla, cuya aceptacion fué cada vez más en aumento, se contrató como primer espada, poniéndose al frente de una cuadrilla, que reformó con algunos toreros del país.

Las plazas de aquella República, Puebla, Orizaba, Jalapa y Córdoba, fueron testimonio de sus continuados triunfos.

Pero la lidia en plaza cerrada á estilo de España no completaba, digámoslo así, su educacion artística.

Encontrábase cohibido en cierto modo, al presenciar las animadas y atrevidas faenas de campo que allí se ejecutan.

Los toros salvajes que allí se crian, la vida especial del *gaucho,* las numerosísimas piaras de ganados que existen en aquellos casi vírgenes bosques, la magnificencia, en fin, de cuanto allí hay, impresionaron de tal modo la imaginacion del jóven Hermosilla, que con grande entusiasmo y hasta con pasion se dedicó muy pronto á hacer con los toros cuantas suertes á pié y á caballo estaban en uso en aquel suelo excepcional.

Bien pronto se distinguió por su valor y arrojo, y más que nada por su conocimiento de la índole de las reses.

Tanto llegó á familiarizarse con las suertes de *enlazar* y *derribar* fieras salvajes, que era la admiracion de los *gauchos* y gente del país acostumbrada á esta clase de ejercicios desde su infancia.

Su amor propio estaba satisfecho; pero por lo mismo, la envidia andaba muy cerca de él.

Algunos toreros de aquel país ocasionáronle más de un disgusto.

Si éste se hubiese motivado por asuntos puramente del arte taurino, en que la gente *brava* de aquellas Repúblicas quería suscitar rivalidades, Hermosilla las hubiera despreciado, porque en aquel terreno sabía y ejecutaba más que todos ellos.

Pero se hablaba mal, se ultrajaba y vilipendiaba á la nacion que le había visto nacer, y Hermosilla hizo allí... lo que correspondía á un buen español.

Dejó bien puesto el nombre de España en más de una ocasion.

Expuso su vida, perdió mucho en su hacienda.

—¿Y qué?—decía él.—¿No hubiera sido vergonzoso oir insultar á España y estar indiferente un español? Si cien veces me sucediera, otras tantas haría lo mismo, y como yo todos los nacidos en el punto del globo donde hay más valor, más dignidad y más patriotismo.

Regresó á la Habana despues de despedirse por medio de

la prensa del público de Veracruz, dándole gracias por las muchas muestras de simpatía que de él había recibido.

A su llegada á la Isla de Cuba se encontró con que los acontecimientos políticos que empezaron en el año de 1868 impedían se verificasen corridas de toros.

Su afan de trabajar le condujo de nuevo al Callao de Lima, donde le contrataron para diez funciones, como matador, con las cuadrillas de color que había en el país.

Contratados tambien por la Empresa los conocidos espadas Julian Casas *el Salamanquino* y Gonzalo Mora, alternó con ellos diez corridas con grande aceptacion.

Aquel clima especial, y el poco cuidado que los jóvenes tienen siempre de su salud, hicieron que ésta se resintiera en tales términos, que por efecto del reuma articular que fuertemente le atacó, tuvo que renunciar á torear otras diez funciones para que estaba ajustado.

Sin embargo, algo mejorado, aunque todavía enfermo, tomó parte con dichos matadores en las dos últimas corridas á instancias de muchos amigos y aficionados limeños, de quienes se despidió Hermosilla para regresar á España.

Aconsejáronle los médicos de aquella apartada region que para curarse de la enfermedad que le molestaba, volviese al suelo español, y en su consecuencia regresó á su casa de Sanlúcar de Barrameda el 8 de Junio de 1873, encaminándose en seguida al afamado establecimiento de baños de Archena, con cuyas aguas mejoró algun tanto su quebrantada salud.

A su patria había llegado el eco de los aplausos recibidos

en América, y la ciudad del Puerto de Santa María fué la primera de España en que tomó Hermosilla la alternativa de manos del entendido matador Manuel Domínguez en el mismo año de 1873.

Pero la fama de nuestro hombre sonaba aún en América.

Le buscó la Empresa de la plaza de toros de Montevideo, le hizo excelentes proposiciones de ajuste, las aceptó, y se embarcó para dicho punto en Octubre del referido año.

Si mucho gustó Hermosilla en las dos primeras épocas en que trabajó en América, mucho más gustó en esta tercera, recogiendo laureles y provecho, que trajo á España en Abril de 1874.

Llegó el 12 de Junio de este año, y se presentó en la plaza de Madrid, alternando por primera vez con *Lagartijo* y *Frascuelo.*

No se consideró por los inteligentes á Hermosilla entónces como á un maestro; pero todos vieron en él grandes facultades y cierta serenidad en el peligro, lo que le valió ser escriturado para torear la segunda temporada, durante la cual se portó bien, demostrando valor muy especialmente en una grave cogida que tuvo el 18 de Setiembre, cuando, atravesado el muslo derecho por una cornada, se retiró por su pié á la enfermería.

Barcelona, Cádiz, Santander, Jerez y otras muchas poblaciones importantes quisieron conocer el mérito del novel espada, y en sus plazas trabajó y todos hicieron justicia á sus buenos deseos.

Todavía Montevideo llamó nuevamente á su circo á su más querido lidiador, y consiguió de él que fuese á tomar parte en doce corridas de toros.

Inútil es decir que cada vez que á aquel remoto país volvía Manuel Hermosilla, ganaba más en fama y en dinero: las Empresas le pagaban más que bien, y de los numerosos amigos y partidarios que le ensalzaban recibió muchos y valiosos regalos en distintas ocasiones, que él agradeció como debía.

Hizo, pues, Hermosilla un capital, que si bien no era suficiente para vivir sin trabajar, era bastante sin embargo para esperar buenos ajustes, y allí se los hacian muy halagüeños.

Era querido y apreciado en aquel país por gentes de diversas condiciones.

Personas respetables le distinguían con su amistad.

Y los obsequios que constantemente recibía, y las atenciones que le prodigaban, le convencían de que era verdadero el cariño que todas las clases le manifestaban.

Pero cuando se tiene todo esto, y mucho más cuando de ello se carece, falta todavía algo á los que viven léjos del suelo que les vió nacer.

Recuerdan sus primeras afecciones á sus padres y hermanos, á aquellas personas con quienes se criaron, al arroyuelo á cuyo lado jugaban siendo niños, á la casa que les cobijó, al árbol que les daba sombra y hasta el aire que les acariciaba dulcemente, y quieren volver á verlos, á gozarse con ellos, y á morir á su lado si es preciso.

¡Porque morir solo y léjos es tan triste!...

Hermosilla, pues, pensó como piensan casi siempre todos los hombres de todos los países. Ni áun voluntariamente quieren la emigracion.

Regresó á España, cuyas costas saludó con indescriptible alegría, más perfeccionado en su arte, con mayor entusiasmo, si es posible, que cuando marchó á aquel remoto clima, y más fuerte, robusto y bien plantado. Porque Hermosilla es buena figura y bien parecido: lo que se llama un buen mozo, dicho sea sin halagarle ni adularle.

Y para que se vea que estamos muy léjos de esto, expondrémos, que ya es hora, nuestro juicio imparcial acerca de su mérito, y con él concluirémos la presente biografía.

Hermosilla es trabajador y pundonoroso.

Se presenta bien en la suerte de matar; pero su muleta no es de castigo ni mucho ménos.

A los toros sencillos los prepara bien á la muerte; su mano izquierda carece de recursos para los recelosos y mucho más para los de sentido.

En cambio, hiere como debe herirse.

No de golpe rápido, sino marcando despacio y rectamente la introduccion del estoque; de manera que se ve y aprecia el modo de entrar en la suerte y salir de ella.

Nosotros le aconsejamos:

Que mejore la muleta, procurando cuadrarse, cambiarse cuando sea necesario y dar *pases* completos.

Que venza la impaciencia de su genialidad en ocasiones, teniendo calma y reflexion.

Que estudie la índole de las reses.

Y que, apartándose de la general costumbre que domina hoy á todos los matadores, se pare y *reciba* toros, para lo cual tiene unas facultades asombrosas. Entónces llegará su fama tan alta, que difícilmente habrá muchos que le igualen.

Sus amigos son los que le han de excitar á que siga este camino.

En él le esperan glorias: con que ¡ánimo, y á ello!



JOSÉ CAMPOS

(CARA-ANCHA)

JOSE SÁNCHEZ DEL CAMPO (CARA-ANCHA).

¿Qué hemos de decir acerca de este simpático matador de toros?

¿Que es jóven, bien parecido, demasiado guapo tal vez?

¿Que cifra toda su ventura en agradar al público?

Pues esto ya lo saben cuantos le han visto en todas las plazas de España y Portugal ser aplaudido.

Es un mozo que lleva pocos años de matador, y que por lo tanto su historia es corta.

Pero en cambio es buena:

Nació en la ciudad de Algecíras, importante y populosa poblacion de la provincia de Cádiz, el dia 8 de Mayo de 1850, siendo hijo de D. Juan Sánchez del Campo y de Doña Trinidad Boullosa, y apadrinado en la pila por el jefe de Administracion civil, comisario de Guerra honorario, D. José Sánchez, y por Doña María de las Mercedes Sánchez del Campo.

La distinguida posicion en que sus padres se encontraban permitió á los mismos dar á su hijo una esmerada educacion,

y cuando fué oportuno, hiciéronle estudiar lo necesario para prepararse á ingresar en la carrera de las armas.

No le disgustaba al jóven ser militar; todo lo contrario.

Agradábale en extremo el brillo de los uniformes, la actividad del soldado, la ostentacion del ejército y la vida azarosa unas veces, tranquila otras, del oficial en campaña cuando hay guerra, y en las ciudades ó pueblos en tiempo de paz.

La Providencia no quiso que el mozalbete vistiese uniforme militar. Destinábale sin duda á gastar trajes de más entorchados, con más oro y más plata que los de cualquier generalísimo del más lujoso ejército del mejor imperio del mundo.

No le dispuso para matar hombres: le señaló en sus altos designios para matar fieras.

A los doce años de edad, ó sea en el de 1862, murió su padre, dejando á la desdichada madre con tres hijos, de los que el mayor era José.

Obrando previsoramente, se trasladó con ellos á Sevilla para vivir con su cuñado D. Rafael Sánchez del Campo ántes de que, concluidos sus recursos, pudiese verse reducida á más lamentable situacion.

Una vez en aquella gran ciudad, se pensó en familia suspender los estudios de José y dedicarle á un oficio decente que ayudase á mantener las obligaciones de la casa.

El muchacho se decidió desde luégo por el de pintor y dorador.

Adelantó mucho en poco tiempo, trabajaba con buena voluntad y tenía disposicion para ello; pero en Sevilla, aunque

en toda España sucede poco ménos, no pueden reunirse en un taller, en un café, en una oficina, en ninguna parte, tres personas sin hablar de toros.

De aquí se pasa á quererlos ver, y de esto, si es gente jóven y animosa, á quererlos sortear.

Así le sucedió á nuestro mozo. Con amigos de su edad y compañeros aficionados marchábase los dias festivos á la renombrada dehesa de Tablada, veía á algunos muchachos capear reses, y le entró gana de hacer otro tanto.

¿Por qué no? Él no conocía el miedo, era ligero y tenía aficion; luego estaba en condiciones para hacer lo que otros hacían con aplauso general.

Viendo que de un dia de fiesta á otro pasaba demasiado tiempo para gozar de una aficion que con tanto entusiasmo se despertó en él, robaba á su descanso las primeras horas para acudir á la dehesa, correr y capear novillos, llevar algunos revolcones, y volverse á trabajar á su taller.

Porque José, á pesar de todo, no pensó nunca en faltar á su obligacion, y mucho ménos á los deberes de buen hijo.

Su instruccion taurómaca fué aumentándose con la práctica; su jornal le permitía ahorrar algo para trasladarse algunos dias de fiesta á los pueblos inmediatos en que se corrían novillos, y ya empezó á conocérsele por su valor, bonita figura y asombrosa confianza con las reses.

Esta última circunstancia le hizo sufrir en 1865, el dia de San Eustaquio, en Sanlúcar la Mayor, una terrible cogida que puso gravemente en peligro su existencia.

Este penoso bautismo de sangre no enfrió su entusiasmo: en cuanto se curó, siguió toreando por los pueblos; y al fin, en el año de 1868, consiguió pisar por primera vez el redondel de la plaza de Sevilla en algunas novilladas.

Entre los buenos aficionados se habló con cierto calor de las buenas cualidades de José, á quien ya por entónces empezó a llamarsele *Cara-ancha*, y el excelentísimo señor marqués de Arbentus, entre otros, se propuso protegerle.

Para ello era preciso darle á conocer en alguna corrida de toros formal, y aprovechando la ocasion de celebrarse en Sevilla el año de 1869 una funcion á beneficio de los mozos á quienes cupo la suerte de soldados, se logró presentar á *Cara-ancha* como banderillero en la cuadrilla de Antonio Carmona.

Tuvo el chico la suerte de llamar mucho la atencion, se le aplaudió con exceso, y desde aquel momento recibió de un inmenso público la credencial de torero, bravo, atrevido y sereno.

En seguida le llevó ajustado para dos corridas en Lisboa el matador José Lara (*Chicorro*), y á su vuelta de allí quedó incorporado definitivamente á la cuadrilla del *Gordito*.

Mucho aprendió con éste, llegando sus visibles adelantos hasta tal punto, que en la suerte de banderillas se hizo notable, áun al lado de aquél, que no puede dudarse es en ella un maestro aventajado.

Así siguió tres años, al cabo de los cuales formó parte de la cuadrilla del matador cordobes Fuentes (*Bocanegra*), que le cedió algunos toros para estoquearlos, sirviéndole esto de aprendizaje para tan difícil suerte.

Cara-ancha no podia olvidar el obsequioso recibimiento, las muchas muestras de simpatía que cuatro años ántes le habia tributado el pueblo portugues, y habiéndosele ofrecido ajuste en 1873, pasó á Lisboa como jefe de cuadrilla.

Hay en Portugal muchos más aficionados al arte de Pepe Hillo que en cualquier otra parte del mundo.

Aunque allí tienen muy buenos lidiadores de a pié, excelentes pegadores y notabilísimos jinetes toreadores á caballo, admiten nuestros vecinos de buen grado á los toreros españoles que en su arte sobresalen.

Les dan preferente puesto, y á esta galante conducta responden los de España con su proverbial agradecimiento.

En este particulár, como en otros muchos, los portugueses y los españoles piensan del mismo modo.

Iguales son sus aficiones, sus virtudes, sus defectos y sus costumbres.

Como que compusieron por mucho tiempo una misma nacion los hijos de la Península ibérica.

José Campos, aprovechando las favorables simpatías que le mostró el noble pueblo lusitano, se esforzó durante su estancia en Lisboa para cumplir con su deber, y áun procuró excederse en él.

Prodigó los lances de capa, clavó rehiletes á *porta de gallola,* quebrando, en la silla y de todos modos, y pasó de muleta lo mejor que supo.

Siempre incansanble, siempre deseando agradar, era corta la tarde para su trabajo; y estos buenos deseos, nunca in-

terrumpidos, jamás amenguados, los premió constantemente aquel pueblo con unánimes y continuos aplausos y entusiastas manifestaciones de cariño, que el torero español no olvidará fácilmente.

Colmáronle de regalos, diéronle el sobrenombre de *el Pollo,* con el cual allí se le distingue, se le elogió mucho en la prensa, y hasta en la misma se estamparon retratos suyos, que se adquirieron con empeño.

A su regreso á España siguió trabajando en las principales plazas en clase de banderillero con general aceptacion.

En esta suerte de banderillas es fino, sereno, y sabe entrar á tiempo y salir tranquilo, distinguiéndose más *quebrando* que *cuarteando,* y mucho más de esta última manera que *sesgando.*

Recibió por fin la alternativa en la plaza de Sevilla el dia 27 de Setiembre de 1874 de manos del reputado diestro Manuel Domínguez, y se la confirmó en Madrid Rafael Molina el 23 de Mayo de 1875.

Desde entónces ha tenido muchos y buenos ajustes para la mayor parte de las plazas de España, sin que algunas cogidas, no muchas en verdad, que en diferentes ocasiones ha sufrido con carácter de graves, hayan debilitado su valor y arrogancia.

Luégo, en 1878, ha contraido matrimonio en Sevilla con una distinguida jóven. Pero éste es punto perteneciente á la vida privada, de que no debemos hablar más que para desear á los cónyuges largos años de ventura.

Volvamos al torero.

Si José Sánchez del Campo corrige algunos defectos que son resabios de mala escuela, y que deslucen sus buenas cualidades, no hay duda que llegará á ocupar un preferente puesto en la historia tauromaca.

Con su mucha voluntad y excelentes condiciones harto puede adelantar en el arte.

Mejore la muleta, renuncie por completo á esos mal llamados *pases* que los ignorantes califican de *cambiados*, y que no son más que una mistificacion de los verdaderos; desoiga á los necios que se los aplauden, y algun dia nos dará las gracias.

Evite el *cuarteo* al meterse, y salga rectamente en los *volapiés*, como él sabe hacerlo cuando quiere: que no lo olvide, y el arte contará con un espada inteligente, hoy que por desgracia van faltando.



FELIPE GARCÍA.

FELIPE GARCÍA.

A este jóven torero hay que considerarle y juzgarle como á uno de los más generales en la práctica de todas las suertes de torear.

Él ha sido picador, banderillero y matador; y si bien en ninguno de los tres casos referidos ha llegado á conquistar un nombre de primera fama, lo cierto es que tampoco ha quedado en ellos en tan bajo lugar que, cuando ménos en alguno, no se le haya calificado de notable.

Y es esto tanto más de extrañar y de aplaudir al mismo tiempo, cuanto que de nadie ha recibido lecciones para nada, y toreando lo mismo á pié que á caballo, no ha hecho más que seguir los impulsos de su corazon.

Si esto demuestra en él grandísima aficion y sobrado valor, significa tambien que si Felipe hubiese tenido á su lado algun maestro, hubiera llegado adonde pocos.

Es verdad que para ello tendría necesidad de reprimir sus ímpetus, observar más y parar los piés.

A caballo no se puede negar que cae muy bien, se tiene mejor que muchos buenos jinetes, y ha salido por derecho á la suerte de picar con vara de detener.

Pero su defecto principal consistía en hacer salir al caballo de la suerte ántes de tiempo, y esto daba lugar casi siempre á poder apretar poco con el brazo derecho, y á ser acometido por las reses codiciosas en la salida, donde si el caballo no tenía buenas piernas, era indefectiblemente alcanzado.

Mucho corrigió esta falta, que no era hija de ignorancia, sino de la viveza de su carácter, que quiere hacer las cosas ántes de pensarlas; y ya en las últimas corridas en que tomó parte como picador se le vió más concienzudo y atinado.

Sólo en tres temporadas de novillos en Madrid trabajó como tal picador; por cierto que la última vez que salió á caballo fué en la tarde aciaga en que todos los aficionados de Madrid recuerdan que, mandado retirar un toro al corral de la plaza vieja, dió muerte al conocido mayoral Eleuterio en el callejon que conducía al corral mencionado.

Su transicion de picador á espada fué tan brusca, tan repentina, que ni él pudo figurársela, puesto que fué hija de la casualidad y de su excesivo amor al arte.

Un dia de novillada faltó á su palabra el torero que debía dar muerte al toro de la mojiganga, y el empresario se veía en gran apuro, porque los lidiadores ya conocidos no se querían rebajar, y los principiantes no se atrevían.

Felipe se brindó y comprometió á despachar al cornúpeto, y lo hizo tan perfectamente y con una soltura tal, que pa-

recía que siempre había tenido en sus manos los *trastos* de matar.

Claro es; como que á pié dirigía en el acto los movimientos adonde su idea los encaminaba, y á caballo no siempre obedecía éste á la mano del jinete con la rapidez y precision necesarias.

La prueba para conocer si el valor y la serenidad del hombre á pié eran los mismos que había siempre tenido á caballo, estaba hecha y con buen éxito.

García cambió las espuelas por las zapatillas, y dedicóse á lidiar á pié, con la esperanza y firme propósito de ser un matador adelantado.

Contratóse en la plaza de toros de Zaragoza en 1874 para matar en las novilladas; y tanto gustó al público aragones por su arrojo, que durante ocho meses trabajó á satisfaccion de todos, proporcionando buenas entradas á la Empresa; y eso que á principios de aquel mismo año, en 6 de Abril, tuvo una cogida lidiando en Barcelona, de la que no estaba completamente curado cuando fué á Zaragoza.

Vino despues á Madrid á matar los toros de puntas en las novilladas, y al año siguiente (1875) figuró como sobresaliente de espada en los carteles de temporada, banderilleando sin embargo los toros que le correspondían.

Debemos juzgarle ántes como banderillero que como espada; y al verificarlo, no podemos ménos de elogiar su gran empeño en complacer al público, su actividad en los *quites*, su prodigiosa fuerza de rodillas y su valentía temeraria.

Pero ha durado poco como banderillero, y es lástima, porque sus condiciones antedichas le hubieran hecho figurar en pocos años al nivel de los mejores.

Como los deseos del jóven torero eran los de llegar cuanto ántes al término de su carrera, fué banderillero, como hemos dicho, mucho ménos tiempo del que le hubiera convenido para perfeccionarse, y tomó la alternativa en la plaza de la corte el dia 15 de Octubre de 1876, que le dió el primer espada Manuel Carmona.

Fuerza es confesar que el muchacho ha procurado siempre complacer al público, que en él ha visto á uno de esos hombres que á nadie deben su carrera, y que léjos de haber perdido conocimientos en la profesion, ha ido adquiriendo cada vez más, aplicándose. Tal vez consiga colocarse á una altura que nosotros le deseamos: para ello es preciso que siga abandonando el atolondramiento del banderillero, que no precipite las suertes, y que se *pare*, estudiando la índole de las reses y el toreo de buena escuela.

Valor le sobra, y serenidad no le falta.

Ya sabe que por acelerarse tuvo las cogidas de Madrid, Barcelona y Pamplona, la última de las cuales, ocurrida en 10 de Julio de 1877, pudo costarle cara; y debe saber tambien que porque es bravo, modesto y honrado le quieren los aficionados, que esperan de él mucho, y por lo mismo le exigen más en estos primeros años.

Que confíe más en sus manos que en sus piés, y tendrá seguro un distinguido puesto en el arte.

Nació Felipe en Getafe, provincia de Madrid; es hijo de D. Antonio y Doña Feliciana Benavente, á quien desde la muerte de su padre, acaecida en 1860, ha mantenido con el escaso jornal que ganaba en el oficio de carpintero, dentro de Madrid, adonde se trasladaron en dicha época, y despues como encargado de la caballeriza de la plaza de toros hasta que se hizo picador.

Siendo ya espada de cartel, ha contraido matrimonio en esta corte el dia 28 de Setiembre de 1878 con la agraciada señora Doña María Lúcas Sánchez.



ANGEL PASTOR.

ANGEL PASTOR.

Si fuéramos fatalistas y como los árabes pensáramos, diríamos, al narrar la biografía de este diestro, que desde ántes de nacer *estaba escrito* por el dedo de la Providencia que había de ser torero.

La mayor parte de los que abrazan esta profesion lo hacen á despecho y contra la voluntad expresa de sus padres; como que no hay padre que quiera exponer al más ligero daño á un hijo que tantos afanes le ha costado criar.

Pero si esto sucede con todos, ha sucedido más especialmente con Angel Pastor.

Nació en Ocaña, provincia de Toledo, el dia 15 de Junio de 1850, y es hijo de D. Juan Pastor y de Doña Feliciana Gómez, que en dicha poblacion atendían decentemente á su subsistencia con el producto de una fonda que tenían á su cargo.

Es muy posible que si allí hubieran vivido siempre, léjos de los sitios en que á menudo se celebran funciones de toros,

su hijo Angel, de que nos ocupamos, no hubiera pensado más tarde en ser torero, porque no viendo á éstos, no siendo fácil que á sus manos llegaran libros de toros, atendida la escasez que hay de ellos, sus inclinaciones se hubieran dirigido á otro fin, y el hoy torero sería militar ó eclesiástico.

Pero desde que el ferro-carril de Aranjuez encaminó á los viajeros al Mediodía de España por punto diferente al que hasta entónces habia sido camino real, Ocaña perdió mucho, y los padres de Pastor, comprendiéndolo, dejaron su vecindad y se trasladaron en 1853 al referido Real Sitio de Aranjuez, estableciendo una nueva fonda, que en poco tiempo adquirió buen crédito.

En ella, sea por el afable trato de sus dueños, ó por lo esmerado del servicio, se han dado cita, cuando en aquel sitio ha habido toros, los principales aficionados de Madrid, y allí han parado muchas veces toreros de renombre: allí, siendo de muy corta edad Pastor, se ha entusiasmado con el relato de las proezas que en aquella plaza habian hecho Móntes, Leon, el *Chiclanero* y otros; allí ha visto trabajar á Sanz y Domínguez, y allí, más de una vez, le han tomado sobre sus rodillas afamados diestros y le han preguntado si quería ser torero, cuando él admiraba sus lujosos trajes y espléndido porte.

No es extraño, pues, que tomara raíces en su cerebro la idea de ser torero, cuando desde el principio de su vida, desde ántes que su razon se formara, no veía más que ensalzar de mil maneras un arte que consideraba como el más brillante y de mayor lucimiento que los demas.

Por eso decimos que hay en los primeros años de su vida circunstancias suficientes á despertar la aficion al toreo, áun en el ánimo más apocado; que ellas por sí solas habían de arrastrar al jóven Pastor á pensar única y exclusivamente en el arte de Pepe Hillo, si su imaginacion viva y ardiente no hubiera bastado para inclinarle á seguir un camino en que él no veía más que gloria y aplausos, fama y celebridad.

A un jóven de sus condiciones, todo corazon, entusiasta por lo grande, apasionado por todo aquello que sale de la esfera de lo comun, no era posible sujetarle en pequeño círculo, cuando su vista habíase acostumbrado á admirar los alardes de valor y de inteligencia que otros hombres ostentaban; que el pájaro nacido en jaula y que no ha visto remontarse al águila por el espacio, vive tranquilo en su prision, pero no sufre hierros con paciencia el que ve á los demas gozar de omnímoda libertad.

Querían los honrados padres de Pastor hacerle seguir una carrera científica que en su dia le proporcionase un bienestar tranquilo, ya que la desahogada posicion que ellos ocupaban les permitía atender á los gastos necesarios; pero el hijo no era de igual opinion.

Suponía él, y argumentaba con más formalidad de la que pudiera creerse en tan cortos años, que un médico, un abogado, un militar, para hacerse notables, para sobresalir entre el infinito número de los de su clase, necesitan ser unos talentos privilegiados, ó marcarse mucho por su audacia ó por otros medios no siempre lícitos, si han de ser algo en el mundo;

que la inmensa mayoría de los que se dedican al estudio permanece oscurecida é ignorada, contentándose con un mediano vivir; y finalmente, que á pesar de los peligros que hay en la práctica del toreo, él, que se creía con vocacion para seguirle, veia que en el redondel se encuentran aplausos que dan dinero suficiente para pasar buena vejez y asegurar un porvenir á sus hijos, y más que nada hacer imperecedero un nombre llevado con honra y fama.

Inútiles fueron cuantas observaciones cariñosas le hizo su buena madre, cuantas amonestaciones enérgicas y duros castigos le impuso su padre.

Pastor, que tan buenas disposiciones demostró para el estudio de la primera enseñanza, no quiso emprender el de la segunda, y fué preciso dedicarle á un arte que le proporcionase sustento para en adelante, porque al de torero de ningun modo consentían aquéllos se dedicase.

Por fin, de mutua conformidad, fué dedicado al arte de la imprenta nuestro imberbe mozo, y se colocó en clase de cajista en la que tantos años ha tenido en Madrid, plaza del Cármen, D. Pedro Montero.

En ella, desde hace mucho tiempo, se imprimen los carteles y programas de las funciones de toros, y por lo mismo allí se habla de esta fiesta más que en las demas casas, y á ella acuden con frecuencia los toreros, empresarios y administradores.

Nuevo incentivo para avivar más la aficion de Pastor; y como si esto fuera poco, la plaza de toretes de los Campos Elí-

seos sirvió de escuela por aquellos años á muchos jóvenes que sin direccion superior y por su propio instinto jugaban becerros y procuraban adiestrarse en la lidia.

Miéntras otros adelantaban en las suertes de vara y áun en la de banderillas, en Pastor se advertía marcadísima predileccion por la de matar y capear; y tanto adelantó, que ya se atrevió á torear en los pueblos y en las novilladas de Madrid, hasta que, habiendo sufrido una cogida, determinaron sus padres volverle á Aranjuez á su lado y retirarle de la corte.

La lucha entre el cariño y obediencia á sus padres y su aficion al toreo era cada vez mayor, en términos de que, si hallándose aquéllos presentes procuraba por no disgustarles no hablar siquiera del arte taurino, aprovechaba los momentos de descuido para escaparse á los pueblos inmediatos y tomar parte en las novilladas.

Viendo que todos los castigos eran inútiles, y que hasta el encerrar en la cárcel de Aranjuez á Pastor producía en éste un efecto contrario al que se proponían, decidieron sus padres dejarle seguir aquella persistente inclinacion, y ya en 1869 tomó parte en las novilladas de esta corte, trabajando como banderillero en los toros de puntas, porque bueno es advertir que nunca ha lidiado reses emboladas.

Así continuó durante aquel año y el siguiente, hasta que en 1871 ingresó como banderillero en la cuadrilla del maestro Cayetano Sanz, quien conociendo la buena disposicion del muchacho, le hizo figurar en carteles de temporada en Madrid como sobresaliente de espada.

Prácticamente en la arena, y teóricamente fuera de ella, recibió Pastor de Sanz muchas lecciones, que él procuró siempre retener y aprender, en términos de que bien puede asegurarse que no ha habido discípulo alguno de dicho profesor que más le haya imitado ni seguido mejor punto por punto sus finas actitudes y clásica escuela.

Agradecido el jóven á su maestro por la gran predileccion y sincero afecto que le demostraba, le acompañó siempre desde entónces á torear en cuantas plazas lo verificó aquél, quedando sin embargo contratado en Madrid con la categoría antedicha durante los años de 1872 á 1874, en que se le vió adelantar más como torero de inteligencia que como banderillero de primera.

Así se ha visto que en las salidas que *él da* á las reses con la capa ó con la muleta tiene completa confianza, se le ve seguro, tranquilo y parado como nadie; pero en las salidas que *él ha de tomar*, aquéllas en que, como en la suerte de banderillas, el lidiador sale por piés, ya no se le ha encontrado la misma seguridad y fijeza.

Por eso tuvo una gran cogida en Madrid el dia 4 de Julio de 1875, perteneciendo ya á la cuadrilla de Salvador Sánchez (*Frascuelo*); salió tarde del embroque, y del encontronazo cayó al suelo: es verdad que aquel animal que le derribó no era toro, era una montaña.

Continuó pareando con desigualdad, pues unas veces ponia los palos malamente, y otras de un modo admirable, hasta que llegó el 22 de Octubre de 1876, en que tomó en esta corte

la alternativa, despues de algunas promesas mal cumplidas por gente ajena al arte de torear.

Desde entónces ha matado toros en las principales plazas de España, consiguiendo ser aplaudido con entusiasmo al lado de los principales diestros.

Málaga, Barcelona, y Madrid especialmente, han admirado sus adelantos y presenciado en él al tipo del torero de buena escuela. Fáltale aprender algo, porque decir lo contrario sería adularle y tal vez echarle á perder, y nosotros no queremos lo uno ni lo otro, como ajeno á nuestro carácter, y porque no sobran hoy los buenos toreros.

Pero si sigue como hasta aquí y va progresando, los que hoy le consideran como una legítima esperanza del arte verán realizados sus deseos.

Hasta qué punto confian en él muchos aficionados, lo demuestra el hecho siguiente:

Dispusiéronse por el Municipio de Madrid en el mes de Enero de 1878 funciones reales de toros con motivo del enlace del rey D. Alfonso XII con Doña Mercedes de Orleans y Borbon. y á los caballeros en plaza que, segun es de rigor en estas fiestas, había apadrinado la Corporacion, se les indicó eligiesen libremente y á su gusto los diestros que habían de servirles de padrinos de campo al estribo.

Hubo uno de dichos caballeros, distinguido aficionado, que indicó desde luégo para este puesto de honor y responsabilidad á Angel Pastor, tal era la confianza que en su muleta y conocimientos tenía el caballero; pero al oir dicho nombre al-

gunos señores concejales, con la mejor intencion y deseando el mayor éxito al caballero de que hablamos, le hicieron observaciones acerca del novel matador, que ocupaba entre diez y siete el penúltimo lugar de los que en la lidia tomaban parte, no precisamente rebajando su mérito, sino fundándose en que era muy moderno y muy jóven, y por esto no podía haber visto siquiera la suerte de rejonear.

El caballero insistió en su eleccion, y el resultado vino á afirmarle en la creencia que tenía, y con él otros aficionados, de que Pastor había comprendido perfectamente suerte tan lucida, con sola su inteligencia y la explicacion del maestro Sanz, que tambien asistió de cabecera al mismo caballero, el cual, dicho sea de paso, fué el que más rejones clavó y el único que no perdió en el redondel su caballo.

Pastor es de figura simpática y agraciada, modesto y aplicado, y contrajo matrimonio en el año de 1877 con la elegante y simpática Doña Ana Navarro, hermana de un conocido aficionado de Madrid.



GONZALO MORA.

GONZALO MORA [1].

Hé aquí un tipo que marca perfectamente una época del torero de este siglo.

Hombre que nunca es viejo, que en todas partes se le ve, atento con los antiguos, complaciente con los jóvenes, requebrador de niñas y galanteador de mozas de rumbo.

Torero muy *echao pa lante* en todas ocasiones, bien vestido, con gracia y derechito.

Serio en la ópera, risueño en la comedia, *jacarandoso* en el baile, y admirador de las *ecuyers* y demas *troupe* de los circos.

Que nunca corre, que siempre mira, y rara vez huye el cuerpo.

Especialidad en el arte y fuera de él, que á su genialidad y carácter debe mucha parte de su popular nombre.

(1) Contra nuestra voluntad, ocupa este sitio en el presente libro la biografía de Gonzalo, porque siendo más antiguo que Manuel Fuentes, debia haberse insértado inmediatamente despues de la del *Tato*.

Digno discípulo de su original maestro en cuantos lances de cualquier género le han ocurrido durante su vida, ha procurado siempre imitarle, corrigiendo y aumentando aquella primera edicion.

Porque Gonzalo Mora, que de él hablamos, se parece en sus *hechuras* á Juan Pastor como dos gotas de agua.

Los que conocimos á éste, no podemos ver á Gonzalo sin acordarnos de Pastor.

Gonzalo es la representacion viva del otro, su espejo moral y áun material, su *homónimo*, si así puede decirse.

No tan alto como aquél fué, pero tan derecho; vestido de igual modo, elegante en su clase, y semejante, idéntico, en sus ademanes, gustos y costumbres.

Pastor con la sal y el garbo de la tierra de María Santísima, y Gonzalo con el gracejo y travesura de los hijos de Madrid, que tantos puntos de contacto tienen con los andaluces en esto de burlas, chanzonetas y aventuras peligrosas.

Aunque Pastor no fué su primer maestro, sino Pedro Sánchez, como luégo dirémos; se le *pegó* más á Gonzalo la gracia de aquél, que la del último.

Hay simpatías que se engendran insensiblemente, y á veces contra la voluntad de los que las adquieren.

Nació en Madrid Gonzalo Mora el dia 10 de Enero del año 1827.

Su padre Francisco, natural del Puerto de Santa María, y su madre Manuela Donaire, madrileña, tenian un obrador de sastrería acreditado, donde se vestian diferentes toreros.

Dieron á su hijo la educacion primaria, quisiéronle despues aplicar á su oficio, y si bien consiguieron que en aquélla desmostrase buenas condiciones de aplicacion é inteligencia, en el último pocos fueron los progresos que hizo.

Empezó el chiquillo á jugar al toro con algunos que, lo mismo que él, fueron luégo toreros de nombre; continuó corriendo novillos donde se le proporcionaba, y más de cuatro becerros le causaron revolcones.

Vistió desde pequeño como los toreros; lucía buena ropa y buena facha; tenía mucha aficion y grandes disposiciones. ¿Qué le faltaba para ser torero?

Pedro Sánchez (*No te veas*) le dió lo que necesitaba, tomándole bajo su proteccion y concediéndole puesto en su cuadrilla. En ella pareó con gracia, corrió toros por derecho y mató con buena fortuna algunas reses.

A la media docena de años era matador en plazas de segundo órden, y el 20 de Mayo de 1852 alternó en la plaza de Ronda con Francisco Ezpeleta y Manuel Díaz (*Labi*).

Importa mucho tener presente esta circunstancia y la de que con el *Camará* alternó en otras plazas, para los fines que más adelante verémos.

Juan Pastor, en el año de 1853, fué contratado para trabajar en la Habana, y se llevó de segundo á Mora, que causó el mayor entusiasmo en los habitantes de aquel país, hasta el extremo de que toreó allí en aquel año próximamente unas cuarenta corridas de toros.

Volvió al año siguiente á Madrid con la aureola del aplau-

so y la categoría de matador, y despues de tomar parte en la corrida que en 21 de Agosto de 1854 se verificó á favor de los heridos en las jornadas de Julio, trabajó con su cuadrilla en diferentes plazas del Reino con especial aceptacion.

Muchos aficionados madrileños deseaban verle trabajar en la plaza de la corte, alternando, y la Empresa que en 1856 la tenía á su cargo ajustó á Mora para que, en union de *Pepete* y el *Tato,* tomase parte en la segunda corrida de la temporada, que se celebró el lúnes 31 de Marzo de dicho año.

Por qué causa no figuró en los carteles mas que como estoqueador sin alternativa, matando los dos últimos toros, es cosa que no hemos podido saber.

Ello es que Gonzalo se quejó como debía, que se le ofreció subsanar la falta por medio de un cartel de aviso supletorio, y que llegó la hora de la corrida sin que se fijase anuncio alguno.

A despecho de no sabemos quién, alternó, sin embargo, Mora con aquellos espadas en dicha corrida, de acuerdo con los mismos y beneplácito del Presidente, que lo era el gobernador de la provincia.

Gonzalo Mora, por lo tanto, tomó la alternativa en la plaza de Madrid con la formalidad de costumbre, ó sea la cesion de muleta por el *Tato,* en dicho dia 31 de Marzo de 1856.

Si despues ha consentido que otro se le ponga por delante, ha hecho mal, y nosotros hubiéramos defendido sus derechos tal vez mejor que él mismo cuando se pusieron en duda; pero los toreros, en esto como en otras cosas, creen saber mucho, y

gracias que tengan aprendido lo que en el redondel les importa.

En la culta Francia, como se llama á sí misma, determinaron en 1869 celebrar corridas de toros, y allá marchó con su cuadrilla, y con buen ajuste, nuestro hombre, que trabajó con feliz éxito doce corridas en el Havre, donde fué extraordinariamente agasajado y aplaudido.

No fueron menores los aplausos que recibió al año siguiente en Lima en cada una de las veinte corridas en que mató toros, alternando con Julian Casas.

Y no podía ser otra cosa, si se atiende á los grandes deseos que siempre ha demostrado por agradar al público de todas las plazas donde ha toreado como primer espada con la antigüedad antedicha.

Llegó el mes de Enero de 1879, y con él la celebracion de las fiestas reales de toros que en Madrid habían de celebrarse por las bodas del rey D. Alfonso con Doña Mercedes de Orleans.

Invitóse por el Ayuntamiento, que las dispuso, á todos ó la mayor parte de los lidiadores conocidos, y entre ellos se llamó á Gonzalo Mora, que aceptó en el puesto que le correspondía.

Angel López (*Regatero*) alegó preferencia en la antigüedad, y con este motivo se nombró un jurado que decidiese sobre el particular, compuesto de dos primeros matadores y un inteligentísimo aficionado. Exigieron éstos cartel en que cada uno de los contendientes constase como matador de alternati-

va, y como Gonzalo no pudo presentar mas que el de 21 de Agosto de 1854, y otro de Utiel en que aparecía de segundo *Regatero*, decidieron en favor de éste la preferencia.

Con los datos que tuvieron á la vista obraron en justicia; pero si Gonzalo hubiese acreditado que en 20 de Mayo de 1852 había alternado con matadores de nota en plaza de maestranza, y que del *Tato* había recibido en Madrid la alternativa en 1856, para lo cual le hubiera bastado presentar todos los periódicos de aquella fecha, seguro es que á él se le hubiera reconocido como más antiguo matador, toda vez que el *Regatero* no la tomó hasta el dia 11 de Julio de 1858.

Por consecuencia de este error, Gonzalo Mora figuró en dichas funciones reales en quinto lugar, debiendo haberlo sido en el cuarto.

Otra cosa hubiera sido si él ó su apoderado hubiesen sabido defender sus incuestionables derechos.

Es posible que no llegue el caso, dadas las circunstancias de uno y otro, de que toreen juntos *Regatero* y Mora, y siendo así, el perjuicio para éste queda limitado á la pérdida de un solo puesto; pero ¿y si entre uno y otro hubiese más matadores?

Gonzalo Mora ha continuado toreando en diferentes plazas, y aprovecha las facultades que todavía le quedan para la lidia.

Se defiende como un leon. Su toreo ha sido en sus mejores tiempos serio y parado.

Falto de recursos para toros de sentido, se ha lucido con los de mejores condiciones.

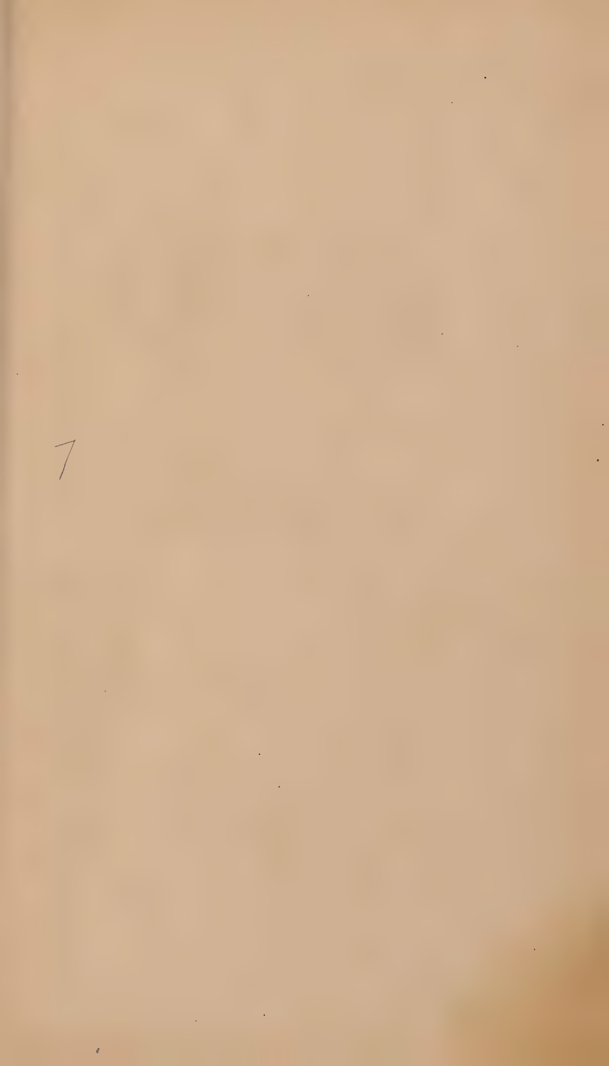
Se ha presentado siempre, y todavía se presenta, ante la fiera con serenidad y buen continente; *pasa* bien al principio, mal despues; lia y se coloca bien, arranca por derecho y da buenas estocadas unas veces; se mueve mucho, cuartea más y pincha peor en otras ocasiones.

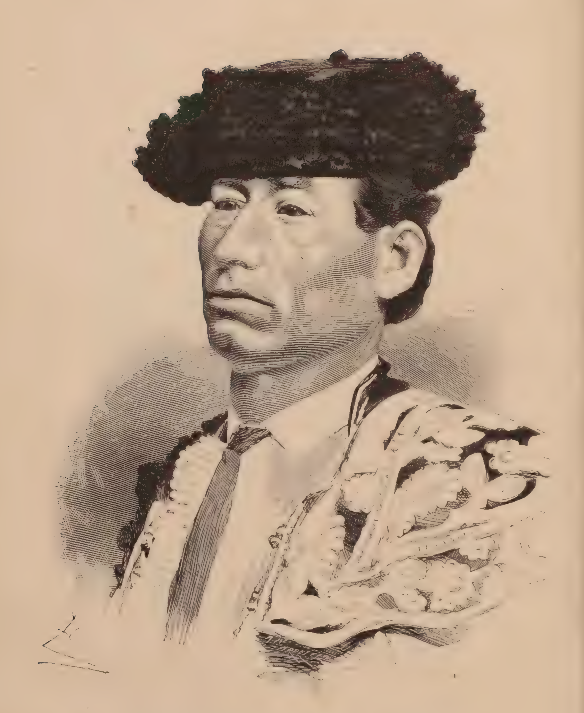
Desigual en la lidia, no le ha apadrinado Madrid como á otros, y eso que los ha habido de mucho ménos valer.

Tiene su partido, sin embargo, que, si no muy numeroso, es al ménos consecuente.

De excelentes condiciones de carácter, como al principio hemos dicho, para tratar con toda clase de personas, es un *buen pié* para cualquier francachela.

Para socorrer á los necesitados siempre se ha ofrecido el primero; y aunque las heridas que ha sufrido han sido pocas relativamente á las que tuvieron otros, ninguna le causó grave daño que pusiese en peligro su existencia.





FRANCISCO SANCHEZ (Frascuelo)

FRANCISCO SÁNCHEZ POVEDANO.

Este matador de toros es hijo de los mismos padres que Salvador Sánchez (*Frascuelo*). Nació como éste en el mismo pueblo de Churriana de la Vega, y tiene unos catorce meses de edad más que él, puesto que vino al mundo el dia 4 de Octubre de 1843.

Cuando á la edad de siete años abandonó el pueblo de su nacimiento, le dedicó su buena madre á cursar la primera enseñanza, y más tarde al aprendizaje de un oficio mecánico en que no hizo grandes progresos, porque desde la edad de catorce años ya empezó á torear en las novilladas de los pueblos inmediatos á la corte, donde adquirió el mote de *Frascuelo.*

Tal fué desde muy temprano su aficion al arte de los Romeros.

Teniendo diez y ocho años de edad, poco más ó ménos, trabajó ya en corridas de toros á las órdenes de *Cúchares,* y cuando murió Mateo López, suplió su puesto en la cuadrilla de Cayetano Sanz.

No formó, sin embargo, como banderillero de número hasta que su hermano Salvador tomó la alternativa de espada en 1867 y le hizo trabajar á su lado.

Pero llegó el año de 1869, y se le hicieron muy ventajosas proposiciones para ir á torear á América en clase de media espada del matador catalan Pedro Aixelá (*Peroy*), y quiso ver mundo y aprovechar la ocasion.

Emprendió el viaje; la cuadrilla gustó en Montevideo, y Sánchez más que otros por su decision y arrojo, y sobre todo por su deseo de agradar.

Una circunstancia le favoreció para ello. *Peroy* se lastimó, á consecuencia de una cogida, y Sánchez tuvo que matar solo cuatro corridas de toros, en las que fundó su reputacion en aquel apartado país.

Claro es que el trabajo, y con él la exposicion, se aumentaron para nuestro novel espada; pero su nombre ganaba en ello, y no poco.

De qué manera sería estimado su trabajo, lo demuestra el hecho de haber sido allí ajustado para torear en Lima doce corridas por la respetable cantidad de trece mil duros libres.

Algo verían en él los limeños cuando le aplaudieron frenéticamente, á pesar de que toreaba ocupando puesto despues de Vicente García Villaverde y al lado del torero peruano Angel Valdes, que, como es natural, tenía las simpatías de sus paisanos.

Sin embargo, aquellas muestras de entusiasmo por Sanchez pudieron costarle muy caras por una fatal coincidencia.

El Perú sostenía entónces contra España una guerra que puso de relieve el valor de los españoles y su heroicidad en el Callao, que inmortalizó el nombre de Méndez Núñez.

El gobierno de Lima, para allegar recursos con que atender á los grandes gastos que la guerra le ocasionaba, acudió, como sucede en todas partes, a exigir contribuciones, á inventar nuevos tributos, y hasta á disponer funciones y espectaculos públicos con el fin de destinar sus productos á aquel objeto.

Allí, como aquí, hay algunos que hablan mal contra las corridas de toros, poniendo el grito en el cielo; pero en ambos puntos, cuando se necesita socorrer a los desvalidos y no hay fondos, en lo primero que se piensa es en celebrar corridas de toros para sacar dinero suficiente á cubrir aquellas urgentes atenciones.

Ordenóse, pues, en Lima una gran corrida de toros extraordinaria, y para tomar parte en ella se contó con el matador Francisco Sánchez.

Inútil fué que éste hiciera presente que su carácter de extranjero le libraba de compromisos nacionales.

No se le oyó cuando expuso que él era español y no podía, sin menoscabo de su honra, contribuir de manera alguna á favorecer intereses que á su nacion perjudicaban.

Y con graves amenazas se le hizo consentir que su nombre figurase en el cartel de aquella fiesta.

Temía Sánchez, más que á las autoridades aquéllas, no muy escrupulosas por cierto en el cumplimiento del derecho

internacional, á las iras del populacho, sobrexcitado por la pasion política, y preveía que las simpatías que toreando se había conquistado, se iban á trocar en furiosos arrebatos contra su persona.

Por otro lado, sin cónsul ni representante alguno español que apoyase sus protextas, ¿á quién acudir?

Consintió, pues, aunque con reservas mentales, en lo que se le exigía, y dijo para sus adentros: «Ningun español se arredra por cosas de poca monta»; y concibió un plan que le salió á las mil maravillas.

Llega la hora de la corrida; inmenso gentío llena las localidades de la plaza; acuden las autoridades momentos ántes, y se enteran de que la cuadrilla está presente esperando la señal para salir al redondel, pero que el jefe de la misma, el matador Sánchez, no parece.

Búscanle uno, dos y más emisarios: no le encuentran.

Ordena el Presidente que si es hallado se le conduzca entre bayonetas; corre la voz de que ha ido al puerto, dirígense allí en su persecucion los más exaltados, y cuando llegan á la playa, ven sobre cubierta del vapor inglés *Payta* al jóven Sánchez haciendo uno de esos ademanes característicos de los hijos de España, que no por ser mudos dejan de ser muy elocuentes.

Un español no podía obrar de otro modo.

¡No faltaba más que expusiese, no ya su vida, sino su honra, que vale mucho más, por favorecer á los enemigos de su patria!

Llegó felizmente á Panamá, y desde allí, en el vapor *Emperatriz,* arribó á Saint-Nazaire (Francia), desde donde se dirigió á Madrid.

El hecho referido habla muy alto en favor del patriotismo de Francisco Sánchez.

Pero lo mismo que él hubiera hecho todo español valiente.

Sin embargo, en una ocasion dijo con entereza que si no hubiese encontrado pasaje en el puerto, si tampoco le hubiera servido de excusa fingirse enfermo, estaba resuelto á dejarse coger por el primer toro que saliese al circo, ántes que desplegar el capote trabajando en favor de sus contrarios.

Pasaron cuatro años, durante los cuales trabajó como banderillero, alternando con Pablo, el *Cuco* y *Armilla,* y en 1875 fué contratado de nuevo como matador para Montevideo.

No habían olvidado los aficionados de aquel punto el mérito de nuestro hombre.

Conquistó nuevos laureles, y pasó en busca de otros al Brasil.

Si mucho había gustado su esmerado trabajo en las Repúblicas americanas, aún tuvo mayor aceptacion en el Imperio brasileño, que concedió á Sánchez una medalla; alta distincion que da únicamente á los artistas que en su profesion descuellan.

Habiendo regresado definitivamente á España, tomó la alternativa de matador en la plaza de Madrid el dia 14 de Octubre de 1877.

Desde entónces viene alternando con todos los principales

espadas en las plazas del Reino, esmerándose cada vez más en agradar al público.

Sánchez es una especialidad en los galleos, capea bien de todos modos, y no maneja mal la muleta, aunque á veces se precipita.

Fáltale práctica para herir.

Nadie le aventaja en su buen comportamiento como particular; y si no tiene una desgracia, podrá ocupar un puesto distinguido en el toreo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ERRATA IMPORTANTE.

Una equivocacion, cuyo fundamento no nos podemos explicar de otro modo que teniendo en cuenta el inmenso número de apuntes, papeles, carteles y libros que tenemos constantemente á la vista, nos ha hecho decir en la página 418 que Manuel Fuentes (*Bocanegra*) ocupó el tercer lugar entre los matadores que tomaron parte en las fiestas reales de 1878.

Esto no es exacto.

Ni Fuentes, como otros matadores de fama, trabajó en dichas corridas, ni de hacerlo, le correspondía puesto de tanta antigüedad.

Sírvanos de disculpa la índole especial de esta obra, que, como todas las de su clase, exigen frecuentes rectificaciones.

Algun error hemos tambien advertido en las páginas 38 y 39 del tomo segundo, que ya no hemos podido corregir por estar hecha la tirada; pero le subsanarémos, con todos los demas que pueda haber, dando al final de la obra una completa fe de erratas.

ÍNDICE.


79

